

*Selecta*

**Esperanza Riscart**



*Eva es la  
tentación*

Eva es la tentación

*Esperanza Riscart Franco*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Capítulo 1

Era su segundo viaje en avión y, consciente de que su situación económica no permitiría que repitiera con otro en mucho tiempo, mantuvo sus cinco sentidos alertas en disfrutarlo intentando conservarlo fresco en su memoria. El comportamiento del personal de vuelo, el modo en que se cerraban las puertas antes del despegue, la vista desde las ventanillas y, por supuesto, ver cómo empequeñecía el mundo al ascender; las sensaciones que le provocaban el despegue y el aterrizaje; volar entre las nubes como si lo hiciera en una alfombra mágica. Todo resultaba una novedad a pesar de tratarse de su segundo viaje. El primero lo había realizado a la ida hacia Hamburgo seis meses atrás tras obtener una beca Erasmus. Dominaba la lengua inglesa y decidió aprender algo de alemán porque ese país se había convertido en la cabeza de Europa, sobre todo en lo que se refería a economía, precisamente lo que ella estudiaba y a lo que pensaba dedicarse en un futuro cercano. Tal y como estaba la situación económica en España, no descartaba tener que buscar trabajo en otro país, como ya hacían tantos jóvenes con excelentes estudios universitarios, y ella estaba dispuesta a marcharse donde fuera con tal de alcanzar sus objetivos.

Con solo ver desde lejos los rostros sombríos de sus padres en cuanto retiró su equipaje de la cinta transportadora, supo que algo no marchaba bien. Le ofreció a cada uno un abrazo emotivo y cariñoso, el mismo que recibió por parte de ellos, incluidas las lágrimas sentimentales de su madre, y enseguida

preguntó ansiosa.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está Juanjo? —preguntó sin ocultar su angustia.

Juanjo era su hermano pequeño, un adolescente de diecisiete años, grande y fuerte y quien, a pesar de ser cinco años menor, intentaba protegerla y cuidarla como si fuera al contrario, ella la hermana pequeña. Esa preocupación de Juanjo la divertía mucho y casi siempre era motivo de las disputas diarias que había llegado a añorar esos meses atrás.

—Jugaba el último partido del campeonato esta tarde y nos pidió que le permitiésemos esperarte en casa —respondió su padre.

Eva lo observó un instante. Había envejecido físicamente al menos diez años en los seis meses que ella había estado fuera; se alarmó por la triste expresión de sus ojos y las profundas ojeras, al igual que su madre, a la que se volvió a abrazar sonriendo, animándola a que dejara de llorar. Su cabeza estaba casi gris por las numerosas canas que salpicaban su pelo negro y descuidado.

—¿Ha ocurrido algo malo? —insistió sin poder dominar durante más tiempo la inquietud que le ocupaba el estómago—. ¿Por qué estáis tan preocupados?

La madre sonrió intentando transmitirle la alegría que sentía por tenerla de nuevo junto a ellos, pero sus ojos no lo conseguían.

—Ahora hablamos de camino a casa. —Acarició la mejilla de Eva, detuvo la mano y la mirada en el rostro joven y hermoso de su hija—. Estás muy guapa, Eva. — Suspiró emocionada—. Casi olvido el precioso color verde de tus ojos. —Le sonrió con ternura mientras admiraba la mirada de su hija enmarcada por unas espesas y rizadas pestañas—. No sucede nada grave, no te preocupes. Al menos nada que no tenga solución.

Eva se limitó a contestar las preguntas que le hacían sus padres sobre el viaje desde Barajas hasta Murcia donde vivía la familia, en una casa sencilla que su padre heredó de sus abuelos al ser hijo único, situada en el barrio típico de Santa Eulalia. El matrimonio nunca había viajado en avión ni había salido de España y ambos se mostraban emocionados ante la aventura que había vivido su hija. La chica les contaba todos los detalles que había

guardado en su memoria sin escatimar ni uno solo con tal de agradarlos y satisfacer así la curiosidad de sus progenitores, consciente de que su madre comentaría orgullosa los pormenores sobre la estancia de Eva en Alemania al resto de su familia, seguro a sus tres hermanas, sus vecinos y algunos amigos íntimos. A Pilar, la madre, le gustaba estar al tanto de la vida de su hija y presumía de la confianza que existía entre ambas, teniendo en cuenta que Eva tenía ya veintidós años.

Se habían acomodado desde hacía una hora en el viejo Citroën que funcionaba a la perfección a pesar de sus doce años, al que su padre trataba casi como a un miembro más de la familia, lo que provocaba las constantes burlas por parte de sus hijos con esa actitud protectora. Eva les pidió que le hablaran sobre el problema que los angustiaba.

—La empresa donde trabajaba papá ha quebrado —comenzó a contar Pilar—. Y como tiene cincuenta y cuatro años lo han jubilado.

—Eso quiere decir que habrán reducido bastante tu paga —susurró Eva cuando se recuperó de la desagradable sorpresa.

—Novecientos euros —exclamó José indignado—. Me han dejado novecientos euros.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Hace tres meses y no te lo mencionamos por no alarmarte estando tan lejos. De todas maneras, te has defendido bien con la beca y tu estancia en Hamburgo no nos perjudicaba. —Su padre guardó silencio durante unos segundos en los que Eva esperó que continuara—. Tenemos que hablar sobre cómo nos apañaremos el próximo curso. Estamos en una situación muy delicada, cielo. —Eva suspiró emocionada al escuchar esa palabra cariñosa y reconfortante en labios de su padre. La llamaba “cielo” desde que alcanzaba su memoria y había echado de menos oírla.

—Lo imagino —dijo Eva—. Con novecientos euros para los cuatro... —Puso una mano en el hombro de su padre y apretó con fuerza—. No te preocupes, papá, obtendré de nuevo la beca porque he sacado buenas notas y

trabajaré este verano si hace falta para ir tirando los primeros meses hasta que me ingresen el dinero.

—Yo también estoy buscando trabajo, Eva, cuidando niños, ancianos, limpiar una oficina, unas escaleras... —intervino la madre—. Lo que haga falta para que no tengas que dejar tus estudios. Pero es que está todo el mundo igual —se lamentó la señora y las lágrimas inundaron sus ojos—. Incluso le he dicho a tu tía Merche que me busque alguna casa buena en la urbanización donde ella trabaja, en Mazarrón; pagan muy bien y ahora en verano contratan a muchas mujeres.

—No, mamá. Yo me encargaré de conseguir el dinero que necesite.

—Hay que pensar también en Juanjo. Es tan buen estudiante como tú y la ingeniería que quiere hacer —Pilar no se acostumbraba a decir “aeronáutica”— solo se puede estudiar en Madrid. Aunque es lo mejor, así podéis compartir un piso y tú cuidarías de él durante sus primeros años. ¿No tienes que hacer un máster?

—Eso sería lo ideal —murmuró Eva decepcionada ante la grave complicación que había encontrado.

“Veinte mil euros que cuesta el máster que pretendo hacer durante dos cursos —pensó Eva—. ¿De dónde vamos a sacar ahora veinte mil euros?”.

La conversación sobre la vuelta de algunas de sus amigas y compañeras desde otros lugares de Europa la distrajo durante unos minutos. Luego, su padre la entretuvo preguntándole sobre la ciudad alemana, sobre cómo se había desenvuelto con el idioma y las dificultades que había encontrado. Así, sin dejar de hablar, llegaron a casa.

—Hola, “hamburguesa” —la llamó su hermano cuando Eva lo abrazó—. ¿Qué tal las vacaciones?

—¡Juanjo! —exclamó la chica emocionada al verlo y se arrojó a sus brazos—. ¡Dios mío! ¿Dejarás de crecer alguna vez? Casi me sacas la cabeza —le dijo comparándose.

—Se lleva la paga comiendo —protestó el padre sonriendo—. Da miedo

verlo, Eva. Si no te andas con cuidado, te robará la comida de tu plato.

—Es que la cocina de mi madre es exquisita —respondió Juanjo con un gesto cursi de sus dedos—. Y no le importa que repita. ¿Verdad, mami?

—Di que no, hijo.

—Ya está aquí la melindrosa, mamá —se metió con su hermana—. ¡Ay, tiene cebolla! ¡Ay, la carne está dura!...

Eva lo tumbó en el sofá de un empujón, se sentó encima y comenzó a hacerle cosquillas porque su hermano se lo permitía.

—Ya está bien, grandullón, que acabo de llegar. ¿Quieres pelea? Te gano con este dedo —lo retó clavando su dedo bajo las costillas de Juanjo sabiendo que no podría resistirlo. El chico se reía desmadejado a la vez que movía descontroladamente sus destartaladas extremidades y golpeaba sin querer todo lo que encontraba en su camino.

Tras una cena que Juanjo se encargó de animar con sus bromas, Eva se encerró en su dormitorio y deshizo el pesado equipaje de invierno que traía de tierras alemanas. Le dio a su hermano un par de camisetas de clubs de fútbol que había encontrado muy rebajadas y el chico se lo agradeció con una inmensa sonrisa de satisfacción; a sus padres les trajo un juego de jarras de cerveza clásico de Alemania como recuerdo de su estancia inolvidable, por la experiencia y por los amigos que había hecho allí y con los que se comunicó a través de Facebook antes de dormirse, interesada en ver cómo habían llegado algunos y cuándo regresarían otros.

Tardó en dormirse dando vueltas en su cabeza a la conversación mantenida con sus padres en el coche. Necesitaba dinero y lo necesitaba inmediatamente porque la beca tardarían más de seis meses en concedérsela y no le extrañaba que redujeran el aporte económico dada la situación del país. No le quedaba más remedio que trabajar en verano y luego, encontrar un trabajo en Madrid que le ayudara a mantenerse; bastantes necesidades pasaría su familia para sobrevivir los tres con los novecientos euros de pensión que le habían dejado



a su padre. La angustia la invadió de repente. ¿Y si no encontraba nada? ¿Tendría que dejar sus estudios? No —se gritó a sí misma—. No se rendiría sin luchar. Hablaría con su tía Merche al día siguiente. Si hablaba inglés y algo de alemán encontraría un empleo aunque fuera limpiando apartamentos de turistas o habitaciones en un hotel; estaba dispuesta a desempeñar cualquier trabajo.

Respiró tranquila cuando su tía, al día siguiente, le explicó que podría encontrar trabajo en alguna casa si solo aspiraba a los dos meses de verano, sobre todo si se ofrecía como interna y no ponía muchas pegas con horarios y días libres y le prometió que se molestaría en encontrarlo.

Los miembros de su familia eran tan trabajadores como humildes; ninguno había estudiado en la universidad, ni siquiera habían terminado el bachiller. Eva era la primera en conseguirlo y por ello todos se sentían orgullosos, además de ser la mayor de las sobrinas de la familia de su madre a la que estaba muy unida. Juanjo también sobresalía en los estudios por lo que sus tías los consideraban un magnífico ejemplo para los demás primos más pequeños.

Tuvo suerte y la misma agencia a la que pertenecía su tía la contrató como asistente en un chalet en el Puerto de Mazarrón que estaría ocupado durante todo el verano por familias distintas cada mes y que requerían servicio de limpieza, cocina y canguro durante las noches, aunque solo tendría un día libre a la semana y el sueldo no superaba los mil euros. No le importaba; tendría menos gastos si salía poco.

Las personas que ocupaban la casa venían a descansar y Eva se esforzó durante el verano trabajando duro para mantenerla limpia y en orden durante dieciséis horas al día. Dormía en su casa una noche a la semana y pasaba allí alguna tarde que le dejaban libre, pero no le importaba porque tenía una meta: reunir dinero para continuar sus estudios.

Se encontró con su exnovio, Adrián, en un par de ocasiones que salieron a cenar; el chico insistía en reanudar la relación que interrumpieron antes de que ella se marchara a Alemania. Eva no pretendía comprometerse de nuevo; tal y

como le iban las cosas, no tenía interés en complicarse la vida.

—¿De verdad que estás trabajando? —le preguntó Adrián recorriendo su cuerpo con descaro—. Por el color tostadito de tu piel, cualquiera diría que estás de vacaciones.

Eva notó un toque de sarcasmo en sus palabras y prefirió explicarle su situación a enfadarse con él. Adrián estaba dolido con ella por su rechazo a formalizar de nuevo su relación pasada y Eva intentaba no provocarle más daño.

—La familia que se hospeda ahora en la casa donde trabajo tiene un par de críos y todas las tardes me he comprometido a cuidarlos en la playa, así me pagan algo más y tampoco es que me esté matando como ves —le respondió paciente y sonriendo.

Permanecieron unos minutos en silencio distraídos con la comida que acababan de servirles.

—¿Cómo te van las clases? —preguntó la chica intentando entablar una conversación amigable con su ex—. ¿Tienes muchos alumnos?

—Más de los que quisiera. Es un trabajo que no me gusta, pero no se me da mal y gano para ir tirando. Podría hacer lo mismo en Madrid. Estaría dispuesto a arriesgarme si tú quisieras... —Adrián se interrumpió al ver cómo ella dirigía su mirada hacia el vaso de refresco y eludía una respuesta que ya le había ofrecido en un par de ocasiones.

Aunque sentía afecto por Adrián y le gustaba, sabía que ya no estaba enamorada de él; y en ese instante de su vida, se había centrado en sus objetivos: trabajar y estudiar. A pesar de eso, fue sincera con el chico y contestó a su proposición inacabada.

—No quiero que me esperes, Adrián. Todo ha cambiado en mi vida de un modo que no puedo controlar y tengo que centrarme en lo que necesito ahora mismo.

—Y en esa necesidad no estoy incluido. ¿Me equivoco? —Eva negó con la cabeza.

Adrián decidió no profundizar en la respuesta, seguro de que, en caso de insistir, Eva acabaría por rechazarlo definitivamente y prefería no arriesgarse. Al menos sabía que no había otro hombre de por medio y con su forma de mirarlo le transmitía esa ternura que siempre le había ofrecido; entendía que aún no había perdido la guerra, aunque sí esa última batalla. Quizás si Eva encontraba la estabilidad económica que necesitaba en esos momentos, lo aceptaría de nuevo.

Eva trataba de merecer su puesto laboral porque sabía que había muchas chicas y mujeres en la misma situación que ella, como le sucedía a su madre, desesperadas tras un trabajo estable, y no podía jugarse su futuro. Si además de limpiar y cocinar tenía que cuidar niños en la playa o hacer de canguro durante la noche, nunca puso una mala cara ni hizo ningún reproche. Era incapaz de arriesgarse a perder su puesto si la agencia recibía una queja de los clientes. Por el contrario, recibió buenas propinas de las tres familias para las que trabajó y favorables informes en la agencia que le sugirieron otra idea. ¿Podría encontrar un trabajo similar en Madrid que le ocupara la mañana? Asistiría a clase por las tardes y estudiaría durante las noches y los fines de semana; le propuso la idea a su tía y esta se puso en contacto con la agencia que se expandía a nivel nacional.

A Charo, su jefa de zona, le caía bien Eva, además de ser buena amiga de su tía Merche; en seguida vio que la chica era responsable y que la necesidad de conseguir un trabajo le apremiaba y le ofreció su ayuda aportando excelentes informes sobre su trabajo y su dedicación.

A primeros de septiembre se subió en un autobús hacia Madrid y se presentó a tres entrevistas para ocupar un puesto de asistente interna. La mejor manera de mantenerse sin gastos, sin pagar por casa ni por comida y ganaría un sueldo

con el que podría ahorrar para costearse su futuro máster. Estaba dispuesta a que a sus padres no les costara ni un euro más el hecho de que ella estudiara en Madrid y si su madre encontraba un trabajo, podrían ahorrar ese dinero para los inminentes estudios universitarios de su hermano. Sus planes eran sencillos y tan humildes como su familia y Eva estaba convencida de que con esfuerzo y sacrificio saldrían adelante, al menos ella lucharía por conseguirlo.

La primera casa a la que acudió era un piso enorme en pleno centro de Madrid, en la llamada Milla de oro. La decoración y el lujo la intimidaron por completo. Se trataba de una familia con dos hijas adolescentes que no querían viajar con sus padres los fines de semanas, y necesitaban a una persona que las vigilara durante su ausencia. Eva le pareció demasiado joven a la señora De la Cruz a pesar de los buenos informes que ofrecía la agencia.

Con la segunda familia ocurrió lo contrario, era a Eva a quien no le interesaba, no por el trabajo ni por la apariencia agradable del matrimonio que quedó muy satisfecho tras la entrevista con ella, pero tenían dos niños pequeños, mellizos, que estaba segura no le permitirían estudiar ni asistir habitualmente a clase. Ni siquiera llegó a proponerle a la feliz pareja que la entrevistaba sus intenciones y esperó a su tercera cita antes de descartar su incorporación a esa familia.

No le resultó fácil llegar a la casa situada en La Moraleja. Recorrió los túneles del metro durante más de una hora y luego tuvo que caminar más de cuarenta minutos bajo un sol de justicia hasta dar con el precioso chalet donde tendría lugar la entrevista; suerte que llevaba unas cómodas deportivas consciente de que le esperaba un día movido y en Madrid las distancias solían ser largas y aburridas si las recorría bajo tierra, en el metro.

La recibió un hombre joven con una presencia física imponente además de tener un rostro bastante atractivo que, según Eva, rondaría los treinta años y le resultaba conocido aunque no recordaba el motivo. Pensaba que sería hijo o marido, pero su sorpresa fue que vivía solo en ese enorme y lujoso chalet de

una sola planta situado en La Moraleja entre dos campos de golf, aunque a veces, según acababa de comentarle, y durante cortas temporadas, lo visitaba algún miembro de su familia.

—Me pareces muy joven. —La observó Daniel con curiosidad—. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré veintitrés en noviembre —respondió Eva mirándose sus dedos que se entrelazaban nerviosos.

—¿Has trabajado antes en otras casas? Tus informes son bastante favorables, pero ahora que te conozco... No creo que tengas mucha experiencia.

Daniel le hablaba directo; se creía con el derecho y el deber de hacerlo. Se trataba de su casa, sus pertenencias, su intimidad y no se atrevía a dejarlo todo en manos de una persona irresponsable, inútil o negligente. Le gustaba vivir cómodo y bien, y en ese momento de su vida ansiaba tranquilidad, por eso se había comprado ese chalet independiente en una zona alejada del ajetreado centro de Madrid donde había vivido hasta hacía seis meses.

—Reconozco que no tengo mucha experiencia, pero sí trabajo bien —se defendió algo molesta ante la evidente desconfianza que le mostraba el hombre, empujada por la necesidad de lograr el trabajo—. Llevo tres años viviendo fuera de mi casa y sé lo que hay que hacer, aunque nunca haya estado en una tan grande como esta —aclaró mirando asombrada a su alrededor el imponente salón decorado en tonos beige y chocolate y más grande que su casa entera, sobre todo hacia los grandes ventanales desde los que se divisaba una espesa arboleda—. Imagino que será cuestión de tiempo acostumbrarse.

—¿De verdad podrías encargarte de esta casa? —Sonrió impresionado por la reacción defensiva y dispuesta de la chica y mostró una dentadura perfecta, aunque tenía un incisivo dental un poco roto que le daba un aire juvenil y desenfadado—. De una casa y de mí; soy un perfecto inútil, pero me gusta comer bien y que mi casa esté perfectamente organizada. ¿Sabes que sería necesario que vivieras aquí?

—Sí. ¿Qué horario tendría? —En ese momento Eva dio un respingo al sentir

un golpe por detrás. Un labrador negro le dio con el morro en la pierna presentándose sin avisar.

—¿Te dan miedo los perros? —Eva negó con un gesto—. Este es Pelé. Hola, campeón, ¿dónde andabas? —Acariciaba el lomo del perro con fuerza mientras le hablaba—. Esta chica tan guapa se llama Eva —dejó escapar Daniel sin darse cuenta—, pero no le pongas las patatas encima que la vas a manchar.

Eva se inclinó sobre el animal, intimidada por el comentario halagador que acababa de recibir, y se dejó oler y lamer una mano; al instante el perro se tumbó para que le acariciara la tripa.

—No parece un guardián muy fiero —dijo Eva divertida a la vez que lo acariciaba. El animal no le hacía asco a sus manos.

—No, no lo es. Pero acompaña mucho. En caso de que te quedaras también tendrías que cuidar de él. —Eva se levantó y el sol iluminó su rostro. Daniel se fijó durante unos segundos en los ojos verdes más increíbles que había visto nunca y continuó hablando un momento después—. Viajo mucho y no me gusta dejarlo en las guarderías.

—No habría problema —respondió Eva sonriendo—. Me cae bien. Pero no hemos hablado aún de cuál sería mi horario.

—Oh, tienes razón. Pelé nos ha interrumpido. Bueno, desayuno a las ocho si tengo entrenamiento, lo que ocurre casi a diario, almuerzo a las dos, normalmente, y suelo cenar entre las nueve y las nueve y media.

—¿Ha dicho entrenamiento? —preguntó extrañada.

—Soy futbolista.

—¿De qué equipo? La verdad es que su cara me resulta conocida —susurró sin ocultar su timidez.

—Juego en el Real Madrid. Desde hace diez temporadas.

—¡Ah! Claro. Usted es Daniel Álvarez —reconoció avergonzada—. ¡También juega en la selección! Lamento no haberlo reconocido; creo que debería felicitarlo por ganar el último campeonato de Europa. —Lo miró un

instante a los ojos y, de repente, habló orgullosa—. A mi hermano le encantaría conocerlo; juega al fútbol, aunque es demasiado alto y desgarbado, pero no se le da mal. Yo le digo que debería dedicarse al baloncesto para hacerlo rabiar.

—Mejor que se dedique a estudiar. Esta no es vida adecuada para nadie.

—Es un buen estudiante —contestó Eva apurada—. De sobresaliente. Y pretende estudiar ingeniería aeronáutica.

—Y tú, ¿por qué no estudias? Deberías estar en la universidad —le regañó frunciendo el ceño, con lo que consiguió que la chica se ruborizara.

—Estoy estudiando. Por eso busco un trabajo, porque ahora necesito ganar dinero para continuar con mis estudios.

—¿Qué estás estudiando? —preguntó sorprendido.

—Este curso, si puedo —su aclaración sonó como un lamento—, empezaré cuarto de económicas.

—Entonces... No entiendo qué haces aquí —dijo extrañado.

—Necesito un trabajo para mantenerme en Madrid. —Se enfadó con ella misma porque su voz había reflejado su desesperación.

Era incapaz de continuar con la explicación; su amor propio se lo impedía y se le hizo un nudo en la garganta; le parecía suplicar y hubiese preferido que se la tragara la tierra en ese instante.

—¿No hay becas? ¿No tienes otra ayuda económica? —insistió Daniel buscando las respuestas que una intimidada Eva parecía incapaz de darle y mostró su fuerte carácter por primera vez—. Explícate, Eva —exigió como si tuviera algún derecho a hacerlo.

—A mi padre lo han jubilado por no despedirlo —se lanzó y, avergonzada, lo contó todo de carrerilla—. Ahora cobra novecientos euros y hasta que a mí me ingresen el dinero de la beca que me han concedido pueden pasar meses. No lo supe hasta que llegué de Hamburgo en junio donde estudié un semestre gracias a una beca Erasmus —hablaba sin apenas respirar—. He trabajado durante los dos meses del verano. Y cuando acabe el grado me gustaría hacer

un máster que cuesta como mínimo veinte mil euros. Por mucho que ahorren y que se sacrifiquen mis padres, nunca podrían reunir esa cantidad de dinero en un par de años. Además, también tenemos que pensar en el futuro de mi hermano.

Se había esfumado toda la valentía con sus palabras. No pretendía despertar ni la lástima ni la compasión de Daniel, solo quería trabajar y ganar el dinero que le permitiría continuar sus estudios y mirar al futuro con esperanza.

Daniel emitió un suspiro ruidoso y durante unos segundos la recorrió con la mirada de arriba abajo buscando en ella la seguridad y la responsabilidad que no encontraba. ¿Cómo iba a dejarla sola en esa casa enorme y aislada cada vez que él saliera de viaje? Aunque los informes eran bastante favorables y esa agencia era de confianza, ¿quién le aseguraba que no montaría una fiesta o llevaría a algún amigo sin su permiso? Más se preguntaba y más dudas le surgían en su mente. Intentó que fuera ella la que se diera cuenta de que no podía quedarse con el empleo.

—¿No tienes que asistir a clase? —preguntó arqueando una ceja.

—Este año tendré horario de tarde, de cuatro a nueve. —Daniel la observaba sin responder—. Eso sería un asunto sobre el que tendríamos que discutir.

De repente, ante el silencio de Daniel, Eva se dio cuenta de la intención del hombre; no se atrevía a decirle que no podía contar con ella en esas condiciones, pero se compadecía de su situación económica con lo que hería su amor propio.

—Gracias por su tiempo. Entiendo que esta casa no sea un lugar para mí. — Le tendió su mano insegura y él la miró poco convencido.

—Espera, Eva. Me gustaría que entendieras mi postura —dijo preguntándose por qué se sentía obligado en darle una explicación y le suponía tanto esfuerzo negarle el trabajo.

Debía reconocer que la chica le caía bien y le inspiraba confianza, incluso más que las dos señoras que había entrevistado esa misma mañana. Una



sonrisa invadió su subconsciente cuando pensó que no era lo mismo ver cada día a esas señoras cuarentonas que lidiar con una belleza como Eva, con esos increíbles ojos que lo cautivaban; la chica era preciosa, alta, delgada, incluso le pareció elegante a pesar de la indumentaria sencilla y juvenil con la que vestía y eso, debía reconocerlo, era otro factor a tener en cuenta contra su contratación.

—¿Te daría miedo quedarte sola durante la noche? —insistió el buen Daniel—. A veces estoy fuera tres o cuatro días, y aunque es una zona tranquila y bastante vigilada, no sé si una chica de tu edad se sentiría cómoda aquí.

Eva se sintió esperanzada; todavía no le había dicho que no.

—No me importará quedarme sola, se lo aseguro. Además Pelé me acompañaría, ¿no? —Daniel asintió.

—Por tu horario de clases no hay problemas, encaja con el mío, siempre que me tengas la cena preparada a las nueve y media lo más tarde.

Eva, ilusionada, lo contemplaba fascinada con los ojos muy abiertos.

—Le aseguro que no me entretendré. Saldré de clase y vendré directo a casa.

—¿Tienes carnet de conducir?

—Sí, pero no tengo coche. —Sus esperanzas se eclipsaron de nuevo.

—Tendrás uno a tu disposición para hacer la compra y recados que te encargaré. Siendo sincero, no me importa cómo te organices, pero serías responsable de todo lo que suceda en mi casa; y tendríamos que hablar sobre la comida.

—¿Lleva una dieta especial? —preguntó sorprendida.

—No. Pero tampoco me gusta pasarme de calorías; ni demasiadas grasas ni demasiado azúcar. Comida tradicional y dieta mediterránea. Ya lo hablaríamos; imagino que sabes cocinar.

—Me encanta cocinar aunque sepa hacer solo los platos clásicos y habituales. — Bajó la mirada de nuevo al demostrar su inexperiencia—. No sabría preparar un menú especial aunque estoy dispuesta a aprender si fuera necesario —añadió decidida a no plantear inconvenientes.

Daniel consultó una nota que sacó del bolsillo de su pantalón vaquero donde había apuntado una lista con las preguntas que debía hacer en las tres entrevistas y cambió de tema.

—Tendríamos que hablar sobre tus días libres, si llegamos a un acuerdo, porque puedo necesitarte algunos fines de semana. —Eva asintió convencida de nuevo; necesitaba el trabajo y en ese instante lo veía posible—. También tenemos que hablar de tu sueldo. Mil doscientos euros y tres pagas extras repartidas como más te convengan y, por supuesto, asegurada. —Sin pensarlo, añadió doscientos euros y una paga extra de más y se preguntó qué estaba haciendo—. Tendrás un mes de vacaciones que también dispondremos según las mías.

Eva asentía a todo. Esa casa era la ideal para ella; solo una persona a su cargo y, de vez en cuando, algunos invitados. Tenía la impresión de que Daniel no se metería en su modo de organizarse mientras todo estuviera a su gusto y de ese modo podría tener tiempo para estudiar, sobre todo cuando él se fuera de viaje y, por lo que conocía de la vida de los futbolistas importantes, viajaría bastante.

Daniel la observó durante unos segundos. No podía evitar la compasión que Eva le había despertado al conocer los motivos que la empujaban a trabajar. Él conocía a la perfección los problemas que tendría la chica porque había vivido en la misma situación; nunca olvidaba su procedencia humilde y recordar el empeño de su madre en que estudiara además de jugar al fútbol, le arrancó una sonrisa. Su juventud no ayudaba, pero le parecía honesta, formal y dispuesta. No había un aliciente más poderoso que la necesidad, Eva necesitaba el dinero y se esforzaría por conservar ese trabajo y satisfacerlo según sus exigencias. Se dejó guiar por su excelente intuición que le ayudaba a distinguir el carácter de las personas y que había heredado de su madre.

—Te vas a arrancar un dedo, Eva. Deja de retorcertelos —le sugirió con una sonrisa—. Voy a ser sincero contigo. —Ella asintió pensando en lo peor—. Soy muy exigente y no me gusta repetir las cosas; tenlo siempre en cuenta. —

Sonrió con una mirada llena de ironía—. No te voy a engañar, tengo muy mal genio. —La miró un instante a los ojos recreándose en ellos hasta que una Eva angustiada asintió de nuevo—. Te voy a ofrecer un mes de prueba que servirá para comprobar cómo nos adaptamos los dos, sobre todo tú cuando comiences las clases. —Una espectacular sonrisa iluminó el rostro de Eva y calentó las entrañas de Daniel de un modo que le impresionó. Guardó silencio un instante dudando si hacía bien en tener a esa preciosa joven bajo su techo, pero su débil conciencia y los recuerdos de su pasado humilde no le permitieron dejarla marchar—. ¿Cuándo estarías dispuesta a empezar?

—Cuando sea necesario. No tengo que volver a mi casa; mis padres pueden enviarme mis cosas —le contaba nerviosa y deseosa por complacerlo—. Las he dejado empaquetadas por si encontraba algo apresurado.

—Por mí, mañana mismo. Tendrás ayuda en la limpieza que tú misma organizarás. Concha, mi antigua ama de llaves ya jubilada, se organizaba así desde que me vine a vivir aquí; reconozco que sería una casa demasiado grande para que una sola persona se encargue de todo. Viene otra asistenta una vez por semana durante seis horas y un jardinero lunes, miércoles y viernes de nueve a una. Pero tú serás mi persona de confianza, la que se entenderá con ellos y a quién yo hablaré y pediré explicaciones si las cosas no se hacen como yo deseo.

“Vaya si es exigente —pensó Eva—. Bueno, el que paga puede serlo”.

De nuevo Daniel la observó como si se tratara de un experimento científico y por primera vez en la media hora que llevaban hablando, Eva se fijó en su rostro. Lo había visto antes en anuncios y en televisión, pero frente a frente parecía mayor, un hombre, no un chaval que jugaba con una pelota a dar patadas y carreras. Era tan alto como su hermano, de hombros poderosos y piernas largas y fuertes que sus pantalones disimulaban. Eva se preguntó cómo era posible que ese asombroso ejemplar masculino estuviera soltero; quizás, siendo tan guapo y estando tan bueno, tendría a las mujeres que deseara. Sacudió la cabeza un momento para alejar esos pensamientos.

“Daniel será tu jefe y no se juega con el jefe, ni siquiera se piensa en él de ese modo porque es el que te paga. Ni guapo, ni tío bueno, ni mujeres que le rodeen. Daniel es el jefe y punto”.

—Tengo unos minutos antes de irme a mi entrenamiento. Te enseñaré el resto de la casa, el garaje, el jardín y tu dormitorio para que te vayas familiarizando. —Miró a su alrededor—. Como ves, el salón es demasiado grande y solo lo disfruto cuando tengo invitados. Sígueme. —Eva obedeció—. Si estoy solo prefiero esta habitación. —Entró en la sala de estar, la llamó, y percibió que era más grande que la mitad de la casa de sus padres.

La sala estaba presidida por una estufa de leña de hierro que dividía en dos zonas la habitación, un hermoso aparador provenzal y sobre él un gran espejo con marco de madera, una mesa noble del mismo estilo rodeada por seis sillas tapizadas en lo que pareció a Eva seda estampada de flores, todo en tono vino tinto gastado, bajo dos lámparas niqueladas en contraste con el mobiliario y al otro lado un sofá de cuero del mismo color de la uva frente a una gran pantalla de plasma y un par de confortables butacones tapizados en tela de cuadros del mismo tono que el sofá y a juego con las cortinas también floreadas como las sillas. A Eva le resultó un rincón romántico por el colorido, muy cálido y acogedor y poco apropiado para un hombre joven.

—Por aquí se va a la cocina. —Lo siguió a través de una puerta corredera situada frente a la estufa y la chica no contuvo un ¡oh! al entrar.

—Es inmensa y muy luminosa y alegre —añadió admirando al gran ventanal que recorría la encimera donde se situaba la zona de fregar. La de cocinar se encontraba en una enorme isla en el centro. Todo en tonos de madera clara—. En el canal Cocina no salen tan bonitas como esta.

—Gracias —respondió Daniel sin darle importancia. La cocina no le atraía en absoluto.

—No creo que me importe cocinar aquí. ¿Sabe dónde están colocados todos los utensilios?

—No. Solo los vasos, las copas, la cubertería y los platos. Eso no lo

cambies o adviérteme si necesitas hacerlo; lo demás puedes organizarlo según tus prioridades. Continuemos. Tengo prisa —dijo secamente.

—Podemos dejarlo para mañana.

—Prefiero que hoy lo veas todo y mañana puedas comenzar. ¿Vendrás temprano?

—A la hora que usted me diga —se ofreció amable y dispuesta.

—O mejor, puedes venirte esta noche a dormir y por la mañana comienzas.

Daniel llevaba dos semanas solo, preparándose las comidas, aunque pocas, porque desayunaba, almorzaba y cenaba casi siempre fuera, o se traía la comida a casa y estaba cansado de hacerlo. Estaba desesperado por recuperar la estabilidad, necesitaba volver a su rutina lo antes posible y le gustaba estar cómodo en su casa. Su fama le creaba demasiados inconvenientes y con sus años en el fútbol ya resultaba un verdadero incordio incluso comprar el pan.

—Te enseñaré tu dormitorio. Por aquí.

Atravesó una puerta a la derecha de la cocina que conducía a un pasillo menos luminoso que el resto de la casa.

—Este es un aseo. —Mostró un baño coqueto y sencillo.

—Esta es la despensa —dijo abriendo una puerta de su derecha—. También te encargarás de la compra.

Bajaron por unas escaleras cómodas que conducían hasta un pasillo. Daniel lo atravesó con Eva a la zaga y observaba el interior de las habitaciones que encontraban a su paso.

—Esto es el lavadero —continuó hasta el fondo sin detenerse—. Da a un patio tendadero. Aquí tienes un trastero. Conchi lo dejó bastante desordenado. Me gustaría verlo en mejores condiciones —aunque lo dijo en tono amable, sonó como una orden.

—¿Usted sabe cómo funciona la lavadora y la secadora? —preguntó Eva que se detuvo ante la puerta de la habitación.

—No —respondió Daniel sin el mínimo rubor.

Eva pensó que jugaría muy bien al fútbol, sin embargo, en su propia casa

resultaba un verdadero inútil y tuvo que contener una sonrisa.

—Encontrarás el manual de instrucciones en el lavadero.

—¡Ah! Vale.

—Este será tu dormitorio y tu cuarto de baño. Espero que se acomode a tus necesidades, si no es así, no dudes en decírmelo y compraremos lo que haga falta. Echa un vistazo. Tengo que hacer una llamada; mientras, te espero en el salón.

Un distribuidor con un armario empotrado de cuatro puertas, servía de ante sala a su dormitorio y lo separaba de un baño coqueto y luminoso, con ducha en lugar de bañera, el suelo ajedrezado en tonos crema y burdeos; la encimera del lavabo y el alicatado de la pared a media altura salvo en la ducha, el resto de la pared pintado en los mismos tonos le pareció atrevido y original, incluso las toallas que tocó y sintió su esponjosa calidad estaban ordenadas con el mismo colorido. La habitación era grande, luminosa pero era indudable que la había decorado una señora mayor, aunque con buen gusto, ya que resultaba demasiado clásica. Toda la tapicería *toile de Jouy* en tonos cremas y burdeos como en el baño. Era agradable y bastante espaciosa para una sola persona, mucho más que la de su casa y le gustó. Revisó los cajones de una cómoda y en uno de ellos encontró ropa de cama; había otro armario como el del distribuidor y un bonito butacón junto a la ventana que invitaba a sentarte a leer. Se asomó y comprobó que se veía la parte posterior del jardín que lucía bien cuidado; le pareció diferenciar unas grandes y frondosas rosaledas que se vio tentada a oler y pensó que a su madre le habrían gustado. Desde su ventana no atisbaba a ver el muro final de la enorme propiedad ya que quedaría oculto tras un pequeño bosquecillo de alcornoques. En otra esquina de su posible futuro dormitorio, había un mueble con una televisión de plasma de treinta y dos pulgadas, leyó en la esquina de la pantalla, y un DVD. Más que satisfecha con la que sería su habitación, además bastante apartada del resto de la casa, lo que garantizaba el silencio que ella necesitaba para concentrarse en sus estudios, recordó que Daniel había dicho que solo disponía de unos minutos y

fue en su busca.

Daniel la esperaba hablando por teléfono en el salón. Ella se entretuvo mirando por el ventanal que daba a un profundo porche amueblado con un par de camas tailandesas con colchonetas a rayas en los mismos tonos del salón y entre ellas una mesa cuadrada, muy bajita pero amplia y llena de portavelas que parecían haber sido usados recientemente.

—¿Está todo a tu gusto? —se interesó Daniel después de colgar.

—Sí, el dormitorio y el baño son perfectos para mí. Pero necesitaré una mesa de estudio donde colocar mis libros y el ordenador.

—Lo imaginaba. Hay una que utilizaba mi hermano en uno de los dormitorios de invitados. Si te parece bien la trasladaremos a tu habitación.

—De acuerdo.

Continuaron viendo el resto de la casa. Primero las habitaciones de Daniel. Resultaba como un apartamento aislado del resto. Un estudio bastante desordenado con libros de psicología en su mayoría, le pareció entender tras el vistazo rápido que pudo dedicarle a algunos. A la derecha de ese distribuidor estaba la entrada al dormitorio, presidido por una enorme cama deshecha, vestida con sábanas de satén brillante color chocolate, con dosel y cabecero tapizado a rayas crema, celeste y chocolate; a ambos lados unas mesitas de noche preciosas de madera del mismo tono pero adornadas con flores talladas; a sus pies una banqueta tan grande como un sofá tapizada en los mismos colores, pero a cuadros como las cortinas; enfrente, una cómoda en madera clara de tamaño monumental presidida por un espejo con marco de cuero; el conjunto era ecléctico, pero el resultado encajaba a la perfección.

—Es el dormitorio más bonito que he visto nunca —dijo Eva sin ocultar su admiración—. De película.

—He tardado seis meses en reunir los muebles que más me han gustado y ahora no me importa haber esperado tanto tiempo. Me he vuelto bastante caprichoso.

“Será porque tienes dinero y puedes permitirte”, pensó Eva.

—¿Dónde guarda la ropa de cama?

—Creo que en la cómoda. Los edredones para el invierno en el altillo del vestidor.

—¿Con qué frecuencia le gusta que le cambie la ropa de cama? —Daniel la miró sorprendido y ella continuó explicando con naturalidad—. A diario, cada dos o tres días, semanalmente, cuando usted me lo diga...

—Un par de veces por semana estará bien, salvo que... —Daniel pareció avergonzado y miró hacia la puerta del baño—. Ya te avisaré si debes hacerlo antes.

—Este es mi baño. —Eva se tragó un ¡oh! En su vida había visto algo parecido. Las paredes brillaban como espejos y no era por el inexistente alicatado, le pareció eso que llaman hormigón muy, muy pulido en el mismo tono crema que las paredes del dormitorio, al igual que el resto de las piezas sobre las que destacaba la encimera de doble lavabo en color chocolate y una inmensa bañera ovalada. Todo el conjunto resultaba muy lujoso y elegante—. No se limpia desde que vino la otra asistenta hace tres días —se disculpó sin avergonzarse por tener que hacerlo—, por eso necesito que empieces lo antes posible. Mi vida es un caos. —Sonrió orgulloso de reconocerlo—. Este es el vestidor.

Eva lo recorrió con la mirada sin pronunciar palabra y sin poder cerrar la boca. Allí podrían haber abierto una boutique de caballeros, quizás de las mejores marcas.

—¿Usted pondrá su ropa a lavar?

—Lo más probable es que te la encuentres en el suelo del baño. Soy un desastre, Eva —confesó sin arrepentimiento—. Creo que la prueba la pasaré yo y dentro de un mes huirás despavorida de esta casa. —Se rio sincero y Eva se quedó embobada observando la sonrisa más bonita y masculina que había contemplado en su vida, aunque él pensara en ese instante que estaba asustada.

Recorrieron tres dormitorios más, cada uno con su baño correspondiente y luego Daniel le explicó cómo solía organizar la economía doméstica. Siempre



encontraría dinero en una caja del aparador del comedor pequeño y en ella guardaría los tickets de las compras que realizaba. Debía presentarle un menú semanal los domingos por la noche que, dada su inexperiencia, él aprobaría y si le resultaba posible le avisaría con antelación de los días en que no almorzaría o no cenaría en casa.

—Hay algo importante sobre lo que tengo que advertirte y espero no tener problemas con eso. Imagino que alguna vez habrás oído hablar de ello. Tienes que firmar un acuerdo de confidencialidad. No podrás hablar de mi vida personal y cuantas menos personas sepan que trabajas en mi casa, mejor para todos —Daniel hablaba con total naturalidad como si fuese algo habitual firmar un acuerdo de confidencialidad—. A ti no te agobiarán con preguntas indiscretas sobre mi vida y yo podré vivir tranquilo alejado de la prensa.

—Sí, no hay problema —respondió repuesta de la impresión—. Me parece lógico con el acoso que sufren las personas famosas por parte de la prensa.

—Entonces, ¿estás conforme? Un mes de prueba, para ambos —sonrió— y empiezas esta noche.

—De acuerdo —respondió tendiendo una mano que Daniel apretó divertido—. ¿A qué hora le parece bien que regrese? Debo recoger mi equipaje.

—Tengo entrenamiento a las siete y después una rueda de prensa; no es la rutina habitual, pero cenaré más tarde; creo que llegaré sobre las diez —dudó un instante—. Sí, a las diez estará bien.

—Entonces, hasta las diez. —Y se dirigió a la salida, pero se volvió bruscamente—. ¡Oh! ¿Cómo prefiere que lo llame? Señor, señor Álvarez, don Daniel...

—Daniel estará bien, Eva —respondió sonriendo ante la última ocurrencia de la chica ingenua porque a su edad no le pegaba nada tanto formalismo—. Cuando vengas esta noche tendré preparada una copia de las llaves y te enseñaré a conectar la alarma.

—Hasta luego, Daniel.

—Después nos vemos, Eva.

Se dirigió hasta la parada de autobús que una mujer le había indicado y la misma le comentó que trabajaba también de asistenta. Se molestó en informarla con amabilidad sobre los horarios y paradas que le serían más útiles; el autobús 155 que salía y llegaba Plaza Castilla era el que más le convendría tomar cuando saliera al centro.

A pesar de caminar bajo un tórrido sol de primeros de septiembre a las cinco de la tarde, pero con el corazón latiéndole a doscientas pulsaciones por minuto porque la euforia que le provocaba el haber encontrado ese trabajo la dominaba. Había creído que a Daniel le gustaba la idea de que estudiara en la universidad y eso lo había conmovido de algún modo a ofrecerle esa gran oportunidad. En un año ganaría casi veinte mil euros y los gastos serían los que necesitaría para vestirse, su higiene personal y los viajes que realizaría a su casa. Si le ingresaban pronto el dinero de la beca, tendría suficiente para costearse el máster en solo un año de trabajo. Ese día no podía haberle salido mejor. Ahora debía organizarse y esforzarse por agradar a su nuevo jefe.

Mientras esperaba sentada bajo la sombra de un árbol a que llegara el autobús, llamó a su madre para contarle la gran novedad y pedirle que guardara el secreto de su nombre, que ni siquiera se lo contara a su hermano, así evitaría que todo el pueblo se enterara de quién era su jefe; lo llamarían simplemente el señor Álvarez de La Moraleja y las dos se rieron nerviosas y contentas ante el misterio que habían planteado.

Sentada en el autobús hizo otra llamada a su amiga María quien le había cedido su habitación en el piso que compartía con dos chicas más y le agradeció el favor. Le comentó que se incorporaba a su nuevo trabajo esa misma noche en casa del señor Álvarez, utilizando la misma tapadera inventada con su madre. Quedaron en verse en cuanto María llegara a Madrid.

Después de casi una hora de transbordos de autobuses y metro, llegó a casa y prefirió quedarse al refugio del calor insoportable que apretaba ese día, acogida por el frescor antinatural pero agradecido del aire acondicionado. Antes de las nueve, arrastrando una pesada maleta, recorría el mismo camino

hacia La Moraleja aunque en esta ocasión las dudas se habían convertido en ilusión y entusiasmo y a las diez menos cinco estaba sentada en la puerta de la cancela de su nuevo lugar de trabajo y su nuevo hogar.

## Capítulo 2

—Daniel, ¿cómo crees que os recibirá vuestra afición después de la inesperada derrota en Glasgow?

Juan Jiménez fue el que preguntó, periodista de radio Madrid. Conocía a la mayoría de las personas dedicadas a los medios de comunicación porque llevaba demasiados años dedicándose al fútbol y en el mismo club. Ese siempre era directo y guerrillero, tanto como él, a quien ya no asustaban ni las cámaras ni el público y contestaba a las preguntas casi sin pensar en la respuesta ni dudar un instante.

—Siempre me ha encantado la afición de este club. Un gran club como el Real Madrid necesita una afición exigente como la nuestra y espero que el sábado estén tan ilusionados como nosotros por ganar nuestro primer partido en casa.

—¿Te enfrentarás a tu buen amigo y compañero de selección Juan Tomás? ¿Serás tan duro como siempre en la defensa?

—Los dos somos serios profesionales. Él intentará marcar goles para su equipo y yo espero poder desarrollar los nuevos sistemas de juego de este año con mejor fortuna que en Glasgow.

—¿No te parece que habéis hecho una pretemporada corta sabiendo lo que os jugabais desde comienzos de temporada?

—Más de la mitad de la plantilla ha participado en el campeonato de Europa; necesitábamos un descanso. La programación de nuestro equipo

técnico es la más acertada, dado que esta temporada se alargará hasta los primeros días de junio. No me parece corta ni que la derrota en Glasgow sea determinante en nuestro futuro inmediato. Este equipo funcionó bien durante el campeonato anterior; creo recordar que lo ganamos. —Se oyeron risas como Daniel pretendía—. Aún debemos encajar algunos cambios que se han hecho y volverá a ser la máquina perfecta que tantas victorias ha cosechado.

Tres preguntas más tarde Daniel abandonaba agobiado la sala de prensa. Se fijó en la hora al arrancar el coche y dio un respingo al ver que eran las diez y media y que había quedado con Eva hacía media hora. Probablemente estaría esperándolo en la calle.

—Eva —pronunció en voz alta pensando si no sería un error contratarla y no se refería a su inexperiencia.

Era demasiado guapa, tenía una figura imponente de mujer para no haber cumplido los veintitrés y él no tenía ganas de revivir sus golferías pasadas. Estaba dispuesto a centrarse, a buscar una mujer para toda la vida, no una chica a la que tirarse hasta hartarse de ella porque no significaba para él nada más que un cuerpo caliente y una cara bonita. ¿Cuántas había tenido ya en su vida? Todas las que había deseado; ahora necesitaba algo más. Por eso había comprado esa casa donde pensaba aislarse de juergas y saraos que lo enredaban por un camino que ya lo asqueaba.

—Ahora no estoy segura si Daniel me dijo a las diez —hablaba susurrando para sí misma—. ¿Y si me he confundido? Con lo nerviosa que estoy, no me extrañaría. —Miró la pantalla de su móvil—. Las once menos veinte. ¿Y si se ha olvidado de mí? He dejado las llaves dentro del piso de María y no creo que ninguno de mis amigos hayan llegado aún a Madrid e Irene no ha regresado de Gandía. ¡Vaya! Otra vez los de seguridad.

—Buenas noches —saludó el vigilante que conducía bajando la ventanilla—. ¿Qué haces aquí? Llevas mucho tiempo sentada en la puerta de esta casa.

—Espero al señor Álvarez —respondió tímidamente—. Hoy empiezo a trabajar para él y me pidió que viniera a las diez, pero se está retrasando.

—Llama a la central y pregunta si el señor Álvarez ha comunicado la llegada de una nueva empleada. —El compañero telefoneó de inmediato y cumplió con el recado.

—No. No han comunicado ninguna novedad a la central. —Eva comenzó a preocuparse de verdad. Con la emoción, seguro que se había confundido de día o de hora—. ¿Te has fijado bien? La chica es muy guapa y no creo que una asistente quede a las diez de la noche con su nuevo jefe —le dijo a su compañero bajando la voz hasta convertirla en un susurro imperceptible para ella—. ¿No te resulta sospechoso? A ver si se trata de una prostituta de esas que trabajan a domicilio. Con la fama que tiene Daniel Álvarez... No me extrañaría.

El vigilante que conducía la recorrió con una mirada de desprecio de arriba abajo que consiguió intimidar a Eva.

—¿Qué llevas en la maleta? —preguntó el conductor bajándose del coche.

—Mi equipaje —respondió Eva sorprendida—. Trabajaré de interna y viviré aquí.

—Ábrela —le exigió el otro vigilante a la vez que rodeaba el vehículo—. No nos gustan los trabajos de chicas a domicilio.

—¿Cómo? —Eva se sonrojó y temblorosa se sujetó con fuerza al asa de su maleta porque no le gustó el modo en que pronunció la palabra chica—. Creo que se están equivocando conmigo. Quizás les suene extraño, pero el señor Álvarez me citó aquí a las diez; él tenía una rueda de prensa y llegaría más tarde de lo habitual. —Los hombres no parecían convencidos—. En mi maleta traigo mi ropa.

—Entonces no te importará que echemos un vistazo; solo para asegurarnos de que no nos mientes.

El hombre tenía puesta ya las manos en la cremallera de la maleta cuando los faros de un vehículo iluminaron la entrada de la casa. Era Daniel.

Detuvo su coche sin abrir la entrada, se bajó y, con calma, se acercó a la reunión.

—Buenas noches, señor Álvarez —saludaron los vigilantes a coro—. Esta chica insiste en que va a trabajar en su casa de asistenta interna.

—Así es. —Dirigió su mirada a ella ignorando la presencia de los dos hombres—. Buenas noches, Eva. Siento el retraso. La rueda de prensa se alargó más de lo previsto.

—No lo ha comunicado usted a la central —intervino el segundo agente y recibió una mirada irritada y arrogante de Daniel—. Pensamos que se trataba de alguien sospechoso.

—Sí —afirmó irónico—. La verdad es que no me había fijado en que la chica parece bastante sospechosa. —Los vigilantes entendieron el tono empleado por Daniel y, intimidados por su arrogancia, evitaron mirarlo—. La he entrevistado esta tarde y no he tenido tiempo de comunicarlo a la central. Ahora espero que lo hagan ustedes por mí, si no les importa. Eva, por favor, dales tu nombre completo y los datos que te pidan. Voy entrando.

Decidido, cogió la maleta, la subió en el R 8 nuevo que el club había puesto esa temporada a su disposición y se dirigió al garaje sin despedirse. Eva lo siguió andando un minuto más tarde cuando Daniel entraba en la casa tirando de su enorme maleta y unas cajas de pizza en la otra mano. Los vigilantes ni siquiera le ofrecieron una disculpa a la chica tras la desagradable confusión.

—Acompáñame. Voy a mostrarte dónde está la alarma y cómo se desconecta. Le tomé unos minutos explicarle todo el funcionamiento, la clave que Eva Apuntó para asegurarse de no olvidarla hasta memorizarla.

—Vamos a cenar. He comprado un par de pizzas porque no me fiaba de lo que hubiera en la despensa.

Daniel se dirigió al comedor de la sala de estar anexa a la cocina. Sin poner un mantel ni servilletas, soltó la caja sobre la mesa de centro, se dirigió al frigorífico y cogió un par de cervezas.

—¿Quieres una cerveza? Me temo que no tengo nada más que ofrecerte.

Bueno, si te apetece vino, puedo abrir una botella.

—No, gracias. Agua estará bien. —Daniel sacó una botella del frigorífico.

—Mañana tendrás que abastecer la despensa —le pidió sonriendo—. A la mesa.

—¿Dónde están las servilletas? —preguntó Eva observando cómo se sentaba después de abrir la botella de cerveza y cogía una porción de pizza directa de la caja—. ¿Quiere un plato? —Daniel se encogió de hombros.

—Busca las servilletas en algún cajón de la cocina. —Eva se giró y de un vistazo encontró tres columnas de cinco cajones cada una. Sin comentar nada más, buscó con paciencia hasta dar con ellas. Luego se dirigió a la vitrina, sacó dos platos y le puso a Daniel uno por delante junto con la servilleta. Él la miró sonriendo satisfecho—. Como has podido comprobar soy un verdadero desastre en mi propia casa. Espero que me soportes. —Miró su porción de pizza y le sonrió sin complejos—. Qué aproveche.

Eva, incómoda y dolida aún por el denigrante trato sufrido por parte de los vigilantes, comía en silencio sentada frente a Daniel y pensando si compartir la cena con el jefe sería normal. Ella era la criada y no una invitada, pero prefirió no comentarlo.

—¿Te han molestado mucho los sabuesos? —preguntó Daniel iniciando una conversación—. Lamento el retraso, Eva —se disculpó sincero.

—¿Debe avisar cada vez que venga alguien a visitarlo?

—No. Suelen preguntar a los visitantes en la garita de entrada y si no les resultan sospechosos pasan sin dificultad. Aún no entiendo de qué podrían creerte sospechosa. Así vestida pareces una chiquilla de quince años. —Eva llevaba un pantalón corto vaquero y unas cómodas zapatillas planas rojas como su camiseta; avergonzada, recordando la confusión, bajó la cabeza.

—¿De qué te acusaban, Eva? —preguntó intrigado. La chica respondió sin mirarlo.

—De prostituta —murmuró.

—¡Imbéciles! —No ocultó su irritación al lanzar el insulto—. Como si no



tuvieran nada mejor que hacer.

Eva pensó que quizás estaban acostumbrados a verlas por allí, por eso la trataron de ese modo y esa idea la preocupó. Había aceptado el trabajo sin tener referencias de Daniel. ¿Y si se había metido en casa de un perverso? Suspiró y atrajo la atención del hombre. Al menos su madre sabía la verdadera identidad de su jefe y su dirección.

—¿Te encuentras bien? —se interesó preocupado—. Siento el mal rato que habrás pasado a causa de mi retraso.

—Sí, estoy bien —contestó encogiéndose de hombros—; un poco cansada. Ha sido un día algo angustioso. Si no le importa, voy a acostarme.

—Por supuesto, Eva. Mañana hablaremos sobre el coche.

—De acuerdo. Hasta mañana, Daniel. Que descanse.

—Buenas noches, Eva.

Se encerró en su dormitorio y, por ser la primera noche o quizás por lo nerviosa que estaba, prefirió correr el pestillo de su puerta y apoyó una silla tras ella; luego se dispuso a organizar su ropa. Miró a su alrededor cuando acabó y se sintió cómoda y satisfecha en su pequeño e íntimo refugio. Se acostó y en pocos minutos se durmió agotada tras el largo e intenso día que había pasado.

Se despertó temprano alterada por el nerviosismo que la invadía en su primer día de trabajo y a las seis y media ya estaba trasteando en la cocina, localizando enseres y utensilios que necesitaría para cocinar. Había una impecable termomix y en uno de los cajones encontró el libro de instrucciones y recetas. Había oído hablar maravillas de esa máquina a la madre de su amiga Irene, a la suya y a sus tías, así que pensó sacarle partido. Encontró los ingredientes necesarios, cuatro huevos, harina, yogur, aceite de oliva, limones, azúcar y, milagrosamente, una caja de levadura a punto de caducar, y decidió aprender a manejar el horno haciendo un bizcocho clásico y sencillo que había

preparado en multitud de ocasiones. En pocos minutos, la cocina estaba perfumada por un olor a panadería dulce y a hogar. Dejó el bizcocho haciéndose en el horno, se dirigió a la despensa y revisó a conciencia las escasas existencias. Pensó que haría la compra planeando a la vez el menú y comprando los ingredientes necesarios para preparar cada plato, de ese modo le resultaría más fácil. Eso le recordó que debía preguntar a Daniel por sus gustos y sus marcas favoritas, si es que las tenía.

Acababa de limpiar a fondo la sala de estar cuando apareció en la cocina un impresionante Daniel vestido con ropa deportiva, recién afeitado y con el pelo aún mojado.

—Buenos días, Eva. Huele de maravilla.

—Buenos días, Daniel. Le he hecho un bizcocho, como no hay gran cosa para desayunar, pensé que le gustaría.

—Me encantan los bizcochos caseros. Me recuerdan a mi niñez —reconoció sonriendo—. Gracias, Eva.

Daniel observó un instante la sala de estar y le gustó verla escrupulosamente limpia y ordenada después de dos semanas de absoluto desastre.

—¿Cómo le gusta el café? —preguntó Eva sacándolo de su ensimismamiento.

—Por la mañana, con leche. Después del almuerzo me gusta tomarme uno pequeño y solo. ¿Has visto la cafetera italiana?

—Sí. Hay dos tamaños.

—La grande la usas cuando tengamos invitados.

—¿Tiene alguna marca favorita? Dentro de un rato iré a comprar y me gustaría conocer sus gustos sobre algunos productos. ¿Le apetece un zumo de naranja?

Daniel sonrió ante el evidente nerviosismo de la chica que la empujaba a formular las preguntas de dos en dos.

—Compra uno de buena calidad. Todas las mañanas, café y zumo natural.

Eva le sirvió el desayuno en el comedor, con una mesa muy bien preparada

en la que no faltaba un detalle; mantel, servilleta, agua, vaso, taza, plato, cubiertos, azucarero, leche caliente, tostadas, aceite, mantequilla y el bizcocho en el centro perfumando y decorando la mesa. Daniel, asombrado ante el despliegue de atenciones con que lo agasajaba la joven, se sentó sonriendo satisfecho y devoró un desayuno que consideraba perfecto teniendo en cuenta que la despensa estaba vacía.

En cuanto se levantó de la mesa, pacientemente respondió a la lista de preguntas que Eva le tenía preparada sobre sus gustos culinarios, admirado al verla anotar con un interés desmesurado cada detalle. Después de que acabara con el interrogatorio, le mostró el coche en el garaje. Se trataba de un Volvo 70, con la rejilla trasera diseñada para el transporte de perros. Impresionó a la chica que no había pasado de conducir el viejo Citroën de su padre o el Seat Ibiza de su exnovio, Adrián.

—Lo compré para llevar y traer a Pelé. Es un coche grande, pero fácil y manejable en la conducción; no te preocupes por el tamaño.

—Un coche estupendo. Gracias por su confianza, señor.

—Por favor, Eva. Llámame Daniel. —La chica asintió con timidez.

—Tengo que hacerle algunas preguntas sobre la alarma.

—Dispara —respondió Daniel divertido.

—Si voy a la compra, ¿debo ponerla?

—No es necesario si cierras bien las puertas y ventanas. La alarma exterior está conectada a la cerradura de la puerta principal y en el momento que echas la llave se instala sola y se desconecta al abrir.

Cuando Daniel se marchó, Eva entró en su dormitorio y se esmeró en la limpieza del baño y el desordenado estudio. Ordenó la biblioteca alfabéticamente según los nombres de los autores. Dos horas más tarde se dirigió a un supermercado cercano a comprar y reponer la despensa. El calor aún apretaba y se decidió por ensaladas de arroz y verduras, de patatas, gazpacho y salmorejo como primeros platos y un día de pasta al pesto; como segundos, voraz a la espalda, filetes de pez espada al ajillo, gambas a la

plancha que acompañaría con verduras, según los primeros; por la noche pensaba alternar revueltos de huevo con espárragos, tortilla de champiñones, pollo al horno y, como guarnición, ligeras ensaladas de peras al roquefort, de piña aliñada con una suave mayonesa, la César que le salía una salsa inigualable... Comidas sencillas pero sanas, nutritivas y esperaba que le salieran sabrosas. También compró pan precocido de distintos tamaños con intención de preparar un desayuno variado acompañado de jamón o caña de lomo ibéricos, queso fresco de cabra con miel, gratinado de quesos, patés... Alimentos y condimentos para cinco días al menos, sin escatimar en precios y todo de primera calidad como le había exigido Daniel. Eva, admirada, pensó en lo fácil que le resultaría comprar y cocinar de ese modo.

Regresó a la casa y tras organizar toda la compra le quedó el tiempo justo para preparar la comida, incluido un postre fresco y ligero, mouse de limón.

Daniel llegó mientras Eva trabajaba en la cocina que ya estaba invadida por los aromas que desprendía unas patatas asadas a las hierbas provenzales y se sintió relajado y tranquilo, en un hogar, el suyo. Saludó a Eva, se interesó por cómo le iba la mañana y se encerró en su estudio hasta la hora del almuerzo. Estaba revisando por última vez el texto del libro que se publicaría en marzo sobre la psicología del fútbol, un proyecto que le había despertado gran ilusión y que le hacía pensar sobre su futuro inmediato, después de dejar el deporte profesional. El tiempo se le pasaba sin darse cuenta cuando investigaba, escribía o leía y fue Eva la que llamó con timidez a la puerta de su estudio para avisarle que el almuerzo estaba servido.

Le impactó contemplar nuevamente la mesa tan bien preparada, con buen gusto, orden y un derroche de detalles que abrían el apetito. Sus sentidos se excitaban ante el aroma que se expandía por la cocina. Por fin su casa recobraba una vida a la que parecía no estar destinada y le parecía imposible que la responsable fuera esa chiquilla preciosa de increíbles ojos verdes que

lo observaba nerviosa esperando su aprobación.

—Estupendo, Eva —expresó con naturalidad—. Podemos comer. Quiero que comas y cenas conmigo. Solo vivimos los dos en esta casa y me resultaría triste que nos sentásemos separados. Espero que nos hagamos compañía en cada comida; de paso nos conoceremos mejor.

—No quiero parecer desagradecida, Daniel, pero no me parece correcto.

—Es mi casa y yo decidiré lo que es correcto o no. ¿No te parece?

—Está bien, Daniel. Como usted desee.

Eva añadió sus cubiertos a la mesa, sirvió el almuerzo y se sentó frente a él.

Daniel disfrutó de un delicioso salmorejo acompañado de jamón ibérico y huevo duro picados, elaborado con tomates ecológicos, como le explicó Eva cuando Daniel la felicitó por su intenso sabor. El hombre se impresionó con el voraz salvaje a la espalda acompañado de las deliciosas patatas asadas. Y por último, paladeó con intensidad el refrescante y ligero mouse de limón que le sirvió de postre.

—Una comida excelente, Eva. Gracias.

—Me gustaría revisar los menús de esta semana a ver si le parecen correctos.

Eva lo había apuntado en uno de sus cuadernos de clase y, mientras le contaba, Daniel parecía cada vez más impresionado.

—Esta noche, cenará revuelto de espárragos y ensalada de piña. De postre puede elegir fruta o yogur.

—Mañana, patatas aliñadas con melva, pollo al horno y tarta fresca de queso. Por la noche he pensado en gambas a la plancha, algo más ligero, y ensalada de peras y nueces al roquefort.

Así, Eva le relataba con seguridad uno tras otro los platos y los postres dejando a Daniel tan asombrado que se limitaba a asentir.

—¿Cenará o almorzará algún día fuera de casa, señor?

—No, Eva. Esta semana no. Juego en casa.

—De acuerdo.

Se levantó dispuesta a prepararle el café solo que le había comentado esa misma mañana.

—¿Te importa servírmelo en el porche? —le pidió Daniel antes de dirigirse a una de las camas tailandesas donde leería un rato.

Eva recogió y limpió la cocina y se dirigió a su dormitorio. Se tumbó en la cama y descansó mientras veía en la tele *House*, una de sus series favoritas.

En pocos días, Daniel notó el efecto Eva reflejado en toda su casa que brillaba reluciente; su dormitorio siempre lucía impecable al igual que su vestidor perfectamente ordenado y organizado, tanto como su estudio del que la chica recordaba donde había colocado cada libro o carpeta que él encontraba en el lugar adecuado; su baño resplandecía y las toallas siempre estaban secas, esponjosas y suaves. Pero lo mejor de todo, sin duda, era el modo excelente en que cocinaba, tradicional pero digno de una estrella Michelin, al igual que la mesa en la que disponía cualquiera de sus comidas: los variados y apetitosos desayunos, los alegres almuerzos y las acogedoras cenas, cada comida decorada según el momento y la luz del día. A Daniel le resultaba mágico que esa preciosa chiquilla, en apenas unos días, hubiera convertido su casa en su hogar soñado.

Además de por el trabajo que desempeñaba en su casa, a través de las conversaciones que mantenían durante las comidas la iba conociendo un poco más y se asombraba al comprobar lo centrada que estaba Eva en conseguir acabar sus estudios. Al parecer, esa era su única ambición, por lo que se levantaba dispuesta cada día a cargar con el mundo a su espalda si era necesario, tanto que, al preguntarle Daniel si tenía novio, la respuesta que recibió de la chica le pareció que pertenecía a otra persona por lo fría y calculadora que le resultó.

—Me marchaba a Hamburgo, y él me pedía más.

—¿Te pedía más? ¿Qué significa eso?

—Adrián había terminado su carrera de ingeniería, solo le quedaba el proyecto y me propuso vivir juntos este curso. Le pedí tiempo porque creí que no debía complicarme la vida de ese modo. Primero debo terminar mis estudios y ahora que no tengo más remedio que trabajar, mi situación se ha complicado. Así que nos dimos una tregua.

—Eva, está bien que seas tan sensata y responsable, pero tienes que disfrutar de tus veintidós años —le aconsejó sincero—. No se van a repetir.

—¿Cree que no me gustaría hacerlo? —Su pregunta resultó un lamento—. Poder irme a casa de algunos de los amigos que hice en Hamburgo y que no dejan de invitarme a París, Milán, Londres, incluso Viena. Ahora mismo no puedo aspirar a eso y me considero afortunada por haber encontrado este trabajo tal y como están las cosas. Algunos de mis amigos ni siquiera pueden pensar en hacer un máster. —Suspiró satisfecha—. De verdad, me conformo con salir a divertirme de vez en cuando.

—Quizás tengas razón; hay que enfrentarse a la vida según se presente. Eres realista y lo has afrontado bien.

—También tengo mis sueños, pero para alcanzarlos es imprescindible que acabe mis estudios.

El segundo fin de semana que pasaba en casa de Daniel, Eva decidió cogerse su primer día libre. Sus amigos habían llegado a Madrid y habían acordado en salir juntos el sábado. Ese viernes le pidió permiso a Daniel, aunque no estuviera obligada a ello, pensó que debía hacerlo por cortesía.

—Daniel —comenzó nerviosa después de acabar el desayuno—, ¿puedo tomarme mañana sábado el día libre? —Daniel fingió que no le importaba.

—Por supuesto. ¿Vas a salir?

—Sí; ya han regresado la mayoría de mis amigos y hemos quedado el sábado en la piscina de la urbanización donde vive Irene, una de mis mejores amigas. Saldremos por la noche.

—De acuerdo, Eva. Pero tengo que pedirte un favor. El domingo celebro una barbacoa aquí; me gustaría que te encargaras de la compra y que me ayudaras a prepararla.

Eva se sintió agobiada. Las barbacoas que ella solía preparar junto a sus amigos se basaban en salchichas, chorizos y chuletas de cerdo y no le parecía adecuado para la comida que Daniel ofrecería a unos invitados.

Asintió insegura y después de unos minutos se le ocurrió que podría hacerla de mariscos y fue a consultárselo a Daniel.

—¿Tiene pensado qué servirá en la barbacoa?

—No sé; lo de siempre, entrecot, chuletones. ¿Se te ocurre algo distinto? —  
A Eva le pareció entusiasmado.

—Todavía hace calor. Podría hacerla de mariscos, langostinos, carabineros, cigalas y pinchitos morunos de cordero por si a alguien no le gusta o no le apetece tanto marisco; los venden aliñados. Yo le podría hacer algunas ensaladas y patatitas al mojo picón para variar de sabor.

—Eso suena excelente. ¿Te encargarás de prepararlo todo?

—Sí. Después iré al supermercado y hablaré con el pescadero. No creo que haya problemas. ¿Para cuántas personas?

—Diez creo, quizás once; no estoy seguro. Por favor, prepara tu delicioso mouse de limón.

—De acuerdo —le respondió dispuesta a satisfacerlo con una gran sonrisa.

Esa misma tarde realizó los encargos oportunos y compró las bebidas que Daniel le había encargado, además de hermosos pimientos rojos para asarlos en el horno, tomates ecológicos que aliñaría con aceite, ajo y albahaca y una refrescante ensalada de col, apio y zanahoria con una salsa picante de tabasco que su madre solía hacer en verano y que decoraría con nueces picadas y pasas.

La mañana siguiente Daniel se encontró a una Eva deslumbrante preparándole el desayuno. Estaba preciosa con un fresco vestido beige que le daba un carácter bohemio ayudado por las sencillas sandalias de finas tiras



que llevaba anudadas a los tobillos. Daniel era un observador implacable en todos los aspectos de la vida y se detuvo en todos los detalles que destacaban en ella ese día que pasaría alejada de él. Sus manos adornadas por cuatro anillos grandes y llamativos, de sus orejas colgaban unos grandes aros plateados y, al llevar recogido unos mechones de pelo cobrizo, descubrió un pequeño, sugerente y sexi tatuaje en su hombro izquierdo; una manzana mordida y rodeada por una serpiente; “muy bíblico”, pensó Daniel sonriendo a medias, pero no se atrevió a preguntarle por el significado que tenía para ella. Se molestaba en analizar cada detalle porque Eva comenzaba a importarle demasiado.

La chica retiró los platos del desayuno y se despidió de Daniel con un “ahora vuelvo” que lo dejó con ganas de seguir contemplándola y eso le preocupó.

—Aléjate de ella, Daniel. Aléjate o lo lamentarás por ti y por Eva.

—Lo sé —se respondía a sí mismo—, pero es como esa manzana que lleva tatuada en el hombro. Está diciendo “cómeme”.

—Pero si lo haces, si tan siquiera la pruebas, no tardarás en perderla y ahora mismo la necesitas; mira lo que ha hecho en tu casa en pocos días. Eva te hace más feliz con su trabajo, ocupándose de ti, cocinando para ti, que ninguna otra mujer ofreciéndote su sexo.

—Sí, esos son solo momentos de placer, minutos que no cambiaría por el bienestar y la paz interior que siento ahora en mi casa bajo el cuidado de esa adorable chiquilla, desde el primer día que llegó. Pero si ella me...

—Ni lo pienses, Daniel —le reprochó su conciencia—. Eva no es para ti. Necesitas más, necesitas a una mujer de verdad, no a esa niña, aunque resulte irresistible, de la que, seguramente, acabarás harto o dolido.

—Sí, tienes razón, solo es una chiquilla.

Eva regresó cargada con la compra y Daniel se obligó a no ayudarla a descargarla del coche para mantener una distancia obligada entre los dos; en ese momento en el que aún estaba sometido a la debilidad carnal, prefirió no

acercarse a ella. Hacía tres semanas que no estaba con una mujer, extraño en él, y eso lo hacía vulnerable frente a Eva.

—¿Necesita algo más? —preguntó Eva distante por la falta de cortesía que acababa de demostrar Daniel. Era evidente que le gustaba mantener las distancias y a eso también sabía jugar ella.

—No, Eva. Que te diviertas. ¡Ah! Y no bebas si te llevas el coche.

—No pensaba llevármelo.

—Entonces, ¿cómo pensabas ir hasta la casa de tu amiga en Las Rozas?

—En autobús y en metro, señor —añadió marcando las distancias que él pretendía—. Como llevo haciendo desde que estudio en Madrid.

“¡Maleducado, grosero!”, gritó en sus adentros.

—No se preocupe si no vengo a dormir, probablemente pase la noche fuera. Pero llegaré antes de mediodía. ¿Está bien a esa hora?

—¿Has cambiado de planes? —Se removía inquieto en la chaise longue sobre la que leía cómodamente tumbado en cuanto oyó el cambio de planes—. ¿No vas a casa de tu amiga?

—Sí.

Eva decidió no darle más explicaciones, molesta como estaba por el trato que acababa de recibir por parte de Daniel y, orgullosa y dolida, no se llevó el coche a pesar de la insistencia de su jefe. Si lo hacía le resultaría que aceptaba un favor de él. Aunque después se arrepintió porque si no utilizaba el coche para ir y venir de la facultad tendría serios problemas para respetar los horarios establecidos por Daniel.

—Hasta mañana, señor —repitió con una amabilidad fingida que Daniel no captó y lo dejó con un buen pellizco en el estómago sin pretenderlo.

Justo cuando comenzó a correr en el calentamiento previo al partido, reconoció esa terrible punzada en la rodilla derecha que le molestó tanto durante el campeonato de Europa jugado durante ese mismo verano.

“No, mierda, otra vez no. Acabo de empezar la temporada y ya tienes ganas de fastidiarme de nuevo. Te ignoraré, quizás así desaparezcas. ¿Dónde estará Eva? —se preguntó intentando distraerse de ese dolor—. ¿Estará con su amiga o con un amigo? Tengo que preguntarle sobre los lugares que frecuenta. ¿Beberá? Probablemente, por eso no ha querido llevarse el coche. Aunque no se ha tomado ni una cerveza, ni una copa de vino desde que llegó a mi casa, así que no debe ser bebedora; tampoco tiene pinta de tomar drogas, ni siquiera la he visto fumar. ¿Cómo sería ese novio al que dejó con tanta frialdad? Me parece que es demasiado fría. Sí, está tan centrada en alcanzar su meta, en acabar sus estudios y hacer su máster, que no le interesa nada más. O quizás sea más ingenua de lo que parece porque después de su encuentro con los guardias de seguridad estaba temblando —bufó aliviado—. Menos mal. Parece que el dolor ha remitido; tendré que decirle a Pepe que me eche un vistazo el lunes, me da mala espina este dolorcito. Me siento bien, sí; aún no estoy al cien por cien, pero mis piernas están ligeras y mi mente despejada. Estas tranquilas semanas en casa me han sentado de maravilla; comer, bañarme en la piscina, leer, ver una película... Suena de fábula. Sí, ahora no necesito más.

No sé por qué tuve que invitar a Fonsi y a todos los demás, pero se puso tan pesado con eso de celebrar la barbacoa de la suerte. Menos mal que estará Eva; ella me evitará todo el marrón de la comida y atenderá a mis invitados mejor que yo, estoy seguro. Y el lunes mis hermanos, lo que significa que se acabó la paz en mi casa, por lo menos hasta el jueves. El pobre David no me da lata, me obedece como un perrito y, cuando yo no esté en casa, Eva se encargará de distraerlo; David se prenderá de ella tanto como yo.

Bueno, esto va a comenzar. Presta atención Daniel, te falta poco y tienes que acabar tu carrera en este club, así que ahora a darlo todo. Va por ti, papá”.

Y salió del túnel dispuesto a dar lo mejor de sí mismo sobre el terreno de juego.

“Dios, qué calor hace aún. Menos mal que el árbitro no ha añadido tiempo

de descuento antes del descanso. Tengo que cambiarme la camiseta, está empapada. Ya viene el míster. No creo que tenga nada que criticarme; hoy lo estoy bordando”.

—Daniel, sigue marcando el mismo ritmo al partido y no permitas que se relajen atrás. Dos jugadas magníficas las de los goles; lástima que no nos hayan salido las demás porque hubiésemos marcado tres más. Sigue intentándolo por el centro porque lo estás haciendo de fábula.

—De acuerdo, Sancho.

“No está mal después de la bronca que recibí el sábado pasado. Si el ‘argentino de oro’ no fuera tan egoísta con la posesión del balón, hubiésemos marcado al menos tres goles. Soy demasiado veterano en esto para tragarme esas duras críticas y ver que a un niño de veintidós años nadie es capaz de toserle. Siempre te hago caso, papá, nada de protestar; baja la cabeza, trabaja y da lo mejor de ti. No me ha funcionado mal en el fútbol”.

—Enhorabuena, Daniel. Has hecho un partido magnífico —lo felicitaba su amigo Rafa Martínez que lo telefoneaba desde Madrid porque había venido a jugar en el Calderón—. Estás en muy buena forma.

—Sí, estas semanas atrás he descansado y he comido bien. Cada vez lo necesito más.

—Nos estamos haciendo viejos para esto, Daniel. —Los dos rieron a carcajadas—. Nuestro avión sale a las dos de la tarde. ¿Tomamos algo en mi hotel después de cenar?

—De acuerdo. Te veo a las once. ¿Cómo están Sonia y Rafita?

—Regular —dijo en gesto sombrío—. Luego hablamos y te cuento.

—Pero... ¿Rafita está bien? —insistió preocupado por el hijo de cuatro años de uno de sus mejores amigos y su ahijado.

—Sí, estupendo. Soy yo el que no está a gusto en casa. Tengo mucho que contarte. Después nos vemos.

—No sé cómo soportas el frío, Daniel —le comentó Pepe, su fisioterapeuta favorito—. Te vas quedar sin pelotas. —Daniel se rio.

—Sí, pero me deja más fresco que una lechuga y ahora que estamos empezando lo necesito más. Por cierto, tienes que mirarme la rodilla.

—¿Otra vez la derecha? ¿La misma punzada? —Daniel asintió—. Debe ser un poco de sobrecarga. Tienes las mejores articulaciones que he visto en mi vida. Después de los años que llevas en esto... Tus rodillas son de acero.

—Ojalá fuera cierto. Por si acaso, el lunes a primera hora me echas un vistazo. Estaré aquí a las nueve y media, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Daniel.

Dejó a algunos compañeros tomando una copa después de la cena y se dirigió al hotel donde se hospedaba Rafa; ya lo esperaba en el bar con una cerveza en la mano. Daniel se pidió otra.

—Estoy metido en un lío, Daniel.

—Te has liado con otra —afirmó Daniel convencido del problema de su amigo que lo escuchaba sorprendido—. Ese es el lío. ¿Desde cuándo?

—Una recepcionista del hotel donde nos alojamos en los Pirineos durante la pretemporada; tiene veinticuatro años y está buenísima.

—¿Lo sabe Sonia?

—No, pero estoy convencido de que se huele algo. Durante este verano nos hemos distanciado más aún; ya te conté que la cosa no andaba bien; nos pasamos el tiempo discutiendo, y desde que conocí a Marta nuestro futuro se ha puesto más negro aún.

—¿Cuándo ves a Marta? Si trabaja fuera de Barcelona...

—Eso es lo mejor. —Suspiró—. O lo peor, ya no estoy seguro. Acabó su contrato en agosto y está en Barcelona. La veo casi a diario y estamos genial juntos.

—Rafa, llevas más de diez años con Sonia y estabas loco por ella. ¿Crees que merece la pena arriesgarlo todo por un calentón?

—No imaginas cómo es el calentón.

—Puedo hacerme una idea. Ya sabes que en eso te llevo ventaja. —Bebió un trago de su cerveza sin dejar de mirar a Rafa—. Sonia y tú teníais una relación profunda y especial, no creo que puedas olvidarlo con facilidad y además, deberías pensar en tu hijo. Conozco bien a tu mujer y si se entera de tu rollo, como no te la puede cortar sin que la metan en la cárcel, te dejará sin tu hijo; de algún modo te castigará por lo que le has hecho.

—Mierda, Daniel. Precisamente tú eras el único tío que creía que iba a felicitarme por mi aventura. Sonia ha sido la primera mujer de mi vida, con la única que me he acostado antes que con Marta y eso tampoco es bueno.

—¿Y qué tiene de malo la misma compañía cada noche? Sobre todo si es la que tú has elegido. Tu familia es tu tesoro y tu verdadero éxito, Rafa. No hagas ninguna tontería de la que te arrepentirás durante el resto de tu vida. Sonia es una mujer guapa y simpática, y la maternidad le ha sentado bien, en todos los sentidos, y en cuanto la dejes también tendrá sus oportunidades. —La cara de Rafa palideció—. Y créeme, las aprovechará aunque solo lo haga por fastidiarte.

—Te has vuelto todo un filósofo —dijo Rafa interrumpiendo el silencio que se había instalado entre los dos hombres—. Me has sorprendido. Creí que me felicitarías por mi aventura y me encuentro con un sermón.

—Eso es porque estoy madurando —bromeó Daniel sonriendo—. Cumplí treinta en julio y a ti te faltan unos meses. Viene con la edad.

Después de una cerveza más y una larga conversación, pasada la medianoche, los dos amigos se despedían.

—Ya sabes, deja de hacer el gilipollas y cuida de tu familia.

—Lo pensaré, tío. Me alegro de verte y ya sabes, búscate una novia y me comprenderás.

—Te equivocas, Rafa. Consigue que Sonia te deje y entonces me entenderás tú a mí. Vas a destrozarte tu vida. No merece la pena correr el riesgo; recuérdalo. —Le sonrió—. Mantén la bragueta bien cerrada y al pájaro enjaulado.

Daniel llegó a su casa, se aseguró de que Eva no había regresado y echó de menos su presencia de un modo preocupante. Se fue directo a la cama, agotado tras el partido que había jugado y se durmió dándole vueltas en su mente a la situación que padecía su amigo Rafa y al modo tan estúpido en que complicaba su vida y la de su pequeña familia. Daniel llegó a la conclusión de que Rafa no valoraba la joya que había conseguido atesorar, algo que él anhelaba alcanzar pronto.

Hacía mucho que Eva no salía una noche y lo pasó genial tomando unas copas con sus amigos a los que se alegraba de ver más que nunca después del angustioso verano que había pasado pensando en que no volvería a encontrarse con ellos porque no podría continuar con su carrera universitaria. Ni siquiera se había arreglado desde hacía meses dispuesta a salir una noche de marcha, aunque sabía que no podía quedarse hasta muy tarde ya que le esperaba un día de duro trabajo atendiendo a los invitados de Daniel, que tal y como se había portado con ella esa mañana, suponía que esperaba que hiciera de camarera durante todo el día. Deseaba pasar una velada ajena al resto de su realidad y se limitó a escuchar las experiencias del verano de sus amigos, algunos como ella habían estado por Europa durante el último semestre y todos tenían anécdotas de las que reír o lamentarse. Luego, acabó en una discoteca y cuando llegó a casa de Irene eran cerca de las siete de la mañana. Sabía que se arrepentiría de lo poco que iba a dormir, pero su vigilia había merecido la pena porque se había divertido.

A las doce, como había prometido, aunque no había desayunado apresurada por coger el autobús a tiempo, llegaba a casa de Daniel y se lo encontró en el jardín preparando una gran mesa improvisada.

—Buenos días, Eva —la saludó alegrándose de tenerla de vuelta en su casa.

—Buenos días —respondió ella cortante y se dirigió a su dormitorio.

Sacó su ropa de la mochila que había llevado y se quedó con el mismo

vestido que se puso la mañana anterior pensando que estaría más fresca y cómoda. Pero creyó que como Daniel tenía invitados quizás prefería que se pusiera uno de los uniformes que había en el armario del lavadero aunque le quedaran enormes, así dejaba claro su posición en la casa. Desde luego le aclararía después que el sábado, tras regresar cargada con la compra, él no se molestó en echarle una mano.

—Eva —la llamó Daniel entrando en la cocina—. Necesito un mantel grande para la mesa de la barbacoa.

—Enseguida lo busco. ¿Prefiere que hoy me ponga un uniforme? Como va a tener invitados.

—No es necesario; así estás bien. —Daniel la recorrió con la mirada de arriba abajo pensando que estaba increíblemente preciosa; Eva creyó que le hacía una inspección a su indumentaria por si era adecuada para recibir a sus invitados—. Prepara la mesa, por favor. Tú lo haces con un arte especial.

Ella, después de la falta de atención del día anterior, no sonrió.

—¿Cuántos serán exactamente?

—Al final seremos once. —La miró un instante y sonrió burlón—. Por tus ojeras veo que no has dormido mucho. ¿No tendrás resaca? —Eva no entraba en el juego de sus bromas y Daniel se preocupó porque quizás no se sintiera a gusto trabajando un domingo para él—. Solo estaba bromeando, Eva. No te enfades.

—Nunca se me ocurriría enfadarme con usted, señor.

—¿Se te ha olvidado mi nombre? —le preguntó molesto—. No sé por qué lo haces, pero desde ayer me estás llamando otra vez “señor”.

—Lo siento —Eva se disculpó ante el enfado de Daniel convencida de que se estaba pasando con su comportamiento irónico y prefirió dejarlo—. No lo volveré a hacer hasta que usted me lo pida. —Y avergonzada bajó la cabeza—. Voy a preparar primero el mouse de limón, así tendrá tiempo de enfriarse y luego pondré la mesa.

—Quiero echarte una mano. ¿Qué puedo hacer? —Eva lo miró sorprendida y



tardó en responder—. Venga, Eva. Dime cómo te puedo ayudar.

—Puede ir lavando las verduras. Ahora mismo las saco del frigorífico. He pensado que si hay hielo suficiente puede enfriar las bebidas en un cubo muy bonito que hay en el lavadero. Así no habrá que estar entrando y saliendo continuamente.

—Bien pensado. Tráemelo y ya lo llenaré yo. El verano que viene compraré una nevera de exterior y la instalaré junto a la barbacoa.

Mientras Daniel se dedicaba a las bebidas, Eva preparaba una mesa elegante y sencilla bajo la pérgola cubierta por una frondosa wisteria, además de otra pequeña anexa con vasos, platos y cubiertos de recambio. En esa casa había mantelerías, cuberterías, cristalerías, vajillas para cinco mesas, compradas por la única hermana de Daniel, y Eva las tenía todas controladas por si surgía una ocasión como esa; no deseaba que su jefe la sorprendiera llevando invitados a su casa y no pudiera atenderlos como debía. Se esforzaba en servirle perfectamente y en no decepcionarlo. Decoró las mesas con pequeñas plantas que el jardinero preparó el día anterior cumpliendo con la petición de la chica y las metió en unas cestas que adornaban el porche; el centro de la mesa lo adornó con una fuente de limones y hojas de naranjo y cuando Daniel salió al jardín controló emocionado su sorpresa y admiración ante el esmero y el buen gusto que demostraba Eva, como siempre le sucedía.

—Estaré en la cocina preparando las ensaladas —dijo sin conceder importancia a lo que acababa de hacer.

Daniel la siguió y volvió a pedirle trabajo. Lo mandó a cortar el pan y a colocarlo en unas cestas que ni siquiera sabía que tenía.

—Veo que conoces mejor mis cosas que yo —le dijo sonriendo—. La mesa está muy elegante. Gracias por esforzarte, Eva.

—Es mi trabajo —respondió distante y continuó revisando los pimientos que se asaban en el horno y cuyo aroma provocó un suspiro de Daniel.

—Huele de maravilla. —La miró un instante en silencio—. Me gustaría que te sentaras con nosotros a la mesa.

—No, Daniel, por favor. Se lo agradezco, pero no me parece correcto.

El rostro de Eva estaba tan contrariado que Daniel prefirió atenerse a su respuesta y no violentarla más de lo que ya estaba. Ella no entendía que una vez la tratara sin miramientos y la dejara descargar la pesada compra sin ofrecerle su ayuda y esa mañana la invitara a una barbacoa con total naturalidad.

Conforme iban llegando los invitados, Daniel, bromeando divertido, presentaba a la chica como su niñera y todos se sorprendían por su juventud y, sobre todo, admiraban embobados su belleza durante unos segundos que violentaban a Eva. Uno de ellos se hizo cargo de la barbacoa y en cuanto estuvieron servidos todos los platos, Eva se retiró a la cocina, comió un poco de ensalada y comenzó a fregar lo que se iba ensuciando, que era bastante. Cuando salió a retirar más cubiertos, Daniel se acercó a ella sonriendo y le pidió que sirviera el postre. En una bonita bandeja de madera presentó las doce elegantes copas de mouse adornadas con hojas de menta. Daniel regresó con una copa en la mano y le exigió que se la tomara ella.

—De verdad que ya he comido y no me apetece. Se lo guardaré para mañana. El tono algo irritado de la chica preocupó a Daniel.

—¿Qué te ocurre, Eva? ¿Te encuentras bien? ¿Quizás este trabajo sea demasiado duro para ti?

—No me ocurre nada —respondió cortante ante la preocupación excesiva de Daniel quien la observaba extrañado.

—¿A qué hora te acostaste anoche?

—Pasadas las siete de la mañana. —Se ruborizó un momento—. Debí acostarme antes, pero me quedaba a dormir en casa de mi amiga y no podía irme sin ella.

—Otra vez te llevas el coche y podrás venirte a dormir cuando te apetezca.

Eva se encogió de hombros y se dispuso a continuar con la tarea.

—Deja eso ahora y acuéstate un rato. Vamos a tomar unas copas y en eso creo que me las puedo apañar solo.

—Mejor descansaré en el sofá y si me necesita estaré cerca.

—¿Sabes que eres muy testaruda?

—Es mi trabajo y mi obligación.

—Como quieras, Eva. No voy a discutir más contigo. Pero descansa. —Y no discutió con él porque sus palabras sonaron como una orden.

Eva preparó unas cubiteras y unas bolsas de frutos secos que dejó sobre la encimera para que Daniel las tuviera a mano por si le apetecía ofrecérselos a sus invitados, se sentó en el sofá y puso una película que no soportó despierta ni cinco minutos. Cuando Daniel entró a buscar hielo y la vio dormida, la contempló un instante deleitándose en cada detalle de su rostro y de su cuerpo delineado por las formas que el vaporoso vestido dejaba intuir, se sintió como un voyeur ante esa preciosidad que dormía ajena a sus lujuriosos pensamientos. Suspirando, cerró con cuidado las puertas correderas que separaban la sala de estar de la cocina y la dejó descansar hasta que ella se despertó por el tintineo del cristal al chocar contra la encimera.

Daniel rechazó las provocativas insinuaciones de Clara, una de sus invitadas con la que ya había mantenido más de un encuentro sexual. A pesar de su abstinencia, sentía algo en su estómago que no le permitía que esa mujer pasara otra noche en su cama ni bajo su techo y no logró averiguar qué era hasta que vio el rostro somnoliento de Eva asomando por las puertas de la cocina y, avergonzada, se disculpaba por haberse dormido durante más de cuatro horas. Los invitados se habían marchado y Daniel recogía la vajilla sucia.

—Qué vergüenza, Daniel. ¿Por qué no me ha despertado? No habrá podido atender bien a sus invitados si estaba pendiente de servirlos.

—Solo han sido un par de copas, Eva. Además era tu día libre.

—Pero me pidió que lo ayudara y yo acepté. Me comprometí a hacerlo.

—Y lo has hecho. Todos me han felicitado, bueno —aclaró sonriendo—, la verdad es que me han pedido que te felicite a ti de su parte.

—¿Le apetece cenar algo? En cuanto meta los vasos en el lavavajillas le preparo lo que le apetezca.

Daniel ocultó en lo más profundo de su conciencia el pensamiento lujurioso que había provocado el ofrecimiento ingenuo de la chica.

—Podemos comernos algunos pinchitos. Fuera. Hace una noche estupenda. Voy encendiendo la barbacoa.

Mientras removía los restos de carbón, reflexionaba sobre lo que le estaba sucediendo y sus conclusiones no le gustaban en absoluto. Se estaba dejando llevar de nuevo por su instinto de macho depredador y estaba ansioso por dar caza a la presa más succulenta y deliciosa que había tenido a tiro en toda su vida. Aunque se esforzaba por dominarlo, Eva tenía algo que doblegaba esa férrea voluntad que le había permitido rechazar a Clara y que siempre había utilizado para elegir a la chica que a él le apeteciera y no a la primera que se le ofreciera. Eva le influía tanto que anulaba el posible deseo que antes habría despertado en él otra mujer. Por eso, desde que había llegado a su casa no había sentido la necesidad de acostarse con ninguna. La presencia de Eva le satisfacía lo suficiente como para borrar de la faz de la Tierra al resto del género femenino. Y él se sentía capaz de seducirla y meterla en su cama.

“Y luego ¿qué? —le preguntó su subconsciente mientras removía el carbón—. ¿Crees que encontrarás otra empleada que te atienda del mismo modo exquisito que ella? Solo es su apariencia física lo que te atrae y luego te decepcionará, como te sucede con las demás. Controla tu testosterona y esfuérzate por conocerla; te defraudará como todas en pocos días y asunto resuelto”.

—¿Le apetecen patatas con mojo? —le preguntó Eva desde el porche sacándolo de sus reflexiones—. Han sobrado algunas.

—Sí, por favor. Están deliciosas.

Media hora más tarde tomaban una copa de vino mientras los pinchitos se asaban en la parrilla y ellos comían una ensalada que Eva había preparado.

—Recuerda que mañana seremos siete a la mesa.

—¿Siete? —preguntó Eva sorprendida.

—Tú comerás, ¿no?

—Sí, sí, claro. No me había dado cuenta. —Pensó un instante en silencio—.

¿A sus hermanos les gusta todo o debo tener en cuenta alguna objeción?

—No te preocupes, tienen un apetito tan voraz como el mío.

—¿De vez en cuando puede comer fritura?

—¿En qué estabas pensando? —preguntó paladeando.

—Compré unos calamares el otro día y los congelé. Había pensado hacer pasta y una fritura de calamares, croquetas de jamón que también hice y berenjenas.

—Eso suena fantástico. Sí —asintió saboreando en sueños—, de vez en cuando puedes servirme fritura.

—¿Por qué tiene tantos libros de psicología en su estudio? —le preguntó Eva cambiando de tema después de dar un sorbo al vino que le supo delicioso. Jamás se había atrevido a probarlo, no quería que Daniel lo supiera y la tomara por una chiquilla.

—Hace dos años acabé la licenciatura; soy del plan antiguo y tardé ocho años en terminarla, pero tampoco dispongo de mucho tiempo libre. Luego hice un máster de psicología deportiva. Le prometí a mi madre que acabaría en la universidad y no podía defraudarla.

—Entonces se sentirá muy orgullosa de usted.

—Mi madre murió hace siete años y obtuvo de mí esa promesa pocos días antes de despedirse para siempre. —Mostró una preciosa sonrisa desgana que lo convertía en alguien vulnerable y solitario—. Creo que no se fiaba de mis intenciones.

—Lo siento mucho, Daniel —murmuró Eva sinceramente afligida.

—Yo también lo sentí cuando ocurrió. Y cuatro años después murió mi padre

en un accidente de coche. Fue muy impactante.

—¿Quién cuida de su hermano David? —preguntó Eva sinceramente apenada.

—Nos lo vamos turnando, pero pasa la mayor parte del tiempo con mi hermano mayor que está casado. Yo viajo mucho y David necesita estabilidad.

—¿Cuando se retire como jugador a qué se dedicará? —se interesó intentando parecer más animada y cambiar el estado de ánimo de Daniel.

—No estoy seguro. Me gusta mucho el fútbol, pero no sé si me quedarán ganas de continuar con él después de colgar las botas.

—¿Y tú? ¿En qué te gustaría especializarte?

—Me interesa la economía internacional y el desarrollo sostenible. Me encantaría trabajar en alguna organización internacional, como la OCDE, el Fondo Mundial...

—¿Y no te importaría trabajar fuera de España?

—No, no me importaría.

—Por eso no quieres atarte a tu novio. Tienes planes. ¿Mi conversación te aburre? —le preguntó burlón al ver el bostezo que se le había escapado a Eva, quien se ruborizó de los pies a la cabeza.

—No, por supuesto que no. Hacía tiempo que no salía hasta el amanecer; he perdido práctica.

—No salgo de ese modo desde la fiesta que celebramos después de ganar el título europeo. Después me cuesta mucho recuperarme; ya no estoy para esos trotes — se lamentó sonriendo.

—Habla como si tuviera ochenta años. —Se rio la chica.

—Y los tengo como jugador profesional de fútbol. A los treinta todo son dolores, calambres, lesiones... Aunque por ahora me siento afortunado en ese aspecto. También me cuido mucho y si sigues cocinando de este modo tan fantástico creo que duraré unos años más pateando una pelota.

—¿Sus invitados de esta noche están relacionados con el fútbol?

—No, solo como aficionados. Eran unos amigos editores y psicólogos. He

escrito un libro sobre psicología aplicada al fútbol y me lo publicarán en marzo.

—¡Vaya! —exclamó Eva impresionada provocando la sonrisa de Daniel—. Con su experiencia debe saber mucho sobre ese tema.

—Eso espero, que al menos mi experiencia haya servido para algo.

Acabaron la cena conversando en el mismo tono relajado y juntos quitaron la mesa y, bajo el asombro de Eva, Daniel colaboró en recoger la cocina. Luego tuvo que reprimir al seductor que vivía en su interior para no llevársela a la cama aunque fuera lo que más le apetecía en ese instante. Los dos tardaron en conciliar el sueño. Ella pensando en lo contradictorio que le resultaba Daniel, tan atento y amable, que a veces actuaba como un compañero con el que compartía piso y esa estupidez le provocó una carcajada. Daniel se esforzaba en sacar de su cabeza a esa chiquilla que cuanto más profundizaba en su carácter, más le atraía; era sincera, honesta y, sobre todo, se admiraba por la ilusión que le despertaban las expectativas de su futuro, a pesar de los graves problemas económicos que sufría su familia y ante los que, era evidente, ella ni se rendía ni se amilanaba. Eva estaba tan llena de vida que conseguía contagiarlo de esa energía vital que desprendía cuando estaba en su compañía. Decidió que se alejaría de ella de la única forma que sabía: usando a otras mujeres para conseguirlo hasta encontrar a la afortunada o a la que le hiciera sentirse afortunado.

## Capítulo 3

Los lunes trabajaba en la casa Sofía, la mujer que iba una vez por semana desde que Daniel vivía allí. Eva le pidió que limpiara a fondo los dormitorios de invitados, los baños respectivos y vistiera las camas. Luego revisó el trabajo mientras Sofía planchaba y comenzó a preparar el almuerzo y parte de la cena. La compra la realizaría por la tarde. Los días siguientes sabía que estaría desbordada por el trabajo que le supondría atender a seis personas, incluyendo al exigente Daniel, y a una casa tan grande. En ese momento consideraba que todo estaba en perfecto orden para recibir a los invitados y se relajó cocinando. Cada día disfrutaba más haciéndolo, sobre todo porque Daniel demostraba verdadera adoración hacia sus platos y sentir cómo lo conquistaba a través del paladar la motivaba y la obligaba a esforzarse por continuar impresionándolo y agradándole.

Sofía se admiraba al ver a esa chica tan joven y responsable pendiente de esa enorme casa y de un hombre tan caprichoso y exigente como era Daniel; sin embargo, también se percató del trato que él le dispensaba y las miradas que le dirigía y, en cierto modo, se preocupó por Eva.

—No te preocupes, Eva —la animó la amable mujer—. Está todo perfecto; seguro que Daniel no tendrá ninguna queja de ti.

—Eso espero. Necesito mantener este trabajo y tengo un mes de prueba.

—Yo también lo necesito. Tengo dos hijos que dependen de mí, así que imagina cuánto me esfuerzo cada día. Hay mujeres limpiando por una miseria



y también hay quien se aprovecha de los que estamos desesperados; tú por terminar tus estudios, yo por tener un plato de comida cada día en mi casa. Y si faltó cuando uno de mis hijos está enfermo y no puede ir al colegio, ese día no cobro. He ido a trabajar hasta con cuarenta de fiebre y dos comprimidos de paracetamol intentando aguantar la jornada. Afortunadamente, Daniel me paga lo justo, incluso si es festivo o no puedo venir.

—Sí, me parece un hombre muy generoso —reconoció la joven—. ¿Y tu marido? ¿Estás casada?

—Separada, o mejor dicho, abandonada. —Eva no pudo evitar un respingo al conocer la verdadera y complicada situación de Sofía—. A la mayoría de los tíos habría que hacerles una vasectomía en cuanto cumplen los quince. —Las dos se rieron—. Cuídate de ellos, chiquilla, porque eres muy bonita y los atraerás como moscas.

Sofía no quiso advertirle sobre Daniel en ese momento porque aún no la conocía bien y esperaba que a su jefe se le pasara el descarado calentón que la chica ingenua le provocaba.

La familia de Daniel se asombró tanto como sus invitados del día anterior cuando presentó a Eva.

—Daniel, tú sabes elegir a tus empleadas —bromeó su hermano a solas—. Imagino que será más agradable ver los increíbles ojos verdes de Eva cada día, que la cara avinagrada de Conchi.

—Infinitamente mejor, y, cuando compruebes su modo insuperable de cocinar, me ganaré tu respeto por mi acertada elección.

Eva se acercó discretamente a Daniel mientras tomaban un aperitivo en el porche y le preguntó dónde deseaba que sirviera el almuerzo.

—Hazlo en el salón, estaremos más cómodos que en la mesa de la sala.

—Daniel, si me permite, preferiría no sentarme con ustedes a la mesa. No es correcto.

—Me da igual si te parece correcto o no —se negó tajante—. No voy a discutir sobre ese asunto. Comes con nosotros.

—Se lo agradezco, Daniel. Pero me sentiré como una intrusa. Soy su empleada, no una amiga, ni familia, ni invitada. Por favor.

—Acompáñame a mi estudio, Eva —le ordenó.

Sus hermanos permanecieron ajenos a la conversación anterior, pero sí oyeron la orden de Daniel y los observaron dirigirse a su habitación sin ocultar el asombro que les provocaba el tono agrio que acababa de utilizar al hablarle a la chica.

—¿Por qué tienes que discutir conmigo una orden? —le preguntó de mal humor cuando estaban a solas.

—Lo siento, solo intento que se muestre razonable. Puede ser que su familia se sienta incómoda con mi presencia en la mesa. Soy una desconocida.

—Tú no molestas a nadie y en mi casa menos. No voy a dejarte comiendo sola, así que, por favor, no insistas más. Me contuve ayer porque te vi cansada.

—Usted es mi jefe, usted manda, pero no me parece correcto.

—A mí sí. Y otra cosa, deja de hablarme de usted. Me pone nervioso. —Eva lo miró un instante con la boca abierta sin comprender las pretensiones de Daniel—. ¿Ahora qué sucede?

—Nada —susurró—. ¿Puedo irme ya?

—Sí y sin mal genio, Eva. Creo que empiezo a conocerte.

—¿Se encarga usted del vino? —preguntó en voz baja.

—¡Eva! —le gritó Daniel sin ocultar la desesperación que la chica le estaba provocando—. No te burles de mí. Como vuelvas a hablarme de usted te juro que te pongo de patitas en la calle. —Soltó una carcajada al ver el respingo que dio Eva y cómo salía disparada hacia la cocina. Daniel se excitaba con ella lo mismo conversando, discutiendo y, sobre todo, atemorizándola.

Eva se mostraba nerviosa sentada a la mesa, impecable como siempre, y Daniel le enviaba miradas de elocuente disconformidad por su

comportamiento y su silencio. La chica estaba preocupada porque nunca había preparado una comida para tantas personas, no era el mismo caso que una sencilla barbacoa, combinar verduras y patatas no resultaba nada complicado. Ahora servía una salsa muy especial, espaguetis al pesto que a Daniel entusiasmó el día que los probó por primera vez, y las medidas de los condimentos variaban mucho. Su angustia menguó al ver el rostro de satisfacción de Daniel del que se había desprendido cualquier rastro de crispación. Se levantó para retirar el primer plato y traer el segundo. Daniel la acompañó sorprendiendo de nuevo a los suyos ya que era considerado por su familia el mayor vago e inútil que habían conocido en una casa, acostumbrado como estaba desde muy joven a tener a alguien que le sirviera.

—Te estás reformando —afirmó su hermana Mariló cuando regresó con dos grandes bandejas de fritura exquisitamente presentadas—. ¿Desde cuándo te levantas a quitar un plato en tu propia mesa?

—Será que me estoy haciendo mayor —respondió Daniel en el mismo tono burlón de su hermana y ocultando la verdadera explicación que no era otra que lo mucho que disfrutaba ayudando y acompañando a Eva.

Eva comenzó a sentirse más cómoda y aunque se negó en el primer momento se vio obligada por Daniel a servirse al menos una copa de vino.

—¿Qué hay de postre, Eva? —preguntó Daniel expectante.

—Natillas con galletas —respondió con timidez—. Ahora mismo las sirvo.

Las había hecho siguiendo la receta de su madre y sabía que estaban buenas porque probó una gota que cayó en el borde de los pequeños cuencos de flores donde las serviría. Daniel disfrutaría con ellas. Y no se equivocó. Los ojos de su jefe brillaban de entusiasmo mientras saboreaba lentamente una cucharada tras otra, permitiendo que los sabores de la vainilla y la canela se fundieran en su paladar. Pero fue Eva la que de verdad disfrutó observando cómo Daniel se deleitaba con sus platos.

—Espero que haya sobrado alguna —dijo Fran, el cuñado de Daniel—. Eva, todo estaba delicioso. Gracias.

—¿Cuándo has aprendido a cocinar? Daniel me ha dicho que estudias económicas —preguntó Mariló sorprendida.

—Cocino desde que vine a Madrid a estudiar hace cuatro años.

—Tus compañeras de piso estarían contentas —continuó Mariló—. Con lo mal que suelen comer los estudiantes. Al menos es lo que oía decir a mis compañeros. Para nosotros cocinaba Conchi.

—Eva cocina mucho mejor —intervino Daniel orgulloso— y la casa está perfectamente organizada. Deberías ver mi vestidor y mi estudio. La apreciaba mucho, pero creo que Conchi necesitaba la jubilación. ¿Quién quiere café? —preguntó tras observar cómo se ruborizaba Eva poco amante de elogios.

La chica lo acompañó e, inmersa en ese silencio que desesperaba a Daniel porque no lograba intuir su estado de ánimo, preparó el café. Lo sirvió en un precioso juego de porcelana en tonos pastel que había preparado para ser usado durante esos días en que serían más a la mesa.

—¿Cuándo has comprado este juego de café, Daniel? —se interesó Mariló—. Es precioso.

—No lo sé, es la primera vez que lo veo —contestó mirando a Eva que repartía las tazas a los comensales, pidiéndole una explicación.

—Estaba guardado en cajas dentro del aparador del comedor de la cocina —respondió con timidez—. Me resulta más práctico que el de la vitrina.

—Usa el que más te guste —le concedió Daniel sin darle mayor importancia—. Este es bonito. Ni siquiera recuerdo cuándo ni por qué lo compré. Sería un regalo.

—¿A quién se le ocurriría regalarte un juego de café? —preguntó Mariló—. Como no fuera Bea. ¿Te acuerdas de Bea? —Se dirigió a su hermano mayor—. Lo volvía loco con aquellos delirantes ataques de celos.

—Menuda bronca te echó una vez nada más al entrar en tu casa porque saliste con otra. Todavía puedo escuchar sus gritos —recordaba Luis

sonriendo y disfrutando con el gesto enojado de su hermano—. ¿Has vuelto a verla?

—Afortunadamente, no. Pero creo que está casada y tiene un bebé.

—La pobre te regalaría el juego de café preparando vuestro ajuar —insistió Mariló con la burla—. Ya me gustaría verte casado y yo de madrina.

—Después de ti, hermanita —respondió Daniel retándola.

—Entonces no tardarás mucho. Nos casamos en mayo. He venido a ver trajes de novia. Y un chaqué para David. —El chico asintió con un gesto nervioso y emocionado; había permanecido callado durante todo el almuerzo, dedicado a observar a Eva, sin ocultar su curiosidad ante esa hermosa desconocida y, cuando ella le sonreía, él apartaba rápidamente sus ojos y escondía su mirada.

Daniel dio un respingo y sonrió de oreja a oreja sin ocultar su entusiasmo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Hemos venido a traerte la noticia en persona. ¿Te parece poco?

Ante el barullo que formaron con la noticia, Eva aprovechó la ocasión para escabullirse y comenzó a limpiar la cocina, aunque Daniel la volvió a llamar para que llevara a la mesa copas de champán y alguna botella de Dom Pérignon del 2000 que reservaba en la bodega, con la que brindarían ante la excelente noticia. Al probarlo y sentir las burbujas cosquilleando en su boca y en su garganta, Eva pensó que era la bebida más excitante que había tomado en toda su vida.

Acabó su trabajo y se dio un respiro tumbada en la cama, viendo *House*. Después encendió su ordenador y preparó el menú de la semana; pretendía enseñárselo a Daniel antes de hacer la compra por si no estaba de acuerdo con algo o tenía previsto realizar alguna comida fuera de casa durante la semana. Fue en su busca con la lista en la mano y se arrodilló un instante al lado de la hamaca en la que descansaba junto a su hermano David. A Daniel se le fueron los ojos incontrolados hacia el sugerente canalillo que se formaba entre los pechos de la chica y que una veraniega camisa blanca sin mangas dejaba ver. Contuvo las ganas de cubrírsele antes de dejarla salir y que otros tuvieran la

tentación de contemplarlo. Un suspiro profundo de Daniel que Eva interpretó como molestia por distraerlo de su lectura, le recordó quién era ella en realidad y por qué estaba en su casa.

—Daniel, ¿podemos repasar un momento el menú de esta semana? Voy a hacer la compra.

—Ya no es necesario; lo que decidas estará bien —respondió convencido.

—Pero tiene que decirme los días que no comerá en casa o que saldrá de viaje.

—Eva —comenzó un reproche—, quedamos en que me tutearías.

—Yo no quedé en eso. Me parece una falta de respeto.

—¿Pero tú en qué mundo vives? Hoy en día resulta extraño encontrar alguien que te hable de usted y creo que me he topado con la única persona capaz de hacerlo.

—Llevo poco tiempo trabajando aquí; quizás lo logre más adelante.

—Y mientras me haces sentir como un extraño.

—No es un extraño, es mi jefe.

—Tu jefe te ordena que lo tutees. ¿Podrás cumplir esa orden?

—Lo intentaré —susurró y Daniel suspiró desesperado pero sonriendo y se dejó caer en la tumbona con brusquedad.

—El miércoles cenaremos fuera después de mi partido. Puedes acompañarnos o tomarte la tarde libre; aún te debo el domingo pasado. Y el sábado te necesitaré; juego fuera y es preciso que te quedes con David. Mis hermanos se van el jueves por la mañana, así que, a partir de ese día, el almuerzo será para tres. —Eva, como era habitual, tomaba nota de los planes de Daniel y procuraba no olvidar ningún detalle.

—¿Pasará la noche fuera?

—No, pero llegaré de madrugada. No te preocupes por David, no te dará que hacer y puedes llevarlo al cine o a dar una vuelta si os apetece. Está muy bien educado y sabe comportarse correctamente en cualquier parte.

—No me preocupa. Ya he comprobado en la mesa que es un buen chico. —

La sonrisa que Eva le ofreció provocó tal torbellino de emociones en el estómago de Daniel que le hizo dar un respingo—. ¿Algo más? ¿Le apetece comer algo en especial?

“Te comería a ti enterita”, pensó Daniel sin poder controlar la mirada lujuriosa que lanzó a la chica a la vez que se colocaba de costado, se apoyaba sobre un codo, se sujetaba la cabeza sobre una mano y, inconscientemente, esa mirada y ese gesto descarado lo delataron; consiguió ruborizarlos a ambos y que ella saliera disparada hacia el garaje con un simple “hasta luego. No tardaré mucho”.

El gesto de Daniel la confundió tanto que era incapaz de salir del garaje con el coche sin que se le calara el motor. Tuvo que serenarse, respirar profundamente varias veces y entonces condujo hacia el supermercado con una firme decisión en su cerebro: debía mantenerse a una distancia prudencial de Daniel y no porque lo temiera sino por lo mucho que le gustaba. En ese instante se dio cuenta de lo que estaba ocurriéndole, se esforzaba tanto en satisfacerlo porque se sentía terriblemente atraída por él.

Se concentró tanto en la compra mientras escogía los ingredientes que necesitaba para cada comida en el triple de cantidad, que, minutos más tarde, pudo ver con frialdad lo sucedido. Llegó a la conclusión de que Daniel no estaba coqueteando con ella; como otras veces, intentaba irritarla o asustarla. Y esa conclusión la relajó.

Regresó a casa en el momento en que Daniel y David salían hacia el entrenamiento del mayor. A David le emocionaba acompañarlo y el club no ponía pegas a la presencia del chico ya que nunca había incordiado. Eva los saludó sonriendo y comenzó a descargar las cuatro grandes bolsas que traía con la compra.

—Espera un momento, David. Vamos a ayudar a Eva a llevar las bolsas hasta la cocina y enseguida nos vamos.

Cogieron todo entre los dos y siguieron a la sorprendida chica que de nuevo se asombraba ante los cambios de comportamiento de Daniel.

—Bonitas vistas, ¿verdad, David? —bromeó Daniel a costa del trasero de Eva ajena a su comentario. Los oía reírse, pero no imaginaba que ella, o mejor dicho, que su trasero, fuera el motivo—. Eva, David se ha comido el último mouse de limón y le ha encantado, ¿puedes hacernos más?

—Sí. No hay problema. Aunque lo va a aborrecer si lo hago a diario.

—Eso no sucederá nunca —respondió él guiñándole un ojo—. Hasta luego, Eva.

—Hasta luego, Eva —lo imitó David y siguió a su hermano.

En el coche, Daniel hablaba con David como si lo hiciera con su conciencia.

—¿Te parece Eva guapa?

—Sí. Es muy guapa.

—¿Te has fijado en sus ojos? Menudos ojazos verdes; no he visto nada igual en mi vida.

—Sí, son verdes —repetía David—. Ojos verdes.

—¿Has visto su precioso culito? ¿Crees que podré controlarme?

—Bonitas vistas. —Entendió David la broma anterior y Daniel soltó una carcajada que secundó su hermano.

—David, Eva está siendo la peor tentación de mi vida.

Después de organizar la compra se había quedado sola y decidió relajarse cocinando; cada día le gustaba más trabajar en esa cómoda y equipada cocina que gozaba de todos los utensilios y electrodomésticos novedosos que le facilitaban tanto su tarea. Horneó magdalenas de nueces y chocolate para el desayuno; de postre preparó flanes y no faltó el mouse de limón a petición de su jefe. Una balda del amplio frigorífico estaba abarrotada de variados postres dulces y caseros dispuestos a satisfacer los gustos de toda la familia de Daniel.

Cada día destinaba un momento de su tiempo libre curioseando en Internet nuevas recetas de cocina y pensó en probar con una de carácter oriental: pollo



relleno de frutos secos, dátiles, ciruelas, pasas, piñones, almendras y pistachos. Y, convencida de que eso no podía estar malo, se arriesgó a prepararlo. Había comprado un enorme pollo deshuesado que tenía más aspecto de pavo por su descomunal tamaño y siguió los pasos que indicaba la receta. Como acompañamiento y para no desentonar, preparó un cuscús con verduras. Y como refrescante, una ensalada de tomate raf aderezada con mozzarella y albahaca.

Daniel, por ser el anfitrión, tuvo que trinchar el pollo del que no quedó ni la salsa en la que todos mojaron pan. Del cuscús no sobró ni una miga y Eva, angustiada, se disculpó con Daniel a solas en la cocina por haber preparado poca comida.

—Eva, te aseguro que la cantidad ha sido más que generosa; pero estaba todo tan exquisito que nadie ha podido resistirse hasta dejar los platos vacíos. Y los postres... Siempre te superas. Te advertí que en mi familia tenemos buen apetito y disfrutamos sentados ante una buena mesa.

Esa noche se sintió orgullosa de su dedicación y por la confianza que le ofrecía Daniel y, sin esfuerzo, recogió la cocina con ayuda de Fran y Mariló. Al acabar se sintió agotada tras el largo día y se despidió de todos que, relajados, tomaban una copa en el porche sentados. Daniel insistió en que compartiera un rato con ellos, al igual que le pidieron sus hermanos, pero se negó con su timidez y su amabilidad características diciendo que debía levantarse temprano.

A la mañana siguiente tenía intención de preparar parte del almuerzo y de la cena antes de comenzar a limpiar los dormitorios. Hizo una gran cazuela de pisto de berenjenas, calabacines rellenos de jamón y queso para la noche y dejó preparado el sofrito de la paella del almuerzo. Luego solo quedaría añadir el arroz y preparar un par de ensaladas veraniegas.

Luis, su mujer Sandra, Mariló y David estaban desayunando cuando Daniel se presentó en la cocina y, sin saludar e ignorando la presencia de los demás, buscó a Eva con la mirada a la vez que enseñaba una camisa colgada en una

percha que llevaba en la mano.

—¿Qué es esto, Eva? —Llamó su atención mostrando lo peor de sí mismo—. ¿Por qué está colgada esta camisa en mi armario? ¿Te parece que esté en condiciones de ponérmela? —Eva se fijaba en la prenda, no podía decirse que estuviera arrugada aunque quizás tampoco estuviera impecable como ella solía hacerlo. Pero la reacción de Daniel fue exagerada, probablemente porque ya se había acostumbrado en pocos días al cuidado exigente que la chica ponía en su ropa.

—Yo no la he planchado, Daniel. El lunes lo hizo Sofía. —Su respuesta pareció molestar aún más al hombre.

—En esta casa tienes que preocuparte de una persona; de mí. Si es demasiada carga para ti solo tienes que decírmelo —le gritó en tono amenazante.

—Lo siento, Daniel —se excusó avergonzada con los ojos vidriosos—. Ahora mismo se la plancho.

El hombre se la arrojó a las manos de malos modos y la muchacha se dirigió al lavadero sin dejar de secarse las lágrimas con el dorso de la mano libre. Mientras planchaba se preguntaba por qué la trataba de ese modo delante de su familia; no podía hacer más de lo que ya hacía, se esforzaba y se esmeraba en agradarlo a cada momento. Entendió con esa reacción exagerada de Daniel que no podía confiarse; él no le permitiría ningún error porque necesitaba de toda su atención para satisfacer sus caprichos de hombre rico, egoísta y solitario. Cinco minutos después salió del lavadero y se dirigió al dormitorio de Daniel. Llamó a la puerta y esperó a que él le diera permiso para entrar en el mismo tono exigente con que le había hablado en la cocina.

—Aquí está la camisa, Daniel. —Se la ofreció sin mirarlo a la cara—. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—De mí te encargas tú —le exigió—. No quiero ver a Sofía en mis habitaciones ni tocando mi ropa. Creo que tendrá trabajo de sobra con el resto de mi casa. —Eva no levantó la vista del suelo—. ¿Entendido, Eva?

Eva asintió sin mirarlo y sin hablar, segura de que se echaría a llorar allí mismo y no estaba dispuesta a ofrecerle ese placer a Daniel. Se tragó su orgullo y su llanto y, sin protestar, se dirigió a la cocina a prepararle el desayuno.

Daniel se vestía desesperándose consigo mismo. No entendía el motivo de su exagerada reacción, o mejor dicho, fingía ignorarlo. Sabía que Eva no merecía ese maltrato de su parte porque trabajaba duro y se esforzaba por agradarle en todo lo que hacía y él había estudiado lo suficiente el carácter humano para saber que lo que acababa de suceder solo era una rabieta descomunal; una rabieta de un hombre frustrado que se negaba a ver la realidad, que no era otra que la necesidad de captar toda la atención y el interés de Eva por él desde el momento en que puso un pie en su casa, aunque fuera a través de una simple camisa, de una sencilla tostada o una comida sublime de las que le preparaba con interés y entusiasmo. Entonces se sentía importante para ella y, de algún modo, querido. Esos pensamientos le parecieron tan patéticos que se avergonzó al tener que reconocerlos como ciertos. Se lamentó con un ruidoso suspiro mientras se abrochaba la camisa. Lo supo desde el primer día; se arrepentiría de haber contratado a esa chiquilla preciosa y tenaz que poco a poco le estaba ablandando su corazón de piedra. Debía poner fin a eso, empezando por ofrecerle una disculpa racional a Eva.

No tardó mucho en darse cuenta de que le había hecho daño; solo estaban los dos en la cocina y ella, aparte de servirle el desayuno, lo ignoró manteniendo ese silencio sepulcral que lo irritaba más aún. Al poner el café sobre la mesa, Daniel la retuvo sujetándola por la muñeca.

—Siéntate un momento, por favor —le pidió en un susurro poco habitual en él. Ella no obedeció y permaneció de pie ante Daniel rendido a exigirle nada más —. Te debo una disculpa.

Eva permanecía en silencio con la vista fija en la mesa y las manos entrelazadas delante.

—No te mereces ese comportamiento por mi parte; eres muy trabajadora y te esfuerzas mucho. Y te prometo que no volverá a pasar. Entiendo que estés enfadada conmigo.

—Usted es el jefe y tiene derecho a exigir cómo quiere que le sirvan. No estoy enfadada.

—No me trates de ese modo distante, Eva. —Su tono cambió y se volvió más exigente; regresaba el malhumorado Daniel—. Estás en mi casa y aunque sea tu jefe, habrás comprobado que prefiero tratarte y que me trates como un igual.

—A un igual no se le humilla del modo tan aborrecible e inmerecido con el que usted me ha tratado antes delante de su familia.

Se retiró de la mesa y se dirigió a su habitación a desahogar la indignación que aún sentía. Daniel, asombrado por sus certeras palabras, no se lo impidió y prefirió dejarla a solas con el llanto que estaba seguro ya no podría controlar y eso lo hizo sentir aún más mezquino. Salió de su casa y Eva no se despidió de él con esa frase cursi que siempre utilizaba: “Qué tenga un buen día, Daniel”; y él se marchaba contento y convencido de que lo deseaba de corazón porque era una chica honesta y sincera. Solo había que verla trabajar en casa de otra persona para percibir su formidable carácter.

El modo extraordinario con que la presencia de Eva le afectaba lo angustiaba cada día más. ¿Y qué haría? ¿La despediría sabiendo que no encontraría a otra comparable a ella? ¿La obligaría a marcharse si sabía cuánto necesitaba Eva su sueldo para continuar con sus estudios? Solo tres semanas llevaba en su casa y ya intuía cuánto echaría de menos su compañía. En ese instante se sentía capaz de regalarle el dinero preciso y permitirle que disfrutara de sus años universitarios como la mayoría de los chicos de su edad y no trabajando desde el amanecer, intentando satisfacer los caprichos de un hombre indeciso, caprichoso y emocionalmente frustrado como era él. Eva

merecía lo mejor de la vida y estaba convencido de que no lo obtendría trabajando en su casa.

Una ardua concentración en el entrenamiento matutino lo ayudó a despejarse de las incógnitas que bailoteaban en su mente esa mañana. De regreso a su casa tomó una firme decisión. Eva permanecería en su puesto, por lo menos hasta que ella lo soportara y él procuraría mantener alejados de la chica sus dotes de seductor y sus caprichos de hombre frustrado. Como ella pretendía, lo mejor sería establecer entre ellos la distancia que sus cargos de jefe y empleada establecía. Pero ese día estaba dispuesto a recibir el castigo que merecía por parte de Eva; estaba seguro de que, herida en su orgullo, lo trataría de la forma más fría que le resultara posible y no se equivocó.

Ese almuerzo le permitió que no se sentara con ellos a la mesa, no le insistió al comprobar que, con intención de advertirle, solo había puesto seis cubiertos en el comedor principal. Cuando su hermana le preguntó el motivo por el que no comía con ellos, fingió despreocupación y buen humor.

—Está enfadada por mi bronca de esta mañana.

—La verdad es que no lo merecía. Sigues siendo intratable y tu mal genio va creciendo con tu edad. Cromañón.

—Que conste que me he disculpado —confesó despreocupado y fingiendo que no le importaba el malestar de la chica.

—Suerte tendrás si te soporta.

—¿Ella o yo? —preguntó arrogante.

—Eres insoportable —añadió Mariló poniendo fin a la conversación—. Te comportas peor que papá.

Todos colaboraron en recoger la mesa y la felicitaron por el exquisito almuerzo que les había servido. Y desgastando la limitada paciencia de Daniel, la situación se repitió en la cena.

Al día siguiente las únicas palabras que Daniel obtuvo de Eva durante el

desayuno fueron frías y más distantes aún.

—¿Puedo tomarme la tarde libre?

—Pensaba invitarte a cenar con nosotros. —Eva negó con un gesto, se ruborizó y Daniel suspiró—. Ya veo; todavía no me has perdonado.

—Ya le dije que no estoy enfadada; usted es el jefe y está en su derecho de protestar por lo que no le parezca bien.

—No empieces con eso, Eva —replicó enojado—. ¿Desde qué hora necesitas estar libre? ¿Deseas marcharte ya? Te debo un día y el sábado ya te lo he pedido, así que, si quieres tomártelo hoy, puedes hacerlo —le ofreció intentando ser generoso y reconciliarse con ella.

—Dejaré el almuerzo preparado y me iré.

—Puedes llevarte el coche.

—No. Gracias.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó con ánimos de entablar una conversación amigable, pero la respuesta cortante, gélida y llena de desprecio que Eva le ofreció lo dejó sin ganas de continuar insistiendo.

—No creo que le interesen los planes de una inútil como yo.

En ese momento Daniel entendió que le había hecho más daño a la chica del que él estimaba, que no se justificaba tan solo por el hecho de tener mal carácter y se arrepintió de nuevo por no haber controlado su rabieta infantil del día anterior.

Necesitaba salir de esa casa y de la presencia infinita con que Daniel la dominaba bajo su techo. María ya se había instalado en su piso y la recogería para ir juntas a casa de Irene. Disfrutarían de una tarde de piscina y se pondrían al día de sus vidas; aunque ella no sabría qué contar. Quizás que trabajaba como una mula en casa de un hombre déspota y cruel por el que sentía una intensa atracción. Esa reflexión le dio que pensar. ¿Qué sucedería cuando sus clases comenzaran la semana siguiente y no pudiera prestarle tanta atención como él le exigía? Estaba claro, Daniel no lo soportaría y la despediría en cuanto transcurriera el mes de prueba. Tenía que pensar en otras

alternativas. Hablaría con la madre de Irene por si se enteraba de algún anciano que necesitara cuidados durante la noche; al menos, si tenía que estar despierta podría estudiar y dormiría de día antes de ir a clase; esa no le parecía una mala idea. Ojalá tuviera suerte y le fuera bien con Daniel, se deseó a sí misma. En ese instante sintió que pensaba en él como en un novio con el que no terminaba de encajar, pero que te gusta muchísimo. Suspiró mirando al cielo y se relajó intentando aparcar el asunto lejos de su mente.

Cuando María le preguntó cómo le iba con su trabajo le respondió con desgana.

—Ya no pienso que fuera tan afortunada al conseguirlo. Cuando empiecen las clases no podré con las exigencias de mi jefe y me despedirá.

—¿No te trata bien?

—Sí, casi siempre. —Suspiró exasperada pensando en Daniel—. A veces creo que es bipolar. —María se rio—. Lo mismo me pide que le tutee y después me echa la bronca porque una camisa no está perfectamente planchada.

—Me parece un trabajo excesivo, Eva. No vas a poder con todo y necesitas sacar buenas notas si pretendes que te admitan en el máster.

—Pero si dejo el trabajo ni puedo pensar en el máster. Si soportara un año en esa casa casi cubriría los gastos. Entre las pagas extras y el dinero de la beca tendré suficiente para pagármelo y luego me mantendría un curso con algún trabajillo menos exigente.

María la miró compadeciéndose; siempre había admirado la fuerza de voluntad y la energía que derrochaba Eva.

—Lo de tu padre ha sido mala suerte.

—Bueno, hay gente mucho peor —respondió Eva mostrando su habitual talante optimista—. Al menos tenemos posibilidades.

—Sí, al menos tienes la posibilidad de aguantar un año. —María suspiró intentando con ello llevarse la tristeza de su amiga—. Vamos a la piscina y luego de tiendas; empieza una nueva temporada. —Le guiñó un ojo a la vez

que la tomaba del brazo, se reía despreocupada, procuraba contagiarle su buen humor y que desconectara de su jefe.

Eva pasó una tarde agradable en compañía de sus amigas y logró dejar de lado a Daniel y su casa durante unas horas; se despidió de ellas en la parada del autobús hasta el sábado.

Cuando llegó a la casa no había nadie; entró y rápidamente desconectó la alarma. Se dirigió a su cuarto seguida del fiel Pelé, se puso un pijama corto y veraniego y se tumbó en la cama. Estaba tan cansada que no le apetecía encender el ordenador ni tenía interés por saber lo que ocurría en su comunidad de amigos de Facebook. Llamó a su madre y hablaron durante unos minutos. Se quedó dormida pronto viendo una aburrida película.

Daniel llegó a casa pasada la medianoche en compañía de su familia; ni siquiera la victoria obtenida en el partido disputado esa noche conseguía quitarle el amargo sabor de boca que conservaba desde que discutió con Eva. Él sabía que no se marcharía por su propia voluntad porque necesitaba el dinero que le proporcionaba el trabajo en su casa y no se conformaría con esa actitud; necesitaba verla contenta, deseosa por agradarle y complacerlo como había hecho hasta ahora. No soportaba el dolor que le causaba encontrarse con la chica triste y enojada que la había sustituido durante esos dos días terribles para él.

Con cautela se dirigió al dormitorio de Eva. Mientras avanzaba por el pasillo oía el sonido de la televisión y se alegró de poder saludarla y preguntarle cómo lo había pasado en su tarde libre. Llamó a la puerta con suavidad pero nadie respondió. Abrió con cuidado y la contempló dormida. Sintió un intenso pellizco en el estómago que comenzaba a resultarle familiar. Ante sí se vislumbraba la imagen más hermosa y sensual que había visto en su vida. La espesa melena cobriza desparramada por la almohada; su bonito rostro relajado en el que se dibujaban unos carnosos labios y unas pestañas largas y



rizadas, reflejaba una paz absoluta; admiró un par de largas y preciosas piernas perfectas y torneadas que yacían relajadas; incluso las manos parecían suaves y sedosas a pesar del duro trabajo que desempeñaban. Respiró profundamente cuando se dio cuenta de que no lo había hecho desde que abrió la puerta y entonces reaccionó. Apagó la televisión tras encontrar el mando sobre la almohada y cubrió a Eva con la sábana. En ese instante que la habitación solo estaba iluminada por la tenue luz que provenía del pasillo, la chica abrió los ojos y se sobresaltó; enseguida reconoció la silueta de Daniel.

—¿Qué ocurre, Daniel?

—Nada, no te preocupes. Te has quedado dormida con la tele encendida. Sigue durmiendo.

Daniel no lo pensó, pero, si lo hubiera hecho, tampoco habría podido evitarlo. Se inclinó sobre ella y le dio un beso suave y largo en la frente.

—Buenas noches, Eva. —Acarició un instante un suave mechón de su pelo como si formara parte de un milagro—. Descansa, pequeña. —Salió del dormitorio y cerró la puerta tras él, huyendo de algo terrorífico.

Se quedó inmóvil en el pasillo pensando en lo que acababa de hacer. No podía explicárselo, no lo había planeado, ni siquiera supo cuando decidió hacerlo, simplemente se dejó guiar por el sentimiento que Eva le inspiraba. Y había huido de la provocativa imagen de esa diosa perfecta que dormía tranquila y ajena a sus lascivos pensamientos.

“Sí, lo he hecho —dijo para sí mismo—. No sé por qué ni le voy a dar más vueltas. Pero me siento mejor que nunca después de haberla besado y arropado. Esa chiquilla es la tentación más irresistible que he soportado en mi vida. Lo que no sé es cómo estoy aquí fuera —sonrió desganado—. Tengo más fuerza de voluntad de la que creía”.

Eva lo tomó como una continuación de sus disculpas y tras su cariñoso y casto gesto que solo desvelaba su preocupación por ella, decidió perdonarlo y durmió tranquila y relajada después de dos incómodos días de tensión.

El desayuno fue un momento agradable de reconciliación de la pareja

acompañada por David durante el que no mencionaron el gesto cariñoso de Daniel. Los demás se habían marchado muy temprano y la casa había quedado sumida en un agradable silencio que solo rompía el pío de los pájaros en la mañana o el motor de algún vehículo ruidoso y molesto que pasara cerca de la propiedad. Eva se quedó sola en la casa y comenzó su tarea de organizarla y limpiarla. Al mediodía ya estaba en la cocina, su lugar favorito porque, gracias a sus platos, continuaba ganándose el cariño y el respeto de Daniel. Como el día era bastante caluroso, se decidió por un refrescante gazpacho y unos filetes de merluza en salsa verde acompañado por arroz basmati a las finas hierbas que olían tan bien que te obligaba a suspirar y a inhalar profundamente su aroma.

Daniel decidió almorzar en el jardín y, en su tono más exigente y para que no hubiera discusión alguna, destacó “los tres” cuando se lo pidió como una orden. Durante la comida convenció a Eva de que se uniera a ellos más tarde y disfrutara de la piscina y del sol. Aceptó a regañadientes y prefirió no discutir con el Daniel más amable que se había mostrado hasta ese día.

El hombre se arrepintió de habérselo pedido. Tener a Eva junto a él en bikini resultaba una verdadera tortura. No tenía nada de chiquilla como ya intuía; Eva tenía un cuerpo de mujer formado por las curvas más sexis que había visto jamás y había visto más que suficientes para poder comparar. Sus pechos proporcionados se erguían turgentes hacia el cielo desafiando a la gravedad; su vientre plano y firme como su redondeado trasero y unas caderas excesivamente femeninas lo obligaban a controlarse y necesitó toda su fuerza de voluntad para contener las ganas de posar sus manos en ella y acariciarla. Ese cuerpo lo estaba embrujando y alteraba su respiración, hasta que se repitió decenas de veces que solo era una ingenua chiquilla de la que debía cuidar y respetar porque trabajaba en su casa. Después de un gran esfuerzo por parte de Daniel y varios baños refrescantes que no lograban enfriar su intenso deseo sexual, los tres pasaron un rato adormilados tumbados al sol, hasta que los dos hermanos se marcharon de nuevo al entrenamiento del mayor.

—Eva —la llamó antes de irse. De algún modo le gustaba despedirse de ella. La chica asomó la cabeza desde la puerta de la cocina—. ¿Tienes pensado salir?

—No. Voy a preparar la cena.

—Me llevo el Volvo.

—De acuerdo.

Eva, como se estaba convirtiendo en algo habitual, se entretuvo en la cocina preparando una empanada de atún y una tortilla de patatas que comerían en la cena y, adelantando el trabajo del día siguiente, relleno de carne unos pimientos rojos como los hacía su madre, aderezados con jamón, huevo duro y perejil, bañados en una succulenta salsa de tomate aromatizada con orégano.

Le gustaba tanto aderezar las comidas con hierbas aromáticas que convenció a Jose, el jardinero, para que plantara en un pequeño arriate algunas de las que más usaba: tomillo, hierbabuena, perejil, cilantro, albahaca, orégano... Ella misma las controlaba de vez en cuando y le pedía consejo a Jose si no las veía crecer correctamente.

Daniel anhelaba regresar a su casa porque por primera vez, desde que vivía solo, la sentía como un hogar. Su hogar que olía a los aromas que desprendían los guisos y comidas que Eva preparaba para él. En su casa lo esperaba una buena mesa, pero también una compañía que le resultaba más agradable y placentera cada día y lo envolvía en una paz que nunca había sentido. También por primera vez no necesitaba más compañía, ni siquiera la de otra mujer. Eva le ofrecía sin pretenderlo todo lo que ansiaba de una convivencia feliz, salvo satisfacer el voraz apetito sexual que ella misma le despertaba.

El sábado Daniel se marchaba después del desayuno de mal humor porque ni almorzaría ni cenaría en su casa en compañía de la chica.

—¿Puedo llevarme a David con mis amigos? No me apetece quedarnos los dos solos durante todo el día.

—Si crees que no incordiará.

—No lo creo. Mis amigos son gente tranquila. Iremos a casa de Irene y luego

saldremos por ahí. Estaremos de vuelta después de cenar. ¿Le gustará?

—Sí. Le caes bien y le gusta tu compañía. Hará lo que tú le pidas. Si no te importa, prepárale la ropa que se pondrá. En eso no suele estar muy acertado.

—No te preocupes; lo haré y cuidaré de él.

—Confío en ti. Llévate el coche, por favor. Te llamaré por la tarde para asegurarme de que te entiendes bien con él.

—Si te quedas más tranquilo, llámame. —Eva no entendió el gesto de sorpresa que le ofreció Daniel.

—Me estás tuteando. ¡Por fin! —se burló el hombre y Eva le mostró un mohín enojado porque lo había hecho inconscientemente.

Eva le sirvió el desayuno al chico y le preparó una ropa informal adecuada para pasar la mañana en la piscina y en una mochila le guardó un polo, unos vaqueros y sus mocasines de verano. Regresó a la cocina, se sentó frente a él y lo observó un instante mientras desayunaba. Se parecía mucho a su hermano, aunque tenía el pelo más oscuro, los ojos más hundidos y esa mirada perdida y huidiza con que la observaba a veces. Los dos hermanos eran de altura similar, aunque Daniel tenía un físico portentoso debido a los años de trabajo físico que llevaba en su cuerpo; en bañador resultaba un espectáculo que ella procuraba ignorar, de hombros anchos y músculos perfectamente esculpidos. Suspiró pensando cuánto le gustaba su inalcanzable jefe y enseguida sacudió la cabeza intentando alejar esa idea de su mente.

—Vamos a ir a la piscina de mi amiga Irene y vendrá más gente con nosotros. ¿Te apetece venir?

—Sí. Daniel me dijo que hoy saldría contigo y con tus colegas.

—Quiero que tú también seas mi colega. ¿Te parece bien?

—Sí. Seremos buenos colegas —le respondía sin mirarla a los ojos, con la vista puesta en algún punto de la sala.

—Pues vístete que nos piramos, colega. —David soltó una carcajada

nerviosa ante el comentario de Eva y obedeció.

Se dirigieron en coche a recoger a María y se la presentó cuando la chica estuvo sentada.

—María, este es mi colega David. —El chico le ofreció la mano como le habían enseñado y se la apretó con fuerza—. Es el hermano de mi jefe; está de viaje y hoy David saldrá con nosotras.

—Encantada de conocerte, David. —María observó su rostro con detenimiento y comprobó que se le notaba algo extraño. Como le había contado Eva días atrás, se percibían sus gestos autistas—. Vamos a pasar un buen día.

—Sí, vamos —respondió David asintiendo repetida e insistentemente.

—Vaya coche que te presta tu jefe. ¿Dispondrás de él para ir a clase?

—Espero que sí. Siempre me lo ofrece y yo me niego a utilizarlo en mis días libres. Me resulta abusivo.

—¿Abusivo? —Soltó una carcajada—. Aprovéchate, Eva. Y encima no pagarás ni la gasolina.

—No. Siempre me encuentro el tanque lleno.

—Ayer echamos gasolina —dijo David mirando por la ventana como si no estuviera atento a la conversación y Eva lo miró embobada tras su espontánea y certera intervención—. Yo ayudé a Daniel a echar gasolina.

En la piscina de Irene se reunieron con un grupo de chicos y chicas que acogieron a David con simpatía, pero él no se separaba de Eva, incluso le pedía permiso antes de bañarse en la piscina o ir al aseo; ella de vez en cuando le hablaba y se esforzaba para que no se aburriera. Pero el chico se distraía prestando atención a las conversaciones de uno y otro y resultó más sociable de lo que Eva pensaba.

Pidieron unas pizzas a la hora del almuerzo con unas cervezas y Eva se encargó de que David tomara su refresco de naranja, su bebida favorita. Sacó su dinero a la hora de pagar y cuando la chica le dijo que invitaba ella, se negó rotundamente.

—Daniel dijo que pagara yo o se enfadaría conmigo. Me dijo que tengo que invitarte a todo. Me ha dado dos billetes de cincuenta. —Los sacó de su cartera.

Eva le cogió uno de los billetes y se lo cambió por dos de veinte y uno de diez. Como esperaba, David no se dio cuenta.

Por la tarde recibió la esperada llamada de Daniel.

—Nos va muy bien, no te preocupes. David se lo está pasando de fábula y se entretiene con mis amigos.

—Espero que no sea una carga para ti.

—No, por favor. No digas eso. David no es ninguna carga; es fantástico estar con él.

—De acuerdo, Eva. Gracias por cuidar de mi hermano. Nos vemos esta noche.

—Sí. Buena suerte.

Eva entendía la actitud defensiva y protectora que mostraba Daniel respecto a su hermano. Pero ella no se lo llevaba por complacerlo, lo hacía porque no podía desentenderse de David ni tratarlo como una carga y mucho menos marginarlo, pensando en que no habría nada que no haría por su propio hermano. Simplemente, había que adaptarse a las circunstancias del chico y se sentía satisfecha con ella misma si podía proporcionarle un poquito de felicidad aunque fuera simulando que David pertenecía al mundo que le correspondía por su edad. Además, sus amigos eran gente buena y confiable y ella estaba segura de que ninguno protestaría por su presencia ni lo dejarían de lado por su incapacidad, como así sucedió.

Se arreglaron en casa de Irene antes de salir y David permitió que Eva lo peinara mostrando algo de recelo; luego se fueron a tomar unas cañas y tapas y el chico se convirtió en su sombra. Eva le preguntaba que le apetecía tomar, bromeaba con él con chistes sencillos que entendía y se lo veía feliz y tranquilo. Cuando el grupo decidió que había llegado la hora de las copas, ellos dos se marcharon a casa.

Eva lo acompañó a su dormitorio, le preparó un pijama, se lo dejó sobre la cama y le pidió que fuera al baño a lavarse las manos y los dientes.

—Quiero esperar a Daniel.

—Llegará tarde, David. ¿No estás cansado?

—Quiero esperar a Daniel —repitió David en el mismo tono inexpresivo.

—Está bien. Veremos una película mientras llega. ¿Te parece bien?

—Sí. Veremos una película.

—¿Te apetecen unas palomitas?

—Sí, palomitas. Qué buenas. Me gustan las palomitas. Mariló me hace palomitas.

—Pues hoy Eva te hará palomitas —le dijo sonriendo con la ternura que David le despertaba—. No te laves los dientes y vamos al sofá.

Dormido, David ocupaba todo el sofá a lo largo cuando Daniel llegó cerca de las tres de la mañana. Eva dormía acurrucada en un butacón y el hombre la despertó con delicadeza acariciándole el hombro.

—Hola, Daniel. David insistió en esperarte. No pude convencerlo de que se acostara.

—Cuando está conmigo le gusta que le cuente cómo ha estado el partido. —Miró el cuenco en el que quedaban algunas palomitas—. Vaya, me he perdido una sesión de cine. A mí no me has preparado aún palomitas —le reprochó divertido.

—Tú no quieres engordar —contestó Eva sonriendo—. Así que prefiero no hacerte sufrir con esa tentación.

—No; no soportaría más tentaciones. —Eva pensó que se refería a la comida, y David se despertó en ese momento.

—Buenas noches, colega —se despidió Eva repitiendo con él un largo saludo de manos que uno de sus amigos le había enseñado. Daniel sonrió admirado al verlo—. Que descanses.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Un colega mío. Se llama Alejandro. Es guay.

—¿Es guay? —preguntó divertido—. Me alegro de que hayas hecho nuevos amigos.

Con bastante dificultad, Daniel condujo a su hermano a la cama y contestó a su interrogatorio sobre el partido. Eva se fue a su dormitorio y cayó casi desmayada en la cama.

Daniel durmió hasta la hora del almuerzo y cuando se levantó no encontró a nadie en la casa. Las voces de Eva y David llegaban desde la piscina donde jugaban a algo parecido al voleibol; como el anterior, resultó un día más caluroso de lo habitual para tratarse del final del verano. En cuanto Eva lo vio aparecer detuvo el partido.

—Tiempo muerto, David. Voy a hablar con Daniel un momento.

Salió del agua y envuelta en una toalla se dirigió al porche donde él se había sentado a verlos jugar, aunque en realidad se recreaba observando el cuerpo de Eva mojado y en movimiento. Era un verdadero espectáculo del que disfrutar y una erección matutina y rebelde se le despertó descontrolada. Con disimulo, flexionó una pierna y apoyó la planta del pie sobre la silla para ocultarla al observar que la chica se acercaba, con su cuerpo mojado y salpicado por gotitas de agua en una imagen irresistible y más apetecible aún.

—Buenas tardes —lo saludó Eva sonriendo—. Imagino que tendrás hambre.

—Seguid jugando. Puedo esperar.

—La final de la Copa del Rey también —dijo ella bromeando, mirando a la piscina y consiguió una carcajada de Daniel—. ¿Te preparo un zumo de naranja?

—Te lo agradeceré si lo haces.

Esa era la Eva que Daniel quería en su casa, preciosa y más atenta a él que si fuera una novia o una esposa, situación que no le despertaba remordimientos porque le pagaba para que le sirviera. A los cinco minutos salía con una jarra de zumo fresco recién exprimido y un par de vasos.

—Falta un vaso, Eva. Somos tres —le dijo serio.

—Ya me tomé uno esta mañana. Gracias.



Y se dirigió a la piscina a continuar con el juego del que David parecía disfrutar. Daniel se asombraba de la facilidad que mostraba Eva al relacionarse con su hermano, quien solía extrañar bastante a los desconocidos y se mantenía a distancia. A Eva la trataba como si la conociera de toda la vida; se había ganado la confianza del chico sin ninguna dificultad y la admiración de Daniel al lograrlo.

Durante el almuerzo, David le preguntó a Eva si verían a sus amigos por la tarde porque él no tenía nada que hacer y Daniel no tenía entrenamientos.

—No, David; esta tarde no salgo. Mañana empiezan mis clases. Pero si vienes el próximo fin de semana, puedes acompañarme a un concierto de Pereza. ¿Te gustaría ir? Alejandro también vendrá. —Eva se arrepintió de su ofrecimiento por no haberle pedido permiso a Daniel antes y lo observó expectante.

—Te vas a Logroño esta tarde en el tren de las seis y media, pero puedes venir el fin de semana que viene. —David asintió conforme y encantado de viajar en tren.

—¿Viaja solo? —preguntó Eva extrañada.

—Bajo la vigilancia de una guapa azafata. Este chico es un golfo. —Agarró a su hermano por el cuello con fuerza y lo despeinó—. Le gustan las chicas guapas como Eva. ¿Verdad? —David asintió tan ruborizado como la chica—. Acompáñanos a la estación. A él le gustará que vengas.

—De acuerdo. Si quieres que vaya a despedirte, iré encantada, colega.

David los observaba sonriendo desde la ventanilla, sentado cómodamente en el tren y los saludaba de vez en cuando.

—¿Y si se baja en otra estación antes de Logroño? —preguntó angustiada.

—No te preocupes, Eva. Una azafata lo vigila constantemente. Lleva viajando solo varios años y la mayoría del personal lo conoce. Siempre están pendientes de él.

—No sé, yo no estaría tan tranquila.

El tren había salido y la pareja se dirigió hacia la casa en La Moraleja.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el campo de golf? —le pidió Daniel —. Me apetece estirar las piernas y es un lugar tranquilo y bonito.

Eva aceptó porque hacía una tarde estupenda y no tenía nada que hacer; la cena estaba preparada, era domingo y no pensaba dedicar más tiempo a otra tarea que a la de descansar y mentalizarse de que al día siguiente comenzaban sus clases, lo que la inquietaba por no saber cómo se adaptaría a su horario de trabajo. Al menos no había invitados en la casa a los que atender y Daniel entraría poco a poco en una rutina de entrenamientos, partidos y viajes que le permitirían descansar de vez en cuando.

Al inicio del paseo avistó uno de los campos de golf que estaba cerca de la casa.

—¿Te gusta jugar al golf? —le preguntó a Daniel con curiosidad.

—Sí. Aunque ahora no puedo hacerlo, no tengo tiempo, pero cuando disfruto de unos días de descanso suelo practicar. Fue uno de los motivos por los que me vine a vivir aquí. ¿A ti te gusta?

—No lo sé, nunca he jugado. Me parece aburrido.

—Te aseguro que no lo es. Además, te engancha en cuanto lo pruebas.

—Mañana empiezas las clases —comenzó a hablar Daniel después de unos minutos en los que caminaban en silencio. Eva se sentía muy incómoda paseando con el que se obligaba a ver como su jefe—. Quiero que te lleves el coche a diario. ¿Lo harás?

—Sí. Gracias. No me queda más remedio que aceptar, creo que no podría continuar trabajando para ti sin utilizar el coche.

—Eres una interesada —bromeó.

—No es por eso —se justificó—. No podría si tengo que respetar tus horarios, ir y venir a mi facultad en autobús me llevaría una hora de viajes y trasbordos.

Eva no pudo ocultar lo que llevaba unos días angustiándola.

—Daniel, no sé si podré combinar el trabajo y mis estudios. Creo que hiciste bien en ofrecerme un mes de prueba. —El rostro del hombre se ensombreció de repente y Eva se arrepintió de haber sido tan sincera—. Aunque tengo un par de semanas en las que tendré poco que estudiar y probar en serio si puedo adaptarme a todo; no me queda más remedio.

Se molestó con ese último comentario; Eva le pareció en ese instante fría y calculadora y si lo había acompañado no era porque le apeteciera conocerlo mejor, como le sucedía a él, quizás lo hiciera porque no se atrevía a contradecir una petición suya. Solo le interesaba el dinero que obtendría con su trabajo, era evidente. Aunque tampoco la podía culpar por ello y prefirió ser sincero con ella.

—Me gustaría que lo intentaras de verdad, Eva. No deseo prescindir de ti ni de tu deliciosa comida —añadió sonriendo y le guiñó un ojo.

—Y yo te prometo que me esforzaré. Gracias por tu confianza en mí, Daniel — le confesó ruborizada.

—¿A pesar de mi mal genio? —Eva se encogió de hombros y él prefirió no forzar la conversación en ese sentido—. ¿Dónde es el concierto del sábado?

—En el Madrid Arena. Voy con mucha gente, entre todos cuidaremos de David.

—De verdad, Eva, que no tienes que comprometerte con mi hermano de ese modo.

—¿Por qué no? —le preguntó creyendo que no quería que se lo llevara con ella—. Perdona que no te haya preguntado a ti antes de proponérselo. Si te parece mal, no le diré nada más.

—Me parece estupendo; David no tiene esas oportunidades y te lo agradezco de veras, pero no quiero que resulte una carga para ti.

—Te aseguro que no lo es. Se comporta muy bien y se relaciona con mis amigos, aunque hable muy poco, se le ve que disfruta con nosotros.

—Está bien, Eva. Gracias por ser tan generosa con mi hermano. —Una sonrisa de Eva calentó demasiado la atmósfera entre los dos—. Volvamos a

casa; cuando llegemos serán más de las nueve y hoy me gustaría tener una sesión de cine con palomitas incluidas. Es mi día de descanso.

Tras una exquisita cena y haber saboreado la mejor tarta de manzana que había comido nunca, le pidió que lo acompañara en su sesión de cine. Eligieron una película a gusto de los dos tras una ardua discusión. Debatieron durante unos minutos sobre elegir una trama de terror sangriento o una de espías. Ganó la chica con la segunda, argumentando que no soportaría pasar una noche sola en esa casa tan grande cuando él estuviera de viaje. Preparó las palomitas y se sentaron por fin en silencio a disfrutar de la petición de Daniel, lo que se convirtió en una agradable rutina para ambos. De lunes a viernes desayunaron, almorzaron y cenaron juntos y al final del día, disfrutaban de ese momento de relax mutuo.

## Capítulo 4

A Eva le resultó más fácil de lo que imaginaba adaptarse a su nuevo ritmo de vida después de que Daniel consintiera, sin protestar, en retrasar un poco la hora de la cena. Se había acostumbrado al trabajo de la casa que siendo tan grande y con dos personas se ensuciaba poco. Organizaba bien las tareas de Sofía los lunes intentando siempre que le aliviara con parte de la carga y ella se podía dedicar de lleno a todo lo relacionado con Daniel, no solo limpiar y cocinar, él se estaba habituando a necesitar la presencia y la compañía de la chica.

Daniel, por su parte, ansiaba llegar a su casa, sobre todo a la hora de la cena y como Eva no había llegado aún, solía poner la mesa como ella acostumbraba, sin omitir un detalle; incluso compraba pan recién hecho de camino a casa. La cena solo había que calentarla porque Eva la preparaba por la mañana a la par que hacía el almuerzo y a las tres y media de la tarde, después de recoger la cocina, se dirigía a su facultad. Durante ese tiempo que se quedaba solo, Daniel descansaba leyendo o trabajando en el proyecto de su segundo libro hasta la hora de ir al entrenamiento; una vida tranquila que lo satisfacía por completo y que llevaba algún tiempo ambicionando. Hasta que se cumplió el mes de prueba y durante el desayuno de una mañana de miércoles Eva, algo nerviosa, se lo recordó a Daniel.

—Lo he olvidado, Eva. Tengo que pagarte. Quieres el dinero en mano o prefieres que te lo ingrese en tu cuenta.

—No te lo recordaba por eso. Pero ya que lo mencionas, prefiero que me lo ingreses en una cuenta del banco; luego te daré el número. —Se retorció los dedos y sus ojos reflejaban una angustia que Daniel hacía tiempo que no veía en ellos—. Te lo decía por si has decidido que me quede o que me marche.

—Mi intención es que te quedes, Eva —le respondió sin entender de dónde provenían sus dudas—. Parece que te has adaptado bien y que puedes trabajar y estudiar a la vez.

—Bueno, al horario de clases sí. Lo de sacar tiempo para estudiar aún está por verse.

Transcurridas las dos primeras semanas en las que Eva había comenzado las clases, su convivencia cambió casi de forma radical. La chica, que siempre había sido una estudiante responsable, en cuanto terminaba de cenar y de recoger la cocina se dirigía a su habitación a estudiar o a realizar trabajos. Los sábados siguientes se los tomó libre como le correspondía y los domingos se los pasó prácticamente encerrada estudiando; solo salía de su dormitorio en las horas de las comidas en las que siempre parecía tener prisa por acabar. Daniel se sintió utilizado como un adolescente por esa chica fría y calculadora, pensando en que cuando tuvo la seguridad laboral que pretendía, sus atenciones hacia él cambiaron notablemente.

Sin embargo, Eva se preocupaba y continuaba esforzándose por ser perfecta en su trabajo. Conservaba la casa impecable manteniendo una férrea disciplina en lo que se refería a limpieza y la cocina la dominaba mejor cada día, tanto que, en las dos últimas semanas, Daniel ni siquiera repitió el mismo desayuno.

El hombre también entró en una espiral de viajes, concentraciones, entrenamientos y partidos que lo ponían de un humor de perros por no poder pasar más tiempo en la tranquilidad de su casa y el poco que pasaba no contaba con la atención absoluta de Eva como se había acostumbrado. Y dos meses después de la llegada de la chica a su casa, mantuvo con ella la discusión más estúpida que había tenido en su vida.

—Daniel —comenzó Eva hablando tranquila a la hora del desayuno del

viernes—, me gustaría salir esta noche. He hecho planes con mis amigas y dormiría en casa de María. Celebramos el cumpleaños de Irene. Regresaré el sábado por la noche.

—¿No tienes que estudiar?

—Sí, lo haré el domingo, pero me apetece desconectar de horarios, clases y trabajo.

—No creo que tu jefe te agobie mucho últimamente. Pasa poco en casa; durante estas dos últimas semanas creo que he dormido seis o siete noches en mi cama. No te quejarás por exceso de trabajo.

—No me estoy quejando —susurró avergonzada de haberle causado esa impresión—. Solo estoy diciendo que me gustaría desconectar de horarios. Tampoco yo he parado mucho.

—Me vas a fastidiar porque pensaba quedarme en casa el sábado y, si no estás aquí, tendré que comer fuera —replicó de mal humor—. Juego el domingo.

—Está bien, Daniel. Diré que no puedo ir.

Eva retiró sus cubiertos del desayuno y se dirigió al dormitorio del ofuscado hombre sin entender por qué se enfadaba de ese modo con ella. El sábado anterior se había quedado en casa hasta después del almuerzo por atenderlo, consciente de que había pasado varios días fuera y, sin embargo, él no había valorado su sacrificio. Estaba dolida pensando en que solo tenía veintitrés años que cumpliría a finales de noviembre y a Daniel parecía no importarle en absoluto. Tenía derecho a veinticuatro horas de libertad y se sentía agobiada por las tareas de la casa y el ritmo de estudio al que estaba sometida. A veces Daniel se comportaba como el hombre más egoísta y caprichoso que había conocido jamás. “Pobre de la mujer que se case con él”, pensó Eva sonriendo a solas.

—¿Cómo puedes tratarla de ese modo tan cruel? —le regañaba su propia conciencia a solas en el comedor—. La chica está cumpliendo de sobras y no es culpable de tu absorbente trabajo. Está aquí para ti todos los días de la

semana, tiene solo veintidós años y se merece su día libre.

—Lo sé —se respondió Daniel—, pero nuestra situación ha cambiado tanto desde que tiene que estudiar, ya no puedo disfrutar de su compañía, de su cautivadora mirada verde, de su ingenua conversación, de su preciosa sonrisa y, vaya si la echo de menos, incluso sueño con ella y acabo tocándome como un adolescente que no encuentra mujer con la que desahogarse.

—Recuerda, Daniel, que ella no es para ti, quizás a ti también te haga falta salir; el domingo cuando acabe el partido. No disfrutas de sexo desde antes que Eva llegara a esta casa y eso no lo tendrás con ella.

—Sí, eso es, necesito un poco de marcha y sacarme a esta niña de la cabeza; me estoy obsesionando con ella y eso solo me pone de mal humor.

Decidido, después de mantener esa conversación con él mismo, se dirigió a su dormitorio y encontró a Eva limpiando el baño. Incluso con esos feos y grandotes guantes de goma que utilizaba para realizar esa tarea, la encontraba atractiva y sexi.

—Eva, lo he pensado mejor. Puedes tomarte el sábado libre y salir esta noche. Con la única condición que me dejes la cena de hoy preparada, no me apetece salir. Y el domingo no me esperes a cenar. Yo también saldré.

—Gracias, Daniel —agradeció con pocas ganas porque parecía que le hacía un favor—. ¿El domingo almuerzas aquí?

—No. Me concentro con el equipo desde medio día. Y el lunes espero levantarme muy tarde o quizás no me despierte aquí; ya veremos —le explicó con una mirada arrogante en sus ojos y más distante aún.

Daniel se fue a su entrenamiento y ella continuó con sus tareas. A la hora del almuerzo, por primera vez desde que trabajaba para él y se sentaba a su misma mesa, el hombre encendió la pantalla de televisión y comieron en el más absoluto de los silencios. Estaba decidido a romper con esa necesidad que la chica le despertaba.

Eva se tomaba la ignorancia del hombre como un castigo por pedirle un día libre, un día que le correspondía y que se lo ganaba durante toda la semana,



pero no dijo nada, y actuó como si Daniel no estuviera. Cuando acabó de comer se levantó de la mesa y guardando el mismo silencio le sirvió el café. Se marchó a clase sin despedirse porque él se había encerrado en su estudio y pensó que no querría que lo molestara.

De nuevo comenzó su angustia; Daniel ya no estaba satisfecho de su trabajo y la despediría por haberle pedido una noche libre. No debió hacerlo, no debió insistir después de ver su primera reacción, aunque tuviera derecho a exigirlo, necesitaba ese trabajo más que salir una noche y ahora no tenía sentido echarse atrás y decirle que no saldría. Durante sus clases, sintió esa angustia punzante, ese miedo a pensar que Daniel la despediría y le costaba concentrarse en lo que sucedía ante ella. Se exigiría más en su trabajo, se esforzaría por contentar a Daniel y conseguiría que perdiera su mal humor.

Creía que lo había logrado después de la exquisita cena que le había servido, una pierna de cordero lechal asada acompañada de patatas doradas, aderezada con mejorana y ajo que solo con olerla ya satisfacía lo suficiente. El humor que había mejorado se oscureció de nuevo al despedirse de él.

Esa noche se había puesto un vestido nuevo que había comprado para esa ocasión especial, de encaje beige, corto y ajustado a su cuerpo como una segunda piel y zapatos con un tacón de vértigo que lucían sus piernas felinas y elegantes, como sus sugerentes andares. Se había pintado los ojos realizándolos más de lo que Daniel estaba acostumbrado a apreciar y llevaba sus labios carnosos cubiertos con un brillo que los hacía más sensuales de lo que ya eran.

Daniel no pudo contener el respingo que su cuerpo dio en el sofá cuando Eva se acercó a despedirse.

—Me marchó, Daniel —dijo con timidez.

La recorrió con la mirada de arriba abajo como si no conociera a esa mujer que estaba parada delante de él esperando su consentimiento. En una mano

llevaba la mochila que guardaba el equipaje que los separaría una noche y en la otra una chaqueta negra. No podía apartar los ojos de los labios más excitantes que había visto nunca y que a él lo llamaban a gritos para que, no solo los besara, además los mordiera y los devorara para librarse del ansia que lo dominaba.

—¿Te llevas el coche? —Fue lo único que pudo responder después de tragar saliva y deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

—Si no te importa; ya no pasan autobuses. Te prometo que tendré cuidado con él.

—No me preocupa el coche. —Apartó su mirada de esa imagen de mujer que le causaba tanto daño, aferrándose para conseguirlo a toda su fuerza de voluntad—. Conduce con cuidado.

—Buenas noches, Daniel —se despidió de nuevo angustiada sin entender por qué su salida se la tomaba de esa forma.

Mientras ella se dirigió a la puerta se giró de nuevo a mirarla. Era imposible ser más hermosa y no entendía que no tuviera un novio esperándola en la puerta y que pudiera quitarle el vestido más tarde y... No quería pensar en que estaría a merced de sus amigos o de otros hombres que pudieran conquistarla, besarla o peor aún, hacerle el amor.

La incertidumbre que le despertaba el comportamiento de Eva con respecto a los hombres lo volvía loco y se preguntaba si sería tan sensata con ellos como parecía serlo con el resto de su vida o quizás actuara de forma tan fría y ambiciosa como con su futuro y solo los utilizaba para el sexo. Los celos lo devoraban por dentro y si no llegaba a tranquilizarse, el pellizco que sentía en el estómago lo obligaría a vomitar la exquisita cena que la chica le había preparado.

Eva se llevó con ella la mirada ofuscada y a la vez impresionada que Daniel le lanzó al despedirse aunque le pareció normal porque nunca la había visto vestida para salir de noche o, como Irene, María y ella misma bromeaban cuando se preparaban a conciencia, “vestida para matar”.

Su intensa mirada la persiguió durante toda la velada y no le permitió desconectar del trabajo o de él como pretendía; Daniel se negaba a salir de su cabeza. Bebió más de la cuenta intentando mandarlo lejos y lo único que consiguió es que apareciera más a menudo. Durante esa noche, cuando algunos chicos se le insinuaban, los veía insignificantes si los comparaba con Daniel y se asustó de los sentimientos que veía despertarse en ella. Debía prohibírseles ya, antes de que arraigaran en su corazón porque sabía que le harían sufrir y porque, era evidente, un hombre como Daniel, con su posición, su fama y su atractivo físico, no era para ella.

Daniel se apoderó de su noche libre, incluso de sus sueños en los que le regañó porque las toallas estaban húmedas al salir desnudo de la ducha y, cuando despertó, cerca de las cuatro de la tarde, la persiguió hasta que llegó a su casa ya de noche y lo encontró en el sofá viendo una película. Solo en ese momento Eva se tranquilizó, respiró profundamente antes de saludarlo calmando la ansiedad que sintió durante el tiempo que estuvo alejada de él y sonrió entusiasmada.

—Hola, Daniel.

—Hola —respondió él fríamente sin mirarla.

—¿Has cenado? Te dejé comida preparada.

—Compré una pizza de camino a casa. —Su desagradable tono de voz le puso la carne de gallina.

—Si había ensaladilla rusa en el frigorífico y un pollo asado..., solo tenías que calentarlo.

—Si no te importa esta es mi casa y haré lo que me dé la gana —contestó de malos modos y a Eva, que estaba deseando verlo, se le escaparon unas lágrimas que Daniel no vio porque ni siquiera la miraba.

—Buenas noches, Daniel.

Decepcionada, se despidió de él y se encerró en su dormitorio. Hizo una breve llamada a su casa y procuró dormir consciente de que tardaría en recuperar las horas de sueño desperdiciadas en una fiesta que no le agradó. Lo

consiguió después de dar infinitas vueltas en la cama que dejaron su cuerpo y su mente extenuados.

Se despertó de un salto aunque fuera su día de descanso. Sabía que era tarde y no quería ver a Daniel enfadado otro día más por no ofrecerle sus atenciones. Casi choca con él cuando salió de forma precipitada de la cocina. Iba vestido con el traje oficial del club que le quedaba perfecto y el azul marino destacaba aún más sus varoniles y elegantes rasgos y realzaba su pelo castaño claro. Más le favorecía la barba de tres o cuatro días que solía dejarse antes de algún partido y que ella se moría por acariciar.

—¿Ya te vas? ¿Has desayunado? Lo siento, me he quedado dormida —se disculpó a pesar de que era su día libre.

Daniel la miró con desprecio y no le habló. Cogió las llaves del coche y salió dando un portazo. Eva pensó que la despediría en cuanto fuera capaz de hablarle. Decidió aclarar con él esa incómoda situación que le resultaba insoportable y no le permitía encontrar paz en su ya de por sí ajetreada vida. Le preguntaría por qué estaba tan molesto con ella y, si resultaba que ya no estaba satisfecho con su trabajo, sería ella misma la que se despediría. Con los cuatro mil euros que tenía ahorrados sobreviviría varios meses hasta encontrar algo. Se le hacía un nudo en la garganta pensar que dejaría esa casa y a Daniel, aunque la tratara con tanto desprecio que le hacía sentirse odiada, en las últimas semanas le encantaba trabajar para él y por fin entendía el motivo: servirle era la única forma posible de tenerlo cerca.

Esa misma noche, Daniel no vino a cenar y, ya de madrugada, se despertó al sentir que Pelé se movía inquieto; cuando se acostaba sola en casa le gustaba que durmiera en su habitación y a Daniel no le importaba si eso le ayudaba a sentirse más segura. No sabía si él había regresado y, aunque la alarma exterior estaba activada, se levantó a inspeccionar sin encender la luz. Al salir de la cocina, en la penumbra, vio que Daniel entraba en su dormitorio acompañado por una mujer a la que conducía de la mano; ambos parecían relajados y se reían de alguna ocurrencia que Daniel le había susurrado en el

oído. Un terremoto de emociones sacudió el cuerpo de Eva y provocó que le temblara todo el cuerpo.

—¡Oh! —Se le escapó un gemido provocado por la angustia y la decepción—. Quizás por eso estaba de tan mal humor, porque no le iba bien con esa chica. Se ha enamorado y ella no le correspondía. ¿La querrá? No, por favor. Tengo que averiguarlo.

Conocía la casa a la perfección, dejó salir a Pelé al jardín y, a oscuras y descalza, se dirigió al estudio de Daniel; desde allí oiría lo que hablaban y saldría de dudas.

—Venga, muñeca, sal del baño y desnúdate ante mí. Quiero ver cómo lo haces. —Distinguió las palabras de Daniel perfectamente—. Recuerda que he jugado un partido de noventa minutos y que estoy cansado.

—Ya voy, ya voy. Qué ansioso estás esta noche.

“No es la primera vez que se acuesta con él —pensó Eva con lágrimas en los ojos—. Quizás sea su novia”.

—No imaginas cuánto. —La voz de Daniel sonaba distinta, demasiado alegre y despreocupada y Eva intuyó que habría bebido—. Estoy deseando comerte ese par de peras nuevas que te has puesto. Vamos, muñeca, enséñamelas. ¡Hmmm! —murmuró tras unos segundos—. Muy hermosas; sí, señor —dictaminó como si se tratara de un concurso—. Tengo que reconocer que has mejorado bastante. —Se oyó una risita histérica—. Te pongo un sobresaliente.

—Y todo para ti, nene —dijo la mujer en un tono muy sugerente—. Todo, hasta que te hartes.

“Por Dios, ¿cómo se puede hablar en ese tono? Ni que estuviera en una película porno”.

—Gracias. No sabes cuánto las he echado de menos. Ven aquí. Ahora vamos a probar su sabor. Me muero de ganas.

A Eva le resultaba desconocido ese tono forzado que utilizaba Daniel al hablarle a esa mujer. O quizás eso le parecía a ella.

—Últimamente te dejas ver poco —le reprochó la desconocida.

—He estado ocupado; a partir de ahora te veré más, sobre todo espero verte desnuda en mi cama.

“Ahora se estarán besando —se dijo Eva tapándose la boca, horrorizada por la imprudencia que estaba cometiendo—, en los labios o donde sea. Por favor, por favor —suplicaba la chica—, no le digas que la quieres, no se lo digas. Dios mío, qué vergüenza, qué mujer más escandalosa —escuchó con atención deseando que él no pronunciara las palabras malditas—. O Daniel es muy bueno en lo que le está haciendo o ella es una exagerada”.

—Sigue, Daniel, sigue. Voy a correrme. ¡Ah! ¡Ah! —Oía Eva los gemidos que taladraban su corazón sin atreverse a taparse los oídos porque debía escuchar a Daniel. —Espera, muñeca, aguanta un poco más —le exigía Daniel.

“¿Qué hago aquí? ¿Qué hago aquí? Estoy volviéndome loca —pensaba Eva—. Este hombre me va a volver loca”.

—Aguanta, muñeca, aguanta un poco más —continuaba animándola mientras se oían los golpeteos del cabecero de la cama contra la pared.

“Vaya grito que ha dado la tía exagerada. Al menos Daniel es discreto. Pero no se lo digas, por favor, no le digas que la quieres o me encontrarás muerta aquí mismo cuando te levantes por la mañana. Sé que solo es un polvo de una noche; no puedes quererla, lo presiento”.

—¡Nene! Te he echado de menos —dijo ella casi suspirando, recobrando a la vez el ritmo de su respiración—. Eres el mejor.

Eva pudo oír una risita de satisfacción de Daniel que le partió el corazón en ese instante.

Permaneció inmóvil al otro lado de la pared del dormitorio hasta que la pareja calló sus risas y una corta conversación y la casa volvió a sumirse en un profundo silencio. Se sentó con cuidado en el sillón de Daniel y permaneció inmóvil sin dejar de llorar hasta que creyó que se habrían dormido. Entonces Eva, manteniendo el mismo sigilo, salió del estudio y se dirigió a su habitación. Al menos no había escuchado ni una palabra de amor

por parte de los amantes. Cerró la puerta y lloró desconsolada hasta dormirse. Lloró avergonzada por lo que acababa de hacer, lloró por el dolor que había sentido al ver a Daniel con otra mujer, lloró porque deseaba ser ella y lloró convencida de que eso sería imposible que sucediera entre ellos.

La alarma sonó a las siete, pero se encontraba tan agotada que decidió atrasarla una hora más tarde. Se negó a recordar su arriesgado atrevimiento de la madrugada e intentaría dormir un poco más. Sofía había cambiado el día por el martes porque tenía una cita con el médico y Daniel se levantaría tarde, así que no tenía prisa. Cuando se puso en pie, limpió el comedor y la sala de estar, comprobó que el dormitorio de Daniel continuaba cerrado y se marchó a hacer la compra.

Al regresar se encontró a un Daniel ojeroso sentado en el sofá vestido con una camiseta y un pantalón de pijama hojeando la prensa que recibía cada mañana.

—Buenos días, Daniel. ¿Has desayunado? —le preguntó solícita y dispuesta a satisfacer cualquier petición de él. No contestaba y parecía ignorarla con saña. Aún estaba enfadado con ella—. He ido a comprar; no sabía a qué hora te levantarías —susurró.

—Prepárame algo ligero. Es muy tarde. Y dame un paracetamol; me duele la cabeza —exigió de mal humor.

“Vaya, ni porque eche un polvo se le quita el mal humor. Y a eso, en mi pueblo, se le llama resaca —pensó Eva enojada con él—. Quizás está enfadado porque la chica se ha marchado o porque no le ha dicho que lo quiere y él tampoco se ha atrevido”.

Mientras daba vueltas en su cabeza al mal humor de Daniel, le preparó un zumo de naranja y un pequeño bocadillo de jamón ibérico, con tomate y aceite.

—Gracias —dijo Daniel sin mirarla.

Eva se dirigió al dormitorio de su jefe con su presteza habitual, abrió la puerta y se encontró la habitación en penumbra y a la mujer que dormía aún.

Se enfadó más de lo que ya estaba. Debería advertirle; ella no tenía por qué saber que había una mujer en su cama. Menos mal que no se había despertado. Y regresó a la cocina sin ocultar su enfado.

—Daniel —le habló regañándolo—, podías haberme avisado.

—¿Avisado? ¿De qué? —preguntó sorprendido.

—Hay alguien en tu cama.

—¿Y tengo que darte alguna explicación?

—Creo que sí. Solo de que no entrara y molestara. Acabo de abrir la puerta. No necesito ninguna otra explicación —añadió sin ocultar su enojo.

Daniel frunció el entrecejo observándola y pensando que Eva tenía razón.

—De acuerdo, Eva. Hay una mujer en mi dormitorio —se burló exasperado—. Ya te he avisado. —Eva bufó y a él, aunque no se lo demostró, le hizo gracia su gesto espontáneo e irritado. Se ponía muy guapa cuando se enfadaba de ese modo tan infantil y le encantaba conseguirlo para, simplemente, tener la oportunidad de contemplarla.

—¿Se quedará a almorzar? —preguntó irritada y decepcionada—. Voy a preparar la comida.

—No sé los planes que tendrá. Cuando se despierte lo averiguaré.

“Espero que no quiera quedarse. Por si acaso no le preguntaré. No. Ni siquiera me molestaré en llevarla a su casa; le llamaré un taxi y se lo pagaré. No sé cómo me he podido enredar con Maite otra vez, con esas tetas que se ha puesto antinaturales y duras; ¿y qué problema tiene? Cada vez se corre antes, no me dura ni un minuto. Esa será la causa de que nunca tenga novio —sonrió divertido por su pensamiento—, sufre eyaculación precoz —bufó después de su broma—. Ahora no podré quitármela de encima en un mes y estará llamándome y mandándome mensajitos al móvil hasta que se dé cuenta de que deseo ignorarla. Lo que hace la desesperación. Y para colmo Eva se ha enfadado por no haberle avisado de la sorpresa que podía encontrar. Maldita sea mi suerte; dentro de un rato se irá a clase y si Maite no se va pronto ni siquiera podré hablar con ella. Me muero de curiosidad por saber cómo lo



pasó el viernes por la noche, dónde estuvo y con quién habrá dormido —Eva cruzó ante la puerta de la cocina en ese momento—. Me emociona verla disfrutar cocinando para mí; eso me excita más que el polvo de desesperación que eché anoche. Eva, Eva, no puedo mirarte sin poder abrazarte y besarte. Me estás matando, pequeña”.

Daniel salió de la cocina dando un profundo suspiro que llamó la atención de Eva.

“Irà a ver si se ha despertado; la echarà de menos. Después de lo de anoche, no habrá tenido bastante. Vaya suerte que tienen algunas. Y yo, como una gilipollas... —refrenó unas lágrimas que pugnaban por salir—. No quiero pensar en lo que hice anoche. Qué vergüenza. Cómo pude espiarlo de ese modo. Soy una mala persona, desleal y traidora —suspiró avergonzada—. Tengo ganas de ver cómo es esa mujer, seguro que guapísima y con un cuerpo de escàndalo. Daniel no tiene ni un pelo de tonto y tendrá donde elegir. Mi historia se está pareciendo al cuento de “La Bella y la Bestia”, pero al contrario; la Bella está enamorada y la Bestia nunca le hará caso o hasta eso puede que sea al revés, yo soy la Bestia y Daniel el Bello —este suspiro que se oyó en la cocina fue más profundo aún—. Bueno, el cocido ya está en marcha, mientras voy a planchar las camisas de Daniel”.

Planchaba distraída escuchando la radio con la puerta cerrada, intentando no molestar; concentrada en una entrevista a un economista no pensaba en lo que no debía. La voz de Daniel gritando su nombre al pie de la escalera le provocó un respingo. Apartó la plancha y se dirigió al salón a ver por qué la llamaba.

—¿Dónde estabas? —le preguntó extrañado con la chica sentada en su regazo. Llevaba puesta solo una camisa de Daniel y unos zapatos negros de charol con un tacón de vértigo. Eva pensó que podía habérsela quitado de encima antes de llamarla porque parecía disfrutar restregándole su presencia. Esforzándose, pudo controlar el temblor de su cuerpo, la flojera de sus rodillas y las lágrimas que deseaban asomar—. Te he estado buscando.

—Estaba planchando en el lavadero —respondió en un murmullo porque el dolor que le provocaba la imagen que tenía ante sus ojos no le permitía hablar —, pero como tenía la radio puesta he cerrado la puerta para no molestar.

—¡Ah! —Durante unos segundos se perdió en su triste mirada verde hasta que la mujer que tenía en sus brazos se movió—. Maite, ella es Eva. —La mujer sonrió ingenua sin soltarse del cuello de Daniel—. ¿Puedes prepararle a Maite un desayuno como el mío? Incluido el paracetamol —añadió sonriendo y haciendo un chiste que Eva ignoró por completo.

—Sí, señor —contestó Eva reuniendo toda la frialdad que pudo—. ¿Se lo sirvo aquí? —Se refirió al sofá del gran salón.

—Sí, aquí mismo estará bien.

Mientras exprimía las naranjas se secaba algunas lágrimas que se le habían escapado. Y en una bandeja perfectamente preparada llevó el desayuno de esa guapísima y despampanante mujer de piernas kilométricas que, al menos, había tenido la decencia de vestirse, pensó Eva al verla de nuevo. Lo dejó sobre la mesa de madera de olivo envejecida y se irguió ante Daniel.

—Si necesitan algo más estaré en el lavadero. —Daniel la miró molesto por el tono distante que empleaba para dirigirse a él, pero Eva no lo hacía con mala intención, simplemente pensó que al estar en compañía de esa mujer no le parecería correcto que lo tratara con la misma familiaridad a la que se habían acostumbrado entre ellos.

Acabó con la plancha, añadió las verduras al cocido y se dirigió al dormitorio de Daniel. Ellos continuaban en el salón hablando y al parecer se divertían porque las risas de la mujer resonaban hasta el dormitorio. Al quitar las sábanas, pisó algo resbaladizo del suelo, miró y encontró un preservativo usado junto a la cama que casi la hace llorar de nuevo. Sin poder respirar, como si hubiera recibido un fuerte puñetazo en el estómago, se dirigió al baño en busca de un trozo de papel higiénico para cogerlo sin tocarlo con sus dedos y al salir se encontró con Daniel ruborizado como nunca lo había visto antes.

—No lo toques, Eva —dijo Daniel que había entrado precipitadamente—. Lo siento, lo siento mucho —se disculpaba nervioso a la vez que se agachaba a recoger el condón del suelo porque al pensar en Eva y en lo que estaría haciendo, varias ideas se cruzaron en un segundo en su cerebro—. Esta mañana no recordé lo que había hecho con el... Lo lamento, Eva —repitió más alterado aún—. No tienes por qué ver esto.

—No es el primer preservativo que veo —respondió con frialdad y molesta por las disculpas de Daniel que la trataba en ese instante como a una niña; una niña de la que luego no tenía piedad—. Sé muy bien para qué y cómo se utilizan —le explicó con desdén y procurando que entendiera que ella también los había usado en el momento preciso.

Arrancó las sábanas de un tirón y salió del dormitorio dejando a Daniel perplejo, que observaba cómo se marchaba enfadada y se lamentaba por lo que acababa de ocurrir. Durante un segundo, Daniel pensó que le había dolido su desagradable descuido.

Eva se sentía en ese instante vapuleada y maltratada por los recientes acontecimientos. De repente, su cuerpo flaqueó rendido y tuvo que tomarse unos minutos de descanso en su habitación a solas. ¿En qué se estaba convirtiendo su vida? Se preguntó secándose las lágrimas. Era la segunda vez que lloraba esa mañana; con lo difícil que había sido siempre arrancarle una lágrima, durante los últimos días lloraba con una facilidad pasmosa. Le hubiese gustado tener la oportunidad de marcharse a su casa, al menos durante unos días, y sentirse segura y protegida junto a sus padres y su hermano; rescatar su vida de siempre y salir de esa pesadilla en la que se había envuelto por la necesidad de ganar dinero. Recordó que el viernes siguiente sería 1 de noviembre, festivo y no tendría clases. Quizás Daniel jugaría fuera y no le importaría que ella se marchase unos días; cogería un autobús nocturno el jueves por la noche y regresaría el domingo. Un par de días junto a los suyos. Solo con planearlo lograba sentirse mejor y más animada.

Sumergida en un profundo silencio, parecía no existir nadie para ella en esas

horas, ni siquiera un molesto Daniel que se sentía totalmente ignorado después de que Maite se marchara y ni siquiera conseguía entablar una conversación mientras los dos almorzaban en silencio.

—Eva, estás muy pálida. ¿Te encuentras bien? —le preguntó después de pasar un tiempo observándola comer con desgana y en silencio.

—Echo de menos a mi familia; hace dos meses que no los veo. He estado pensando... —Dudó en continuar después de la rabieta que pilló Daniel el fin de semana—. Como el viernes es fiesta, ¿te importaría que me fuera hasta el domingo?

Daniel no quería que se marchara tres días, aunque él tendría que viajar el sábado y no regresaría hasta el domingo por la tarde; pasar el viernes sin verla le resultaba doloroso con solo pensarlo. Pero también necesitaba reconciliarse con ella y encontrar la paz que habían perdido, regresar a su casa con ganas porque Eva estaba allí ocupándose de él, cuidándolo y atendiéndolo como solo ella era capaz; hablar tranquilos a la hora de las comidas, verla sonreír por sus bromas. La relación entre ellos estaba tan tensa que quizás unos días de separación les viniera bien a ambos para encontrarse de nuevo y lograr que su relación funcionara como fue el primer mes. El segundo había sido un verdadero infierno y en ese momento sentía que también estaba resultando igual para Eva que ya lo miraba con los ojos llenos de lágrimas esperando su negativa a permitirle hacer ese viaje.

—Está bien, si te apetece, márchate. Yo estaré fuera el sábado y regresaré el domingo por la tarde. A Pelé no le ocurrirá nada por estar un día solo; le dejaré bastante agua en un cubo. —Suspiró sin dejar de observarla—. Parece que necesitas alejarte de aquí unos días. No lo estás pasando bien, ¿verdad? —Eva negó en un gesto y a Daniel se le vino el techo encima pensando que quisiera dejar el trabajo porque estaba demasiado agobiada y sobre todo, a causa de su mal genio y su carácter exigente y caprichoso.

—Daniel —susurró angustiada ante lo que pensaba decirle—, tengo la impresión de que no estás satisfecho con mi trabajo. Yo no puedo hacerlo

mejor, te aseguro que me esfuerzo cuanto me es posible. —A Eva le rodaban las lágrimas incontroladas y se avergonzaba por mostrarse tan frágil ante él; se las secó rápidamente con la servilleta y continuó hablando. Daniel la observaba horrorizado pensando en que le estaba haciendo más daño del que imaginaba con su rabiosa actitud y eso la empujaría a que se marchara para siempre.

—No llores, Eva, por favor —suplicó el hombre agobiado y, sin pensarlo, apoyó su mano sobre la de la chica y se la apretó; ella, necesitada de consuelo, no la retiró.

—Si prefieres que me vaya de tu casa, será mejor que me lo digas ahora. No quiero que me soportes por compasión. Para tranquilizarte te diré que tengo algún dinero ahorrado y podría sobrevivir unos meses hasta encontrar otro trabajo.

Daniel tardó un instante en contestar, admirado al ver la valentía y el coraje de Eva y el modo en que volvía a impresionarlo.

—Solo un estúpido te dejaría marchar y yo no lo soy, o al menos todavía no me considero estúpido. Estoy muy satisfecho con tu trabajo, pero no sé demostrártelo y reconozco que últimamente tengo un humor de perros, aunque eso sería ofender a Pelé. —Ese comentario obtuvo un amago de sonrisa del rostro de Eva que retiró la mano con naturalidad para sonarse la nariz; Daniel se animó y se relajó—. Me gustaría que continuaras soportándome y atendiendo mi casa del modo tan fabuloso en que lo estás haciendo. —La miró a los ojos y logró transmitirle la sinceridad que pretendía—. No quiero que te marches para siempre, Eva. Descansa de mí este fin de semana y recarga energías para continuar aguantándome. ¿De acuerdo? Si lo deseas, puedes llevarte el coche.

—No, te lo agradezco, Daniel. Pero en autobús descansaré mejor que conduciendo tantas horas seguidas y mis padres estarán más tranquilos. Me iré el jueves por la noche y el domingo por la tarde estaré de vuelta.

—Si llego antes que tú no me importará recogerte en la estación de

autobuses; ya te llamaré. Además, es mejor que descanses este fin de semana porque David vendrá solo dentro de unos días y necesitaré que cuides de él durante el partido.

—Me alegraré de verlo. Te prometo que, a cambio de tu generosidad, aprenderé recetas nuevas de mi madre —dijo con una sonrisa sincera en sus labios que logró un estremecimiento de Daniel—. De alguna forma, te sorprenderé.

—Ya lo haces cada día, pequeña.

Por el tono cariñoso y comprensivo en que le habló Daniel y el consuelo que le ofreció al reconfortarla con el calor de su mano, Eva pensó que la apreciaba de verdad y que el mal humor que venía mostrando últimamente no sería contra ella. Lástima que tuviera tan mal genio, porque a veces podía resultar un amigo encantador.

Sofía llegó temprano el martes e interrumpió el agradable desayuno de la pareja que parecía disfrutar de su conversación. A la mujer le llamaba la atención el modo en que a Daniel le brillaban los ojos cuando estaba en compañía de Eva, sin embargo, comenzó a preocuparle el interés que la chica demostró por conocer la vida privada del jefe.

—Sofía, tú llevas meses en esta casa —comenzó Eva a curiosear—, ¿has conocido alguna novia de Daniel?

—He visto algunas mujeres desfilar por aquí después de que Conchi se jubilara, pero distintas en cada ocasión, alguna repetía de tarde en tarde. Daniel es un mujeriego que rehúye el compromiso —le dijo en un modo de advertencia que Eva no captó—. ¿Por qué me lo preguntas?

—El domingo pasó la noche una tal Maite a la que parecía haber tratado en más de una ocasión.

—No lo sé, no las conozco por su nombre. Quizás si le viera la cara...

—Y en todo este tiempo, ¿no has conocido a ninguna novia formal? —Sofía

negó—. No lo entiendo, un hombre tan guapo, con un cuerpazo de atleta y rico —la mujer pensó que el interés de Eva por Daniel iba más lejos, pero prefirió no comentárselo—, y sin novia, aunque no le duren mucho.

—Eva —le dijo con intención de espabilarla—, ¿para qué se va a conformar con una si puede tener a las que quiera? Es un tío muy listo y aprovecha su encanto.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Qué te dijo el médico? —le preguntó acabando con esa conversación que solo le descubría lo que ya imaginaba sobre Daniel.

Tras la sincera conversación que mantuvieron el lunes, la tensión entre ellos desapareció durante los días siguientes y aunque continuaban viéndose poco, los momentos que compartían los aprovechaban disfrutando de agradables charlas relacionadas con la vida de cada uno, sobre todo alargando las horas de las sagradas comidas que día a día causaban mayor admiración en Daniel.

Eva le mandó un WhatsApp cuando llegó a su casa familiar como Daniel le había pedido diciéndole que había llegado bien y que había tenido un buen viaje, al que él respondió con un: “Descansa y disfruta en compañía de tu familia. Nos vemos el domingo”.

Apenas salió de su casa y pasó casi todo su tiempo en compañía de su madre hablándole sobre Daniel, elogiando la preciosa casa en la que vivía, ocultando por supuesto el mal humor del hombre y valorando más de lo preciso el trato familiar que recibía.

—Eva, cariño, no olvides que ese no es tu futuro. Creo que te estás implicando demasiado en ese trabajo y con tu jefe, al que imagino bastante caprichoso y acaparador.

—No voy a negarlo, mamá, y creo que el hecho de que viva solo justifica que mi total atención recaiga en él. Pero no descuido mis estudios, si es eso lo que te preocupa. No he faltado un solo día a clase, repaso lo que puedo por las noches y adelanto las prácticas los fines de semana. Por ahora voy bien. Además, Daniel conoce mi situación familiar y el por qué estoy trabajando en

su casa. Incluso me regañó el viernes pasado cuando salí a celebrar el cumpleaños de Irene, preocupado como tú porque no descuidara mis estudios.

—¿Y no tiene novia?

—Creo que no. El otro día durmió una chica en su casa, pero fue la primera vez que la vi. Imagino que sería un rollo de una noche.

—¿No has vuelto a ver a Adrián?

—He quedado esta noche con él. Dice que quiere hablar conmigo.

—¿Y tú? ¿Quieres hablar con él?

—Tal vez. La última vez que lo vi se puso muy pesado. Ya no tengo tiempo de pensar en hombres. —La madre se rio por el comentario de su hija—. Con Daniel tengo bastante.

—Lo imagino, Eva, y lo siento porque tienes edad de conocer a muchos chicos y elegir uno que te guste. Adrián me cae bien y creo que te quiere de verdad.

—Cuando acabe mis estudios pensaré en compromisos, ahora estoy demasiado ocupada —respondió con frialdad fingida. Y no le contó a su madre que su corazón al igual que su tiempo estaba ocupado por Daniel.

Eva cocinó en su casa cada día y la familia se sorprendió al comprobar cuánto había progresado como cocinera. Apuntó casi todas las recetas de comidas tradicionales que su madre solía preparar: berzas, potaje gitano, judías con setas, patatas con choco, herencia de su abuela paterna, como la sopa de marisco, sus exquisitas albóndigas en salsa de almendras, su increíble rabo de toro en salsa, su famoso arroz con leche, una tarta de zanahorias inigualable... Se había hecho ya con un sinfín de recetas que podría cocinar para Daniel sin repetir durante más de un mes porque a él todo le gustaba, carnes, pescados, huevos, verduras, frutas...

Su corazón agotado por la tensión soportada durante las últimas dos semanas parecía repuesto, sobre todo si recordaba los días pasados antes de sus mini vacaciones, incluso tenía ganas de recuperar su estresante ritmo de vida porque implicaba ver a Daniel. Nunca hubiese imaginado que después del



maltrato que había recibido por su parte, lo echaría tanto de menos. Pero cuando Daniel quería, podía resultar el hombre más encantador del mundo y esa semana lo había conseguido. Y como premio, Eva cocinó esa mañana para él; llevaría la cena preparada. A medio camino en el autobús le mandó un WhatsApp en respuesta a otro que él le había enviado interesándose por su hora de llegada: “Llegaré aproximadamente a las nueve. No compres nada. Llevo la cena preparada”. Él le respondió de inmediato: “De acuerdo. He echado de menos tu deliciosa comida. Gracias por preocuparte de tu abominable jefe. Te esperaré en el coche”.

Daniel no solía dejarse ver mucho por lugares públicos ya que era un acérrimo defensor de su intimidad y le molestaban los continuos asaltos que solía recibir de los aficionados, así que Eva se bajó ilusionada del autobús y salió de la estación. Enseguida localizó el Volvo de Daniel y, sonriente, con el corazón latiéndole acelerado, se dirigió a él. Había alguien sentado en el asiento del copiloto y pensó que sería David, pero al acercarse distinguió la figura de una mujer y en ese instante un hierro candente atravesó su palpitante corazón. No era la misma mujer del domingo anterior, era otra chica a la que tampoco había visto nunca y se la presentó en cuanto abrió la puerta de atrás.

—Hola, Eva. Me alegro de verte. Esta es Laura.

—Encantada de conocerla —contestó Eva aunque la mujer no pareció oírla. Y pensó que por qué no iba a ignorarla si ella solo era la criada. Por primera vez lo vio con claridad en su mente. Su mensaje lo decía todo: “Echo de menos tu deliciosa comida”. Se preguntaba cómo podía ser tan idiota y haber caído en la más ingenua de las tentaciones. Daniel lo tenía todo y nada sería para ella. Solo era su criada; no debía olvidarlo nunca más.

—¿Has descansado? Tienes buen aspecto.

—Sí; he descansado y lo he pasado bien —respondió distante—. Gracias por venir a recogerme, Daniel.

Tan hundida como se marchó el jueves, no volvió a hablar durante el trayecto y se limitó a escuchar la conversación que ellos mantenían sobre los viajes en

autobús, los que Daniel parecía aborrecer. Eva creía que esta mujer le gustaba más que la otra; por supuesto, también parecía una modelo y se convenció de su opinión al verla fuera del coche. Sonrió por haber sido capaz de pensar que ella podría compararse con una de esas dos mujeres que Daniel había llevado a su casa cuando ella no tenía ni culo, ni esos pechos esculpidos, estaba demasiado delgada de tanto trabajar y por supuesto era incapaz de vestirse con tan buen gusto porque ni tenía dinero ni apenas tiempo que dedicar a ir de tiendas. Vaya recibimiento que había tenido, aunque Daniel se mostrara amable.

Entró en la casa y preguntó si deseaba que le preparara la cena. Daniel asintió expectante y agradecido. Soltó la maleta en su dormitorio y se dirigió a su lugar favorito, la fabulosa cocina de Daniel, donde se sentía más querida y más deseada por él que cualquier otra mujer; y ese pensamiento casi la hizo llorar por lo patético que sonaba ser simplemente su cocinera. Puso a calentar abundante aceite de oliva para freír unas patatas que peló y cortó con mandolina y en una cacerola calentó sus deliciosas y tiernas albóndigas. El arroz con leche para el postre lo metió en el frigorífico. Interrumpió a la pareja que se tomaba una copa de vino en la sala de estar y le preguntó a Daniel dónde prefería cenar.

—En este comedor; es más acogedor para tres personas. —Laura lo miró extrañada y Eva se limitó a negar con la cabeza con un gesto adusto e imperceptible que la invitada no captó y que Daniel, asombrado por su frialdad, no se atrevió a contradecirla ante la presencia de Laura.

Preparó una mesa elegante y romántica, incluyendo velas, que asombró a Laura cuando fueron a sentarse.

—Que aproveche —les deseó Eva al poner la fuente de patatas y albóndigas en la mesa además de una ensalada de pimientos asados y los dejó a solas para que se sirvieran cada uno al gusto con una sonrisa obligada que asomaba en su contrariado rostro.

Se retiró a la cocina a preparar el postre y allí mismo, de pie, se tomó un par

de albóndigas porque ni siquiera tenía apetito. Cuando creyó que había pasado un tiempo prudencial, regresó al comedor, retiró el resto de la comida y los platos ya usados y les sirvió el postre.

—Sé que es demasiado pesado como postre en una cena... Pero he pensado que como aún es temprano no resistirías la tentación de probarlo. Arroz con leche.

—Qué bien me conoces, Eva —contestó Daniel mirándola a los ojos para recibir de nuevo la frialdad de los de la chica—. No he probado unas albóndigas mejores en toda mi vida. Si fuera un hombre más sensible lloraría de placer. —Eva tampoco secundó su broma.

—Sí. Estaban deliciosas —comentó Laura.

—Gracias. Si usted desea otro postre más ligero —dijo dirigiéndose a la mujer—, hay algo de fruta, yogur y algún mouse de limón.

—No, después de disfrutar con tus albóndigas y esas patatas que no probaba desde que me las hacía mi abuela, no me resistiré a unas cucharadas de este arroz con leche; tiene un aspecto fantástico. Aunque mañana tenga que contar las calorías que ingiera.

—Gracias —respondió Eva—. ¿Algo más, Daniel? ¿Tomarás café?

—No, Eva. Continuaremos con el vino. ¿Has cenado? —Eva asintió—. Toma una copa con nosotros.

—No, gracias, Daniel. Tengo que estudiar. Si me necesitas estaré en mi habitación.

Acabó de recoger la cocina y se encerró en su dormitorio deseando perder de vista la imagen de Daniel con otra mujer.

Daniel se tomó el postre en silencio, degustaba con lentitud cada cucharada que se metía en la boca, pensaba en que Eva lo había preparado exclusivamente para él con esa dedicación tan especial que ponía en sus platos, sencillos, tradicionales, pero como ella, extraordinarios; recordaba cuánto la había echado de menos y como, esa exagerada necesidad de ella, había provocado que llamara a Laura. Odiaba sentirse tan vulnerable con Eva

y se obligaba a sustituirla con otra. Miró un instante a Laura quien lo observaba con curiosidad.

—Cocina muy bien. —Daniel asintió—. ¿No es muy joven? —Volvió a asentir—. ¿Qué está estudiando?

—Cuarto de económicas. Trabaja para pagarse sus estudios —le contó orgulloso y Laura lo escuchó sorprendida—. Su familia está pasando por un mal momento y Eva intenta ahorrar para pagarse un máster.

—¿También cuida de la casa? —preguntó expectante.

—De la casa y de mí. Y te aseguro que convivir conmigo no es una tarea fácil. —Sonrió desganado.

—¿Desde cuándo trabaja para ti?

—Desde primeros de septiembre.

—Parece que llevara toda la vida contigo. Os lleváis bien —afirmó extrañada por la complicidad que reflejaban el jefe y su empleada.

—Es fácil llevarse bien con Eva.

—Y es muy mona. —A Daniel le molestó ese comentario simple. Eva era mucho más que una chica mona, pero había que conocer bien a las mujeres para darse cuenta de su belleza excepcional—. ¿Tiene novio?

—Creo que no.

“Espero que no haya vuelto con él —se dijo Daniel—; quizás por eso quería marcharse, porque lo echaba de menos”.

—Me extrañó cuando le dijiste que parecía descansada. Ahora lo entiendo. Trabajar en esta enorme casa, cocinar para ti, ir a clases. Imagino que no saldrá mucho de marcha.

—De vez en cuando, algún viernes o sábado, pero no, no sale mucho.

“Más de lo que yo quisiera —pensó Daniel y siguió saboreando su exquisito arroz con leche—. Y ahora estoy aquí contigo en vez de estar con Eva, con la única persona que, en realidad, me gustaría meterme en la cama. Mi manzana prohibida, mi tentación. Dios, cuánto la he echado de menos y cuánto me cuesta conformarme con tenerla bajo mi techo como mi empleada. Pero no

puedo permitírmela, me gusta demasiado. En toda mi vida he deseado algo con más ansiedad que como la deseo a ella, lo reconozco. Pero debo aspirar a más que una chiquilla mona, como dice Laura, de padre jubilado y madre limpiadora. He conocido a demasiadas mujeres para caer en esa trampa vulgar. Necesito una esposa, elegante, sofisticada, de clase alta, que sepa desenvolverse con soltura en los ambientes más distinguidos, capaz de conversar con cualquiera. Eva no es lo que necesito como compañera para el resto de mi vida. Ella saciaría mi lujuria, me complacería a niveles físicos, estoy seguro, pero es demasiado joven e inexperta y, probablemente, me decepcionaría”.

Eva salió de su dormitorio al oír el sonido de los vasos en el fregadero.

—Déjelo, Laura —pidió con respeto—. Ya lo hago yo.

La mujer hizo lo que Eva le pedía y se retiró a la sala de estar donde estaba sentado Daniel. Eva quitó la mesa con discreción, sin interrumpir la conversación de la pareja y regresó a su dormitorio.

“¿Será esta la elegida? —comenzó a preguntarse Eva—. Al menos no parece una tontaina como la anterior, me resulta más madura y sensata, quizás también porque debe ser mayor. ¿Qué más me da? Yo solo soy la asistente de Daniel y no le intereso por otra cosa. Mi madre tiene razón y ahora creo que ella se ha dado cuenta de que siento algo fuerte por Daniel, por eso me preguntó por Adrián. Este trabajo, esta casa y este hombre solo deben ser una herramienta para mí, la que me proporcione el dinero para mi máster. Aquí no está mi futuro; mi futuro son mis estudios y lo que pueda lograr luego gracias a ellos. No debo olvidar mis aspiraciones, trabajar en Suiza, en Londres o en Alemania. Cuando acabe en la universidad estaré preparada para ello”.

No podía dormir y se levantó a beber un vaso de agua. En ese momento Daniel, con el pantalón de pijama puesto, trasteaba en el frigorífico con la luz apagada y lo sorprendió con una copa de mouse en la mano.

—Se me ha antojado —susurró avergonzado—. Sabía que quedaba alguno.  
Sin explicar nada más, el hombre se dirigió a su dormitorio.

Eva no dijo nada y cabizbaja se encerró en su habitación.

“No lo hagas otra vez, Eva. Deja que haga lo que quiera con el mouse; no es asunto tuyo —suspiró—. Pero no puedo soportarlo, tengo que saber si siente algo por ella. Es tan frío con Laura como con la otra, por eso no distingo si es que siempre es así o esta chica es especial para él —decidida, abrió la puerta de su dormitorio—. Tengo que comprobarlo; no puedo quedarme esperando”.

Se dirigió sigilosamente al estudio una vez más, entró y permaneció atenta e inmóvil como una estatua.

—¡Daniel! ¡Que está muy frío! —protestó Laura divertida.

—Ya lo sé, muñeca, pero sobre tus pezones sabe aún mejor.

“Otra muñeca. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Todas las mujeres son iguales para él? —sonrió desganada—. Qué estúpida soy. Por supuesto que no, yo no, yo significo menos que una de esas muñecas”.

—Dame un poco para que lo pruebe.

“Vaya. Esta es muy exigente. Al menos parece que Daniel no la intimida como le sucedía a Maite”.

—Bésame y lo probarás.

“¿Le está dando el mouse de su boca? Este hombre debe haber leído sobre erotismo, seguro. Es todo un experto”.

—Ahora comprobarás si está frío. —La voz juguetona de Laura demostraba lo bien que lo estaba pasando.

“Parece que se divierten con el juegucito de mi mouse”.

—No, muñeca. Ahí no. No, que se viene abajo con el frío.

—Ahí tiene que saber de fábula. Anda, Daniel, déjame probar. Te prometo que no te vas a arrepentir.

“¿Dónde se lo va a poner? Desde luego Daniel no es para mí. Ahora lo sé. Estas mujeres me dan mil vueltas en todos los aspectos. ¿Se la va a chupar llena de mouse? —suspiró—. Daniel sabe elegir a quien mete en su cama”.

Eva tuvo que taparse los oídos por no oír los gemidos de Daniel mientras lloraba en silencio.

—Venga, muñeca, ya está puesto. Súbete. ¡Oh! Así, muévete, vamos. Muévete como tú sabes.

“Esta es muda, o al menos se contiene —prestó atención agudizando el oído según aumentaba el volumen y la cantidad de gemidos que producía la pareja. Se aproximaba el momento delicado—. Silencio, Daniel. Si le dices que la quieres te buscas otra criada porque no te soportaré”.

—¡Daniel, Daniel!

“Que lo tienes al lado, tía. Menudos gritos. Y parecía muda”.

—Sí, sigue, muñeca, cómo te mueves. ¡Ahhh! —Eva imaginaba lo que significaba ese grito ahogado de Daniel y su llanto fluyó incontrolable.

“Ya está. Lo he vuelto a hacer —se decía arrepentida—. Ahora estará unos días matándome por dentro y no puedo marcharme a mi casa otra vez a buscar el consuelo de mi madre. ¡Oh, Eva! Eres la mayor gilipollas que hay en este mundo. Al menos a esta tampoco le ha dicho que la quiere y, por lo que he comprobado, también se conocen desde hace tiempo. Creo que ni siquiera se han besado. Bueno, sin el mouse, quizás antes de que yo llegara. Ni piense Daniel que volveré a prepararle mouse de limón. ¡Gilipollas! ¡Gilipollas! Eva, eres una grandísima gilipollas —se dirigió llorando histérica a su dormitorio—”.

A la mañana siguiente, mientras Sofía limpiaba el salón, Daniel leía tranquilo en la sala de estar cuando Eva llegó de la compra.

—¿Has desayunado?

—No. Te estaba esperando.

—Ahora mismo te lo preparo. —“Vago egocéntrico”, pensó—. ¿Necesitas un paracetamol? —Daniel la miró sorprendido y ella pensó que había ido demasiado lejos con ese comentario.

—No, hoy no me duele la cabeza —respondió irritado al verse dándole explicaciones y sin saber por qué lo hacía—. Anoche solo me bebí un par de copas de vino.

Le puso en la mesa una bandeja con zumo de naranja, café, sándwich mixto y unos pestiños que había traído de su casa y que estuvo dudando sobre ofrecérselos a él o regalárselos a Sofía porque Daniel no los merecía. Los retiró del plato y volvió a guardarlos en la fiambarrera. Se los regalaría a la mujer.

—¿Puedo entrar en tu habitación? —preguntó con una naturalidad fingida que impresionó a Daniel.

—Sí —respondió sin dar más explicaciones.

Mientras desayunaba pensaba que podría vivir así toda la vida; no sufría las complicaciones de una relación amorosa, tenía sexo cuando le apetecía y a Eva a su servicio. Teniendo a Eva en su casa, atendiéndolo a todas horas del día, se sentía satisfecho de su vida. Cuando acabó el desayuno fue a su dormitorio a buscarla y se la cruzó por el camino; en una mano llevaba las sábanas y en la otra la copa de mouse casi vacía con la cucharilla dentro. Daniel se sintió incómodo ante la situación. Las manchas de la sábana le darían a Eva en que pensar y no pretendía que creyera que era un perverso, aunque últimamente estuviera de moda. Pero en compañía de Laura le costaba tanto excitarse que echó mano de lo primero que se le ocurrió; el delicioso mouse conseguía de algún modo que Eva estuviera presente en la cama y se le calentara el cuerpo. Sonrió desganado pensando que, en el fondo, la situación fue algo perversa. Esperó a que Eva ordenara su dormitorio y le pidió que lo acompañara a dar un paseo. Estaba interesado en saber qué había hecho durante esos tres días lejos de él, si había salido, si había visto a algún amigo, a su ex, cómo iban las cosas por su casa; todo lo relacionado con Eva le interesaba.



—Me apetece dar un paseo, hace un día estupendo. Acompáñame. A pesar de parecer una orden, Eva, con una sonrisa cariñosa y fingida, se negó.

—No puedo, Daniel. Me encantaría, pero no puedo. Es lunes, tengo clases y debo mantener una disciplina férrea en mis tareas, si no se me hace muy cuesta arriba la semana.

A pesar de parecer una orden, Eva se negó.

—Tienes a Sofía.

—Sí y tiene bastante trabajo con limpiar ese enorme salón y el porche. Agradezco tu invitación —continuó con su hipócrita actuación—, pero tengo mucho que hacer.

Se dio la vuelta y no esperó a que comenzara una discusión. Se metió en el lavadero y se dedicó a organizar la colada pensando en lo que acababa de hacer. Había tomado una decisión. Era la criada, se comportaría como tal y no permitiría que Daniel la tratara de esa forma tan ambigua que le transmitía falsas esperanzas, como si entre ellos pudiera existir otra relación que la de un jefe y una empleada a su servicio exclusivo. Eso sería lo único que existiría entre ella y Daniel, quien tuvo que controlar su mal humor ante la negativa de la chica. Acabó cogiendo sus palos de golf y se marchó a jugar un rato. No volvió a casa hasta la hora del almuerzo.

—La mujer que estaba con Daniel —le comenzó a contar Sofía cuando él se marchó—, esa ha venido alguna vez, aunque hace unos meses, pero siempre se va en cuanto se levanta, nunca se queda ni a desayunar. —Eva se encogió de hombros fingiendo que no le interesaba. Estaba dispuesta a que no le afectase lo que Daniel hiciera con su vida—. Creo que está casada porque una vez la oí hablar con alguien por teléfono y le dijo a Daniel que su marido no la dejaba en paz. —Eva la escuchó escandalizada—. Vaya tío, ¿eh? Cada semana una distinta y no le importa que esté casada o soltera.

—Sí. Por ahora, una a la semana.

—Tampoco es que lo haga mucho —dijo Sofía con una sonrisa picarona. Eva se ruborizó—. Tanto deporte lo tendrá agotado. —Las dos acabaron

riendo a carcajadas.

Eva le había preparado un estofado de rabo de toro que Daniel saboreaba casi gimoteando entre cada bocado y pregunta que le hacía.

—Cuéntame, ¿todo bien por tu casa?

—Muy bien; mis padres estuvieron encantados de verme, incluso mi hermano. —La sonrisa sincera de Eva le provocó un estremecimiento—. Ha empezado el curso con unas notas excelentes. Es el tío más listo que conozco. No creas que se mata estudiando. ¡Y todas sus calificaciones son sobresalientes!

La conversación desenfadada de una Eva tan relajada junto a la exquisita comida que estaba degustando lo hacían sentirse el hombre más afortunado del mundo.

—¿Has salido de noche?

—Sí —susurró y le gustó ver la curiosidad que eso despertaba en Daniel—. Muchos de mis amigos que estudian fuera habían ido a pasar el puente. Había mucho ambiente.

—¿Con quién saliste? —preguntó preocupado y animó más a Eva a continuar contándole lo que sucedía en su sencilla vida.

“Vamos a ver cómo te sienta esta respuesta Daniel. Yo también tengo mis líos amorosos; aunque sean falsos”.

—Con mi ex. —El respingo de Daniel fue incontrolado y evidente y Eva creyó entender su juego por primera vez—. Hacía unos meses que no nos veíamos y lo pasamos bien —exageró bastante.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste? —Eva se quedó callada y con fingida timidez esbozó media sonrisa dando mucho que pensar a Daniel con ese gesto—. ¿Te has reconciliado con él? —preguntó exigente.

—No lo sé; no estoy segura.

—¿Estudia aquí, en Madrid?

—No. Ya ha acabado ingeniería superior de caminos. Puede que se vaya a trabajar a Arabia Saudí. Aquí no le sale nada. —Daniel ya estaba

suficientemente tenso y Eva estaba disfrutando al verlo tan incómodo—. Quizás venga dentro de quince días —mintió Eva pensando que en quince días Daniel lo habría olvidado todo.

—Dentro de dos semanas te necesitaré. ¿Lo has olvidado? —le recordó de mal humor.

—Es verdad, lo siento. Viene David. Le diré que espere al siguiente fin de semana.

—¿Y dónde se aloja cuando viene a Madrid?

—Tiene muchos amigos porque estudió aquí. No le faltará donde quedarse.

—¿Sabe que trabajas para mí?

—No. Solo sabe que trabajo para el señor Álvarez. Mi madre es la única que conoce tu verdadera identidad, ni siquiera se lo he dicho a mis amigas —Eva le hablaba en un tono amigable y fingido—. Pero puedes estar tranquilo porque es una mujer muy reservada. No te preocupes, estoy siendo muy discreta con todo lo relacionado con tu intimidad y te entiendo. Yo actuaría del mismo modo. —De repente, se quedó callada y se atrevió a inmiscuirse en su vida—. ¿Y tus amigas? ¿Confías en ellas? —le preguntó con naturalidad como si conversaran dos amigos.

—En unas más que en otras —respondió desganado y, como si su vida en ese instante no tuviera importancia alguna, continuó su interrogatorio—. ¿Lo echas de menos? A tu ex; bueno, si sigue siendo tu ex.

—Sigue siendo mi ex; ahora mismo no puedo complicarme la vida. Bastante tengo ya.

—¿Pero lo echas de menos?

—A veces. Está insistiendo mucho en volver conmigo, incluso habló sobre marcharnos juntos. —El rostro de Daniel enrojeció de ira y ese gesto habló por él, aunque sería mejor decir, gritó por él.

—No te irás sin terminar tus estudios —le reprochó alterado echándose sobre el respaldo de la silla y soltando los cubiertos de mala forma—. Después del esfuerzo que estás haciendo no irás a dejarlo todo por él.

—No. No lo haría. —Daniel se relajó y se metió en la boca una cucharada de arroz con leche que ayudó a calmarlo.

“Eso es lo que temes, ¿verdad? Ingrato, caprichoso y egoísta, temes quedarte sin tu esclava personal con la que juegas a tu antojo”.

—Ahora mismo la prioridad en mi vida es acabar mi carrera y formarme con un provechoso máster —continuó seria—, aunque resulte carísimo para mis posibilidades económicas. Este trabajo me resulta como una inversión, en horas y en esfuerzo, pero pienso que está siendo una excelente inversión en mi futuro y eso me empuja a levantarme cada mañana —le explicaba mostrándose fría, como si su relación con él fuera lo que debía en realidad y Eva consiguió lo que pretendía con sus palabras: sacar de quicio a Daniel.

Pero qué iba a hacer él al respecto, pensó Eva. En realidad en ese instante le pareció un hombre cobarde, incapaz de afrontar sus verdaderos sentimientos. Había dejado claro durante esa conversación que se sentía atraído por Eva, que ella no se había dejado engañar, aunque no entendiera el motivo; se aprovechaba de su condición de jefe para tenerla cuando le diera la gana. Por eso la obligaba a comer con él y a pasear cuando le apetecía, por eso se enfadó tanto cuando ella no le planchó sus camisas, y cuando salió el fin de semana anterior. Ahora lo veía claro, la miraba impresionado y celoso al verla tan arreglada y al decirle que prefería pasar su noche libre fuera y no en su compañía. Sin embargo, no la consideraba lo bastante buena para meterla en su cama y no demostraba compasión al restregarle esas mujeres. La había humillado aunque lo hiciera pensando en que ella no se daba cuenta. Y a partir de ese momento, Eva decidió tratarlo con su misma medicina.

## Capítulo 5

Cada rato que pasaban juntos lo disfrutaba al máximo y conseguía que se mostrara el Daniel encantador que tanto amaba. Pero Eva cumplía con sus responsabilidades por encima de él y eso lo irritaba y le despertaba un mal humor que luego ella domaba con sus excelentes guisos y postres y su inocente conversación. Daniel resultaba ser un hombre de instintos primarios a pesar de sus estudios, su experiencia y su posición. Y el viernes le preparó una jugada apoteósica que comenzó a tramar el jueves a la hora de la cena.

—Se celebra una fiesta en Buda mañana a la que asisten mis amigos y, si no te importa, me gustaría ir. —Cuánto disfrutaba viendo cómo se transformaba el rostro de Daniel y se preguntaba cómo podía resultar tan fácil provocarlo—. Te pido la noche a cuenta por quedarme con David el fin de semana que viene.

—Pensaba que te quedarías a cenar conmigo. Sabes que aborrezco comer solo.

—De acuerdo. Me quedo y cuando recoja la cocina y te haga palomitas me marchó. No notarás mi ausencia y te prometo que llegaré antes del desayuno.

—Ya veo que tienes mucho interés por salir —afirmó mientras con su mirada intentaba atravesarla, enfadado porque días atrás pensaba que Eva estaba satisfecha con la vida que llevaban juntos—. ¿Cuándo dormirás?

—No sé, después del almuerzo. Tú no regresarás hasta tarde. —Lo miró con ternura a los ojos y la chica sintió como él se derretía; descubrió que de algún modo tenía poder sobre él—. Por favor, Daniel. No quiero discutir contigo.

Mi salida no interferirá en tu horario y el domingo estaré a tu entera disposición.

Eva pronunció las últimas palabras con una cadencia que consiguió excitarlo.

“Eso es lo que yo deseo, tenerte a mi entera disposición”. Suspiró intentando que esa bocanada de aire lo ayudara a mantener el control de sí mismo.

—Haz lo que quieras —le concedió de mal humor—. Siempre acabas saliéndote con la tuya.

—No saldré si te enfadas —dijo mimosa jugando con él.

—No quiero que después me echés en cara que estás agobiada por mi culpa. Si te apetece puedes salir mañana por la noche. Es tu vida y tu cuerpo; luego estarás destrozada y no podrás estudiar —le reprochó con cierto desdén paternalista.

Pero Eva continuaba manejándolo con facilidad, se mostraba atenta y sumisa y sentía cómo lo conquistaba. Aún le quedaba el postre de su elaborado plan.

Llegó de clase el viernes y Daniel ya estaba en casa; pasó por su estudio donde leía tranquilo con intención de saludarlo y lo hizo con la mejor de sus sonrisas. Consiguió su objetivo porque Daniel no pudo concentrarse de nuevo en su lectura.

A los pocos minutos, Daniel entró en la cocina atraído por el aroma que provenía del horno.

—¿Pongo la mesa?

—Ya está puesta. Siéntate, por favor —le pidió tratándolo con un mimo excesivo que Daniel recibía encantado.

—Vaya, Eva. Huele de maravilla. ¿Qué has preparado?

—Unos lenguados al horno. Ya están listos. —Se sentaron y disfrutaron de las exquisiteces que Eva había cocinado.

Eva no entendía por qué se sentía tan segura de la reacción de Daniel cuando

se despidiera de él al marcharse, pero un mal presentimiento la embargaba. Hasta ahora no se había equivocado en sus deducciones y, mientras se arreglaba, estaba convencida de que iba a estallar la bomba de Hiroshima en casa de Daniel.

Se había comprado el vestido más provocador y sexi que había encontrado y, por supuesto, acorde a su exigua economía. No se fijó ni en el color, ni en la tela; solo buscó el que la convirtiera en una mujer explosiva y al ver el respingo que Daniel dio en el sofá, se sintió satisfecha de su plan. Lo había conseguido y estaba en guardia, preparada para mantener la discusión monumental que provocaría Daniel por cualquier motivo.

—Me marchó —dijo con naturalidad fingida esperando la reacción de Daniel quien no dejaba de recorrerla de arriba abajo sin pestañear, a punto de que se descolgara el maxilar inferior—. Mañana nos vemos.

Sin embargo, Eva no pensó que esa provocación también arrastraría el dolor que se causarían ambos.

—¡Qué demonios...! —gruñó Daniel alterado cuando reaccionó sin control alguno—. ¿Qué crees que vas a conseguir esta noche vestida así? —le preguntó sin ocultar un gesto despectivo.

—Voy a una fiesta. ¿Qué le pasa a mi vestido?

—A tu vestido no le pasa nada. Es por cómo te queda. Parece que vas a buscar una esquina y a ponerte a trabajar. —Eva hizo un puchero por el dolor que le causó el desagradable comentario de Daniel—. ¡Vaya modo de provocar!

—Yo también te quiero, Daniel —murmuró esbozando una sonrisa cargada de cinismo—. Es el comentario más grosero que me han hecho nunca. Al venir de ti, resulta peor que el que me hicieron los guardias de seguridad de la urbanización la noche en que llegué a esta casa. Te lo agradezco.

Se dirigió a la puerta ignorando a Daniel. Pero él la siguió y enloquecido por los celos, arremetió de nuevo intentando hacerle daño porque no soportaba que se fuera y menos aún con ese aspecto arrebatador y sexi que

levantaría ampollas esa noche entre el género masculino. Eva creía que él no podía causarle más daño. Se equivocaba.

—No me extrañaría que sufieras un intento de violación —le reprochó de malos modos—. Vas pidiéndolo a gritos. —Eva se enfureció y se enfrentó a él de la misma forma despiadada.

—¡Dime, Daniel! —le gritó a la cara de un modo insolente—. ¿Te lo pido a ti? ¿Te estoy pidiendo que me violes? O quizás solo sea que tienes una mente sucia y perversa. —Daniel se sorprendió ante su reacción defensiva e inesperada en ella—. No eres mi padre para hablarme de ese modo, entérate de una vez. No permitiré que te metas en mi vida privada.

—Si fuera tu padre no permitiría que salieras así vestida.

—Te fastidias, Daniel, porque solo eres mi jefe —replicó de malos modos—. Y es evidente que tienes una empleada con muy mal gusto para comprarse ropa —le gritó sin apartar la mirada de él—. ¿Vas a despedirme por vestirme como una puta? Mira, me has dado una idea. Quizás tenga que dedicarme a eso si me despides. Me comportaré como tú, cada noche con uno, pero yo cobraré a cambio.

Daniel la sujetó con fuerza de un brazo preso de la rabia incontrolable que Eva le había provocado.

—No me hables de ese modo, ¿te enteras? No vuelvas a hablarme así jamás —le gritó a la cara—. No eres nadie para criticar mi vida.

—Y tú no vuelvas a ponerme una mano encima —contestó intentando zafarse de su presa—. ¿Quién te has creído que eres?

—¿Yo? ¿Quién soy yo para ti? —le preguntaba Daniel nervioso y aturdido como jamás se había sentido ante una mujer—. Solo soy tu jefe, ¿no? Es lo que acabas de decirme.

—Suéltame, Daniel. Me haces daño. —Daniel la soltó inmediatamente al ver el rostro asustado de Eva y sus lágrimas provocadas por la indignación y la furia.

La chica, fuera de sí, en vez de correr hacia la calle, corrió hacia su



dormitorio, bajó la escalera agarrada fuertemente a la barandilla porque las lágrimas le impedían ver con claridad donde pisaba y cerró la puerta echando el cerrojo. Él la siguió furioso, intentó abrir y, al ver que no podía, pegó una fuerte patada a la puerta que cedió como si fuera de cartón.

—¡Estoy en mi casa! No vuelvas a impedirme el paso adonde me dé la gana.  
— Su tono amenazante asustó más a la chica.

Eva estaba sentada en la cama con la cara vuelta llorando muy alterada y Daniel pudo ver el modo terrible en que temblaba asustada tras su gesto violento. Pero estaba más arrepentida por la monstruosidad que había provocado con su brillante plan; había desquiciado totalmente a Daniel, lo había incitado con su cuerpo y después con sus palabras y solo estaba obteniendo su merecido. Se avergonzaba tanto de su actuación premeditada que ni siquiera se molestó en protestar. “Lo he mandado todo a la mierda”, se decía a sí misma ignorando los gritos de Daniel, que le exigía que lo mirara. Y obedeció con frialdad sin secarse las lágrimas.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —le preguntó encolerizado sin tener en cuenta el dolor de la chica—. ¿Has pensado por un momento que tienes derecho a juzgarme? —Eva no respondía—. ¿Crees que somos iguales? ¡Trabajas para mí! —gritó más alto empujado por la impotencia que le causaba no ser capaz de rendirse ante sus propios sentimientos—. Por eso estás aquí. No lo olvides nunca.

Se acercó a ella de un modo tan brusco que, instintivamente, Eva alzó su brazo para protegerse, a la espera de un golpe de Daniel. Un estremecimiento intenso recorrió el cuerpo del hombre impresionado ante el gesto protector de ella y volvió de repente a la realidad. La contempló durante unos segundos con los puños fuertemente apretados.

—Eva, yo... —susurró avergonzado—. ¿De verdad has pensado que te haría daño?

No le contestó y apartó la vista de su rostro que, fuera de sí y por muy atraído que se sintiera por ella, le había gritado la realidad. ¿Cómo había

cometido la osadía de intentar castigarlo? ¿Cómo había pensado que de ese modo podría conquistarlo? Daniel tenía razón. Eva, ingenuamente y durante unos días, había creído que eran iguales y que él estaba a su alcance.

Daniel miró la puerta como si no hubiese pasado por ella después de derribarla; se pasó una mano por el pelo en un intento de serenarse y analizar lo que había ocurrido. Era muy temperamental, incluso en el fútbol a pesar de su veteranía, a veces explotaba de manera exagerada ante una injusticia arbitral o una acción agresiva de otro jugador. Pero lo que acababa de suceder en esos momentos superaba a cualquier actuación del pasado. Entonces se dio cuenta de la verdad, ya no podía fingir, ya no podía ocultárselo por más tiempo; estaba perdidamente enamorado de Eva. Nunca había querido ni deseado a ninguna otra mujer de ese modo tan intenso y tan profundo y no podía inventar más excusas con las que intentaba engañar la necesidad que sentía de ella. Durante unos minutos creyó que era suya, que le pertenecía y al ver que se lanzaba a la calle tan sexi y tan hermosa, estaba seguro de perderla, de que esa noche enamoraría a tantos hombres como había hecho con él, los embrujaría y se arrojaría a los brazos de alguno; luego, se marcharía para siempre de su casa y de su lado.

Salió del dormitorio de la chica horrorizado de sí mismo y se sentó en el sofá en busca de una misión imposible, tranquilizarse, y lo angustiaba la reacción de Eva ante lo que había sucedido. Pero una vez más, lo impresionó. Eva era una de las personas más valientes que había conocido en su vida.

No lo pensó dos veces después de recuperarse de la desagradable discusión. Esa noche no permitiría que Daniel se saliera con la suya. Llamó a su amiga María y le pidió que encontrara a alguien que fuera a buscarla porque se había quedado sin coche y le apetecía ir a la fiesta. María e Irene no dudaron en prestarle su ayuda; en las últimas semanas se habían mostrado preocupadas por su amiga, a la que veían triste y perdida, aunque Eva lo negara y nunca contara nada sobre su nueva vida, achacaba su tristeza al cansancio por el ritmo frenético que llevaba. ¿Qué les iba a contar? ¿Que se había enamorado

de su jefe y que además era un hombre inalcanzable?

Se retocó el maquillaje de ojos, se untó brillo en los labios y media hora más tarde se marchaba de la casa sin despedirse. Tenía que salir de allí o se pasaría la noche llorando asustada por lo que había sucedido, por la reacción de Daniel y sus realistas palabras: “¿Te has creído que somos iguales?”. Esa pregunta la acompañaría hasta su tumba, estaba convencida.

Daniel fue incapaz de decirle nada al verla salir, se limitó a seguirla con la mirada, contrajo el rostro en un gesto provocado por el dolor que le causaba la salida de Eva. Era consciente de que todo había acabado entre ellos a partir de esa noche. Al conectar la alarma exterior antes de acostarse comprobó que Eva no se había llevado la llave del coche y para asegurarse se asomó un instante al garaje. El Volvo estaba allí. La había herido de nuevo, pero en esta ocasión sabía que pagaría un elevado precio por no haber controlado su monumental rabieta provocada por los celos que sentía hacia todo lo que rodeaba a Eva y que no lo incluyera a él.

El arrepentimiento inútil que sentía no le permitió pegar ojo durante toda la noche que se pasó pensando y analizando las crueles palabras que le había dedicado a Eva; la había humillado, rebajado, infravalorado, despreciado. Si se lo hubiese propuesto, no le habría hecho más daño. Y estaba, por primera vez en su vida, angustiado por desconocer la reacción de la única mujer que había amado de verdad y a la que había herido con su comportamiento desvariado; la culpable de que no hubiera dormido en toda la noche. Al amanecer, harto de desesperarse en la cama, atento a la llegada de Eva, estaba arreglando la puerta que él mismo había destrozado.

De regreso a la casa que se había convertido en su tortura, en el primer autobús que comenzaba la ruta los sábados a las ocho de la mañana, viajaba con la cabeza apoyada en el frío cristal intentando que menguara su dolor de cabeza, arropada bajo un abrigo que apenas calentaba su interior congelado.

Le dolía el cuerpo por haber pasado la noche en tensión bajo el recuerdo de lo sucedido, por intentar racionalizar el ataque rabioso de Daniel. Lo había provocado sin estimar su inesperada y exagerada reacción. Ella lo conocía bien, conocía su mal carácter, pero nunca hubiese esperado sus hirientes palabras; nunca la habían insultado o menospreciado de ese modo. Que él le hablase con tanto odio y desprecio le había causado una profunda herida que no curaría jamás. Y lo había hecho porque no se atrevía a amarla siendo ella una vulgar asistente, lo que la humillaba hasta límites insoportables ya que ni tan siquiera la consideraba digna de ser una de sus muñecas.

Ya estaba todo hablado. En cuanto tuviera una oportunidad le preguntaría si quería que se marchara, aunque si se quedaba no sabía cómo resultaría la convivencia entre ambos. Se preguntaba si sería posible olvidar esa noche, si ambos podrían olvidarla. Pero no estaba dispuesta a que la volviera a humillar de esa manera tan despiadada y cruel. No se lo consentiría porque, aunque fuera su jefe, tuviera dinero y una posición privilegiada, no lo consideraba mejor persona que ella; esa maldita noche Daniel había demostrado todo lo contrario.

Entró en la casa, desactivó la alarma, se quitó los zapatos de tacón que le estaban torturando desde hacía horas y se dirigió a su dormitorio. Daniel estaba en la cocina y se preparaba un café. Llevaba horas reflexionando, buscando una solución imposible a su conflicto emocional.

—Buenos días —la saludó Daniel en un susurro.

—Buenos días —respondió Eva sin mirarlo y se detuvo un instante para comunicarle la decisión que había tomado mientras caminaba hacia la casa desde la parada del autobús—. ¿Podemos hablar un momento?

A Eva le impresionó por un instante el rostro cansado y preocupado de Daniel.

—¿Quieres que me marche? Puedo hacerlo ahora mismo. Podría quedarme en casa de una amiga hasta que encuentre piso.

—Eva, creo que te debo una disculpa, te vayas o te quedes, sé que te la debo. No puedo justificar mi comportamiento de anoche y te aseguro que estoy muy arrepentido por ello. —“¿No puedes o no quieres, cabrón cobarde?”, pensó Eva—. Por insultarte, por asustarte. —Suspiró afligido—. No te lo mereces. Sé lo importante que este trabajo es para ti y yo no tengo problemas en que te quedes si eres capaz de perdonarme.

—No lo sé. No creo que pueda perdonarte nunca, Daniel. Jamás olvidaré tus palabras. —Eva percibió un gesto de dolor en el rostro de Daniel y no le importó—. Pero podría trabajar para ti, no tengo más remedio hasta que encuentre otro trabajo, aunque con algunas nuevas condiciones que quizás no resulten de tu agrado.

—¿Qué condiciones? —preguntó impresionado por la frialdad que demostraba Eva en ese momento. Intuyó que, como él, habría estado reflexionando sobre lo sucedido.

—Se acabó la familiaridad entre nosotros. No te tutearé más. No comeremos juntos. No me pedirás que me sienta contigo en el sofá ni que paseemos. Será una relación totalmente profesional. Te agradezco que en cierto modo te compadezcas de mí y no me despidas; sé que no eres mala persona, por eso, a pesar de lo que ocurrió anoche, has decidido que me quede. Estoy convencida de que no encontraré una casa como esta, ni un trabajo tan bien pagado y te agradezco tu compasión y tu generosidad. —Alzó la cara y demostró que acogía su ofrecimiento con orgullo—. Pero necesito además que cumplamos con esas reglas. Sabes tan bien como yo que resultaría imposible quedarme aquí en otras condiciones.

Daniel meditaba en silencio sobre las palabras de Eva mientras se frotaba la frente con fuerza. Ella era sensata y lista y tenía razón. Cualquier familiaridad entre ellos volvería a desatar otra tormenta emocional. Se preguntó si Eva habría adivinado sus sentimientos y se respondió que sería lo más probable porque su rabieta de la noche anterior lo habría delatado. La quería demasiado para separarse de ella y dejarla en la estacada sabiendo cuánto necesitaba su

dinero. Eva se había convertido en la tentación, el error y el disparate más grande de su vida y, lo que era aún peor, le resultaba imposible dejarla marchar.

—Creo que podré soportar tus condiciones. Solo por intentar perdonar mi detestable actuación de anoche, atenderé a todas tus peticiones. Quédate, por favor. Y ten por seguro que mi comportamiento desvariado y violento no volverá a repetirse.

—Gracias por tu comprensión y tu compasión —repitió en un tono gélido y arrogante imitando a Daniel.

Se encerró en su habitación y permaneció unos segundos observando la puerta cerrada que él habría arreglado. Se metió en la cama y lloró hasta que el sueño la rindió.

Pasó sola el resto del sábado y, el domingo Daniel llegó sobre las siete de la tarde de Gijón. Tras un saludo formal y frío por parte de ambos, se cambió de ropa, le dijo que no cenaba en casa y se marchó vestido de forma impecable. Por primera vez desde que ella vivía en esa casa, Daniel durmió fuera sin que lo alejara un viaje de su equipo. No regresó hasta el mediodía siguiente, sin afeitarse y con aspecto de estar agotado.

—Almorzaré a las dos —fue lo único que le dijo antes de encerrarse en su dormitorio.

Eva oyó que llenaba la bañera y comprobó después que estaba en su estudio leyendo, vestido con un cómodo chándal, hasta que ella lo llamó porque tenía el almuerzo servido en la mesa del comedor, solo para él.

—Tomaré el café en el sofá —dijo en voz alta a la vez que se levantaba de la mesa.

Eva se lo sirvió y él se lo agradeció con un simple y frío “gracias”.

Durante esa semana Daniel pasó otras tres noches lejos de su cama de nuevo sin deberse a ningún desplazamiento de su equipo y Eva no lo veía hasta la hora del almuerzo, lo que agradecía porque sin su presencia se sentía más relajada. En sus encuentros no se escuchaba más que saludos cordiales o

alguna frase más larga como “juego fuera y no regreso hasta mediodía” o “no ceno en casa”, a las que Eva no añadía ni siquiera un gesto.

El domingo siguiente, antes de las seis de la tarde, salía elegantemente vestido y afeitado. Tocó en la puerta de su dormitorio y ella lo atendió levantando la cabeza de la lista de problemas que intentaba resolver.

—¿Puedes preparar una cena para dos esta noche?

—Sí. ¿A qué hora tiene que estar preparada?

—A las nueve y media. Aunque llegaré antes.

—De acuerdo.

Eva ya no pudo estudiar más. Le resultaba imposible concentrarse y los nervios se acumulaban en su estómago ante la situación que se le planteaba. De nuevo Daniel conseguía desorientarla. Traería otra mujer a su casa para que la hiciera parecer más insignificante aún y probablemente se trataría de la responsable de sus escapadas nocturnas o quizás otra de tantas. Por el motivo que fuera que actuara Daniel de ese modo, ella tenía que aprender a mantenerse al margen de su vida, escapar de su intensa atracción y continuar con sus planes que no eran otros que dedicarse a sus estudios.

La mujer que acompañaba a Daniel esa noche no tenía nada que ver con las otras. Cristina era sofisticada, mantenía una actitud elegante y comedida en todo momento, bonita, vestida con elegancia y con un pelo castaño claro tan bien cuidado que su melena resplandecía. No había nada en su apariencia que fuera improvisado y Eva se sintió intimidada por ella desde el primer momento. Era la única persona que había estado en esa casa que la miraba y la trataba como lo que era en realidad, como la criada, tal vez porque estaba bastante acostumbrada a tratar con ellas. Y Eva, impresionando a Daniel una vez más por su frialdad, se portó como la mejor servidora que Cristina había visto nunca, demostraba unos modales exquisitos, tanta discreción y buen gusto en servir la mesa y en sus deliciosos platos, que despertó la atención de la mujer asombrada por su juventud y su belleza. No permitiría que Daniel intuyese el dolor que le causaba la presencia de Cristina; le demostraría que

ella solo estaba en esa casa trabajando y logró hacerle daño con su fría eficiencia.

—El cordero estaba exquisito, Eva —la felicitó Cristina mirándola a los ojos, buscando en esa chica algo especial que intuía, sobre todo sorprendida por la frialdad obligada que percibía en el trato de Daniel hacia ella.

—Gracias, señora —respondió ella distante—. De postre prefiere usted mouse de limón o natillas.

—¡Oh! —exclamó Cristina impresionada—. ¿Los has hecho tú?

—Sí, señora.

—Sirve uno de cada, Eva —le pidió Daniel exigente—, los compartiremos y así Cristina probará los dos.

“Aunque el mouse se lo podrías llevar luego a la cama, como hiciste con la otra, pervertido”, pensó Eva y una leve sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios.

Y como las otras, Cristina cayó en la cama de Daniel. Y como sucedió con las otras, Eva no pudo resistir la tentación de comprobar los sentimientos de Daniel hacia ella y, escondida en el estudio, pero sin sentir remordimiento alguno en esta ocasión, espío la intimidad de la pareja.

—Quiero que me hagas sentir como anoche, Daniel —le pedía Cristina con voz ronca presa de una gran excitación—. Házmelo como anoche.

“Eso es mala señal —se dijo Eva—. Si repite con esta tan seguido es porque le ha gustado. Puede que sea lo suficientemente elegante y distinguida para él. La mujer opuesta a mí, es evidente”.

—Lo que me pidas, muñeca —respondió Daniel solícito en complacer sus deseos—. ¿Te gustó por detrás? Prepárate para disfrutar. Levanta ese hermoso culo que tienes.

Los ruidosos vaivenes de la cama y los gemidos de la pareja se clavaban en el corazón de Eva como cristales. Intentaba protegerse del dolor y se apoyó



una mano con fuerza sobre el pecho mientras con la otra se retiraba los lagrimones que caían silenciosos por sus mejillas.

—¡Oh! Daniel —exclamaba en estado de éxtasis—, tienes unas manos mágicas.

—Todo para ti esta noche, muñeca.

“Al final es una muñeca más —se dijo Eva asqueada—. Y seguro que no siente nada por ella, solo un asqueroso deseo carnal. Pobre Daniel”.

Eva salió con cautela del estudio en cuanto la habitación se sumió en un silencio sepulcral y se prometió que jamás volvería a hacerlo. Daniel era un hombre desgraciado y cobarde que no merecía ni la preocupación ni el cariño sincero de ella. Se merecía a una de esas mujeres que lo querrían por su fama, por su físico o por su dinero y que jamás lo harían feliz.

Tras la presencia de Cristina en la casa, nada fue igual entre ellos. La frialdad que reinaba provocaba una tensión que solo desaparecía del cuerpo de Eva cuando él salía de allí. Esa devoción que había demostrado por Daniel, por satisfacerlo, por hacer de su casa un hogar digno y acogedor, se había convertido en una obligación que cumplir y, a veces, sobre todo cuando él estaba, nada apetecible.

En cambio, Daniel echaba de menos a la chiquilla ingenua y sincera que se desvivía por hacerlo feliz y por mucho que se esforzara en sustituirla por Cristina, no conseguía quitarse de la cabeza a Eva. Se había convertido en una intensa y obsesiva tentación.

David llegó el viernes por la tarde y se alegró de encontrarse con Eva en la estación porque Daniel había asistido a una gala benéfica acompañado de su inseparable Cristina.

—Mañana te acompañaré al partido en el Bernabéu, pero tendrás que enseñarme el estadio porque yo no he estado nunca. ¿Me explicarás las jugadas difíciles?

—Vale. Yo te enseño todo.

—Guay, colega.

—Guay —repetía David orgulloso de que su amiga lo necesitase.

Se dirigieron a casa escuchando y cantando la música de Pereza a la que David se había aficionado desde que Eva lo llevó al concierto. Lo llevó a casa de su hermano y se distrajo hablando con él mientras preparaba la cena.

Cuando llegó Daniel a casa, las risas de Eva resonaban hasta la entrada y un escalofrío recorrió su cuerpo provocado por la alegría que sintió al oírlas. Ella de nuevo se sentía feliz allí aunque fuera por un instante. Entró en la sala de estar sin hacer ruido y la encontró jugando a las cartas con David; mientras discutían divertidos, observó durante unos segundos el rostro de Eva relajado y alegre. El suspiro de satisfacción que dejó escapar descubrió su presencia y saludó a su hermano.

—Hola, David. —Lo besó en la mejilla a la vez que lo abrazaba—. ¿Te diviertes jugando a las cartas con Eva?

—Sí. He ganado. He ganado todas las manos al cinquillo.

—Porque eres un tramposo —protestó Eva divertida—. Quieres poner todas las cartas a la vez y eso no vale.

—Sí vale —replicó David convencido.

—En sus juegos él marca las reglas —explicó Daniel deseando participar en el momento relajado, pero ella no le hizo ningún caso—. ¿Está la cena preparada? —preguntó intentando salir de la violenta posición en que se encontraba en su propia casa—. Me muero de hambre. ¿Tienes hambre, David? Creo que Eva te ha preparado tu postre favorito.

Mientras Eva disponía la cena para los dos hermanos, Daniel se reprimía de pedirle que se sentara con ellos. Sabía que no aceptaría y no quería tensar más la situación. Una vez que acabaron de cenar, ella recogió la cocina, le preparó palomitas a David y se despidió de él con cariño; aparecía la verdadera Eva. Para Daniel en cambio todo era distancia y frialdad, y se desesperaba con ello.

La situación se repetía el sábado por la mañana; todo era paciencia, risas y cariño para David, mientras le preparaba el desayuno o cuando se marcharon a dar un paseo acompañados por Pelé; Daniel los observaba hablar y reír desde el porche. Pero a Daniel lo ignoraba; él estaba dispuesto a soportar lo que ella quisiera ofrecerle y se conformaba con sus palabras de respeto y sus cortas frases directas y relacionadas siempre con su trabajo. Daniel se sentía como su propio perro cuando lo miraba comer y esperaba ansioso que una miga de pan cayera al suelo. Pero por más que luchaba contra esos intensos y desconocidos sentimientos que le despertaba Eva, no conseguía desterrarlos de su mente ni de su corazón.

Se pasó la concentración en el hotel distanciado de sus compañeros, intentando dormir y soportando las bromas de algunos que creían que se habría pasado la noche de juerga ya que su romance con Cristina se estaba haciendo popular después de varias semanas sin cambiar de chica. Procuraba relajarse de la tensión acumulada en las últimas horas y desconectar de todo lo que tuviera que ver con Eva, intentaba centrarse en el partido. Apenas si lo logró, ni siquiera cuando saltó al terreno de juego consciente de que Eva estaría observándolo. Y por más que pretendía que la imagen de Cristina, quien también estaría allí, la sustituyera, no lo conseguía.

Corrió durante el partido más que en ningún otro de su vida. Corría intentando desahogar su impotencia, su malestar y su cobardía. Se concentraba en cada jugada, en cada balón que le llegaba, pretendía con cada acción lograr algo positivo, algo que en su vida personal le resultaba inalcanzable en esos momentos inciertos.

Eva apenas prestaba atención al partido en sí. Si no estaba hablando con David, ponía toda su atención en Daniel aunque estuviera alejado del balón y de la jugada que se fraguaba en ese instante. Parecía incansable sin dejar de correr de un lado a otro; entendió que fuera de los mejores jugadores del país por su manera inteligente de moverse en el campo, de organizar a sus compañeros, de tranquilizar el juego, por las opiniones de los aficionados que

la rodeaban y que no dejaban de comentar su entrega y su calidad técnica y sintió lástima porque no fuera tan capaz en su vida emocional y que actuara como un desequilibrado.

Vio sentada cerca de ellos a Cristina rodeada por otras mujeres muy bien vestidas y algunas tan guapas y elegantes que parecían modelos desfilando en una pasarela. Pensó que serían parejas de otros jugadores y se asombró por lo pronto que Cristina asumía el papel de pareja de Daniel. Eva la miró en varias ocasiones con la intención de saludarla, pero era evidente que la mujer la ignoraba, así que decidió tratarla del mismo modo. Sin duda, Cristina era la mujer ideal para Daniel, creyó en ese momento, tan arrogante como él.

Eva tuvo presente a su hermano todo el tiempo que duró el encuentro consciente de cuánto habría disfrutado si estuviera allí. Ni siquiera conocía la verdadera identidad de su jefe. Ese pensamiento la enfureció. Se había esforzado demasiado en su trabajo por agradar a ese hombre caprichoso al que ahora veía como una mala persona; a cambio, solo había obtenido un intenso sufrimiento que jamás había experimentado y pensaba que se lo tenía merecido, por ser tan ingenua y enamorarse de él creyendo que podría corresponderle.

—Vamos a una fiesta en Pachá, ¿te gustaría venir? —le decía Irene a través del teléfono al acabar el partido.

Eva necesitaba distraerse y no dudó un instante en aceptar la invitación.

—Tendrás que dejarme algo de ropa porque no vengo vestida para la ocasión y tampoco deseo ir a casa de mi jefe a cambiarme. —Y se calló que no iría por no encontrarse con él y Cristina juntos.

A las dos les pareció un plan fabuloso y quedaron en casa de María a las diez.

A los pocos minutos, recibía un WhatsApp de Daniel pidiéndole que lo esperaran en una puerta determinada. Ella le respondió con un simple “ok”. Mientras, se distraía conversando con un emocionado David que esperaba

nervioso la llegada de su hermano mayor.

En cuanto apareció Daniel, David se arrojó sobre él y lo bombardeó con un sinfín de preguntas y comentarios a los que el mayor respondía con paciencia. Daniel buscaba los ojos de Eva con una mirada ansiosa y se decepcionó al descubrir en ellos la frialdad y la dureza de un diamante y el peso angustioso de su ignorancia.

Al instante apareció Cristina que se acercó a él derramando tal presunción que impresionó a Eva; observaba de reojo cómo lo besaba en la mejilla, elogiaba su juego y la victoria del equipo y adornaba sus comentarios todo con un sinfín de epítetos bien elegidos. Sí, ella era lo que Daniel merecía, una mujer que viviera de cara al público.

Daniel le presentó a su hermano y Cristina lo ignoró a los pocos segundos para dedicar su total atención al jugador.

—¿Te vienes a cenar con nosotros? —le preguntó a Eva bajo la sorprendida mirada de Cristina quien se convirtió en ese momento en mera espectadora de la situación—. A David le gustará que lo hagas.

—No. Gracias. Tengo planes —respondió ella distante—. He quedado con unas amigas. Si no me necesita más esta noche, me gustaría salir. Nos han invitado a una fiesta.

Daniel no controló el terremoto que recorrió su cuerpo. Los celos volvían a apropiarse de su mente pero forzó su concentración en la realidad y fue capaz de hilvanar una conversación normal.

—¿Te llevas el coche?

—Puedo dejarlo aquí si le parece mal —respondió con naturalidad.

—No me parece mal. Solo quiero que tengas cuidado. Y no bebas si tienes que conducir.

—De acuerdo. Gracias. Hasta mañana.

Y se alejó de ellos esperanzada en divertirse durante el resto de la noche.

—Te muestras muy protector con Eva.

—Sí. Creo que es mi obligación —respondió con frialdad—. Vive bajo mi techo, además de ser una trabajadora excelente, como has podido comprobar, cuida a mi hermano con respeto y cariño sinceros. La chica vale su peso en oro y me gusta que se sienta cómoda y contenta en mi casa.

—Desde luego es difícil encontrar un servicio tan eficaz —reconoció Cristina molesta por cuánto valoraba Daniel a Eva y, fingiendo, procuraba no darle importancia—. Has tenido suerte al encontrarla. ¿Quién te la recomendó?

—Una agencia. Tenían excelentes informes de ella y me decidí a contratarla en cuanto la entrevisté, a pesar de su edad, ha demostrado ser sensata y responsable. Ya ves cuánto la aprecia mi hermano.

—Acertaste —disimuló de nuevo su malestar—. ¿Dónde vamos?

—A un Foster. A David le gusta ir después de un partido.

—¿Tienes que cuidar de él todo el fin de semana? ¿No dormirás contigo? —preguntó mimosa esforzándose por resultar divertida con una sosa imitación de una niña pequeña. —No. Espero que conmigo duermas tú —respondió Daniel que se veía obligado a olvidar y a sustituir a Eva una vez más—. Aunque David ronca menos.

Y comenzaron a ofrecerse unas bromas con las que Daniel fingía divertirse, ante Cristina y ante sí mismo. Pero su mente, en cuanto se descuidaba, le devolvía la imagen de Eva riendo feliz mientras jugaba a las cartas en compañía de David; esa preciosa Eva a la que intentaba olvidar y que ahora parecía odiarlo.

## Capítulo 6

Las tres amigas llegaron a la discoteca y en la puerta preguntaron por el nombre del amigo que celebraba su cumpleaños. Las condujeron a una zona vip y allí se encontraron con el resto de invitados a la fiesta.

Scott, el cumpleañosero escocés, no se separaba de Eva un instante. Era un chico guapo, fuerte, agradable y muy divertido; la hizo reír durante toda la velada y la ayudó a desconectar de su trabajo y, sobre todo, de Daniel.

—Dice Irene que no estaba segura de que vinieras porque andas bastante liada con tu trabajo. ¿En qué trabajas?

—No he encontrado otro trabajo mejor, así que trabajo de asistenta, limpiando y cocinando; me pagan bien, lo que me permite continuar con mis estudios —le hablaba con tanta sinceridad que asombraba al muchacho—. Mis padres están pasando una mala racha y tengo que salir adelante como pueda. —Le sonrió deslumbrándolo con su belleza y su franqueza y cambió de tema—. Pero ahora no quiero hablar de trabajo ni de obligaciones. Dime, ¿desde cuándo vives en España? Tienes un acento inglés muy marcado.

—Llegué a Barcelona a los dieciocho años. Estudié allí diseño gráfico y me vine a Madrid para hacer un máster.

—¿Y echas de menos tu tierra?

—Mucho. Pero me gustaría quedarme aquí... Me encanta esta ciudad y no me gustaría regresar a Edimburgo. —Sonrió despreocupado sin dejar de mirarla a los ojos—. Eres preciosa, Eva —le susurró.

Eva sonrió con timidez y se alejó demostrando una asombrosa diplomacia. Lo que menos necesitaba en ese momento, pensó, era un hombre agobiándola; o quizás sería lo contrario. Como Daniel hacía, un hombre cuando le apeteciera. No, no lo haría porque ella no era así y se tomaba su vida en serio. En toda su vida solo había mantenido relaciones sexuales con Adrián, durante los dos años que duró su relación, su ex que la llamaba de vez en cuando para recordarle que estaba ahí para cuando ella quisiera reanudar lo que habían dejado pendiente antes de marcharse a Alemania. Sin embargo, Eva estaba centrada en sus estudios, en solucionar su futuro y su independencia económica y después quizás tendría un hueco en su vida para buscar pareja. Su madre y sus tías se lo habían grabado en el cerebro desde pequeña y cuando comenzó a salir con Adrián, no dejaban de insistirle en que procurara que el chico no afectara a sus estudios ni a sus ambiciones aunque les cayera bien y lo encontraran adecuado para ella.

Así que decidió mantener las distancias con Scott y divertirse todo cuanto fuera posible durante la noche. Eva pensó que él se había dado cuenta de su rechazo sin palabras y se mantuvo a su lado sin agobiarla, pero se divirtieron y se rieron juntos.

Cuando cerró el local, el grupo decidió ir a desayunar antes de despedirse.

—Podemos quedar esta tarde si te apetece —le propuso Scott expectante—. ¿Te gustaría ir al cine?

—No sé si podré, Scott. Quizás tenga que ocuparme de David. Te mando un WhatsApp, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te mandaré un mensaje sobre las dos y ya me cuentas. Creo que deberíamos dormir unas horas. —Le sonrió sin dejar de mirarla a los ojos y sin ocultar la atracción que le despertaba.

Eva se dirigió a casa de Daniel cerca de las ocho de la mañana. Daniel se preparaba un café y la sorprendió al pasar por la cocina. Solo llevaba una camiseta blanca y unos bóxers azules y parecía salir de un anuncio de ropa interior masculina, a pesar de su pelo alborotado como reconoció la chica al



observarlo mientras removía su café con tranquilidad.

—Buenos días —la saludó enfadado y recorrió su cuerpo con una mirada descarada de arriba abajo sin reconocer el vestido negro que llevaba puesto, ajustado a su cuerpo como un guante de piel. A pesar del cansancio que debería sentir, irradiaba una belleza exultante que molestó a Daniel.

—Buenos días —respondió Eva y sin pararse se dirigió a su dormitorio.

—¿Puedes prepararme el desayuno? —le exigió gritando dolido y celoso porque llegaba de día—. Ya que te has dignado a volver a casa. —Eva se giró y lo miró ignorando el punzante comentario.

—Deme un minuto para cambiarme y se lo preparo —respondió sin entrar en su juego. Ya no volvería a discutir con él, aunque tuviera que tragarse su orgullo.

“A casa. Lo dice como si fuera mi casa. Yo solo trabajo aquí, gilipollas”, se dijo Eva.

Bajó la escalera que conducía hasta su dormitorio y, al entrar, miró de reojo la cama que la llamaba tentadora. La ignoró, se puso un chándal y unas deportivas y regresó a la cocina.

En cuanto le sirvió el desayuno se dirigió al dormitorio de Daniel, pero al encontrarse con la puerta cerrada pensó que Cristina estaría aún allí y regresó a la cocina.

—¿No desayunas? —le preguntó Daniel intentando darle conversación. Apenas había dormido, en vela toda la noche por si la oía llegar.

—Ya lo he hecho.

—Te habrás divertido bastante, viendo a la hora que llegas —comentó provocándola—. ¿Viniste a cambiarte de ropa?

—No —respondió sin más explicaciones y se entretuvo con el lavavajillas—. ¿A qué hora quiere el almuerzo?

—A las dos y media.

—¿Para cuántas personas lo preparo?

—Para tres. Cristina se queda a almorzar.

—Bien. Si no me necesita voy a acostarme un rato. Creo que el domingo también es mi día libre —añadió retándolo—. Pero si tiene una invitada no lo dejaré tirado. En cuanto sirva el almuerzo me marcharé. Voy a salir esta tarde.

Salió sin esperar respuesta ni protesta de Daniel, al que dejó pasmado por su imperiosa y distante forma de hablar, y se acostó. Satisfecha de su actitud valiente y digna, se durmió enseguida y se despertó a la una.

Había previsto preparar una lasaña porque era uno de los platos favoritos de David, pero como Daniel tenía una invitada, prefirió consultarlo con él. Estaba en el salón jugando a la PlayStation con su hermano mientras Cristina parecía distraerse con su móvil.

—Buenas tardes —saludó Eva a la mujer que la ignoró una vez más y se dirigió a su jefe con discreción después de saludar a David demostrando el cariño sincero que sentía por él y que Daniel envidió.

Le comentó sus planes y el hombre aceptó con un gesto frío. La siguió un instante a la cocina y la vio sonreír mientras contestaba una llamada en el móvil.

—De acuerdo, quedamos a la hora de almorzar. A partir de las tres.

Daniel dio un respingo al oír la dirección de su casa. Quien estuviera al otro lado del teléfono vendría a recogerla; probablemente un hombre, intuyó Daniel.

—Dame un toque al móvil cuando estés llegando. —Y colgó sonriendo feliz.

Daniel le dirigió una gélida mirada y no contuvo su curiosidad.

—¿Tu cita de esta tarde?

—Sí —respondió Eva y se escondió tras la puerta abierta del frigorífico ignorando su presencia.

Daniel no sabía cómo contener su malestar. Sabía que no soportaría durante mucho tiempo la actitud de Eva y se había equivocado al pensar que Cristina sería algo más para él, algo poderoso que le ayudara a sacarse de la cabeza a

la chica.

Al comprobar que Daniel no se marchaba de la cocina y sin entender qué esperaba allí, Eva decidió ordenarle el dormitorio y salió con rapidez huyendo de la probable discusión que intuía. Entró en el lavadero a dejar las sábanas sucias, Daniel la siguió, entró y cerró la puerta.

—Oye —le habló en tono amenazante—, no entiendo qué pretendes con tu actitud distante y huidiza, pero estoy comenzando a hartarme de ella.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir? —preguntó Eva deseando escapar de la encerrona—. Creo que el domingo es mi día libre y me he ofrecido a servirle el almuerzo. Acabo de ordenarle el dormitorio... ¿Qué estoy haciendo mal? —insistió con naturalidad.

—Tú. ¿Por qué te comportas de esta manera tan fría? ¿Tú no eres así?

—Daniel. Procuro cumplir con mis obligaciones, no pretendo nada más. Creo que hablamos de esto y usted aceptó mis condiciones para continuar trabajando en su casa. Pero si no está de acuerdo puede decírmelo con franqueza y me marcharé en cuanto lo decida.

—¿Ves? Ese es el problema. Parece que tengo yo más interés que tú en que conserves este trabajo.

—Sabe de sobras lo importante que es para mí conservarlo porque de él depende mi futuro en estos momentos. Y nunca me arriesgaría a perderlo. Así que lo mejor para ambos es que aclaremos qué es lo que le molesta.

Daniel se sentía impotente ante la frialdad de Eva, lo sacaba de quicio y no encontraba una forma de irritarla como había conseguido semanas antes con facilidad y echaba de menos cuánto lo divertía y lo excitaba porque eso significaba que a ella aún le importaba.

—¿Qué es lo que le molesta? —insistió Eva intentando acabar con la conversación que los mantenía a los dos encerrados con demasiada intimidad.

—Nada, Eva. No me molesta nada —respondió derrotado—. Si es así como prefieres que funcionen las cosas entre nosotros...

—Usted es mi jefe y yo solo soy su asistente, creo que no debería sentirse

incómodo con mi presencia en su casa; si es así, yo preferiría...

—¿Qué preferirías, Eva? —le gritó desesperado y Eva dio un respingo—. Creo que estás deseando que te despida, que me estás provocando para que lo haga.

—¿Cómo puede suponer eso? Lo único que intento es que se sienta cómodo en su propia casa y la compasión por mí no le ayudará a conseguirlo. Por eso insisto tanto. Por favor —le suplicó convencida—, dígame si no me quiere aquí, pero no pretenda que cambie mi actitud meramente profesional. Es lo mejor. Y, después de la desagradable discusión que mantuvimos, creo que está funcionando bien hasta ahora.

—De acuerdo, Eva. Seguiré intentándolo, pero no creo que lo consiga.

—¿Qué quiere decir? ¿Me está advirtiendo? —lo interrogó sin alterarse y su frialdad lo enfadó aún más.

—Sí, Eva. Te estoy advirtiendo.

—Pues no entiendo qué más tengo que hacer —le gritó respondiendo a su ataque y excitándolo. Eso era lo que quería de ella, que le demostrara que le importaba.

Daniel dio un paso hacia ella sin controlar su deseo de abrazarla; solo estaban ellos dos y la deseaba con desesperación, tanto que hubiese ofrecido una de sus valoradas piernas por hacerla suya en ese preciso instante. Sin embargo, el retroceso de Eva y su gesto horrorizado lo persuadieron. Sin decir nada más y avergonzado por demostrar su debilidad ante ella una vez más, salió del lavadero y se dirigió al salón.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Cristina curiosa cuando entró alterado en el salón.

—Discutiendo con Eva.

—¿Por qué discutíais? —Se extrañó.

—¡Oh! Discutimos mucho. Tengo muy mal genio y soy muy exigente. Si le doy una reprimenda de vez en cuando la mantengo en tensión y me atiende mejor. — Cristina se relajó con esa explicación, pero le inquietaba la

presencia de Eva y a veces la sentía como una rival en sus planes respecto a Daniel. Hacía un mes que había comenzado a tratarlo íntimamente y le gustaba cada vez más. Daniel era lo que ella estaba buscando, un hombre guapo, de una presencia física inmejorable, adinerado, famoso y un amante extraordinario e intuía, después de algunas conversaciones mantenidas con él, que también buscaba una relación estable, que ya no se conformaba con una chica bonita que llevarse a la cama. Pretendía algo más serio y ella estaba dispuesta a ofrecérselo; su aventajada posición social y el apellido de su familia le ayudarían a conseguirlo.

Tras servir la comida y dejar los postres sobre la encimera de la cocina, Eva se encerró en su dormitorio y le mandó un mensaje a Scott. Mientras él llegaba, se duchó rápidamente y se cambió de ropa. Era un día frío de noviembre y se vistió toda de marrón, falda, jersey y leotardos con botas altas y un ridículo gorrito de lana en color crudo como su gruesa chaqueta también de lana que resaltaba aún más la belleza de su rostro. Parecía más joven con el gorro que en otra cara no resultaría tan elegante y bonito, fue lo que pensó Daniel al verla subir la escalera que comunicaba su dormitorio con la cocina.

—¿Hoy no tienes que estudiar? —le preguntó observándola con atención, intentando grabar su bello rostro en la memoria para disfrutar de ese hermoso recuerdo en su ausencia—. Últimamente te pasas el domingo encerrada estudiando —insistió de mal humor.

—No llegaré muy tarde.

—¿Estarás a la hora de la cena? David no se marcha hasta mañana.

—Si no le importa cenar hoy un poco más tarde.

“Cabrón exigente y vago”, pensó Eva dirigiéndose a la salida con Daniel pegado a su espalda.

—¿A qué hora es “más tarde”?

“Intenta saber a qué hora tengo pensado llegar. Está deseando controlarme”.

—Estaré aquí sobre las nueve o nueve y media.

—¿Te llevas el coche?

—No. Gracias. Vienen a recogerme. —Se oyó el ruido de un motor—. Ahí llega mi cita —dijo sonriendo.

Se alejó de Daniel y se dirigió a la entrada del jardín sin decir un nombre, intentando mantenerlo al margen de su vida privada.

Daniel observó desde dentro de la casa; espío tras la fina cortina que daba cierta intimidad a la ventana del recibidor, intentaba averiguar quién sería el acompañante de Eva, pero los cristales tintados del vehículo no le permitieron enterarse, solo la vio sonreír antes de sentarse en el asiento del copiloto del pequeño todoterreno. Eso quería decir que su dueño tenía dinero y que no se trataba del ingeniero en paro. Ella parecía feliz al saludar al hombre que estaba sentado al volante y él solo era capaz de irritarla, asustarla o hacerla llorar. Los celos se apoderaban de nuevo de su inteligencia.

Cristina no tenía buena cara cuando Daniel regresó a la mesa; intuía algo extraño en él.

—¿Cenamos fuera? —le preguntó acariciando de forma provocativa su pecho—. He oído que Eva volverá temprano; podría quedarse con tu hermano.

—No —respondió tajante—. Me apetece quedarme en casa y descansar. Mañana tengo que entrenar. Vete tú y sal si es lo que deseas; no te obligaré a hacer de canguro.

Cristina fingió no estar ofendida y después del almuerzo se despidió con naturalidad tras besarlo en la mejilla y sin obtener una respuesta cariñosa por parte del hombre que se mostró ausente durante toda la comida y, aunque ella había insistido en averiguar lo que le preocupaba, no logró sonsacarle ni una pista.

Se alegró de que Cristina se marchara porque su estado de ánimo no la soportaba, ni siquiera era capaz de responder a sus muestras cariñosas que, a

pesar de ver cómo ella se esforzaba por satisfacerlo, no lo excitaban. Prefería distraerse jugando con David o viendo juntos una película que mantener una conversación con ella que probablemente no le interesaría. Pero debía seguir intentándolo; Cristina era la mujer apropiada, la prueba que lo había empujado a cambiar de modo de vida, en busca de tranquilidad, estabilidad emocional y una compañera para toda la vida que no le hiciera sufrir. Se obligaría, aprendería a quererla porque era evidente que ella ya estaba enamorada de él. No le había supuesto ningún esfuerzo conseguirlo. Sin embargo, la mujer por la que él daría la vida por conquistar, tenía la cabeza más fría y dura de cuantas había conocido. Eva se mantenía firme en su posición por mantener una relación meramente profesional, resultaba imposible ablandarle el corazón, además ahora salía con un hombre y se preguntaba si soportaría verla enamorada de otro.

La incertidumbre que le provocaba la situación lo ahogaba y sabía que no podría continuar con esa penosa y angustiosa situación. Eva tenía que salir de su vida de forma definitiva porque tenerla viviendo bajo su techo significaba una tortura insoportable. En esos momentos, en el que parecía haber conocido a la mujer ideal, debía alejarse de la tentación más intensa y profunda que había sentido en todo su vida; quizás solo creía estar enamorado. Debía pensar en él mismo y dejar de lado la compasión que la situación económica de Eva le despertaba; aunque era consciente de la suya privilegiada, no era responsable de la del resto del mundo. Decidió que no había otra manera de curar su desesperación. Le daría un mes de plazo para que encontrara otro trabajo y una suculenta indemnización que acallara su conciencia. Estaban a finales de noviembre y, al acabar el año, Eva desaparecería de su vida para siempre.

Sofía se preocupó al ver el rostro cansado y triste que mostraba Eva esa semana y se interesó por saber lo que le ocurría.

—Las cosas entre Daniel y yo no están bien. Creo que ya no está contento con mi trabajo y me temo que cualquier día me despedirá. —Sofía emitió un ¡oh! sincero—. Tiene una novia y tengo la impresión de que a ella no le gusto.

—¿Una novia? ¿Estás segura?

—Sí. Llevan juntos varias semanas. Parece que con esta va en serio. Es una mujer muy guapa y elegante. Me imagino que pronto la conocerás. Y parece que Daniel la respeta más que a las otras. —Eva ocultó que en la cama la trataba como a una más de sus muñecas—. Si me despide, le recomendaré que te contrate fija a jornada completa, aunque no te quedes a dormir; procuraré convencerlo.

—Gracias, Eva. Ya sabes lo bien que me vendría. Pero estoy segura de que Daniel no se deshará de ti. Llevas su casa de un modo fantástico y a él le gusta cómo lo haces.

—Tuvimos una discusión muy seria y desagradable hace un par de semanas. Ya sabes que tiene muy mal genio y en esa ocasión no pude contenerme. —Un par de lágrimas se escaparon de los ojos de Eva—. Si me quedo sin trabajo no podré... —Eva prefirió no continuar hablando—. Bueno, a ver si yo tengo suerte porque a mi madre no le han renovado el contrato en el centro comercial.

La intuición de Eva no era errada; el detonante que lo empujó a tomar la decisión de despedirla se lo encontró a la vuelta de Daniel esa misma mañana. A pesar de no conocer al acompañante de Eva, se pasó la noche y el entrenamiento imaginándolo con ella mientras la besaba y la desnudaba; casi vomita el desayuno que ella misma le había preparado y servido esa mañana.

En cuanto se subió al coche de regreso a casa, se convenció de que no continuaría así. La tensión que sentía en ese momento lo devoraba por dentro. No, Eva no se habría acostado con él, estaba convencido; solo habían salido un par de veces y ella no era de esas. En realidad, pensó Daniel,



no conocía ese aspecto de Eva; quizás cada noche que salía acababa con un hombre diferente. Tampoco debía estar tan seguro de que ella no aprovechara sus oportunidades. Se dejó llevar por sus celos y sus dudas, y el hecho de que se sintiera como un maduro adolescente consiguió que se enojara con él mismo una vez más.

Los gestos y las miradas de desprecio que le ofrecía Daniel mientras Eva servía el almuerzo la tenían amedrentada. Desconocía el motivo, pero estaba convencida de que estaba muy enfadado. En cuanto acabó su deliciosa comida, sin esperar el café, se levantó y se dirigió a la cocina donde Eva terminaba de comer sentada en un taburete junto a la encimera.

—Así que ayer saliste con un chico. —Eva no ocultó la sorpresa que se llevó—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No pensé que le interesara mi vida privada.

Eva apartó su plato hacia un lado y se limpió la boca con la servilleta. Daniel le quitaba el apetito con una facilidad asombrosa. El hombre la observaba fingiendo una actitud relajada, apoyado en la encimera justo enfrente y clavando sus ojos en ella.

—Tengo la impresión de que intentabas ocultármelo. La verdad es que me importa poco lo que hagas en tu tiempo libre —su reproche iba cargado de desprecio y continuó hablándole en el mismo tono—. Pero, mientras vivas en mi casa, no soportaré que nadie te recoja aquí y se entere de que trabajas para mí—le mintió para provocarla y conocer sus pretensiones con esa relación que lo estaba martirizando cuando solo acababa de comenzar.

—No le he hablado a nadie sobre su identidad, ni siquiera a mis dos mejores amigas. Ya le dije que solo mi madre la conoce y confío en ella plenamente.

Pero a pesar de todo, Daniel siguió contándole lo que había planeado.

—He tomado una decisión con respecto a ti, Eva.

A la chica comenzaron a temblarle las manos y soltó la servilleta que

sujetaba con fuerza entre ellas, sin dejar de retorcerla, intentaba ocultar su nerviosismo. Intuía lo que iba a decirle y respiró profundamente antes de enfrentarse a sus palabras alzando el rostro al mirarlo a los ojos. Su valentía conmovió a Daniel, pero continuó con lo que había previsto el día anterior.

—Creo que es mejor que te marches de mi casa. Tienes un mes de plazo para encontrar otro empleo y te prometo que te daré las mejores referencias si las necesitas. No tengo quejas sobre tu trabajo.

—Si no es por mi trabajo —susurró conteniendo las lágrimas—, ¿por qué me despide? Si es por coger tantos días libres, podríamos discutirlo. Me conformaré con los días que juegue fuera y esté de viaje. Así no se dará cuenta de que no estoy.

Eva no imaginaba que acabaría suplicándole, pero esa semana no quería darle a su familia otra mala noticia.

—No me apetece discutir contigo; el motivo principal es que consigues que me sienta incómodo en mi propia casa.

—Es por la desagradable discusión que tuvimos hace unas semanas —afirmó convencida—. Está bien; lo entiendo. Sabía que esto pasaría —contestó resignada y sin añadir nada más, le dio la espalda y comenzó a recoger la vajilla.

No controlaba las lágrimas y lloraba sin hacer un solo ruido de espaldas a Daniel mientras él se retorció de dolor viendo los hombros de Eva temblar por el llanto. Ella había intuido lo que acababa de suceder. La relación entre ambos se había tensado mucho en las últimas semanas y Eva estaba convencida de que la presencia de Cristina había acelerado esa decisión de Daniel porque se habría enamorado de esa mujer.

—Prepárame el café —le exigió Daniel y volvió a la sala de estar más dolido que ella aunque lo ocultara tras un gesto corporal arrogante.

Salió vestida para marcharse a clase y se dirigió a la sala de estar con la intención de despedirse de David. Miró un instante a Daniel que la observaba angustiado, pero Eva creyó que su presencia lo incomodaba.

—¿Volveré a ver a David antes de que me marche de esta casa? —Su pregunta sincera desarmó a Daniel por completo y se arrepentía de cada palabra que le había dicho, pero no se echaría atrás de su dolorosa decisión. Debía separarse de ella si pretendía continuar con sus planes de futuro.

—Sí. Vendrá dentro de unos días —respondió intentando mantenerse distante.

—Adiós, colega —se despidió de David con un beso en la mejilla y su saludo habitual de manos—. Hasta pronto, me voy a clase. —Volvió a mirar a Daniel y le habló en un susurro—. ¿Puedo llevarme el coche?

—Sí, por supuesto. Mientras vivas aquí quiero que continúes utilizándolo.

Daniel la observó salir de la sala, y por primera vez desde que la conoció, la vio perdida. Esa chica, fuerte como un titán, estaba derrotada injustamente por un hombre frustrado y caprichoso, como se sentía Daniel en ese instante. Le estaba haciendo un daño a Eva irreparable, pero desconocía el modo de remediarlo; no encontraba otra solución que lo librara de su tortura.

## Capítulo 7

A pesar de sentirse profundamente herida continuó trabajando incansable, sin tener un mal gesto ni incumplir su tarea en ningún momento y continuó cocinándole succulentos platos, a veces también para Cristina quien pasaba casi todas las noches con Daniel. Pero Eva se había refugiado en un silencio sepulcral que dañaba a Daniel tanto como el más potente de los gritos perjudicaría a sus tímpanos. Eva no salió ese fin de semana porque tenía que acabar unos trabajos, había anulado su cita con Scott por no darle más que hablar a Daniel y, como este jugaba fuera, aprovechó el tiempo paseando con Pelé, estudiando y dándole vueltas y más vueltas a su incierto futuro. Ni siquiera se lo había comentado a su familia, esperanzada en decirles tan solo que cambiaba de empleo.

Un par de semanas más tarde, en una de las pocas conversaciones que mantuvieron, Daniel se atrevió a preguntarle si había encontrado algo. Y ella se limitó a negar con un gesto rápido y angustiado.

—Mis hermanos vienen el jueves y se quedarán hasta el domingo. Sé que tienes días de vacaciones, pero te necesitaré; a cambio podrás adelantar tu marcha dos días. Podrás irte a casa el día veintiuno. —Eva asintió en silencio mientras se retorció los dedos por la preocupación, pero no protestó; le daba igual irse antes que después si al final acabaría perdiendo el trabajo y se alejaría de Daniel para siempre—. Mis hermanos me han hecho algunas peticiones sobre tus comidas —le dijo de buen humor con intención de

animarla con sus elogios—. Mariló te pide por favor que hagas espaguetis al pesto; Luis, cordero con mejorana y David, por supuesto su lasaña y su mouse de limón.

—De acuerdo —respondió ella sin aliciente alguno en su voz y dejó más frustrado aún a Daniel.

El silencio de Eva continuaba torturándolo y la presencia de Cristina en su vida, en su casa y en su cama no le ayudaban a redimir su conciencia ni a aplacar el intenso amor y el sofocante deseo que continuaba sintiendo por Eva y comenzó a dudar sobre el acierto de su decisión. ¿Y si Eva no encontraba otro trabajo? ¿Sería capaz de dejarla en la estacada en el momento laboral tan complicado que sufría todo el país? ¿Y si aunque no la viera no la olvidaba? Él no estaba acostumbrado a sufrir por amor; era la primera vez que sus sentimientos por otra persona ajena a su círculo familiar alcanzaban tanta profundidad, hasta arraigar en lo más hondo de su alma, se adueñaban de su vida y de su voluntad y él estaba empeñado en ignorarlos. Renegaba de esos intensos sentimientos a cada momento, ni siquiera se atrevía a probar hasta donde llegaban por miedo a perderse en ellos. A veces pensaba que debería intentarlo, quizás su amor por Eva no fuera tan penetrante como él creía y acabaría decepcionándolo como tantas mujeres habían hecho ya, incluso la que pensaba elegir por compañera definitiva.

Nunca había estado tan desorientado y decidió centrarse en su meditado plan. Presentaría a sus hermanos a Cristina porque era la mujer ideal para él; no habían discutido ni una sola vez desde que estaban juntos; quizás ella le aportara la calma que necesitaba y poco a poco alejaría la presencia de Eva de su cabeza y de su corazón. Pero Eva seguía ahí, en su casa, en su vida, castigándolo, provocándolo, angustiándolo con su actitud triste y su silencio.

Un par de días antes de la llegada de los hermanos de Daniel, a su regreso de clase, el hombre le ofreció un paquete que había llegado destinado a ella. Eva lo observó sonriendo ilusionada y se secó unas repentinas lágrimas que se le habían escapado; la chica jamás se había sentido tan vulnerable. Se abrazó al paquete y se dirigió a su habitación sin decir nada como era habitual en ella en los últimos días. Daniel, preso de curiosidad, la siguió en busca de respuestas. Llamó a su puerta y Eva respondió con un simple “¿sí?”. Daniel abrió con excesiva prudencia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sin ocultar la angustia que había sentido.

—Sí. Enseguida le sirvo la cena.

—¿Qué hay en el paquete que has recibido? ¿Son malas noticias?

—No. Es un regalo de mis padres. Un anorak rosa. —Se lo enseñó extendiéndolo sobre la cama—. Hoy es mi cumpleaños y no me esperaba la sorpresa.

Daniel la miró un instante sin decir nada. Le pareció tan frágil y vulnerable que se obligó a dominar el intenso deseo de abrazarla en ese momento y ofrecerle su amor y su protección.

—No lo sabía. Felicidades, Eva. —Sonrió desganado negando con la cabeza—. Solo tienes veintitrés años; eres tan joven. —Eva pensó que le molestaba su juventud.

—Sí, veintitrés. Es el primer cumpleaños que no celebro en mi casa; a mi madre le gusta que pase ese día con ella. Por eso me he emocionado —le confesó dando más explicaciones de lo acostumbrado en esas últimas semanas.

—¿Echas de menos a tu familia?

—Sí. Ahora más que nunca. —Volvió a su tono angustiado habitual—. No estamos pasando por un buen momento. —Negó con la cabeza y se disculpó—. Lo siento, Daniel. No tengo por qué contarle mis problemas.

Daniel dudó si debía confesarle la verdad, pero el abatimiento que reflejaba

el rostro de Eva superaba a su voluntad y a su orgullo.

—Eva, yo... ¿Entiendes por qué tienes que marcharte de mi casa?

—Sí. Me he hecho insoportable para usted —confesó susurrando. Daniel negaba con la cabeza—. Es su casa y está en su derecho. Y mis problemas son asunto mío.

—Tú no eres insoportable; no creo que resultes insoportable a nadie. No has hecho nada mal ni has cometido ningún error. Soy yo el insoportable, el caprichoso y el mezquino. —Suspiró con fuerza—. Ni siquiera sé cómo me aguantas sin replicar, sin hacer un mal gesto. Eres una mujer ingenua y buena, además de preciosa y debes permanecer fuera de mi alcance. Por eso pensaba que debías marcharte. —La chica lo miró asombrada—. Pero he cambiado de idea y estoy dispuesto a concederte el tiempo que necesites hasta que encuentres algún trabajo que te convenga. —Eva dio un respingo y clavó su mirada en el rostro arrepentido de Daniel—. Lo mereces y yo no puedo lastimarte despidiéndote. No lo soporto.

—No es necesario, Daniel. Se lo agradezco de corazón. Sobreviviré con mis ahorros, estoy acostumbrada a administrarme bien.

—Lo imagino. Pero te pido por favor que no rechaces mi oferta. Me harías sentir peor que estas dos semanas atrás.

—Está bien. En cuanto consiga algo, y le prometo que me esforzaré en conseguirlo, me marcharé. —El convencimiento que Eva puso en sus palabras resultó una puñalada en el estómago de Daniel.

—Confío en ti —susurró desganado.

—¡Daniel! —lo llamó Cristina.

Daniel permaneció unos segundos contemplando el rostro sonriente de Eva y habló negando con la cabeza.

—Espero que ni tú ni yo tengamos que arrepentirnos de esto. —Y salió de la habitación de la chica.

Se encontró con Cristina que iba a su encuentro mientras subía la escalera.

—¿Estabas en la habitación de Eva? —preguntó extrañada.

Afirmó con frialdad y sin querer darle más explicaciones. Esa era su casa y Eva solo asunto suyo. Pero Cristina sufrió un fuerte revés con esa actitud fría e inexplicable de Daniel. Su intuición no le fallaba, sobre todo, cuando observaba la mirada tierna que Daniel ofreció a la chica durante toda la cena; ni siquiera a su hermano David lo miraba con ese derroche de ternura, incluso adoración, que percibió Cristina celosa.

Eva no podía dormir pensando en la explicación de Daniel. *“¿Cómo podía estar ella fuera de su alcance? En todo caso sería al revés. ¿Y por qué tendríamos que arrepentirnos por continuar con mi trabajo como hasta ahora? Yo no tengo pensado cambiar mi actitud hacia él; jamás se me ocurriría volver a provocarlo. Pero lo que menos entiendo es qué hace con esa mujer. No puede estar enamorado de ella si me habla de esa forma”*. Suspiró y se levantó de la cama dispuesta a satisfacer su curiosidad, a pesar de los reproches que recibía de su conciencia.

*“No lo hagas Eva, otra vez no. Si le dice que la quiere, sufrirás y si no se lo dice sufrirás de igual modo porque es él quien no desea amarte. ¿Cuándo lo entenderás?”*. *“No me importa. Tengo que saber lo que siente por ella”*.

Entró al estudio a oscuras, con un sigilo desmesurado y prestó atención a la conversación de la pareja.

*“Me parece que están discutiendo”*.

—¿Por qué te niegas a darme una explicación? Es que no comprendo que tengas que meterte en la habitación de la chica. No me parece correcto.

—Esta es mi casa, Cristina. Y yo juzgaré lo que es correcto o no.

*“¡Qué borde es este hombre!”*.

—Me parece que Eva te importa demasiado, Daniel.

—Es cierto. Me parece una chica estupenda y me preocupo por ella. ¿Está mal que lo haga? Su familia pasa por un mal momento y está sola en Madrid.

—No lo sé. Pero si esperas que me venga a vivir aquí contigo pronto, Eva



tendrá que salir de esta casa.

*“Vaya carcajada que ha soltado. Ya no le importa que me marche”.*

—¿Estás celosa? —preguntó asombrado—. ¿Sientes celos de Eva?

—No es porque la chica lo merezca; es por tu actitud exageradamente paternal. No voy a compararme con ella.

*“Por supuesto que no; es más arrogante que Daniel. Tal para cual”.*

—Creo que te has encariñado demasiado con Eva.

—Sí, me he encariñado con ella, lo confieso. Y no pienso despedirla porque es la mejor en su trabajo. Pero en mi cama estás tú y eso es lo único que debe importarte. Y pasado mañana conocerás a mi familia; yo accedí a conocer a tus padres. Me parece que las pruebas se inclinan claramente a mi favor y que soy inocente de tus celos infundados.

*“Ahora hace las paces con ella. ¿Cómo puede ser tan cínico? ¿Por qué se comporta de este modo? ¿Está engañando a esa mujer? ¿Me engaña a mí o se engaña a sí mismo?”.*

—Creo que tienes razón. Daniel, yo... Me he enamorado de ti, ya lo sabes. Y te quiero mucho.

—Lo sé, muñeca. Lo sé —reconoció con un tono de voz en el que Eva percibió preocupación.

Eva se abrazaba a su cuerpo tembloroso temiendo la respuesta de Daniel que no llegó tras unos minutos en los que se oían los besos de la pareja.

—No, muñeca. Esta noche no. Estás con la regla y yo por ahí no paso.

*“Sigue siendo solo otra muñeca más. Ni siquiera le ha respondido”.*

—Bueno, sé hacerte feliz de otra manera que te encanta. Permíteme.

*“¿Qué le estará haciendo? ¡Oh! Lo imagino. —Indignada escuchaba los gemidos de Daniel—. ¿Cómo puede rebajarse Cristina de esa manera?”.*

—Eso es, muñeca. ¿Hasta dónde puedes llegar? Sigue. Chupa hasta el fondo. Así. ¡Oh! Tienes una boca maravillosa.

*“No puedo oír más. No tenía que haber venido —se repetía mientras se dirigía a su dormitorio mortificándose sin esperar a que acabaran—. Daniel es*

*un mentiroso, un cínico y el peor hombre que he conocido. No solo le hace daño a esa mujer; se lo hace a sí mismo y a mí. Es incomprensible”.*

A la mañana siguiente, Daniel esperaba encontrarse con una Eva dócil, atenta y agradecida por su generosidad y, sin embargo, la Eva que le sirvió el desayuno le heló el corazón una vez más. Se preocupó al comprobar el poder absoluto que la chica ejercía sobre su estado de ánimo, sin entender a qué venía su actitud tan fría y distante. Y lo que más llamó su atención es que a Cristina la trataba casi con compasión, lo que sorprendía a la pareja, aunque no se atrevieron a mencionarlo entre ellos.

Daniel llegó a casa solo pasado el mediodía con un par de paquetes que dejó sobre la encimera de la cocina. Había rechazado la invitación de Cristina a la hora del almuerzo porque pretendía comer con Eva después de semanas de distanciamiento. Había estado pensando en ella durante todo el entrenamiento, enloquecido y deseoso por estar con la chica, y ni siquiera había prestado atención al vídeo que habían visto sobre su próximo rival, ni recordaba cuál era ni dónde jugaba. Solo Eva ocupaba su pensamiento de una manera ilógica y obsesiva que lo atrapaba. La miró emocionado y sonrió.

—Feliz cumpleaños, Eva. Aunque los regalos vengan con un día de retraso. Espero que me disculpes porque no lo sabía.

A Eva le pareció insultante ese detalle de Daniel; ya no soportaba su juego y ni siquiera sonrió.

—Gracias, Daniel. Pero no puedo aceptarlo. No es correcto —repitió a conciencia las palabras de Cristina.

—¿Por qué no es correcto que me acuerde de ti y quiera tener un detalle por tu cumpleaños? —le preguntó impresionado por su frialdad—. Además, espero que me perdones por los malos días que te habré hecho pasar tras mi imprudente despido.

—Está perdonado solo por esperar a que encuentre otra oportunidad, detalle

que agradezco mucho.

Eva continuó prestando atención a sus guisos y dejó a Daniel sorprendido.

—¿No vas a abrirlos?

—No, ya le he dicho que no puedo aceptarlo —repitió con humildad—. No debe tener esas atenciones conmigo porque solo soy una empleada en su casa —acabó su explicación sin esconder su amor propio—. Su asistenta. —Daniel la miró con fuego en los ojos—. Además debe pensar en lo que diría su novia si se entera de que me ha hecho un regalo.

Esas palabras encendieron a Daniel que estaba desesperado con la actitud fría y engreída de la chica.

—Aquí no pinta nada mi novia —le reprochó con rabia—. ¿Sabes, Eva? Una chica de tu posición debería ser menos orgullosa.

—Que yo sepa, el orgullo no tiene nada que ver con la posición social ni con las necesidades económicas —replicó Eva con más arrogancia de la que había demostrado nunca—. Soy humilde, sencilla y muy trabajadora. Y sí, me siento orgullosa por ello. Y, no deseo que mis palabras resulten pretenciosas ni groseras, pero de usted solo pretendo obtener el sueldo que me gano con mi trabajo. —Se irguió ante él alzando la barbilla—. No aceptaré ningún regalo.

—¿Qué te pasa ahora, Eva? ¿También te crees mejor persona que yo?

—Por supuesto que sí. Infinitamente mejor —contestó envalentonada—, aunque nuestra fama, nuestro dinero y nuestra posición social resulten incomparables.

Daniel resopló irritado.

—He tardado un día en arrepentirme por haberte admitido de nuevo. Sabía que ocurriría aunque esperaba que el motivo fuera otro muy diferente.

—Sí, me hago una idea —dijo tan convencida que descolocó a Daniel—. Pero lo que usted no imagina es lo repugnante que resulta para mí como persona y, sobre todo, como hombre. —Daniel se quedó paralizado al escuchar esas palabras inesperadas—. Y después de conocer mi opinión sobre usted, no tengo inconveniente en empezar a recoger mis cosas ahora mismo si

es su deseo —lo retó convencida, incluso con ganas de marcharse.

—Te doy asco —afirmó convencido—. Por eso te comportas tan fría y distante.

—Usted despierta en mí un profundo asco y una gran compasión, porque es un hombre de corazón podrido, un cobarde y un gran mentiroso. Mentiroso hasta para sí mismo y no hay nada más mezquino e inútil que eso. Nunca conocerá el amor.

—¿Me estás maldiciendo? —Sonrió camuflando la furia desmedida que Eva le había provocado—. ¿Quieres saber la verdad, Eva? —le gritó enrojecido por la furia—. ¿Quieres saber la verdad sobre mí?

—Ya no me interesa.

—Demasiado tarde. Se acabaron las mentiras, Eva —dijo en un tono fiero y amenazante.

Ella se dio media vuelta y se dirigió a su dormitorio con Daniel siguiéndole los pasos, pero se distanció de él bajando las escaleras a toda prisa. Cerró la puerta con el cerrojo y una vez más Daniel la abrió de una patada impresionante con la que la arrancó de sus bisagras. La furia que emanaba del cuerpo y del rostro de Daniel asustó a Eva, pero en esta ocasión no logró acobardarla.

—Fuera de mi cuarto —le exigió intentando sobreponerse.

—Te advertí que no volvieras a impedirme el paso en mi casa. Esta vez has ido demasiado lejos. Tú eres la que te vas a marchar para siempre. No quiero volver a verte en mi vida, niñata desagradecida —gritaba sin contener su furia—. ¿Quién te has creído que eres? Una niñata vulgar y don nadie que se cree superior a los demás porque estudia en la universidad y trabaja para sobrevivir. Hay mucha gente como tú en el mundo. ¡Fuera de mi casa! —le gritó más fuerte aún.

Daniel, preso de un ataque de ira, se dirigió a uno de los armarios y comenzó a sacar las cosas de Eva para arrojarlas con desprecio sobre la cama.

—Llévate contigo tus miserables cosas; no quiero ver nada que me recuerde

a ti. Estúpida insolente.

—No te preocupes, Daniel. Mis miserables cosas y yo nos marchamos ahora mismo —respondió en el mismo tono irritado que él a la vez que sacaba su maleta del otro armario—. Soy tan don nadie y tengo tan poco que no tardaré en recoger.

Daniel salió de la habitación a toda prisa. Pocos segundos después, Eva oyó sus pasos que regresaban de nuevo.

—Y no olvides llevarte tu pastel de cumpleaños —le gritó a la vez que arrojaba contra la pared de enfrente una preciosa tarta rosa que le había comprado, y quedaba estampada sobre ella. Eva contemplaba los restos de la tarta cayendo lentamente en el suelo. Los dos se miraron a los ojos durante unos tensos segundos y la rabia que sentían hacía saltar chispas entre ellos, hasta que Daniel se atrevió a dar el primer paso hacia ella y la abrazó de forma brusca.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me haces esto? —le repetía sin soltar el abrazo y buscaba los labios huidizos de la chica con su boca ansiosa—. Me estás destrozando, Eva. Me estás volviendo loco. ¿Es que no sabes lo que siento por ti? ¿Imaginas cuánto te quiero? —Eva lo empujó con fuerza, se alejó de él y por fin descargó su rabia con todas sus fuerzas con palabras que mostraban su desesperación.

—Eres un cobarde, el mayor cobarde que he conocido nunca. ¿Cómo te atreves a tocarme? ¿Cómo te atreves a hablarme de sentimientos? Tú, que te estás acostando cada noche con esa pobre mujer a la que intentas engañar. — Daniel, abatido, cerró los ojos intentando no escuchar las certeras palabras de Eva—. Yo te quería, Daniel. Te quería como no he amado antes. Ahora solo siento asco por ti.

—No me digas eso, Eva —suplicó derrotado—. Por favor, dime que no dices lo que sientes de verdad y que solo pretendes devolverme el daño que te he hecho. —Le cogió una mano con fuerza y se la llevó a los labios—. Tener tu amor es lo más importante de mi vida, aunque te cueste creerlo.

—Por supuesto que no puedo creerlo —le reprochó convencida—. Eres incapaz de amar a una mujer; solo las utilizas para obtener sabe Dios qué. Pero a mí no me vas a tener, puedes estar seguro de ello. Me voy, Daniel, para siempre, ahora mismo.

—Si te vas, ¿dónde vivirás? —Por primera vez, ni controlaba ni disimulaba su angustia; tampoco su miedo a perderla—. ¿Crees que encontrarás pronto otro trabajo? ¿Has pensado en tu futuro? —le preguntaba ansioso y, a la vez, intentaba asustarla para que se quedara.

—Ahora no me importa encontrar un maldito trabajo. Solo deseo salir de esta casa y de tu vida —contestó de mal genio—. ¿No esperarás que continúe aquí después de esto? —le reprochó—. ¿Te parece normal esta discusión, Daniel? ¿Qué está ocurriendo entre nosotros? ¡Por Dios! Solo soy tu asistente y le pegas patadas a la puerta de mi habitación cuando te parece —exclamó llorando—. La has destrozado de nuevo. ¿Y el pastel? —le preguntó señalándolo—. ¿Crees que tienes algún derecho sobre mí? —Daniel negaba con la cabeza—. Eres un hombre muy violento.

Se acercó a ella y la envolvió en un poderoso abrazo del que Eva intentaba zafarse.

—No me tengas miedo; no soy violento, Eva. Simplemente, estoy desesperado —le confesó mirándola a los ojos con intensidad—. No deseo que te marches, por favor, quédate —le susurraba dolido, suplicando como un desquiciado y enfadado a la vez por mostrar su incontrolable debilidad—. No puedo dejar que te alejes de mí. No lo permitiré.

Ya no estaba dispuesto a contenerse más. Si continuaba ignorando la realidad se volvería loco. Buscó la boca de Eva con desesperación y a pesar de la oposición de ella, la besó sosteniendo con fuerza la cara de la chica entre sus manos.

—Dime que aún me amas —le suplicaba impresionando a la chica con esa actitud entregada y sumisa—. Dime que no te doy asco. Por favor, Eva, por favor.

—No, Daniel. Deja que me vaya —le exigía intentando apartarse de él—. Eres un hombre extraño y frustrante. Te estás destrozando y me estás destrozando a mí.

—Te amo, Eva. Te juro que todo mi mal genio, toda esta cobardía que solo tú reconoces es porque no soy capaz de enfrentarme a mis sentimientos hacia ti. Nunca he deseado tanto a una mujer como me sucede contigo. Dime que aún me quieres —rogó desesperado—, por favor.

—¿Cómo puedes decirme estas cosas, Daniel? —le preguntó separándose de él con brusquedad. Daniel bajó los brazos laxos en señal de abatimiento. Ya nada de lo que dijera ni de lo que hiciera salvaría la situación que él había conducido hasta ese extremo—. ¿Cómo puedes si anoche te acostaste con otra?

—Tenía que sacarte de mi cabeza, Eva. Pretendía convencerme de que tú no eres la mujer adecuada para mí.

—Por supuesto que no —respondió ella con desprecio—. Lo dijiste antes. No somos iguales, ¿verdad? —Sonrió a pesar de las gruesas lágrimas que resbalaban por su cara—. ¿Quién soy yo? Tu asistenta; yo solo soy una criada a la que pagas para que te limpie, te cocine y te haga compañía cuando se te antoje. Solo me queda bajarme las bragas y también seré tu puta porque me pagas. ¿Eso es lo que quieres ahora, Daniel? ¿Es eso?

Daniel la escuchaba impresionado por la fuerza y la razón de sus palabras.

—No, Eva. Hablemos, por favor —suplicó acercándose a ella de nuevo—. Yo no quería utilizarte como a las demás. Tú eres más que todas ellas. Tenemos que hablar sobre lo que ha sucedido. No puedes marcharte sin intentar buscar una solución. No quiero que te vayas sin escucharme.

—Y yo no quiero hablar más, Daniel. Tú lo dijiste; no somos iguales, ni estamos en una situación ni siquiera parecida. Me haces sufrir y ahora sé que tú también sufres con mi presencia en tu casa y en tu vida. Debo irme —dijo convencida y apartándose con fuerza de él.

—¿Me tienes miedo? ¿Te he asustado? —Eva asintió.

—Me ha asustado el odio que he sentido hacia mí. Tu odio, Daniel. Por eso

quiero marcharme. No soporto que me odies por no ser lo que tú deseas porque es lo que has estado haciendo durante todo el tiempo que he trabajado en esta casa. —Eva se desató en un puro llanto y continuó hablando unos segundos más tarde mientras Daniel, rendido, tan dañado por dentro como ella, se limitaba a escucharla sentado en el borde de la cama—. Por fin lo he entendido. Lo intuía, pero me negaba a creer que fuera cierto. He entendido a que venían tus cambios de humor, por qué a veces parecía que me odiabas y otras dependías de mí para sentirte en paz. Desde que llegué a esta casa estás luchando contra tus propios sentimientos porque me consideras indigna de ti. —Una sonrisa cínica se dibujó en su rostro lloroso que secaba con una camisa que cogió de la cama. ¿Tan bueno te crees? ¿Qué te hace tan bueno, Daniel? ¿Es por tu dinero? ¿Por tu fama? —Él bajó la cabeza negando.

—Tú no lo entenderías nunca —respondió dolido—. Esta vida, mi vida, se ha vuelto como una prisión. Desde que murieron mis padres, solo me he sentido a gusto en mi casa y con mi existencia durante estos meses que has estado viviendo aquí, cuidando de mí del modo tan extraordinario en que lo haces; me has devuelto mi corazón. Contigo, por primera vez en mi vida, lo tenía todo. Y no he querido aceptarlo, obcecado con una idea absurda que me propuse hace unos meses antes de conocerte. —Un gesto de sus hombros mostraba la impotencia que sentía en esos momentos—. Creí que no necesitaría más que tenerte bajo mi techo. Y ahora veo que te escurres por entre mis dedos, veo todo el daño que te he hecho... Que nos he hecho. — Daniel guardó un silencio lleno de desesperación, se frotó la cara con fuerza como si quisiera despertar de una pesadilla, intentaba encontrar las palabras que devolvieran la calma a su vida y que le devolvieran a Eva; pero no las encontraba—. Sé que te pierdo sin remedio.

—No te preocupes. No puedes perderme porque nunca me has tenido —le dijo Eva con una frialdad inusual en ella.

Se miraron un instante a los ojos, se despedían porque Eva continuó recogiendo su ropa y guardándola en su gran maleta, como si Daniel no



estuviera allí. Se marcharía, pero se sentía satisfecha por haber sido capaz de enfrentarse a él y a la realidad al mismo tiempo. El hombre la dejó guardando sus pertenencias, levantó la puerta del suelo, la apoyó sobre la pared y salió derrotado del dormitorio. Eva comenzó a llorar de nuevo, esta vez sin control alguno y se dejó llevar por la desesperación.

La casa temblaba, su cuerpo temblaba y no era de frío. ¿Qué estaba sucediendo? Daniel la llamaba, pero no podía acercarse a él.

—Eva, Eva.

Por fin abrió los ojos. Estaba soñando, Daniel la llamaba de verdad y la sacudía ligeramente. Se había quedado dormida sobre la cama, agotada por el llanto, envuelta en su propia ropa que estaba arrugada y revuelta.

—¿Qué? —contestó intentando espabilarse—. ¿Qué hora es?

—Las tres y media. —La miró unos segundos, analizó cada gesto que hacía para averiguar lo que pasaba por su mente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Estoy bien; agotada pero bien. ¿Y tú? —Daniel se sorprendió de que se preocupara por él después de todo lo sucedido y sonrió con timidez al comprobar una vez más su honestidad.

—Voy tirando. —Guardó silencio de nuevo antes de hablar sin dejar de observarla—. Aunque se supone que las personas malas y crueles como yo, con el corazón podrido, no sufrimos. —Suspiró un instante y cambió de tema; no quería comenzar otra discusión—. ¿No vas a ir a clase?

—Hoy no, no podría estar en clase —contestó sincera—. Terminaré de recoger mis cosas y llamaré a María, creo que podré dormir con ella hasta que encuentre algo.

Daniel, derrotado, la escuchó y salió de la habitación, cansado como si ya hubiese jugado el partido de entrenamiento que tenía esa tarde. Solo se había sentido tan vencido, tan impotente, cuando murió primero su madre y años después su padre sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Su fama, su

dinero, su posición, motivos a los que tanto se había agarrado para mantenerse alejado de Eva, tampoco le sirvieron para remediar la pérdida y el dolor en el pasado, igual que le sucedía en ese momento.

Eva era demasiado sensata para ofrecerle la oportunidad que él estaba dispuesto a suplicar, una ocasión de enmendar sus errores, de entregarse por completo como nunca había sido capaz de hacer. Tenía que ganarse el respeto de ella que había perdido con su absurdo comportamiento, recuperar su dignidad y demostrarle que sería capaz de amarla por encima de todo como haría cualquier hombre que se creyera inteligente. Se avergonzaba de sí mismo por esa arrogancia con que la había tratado, por intentar rebajarla a pesar de la inmensa valía que demostraba en todo lo que hacía y, pensar que ella había descubierto sus miedos y sus prejuicios, lo hacía sentirse tan ridículo, tan pueril, que aún le causaba un dolor más intenso. Le parecía imposible, pero había olvidado cuánto escocían las heridas del alma y en la suya era ya la tercera que comenzaba a desangrarlo lenta y dolorosamente. Sin embargo, de esta no podía culpar a una enfermedad ni a un conductor despistado; esta se la había provocado él mismo y su estúpido carácter.

Se desesperaba en su habitación, recorriéndola de pared a pared sin pensar en lo que hacía, buscando primero el modo de convencer a Eva para que no se marchara y luego, las palabras adecuadas que justificaran su estúpido comportamiento, el continuo rechazo que él mismo se había obligado a ofrecerle a Eva.

Las lágrimas no dejaron de brotar de sus ojos mientras llenaba su maleta y no entendía si eran de rabia o de decepción por más que intentaba alegrarse de abandonar esa casa en la que había sufrido tanto desde el primer día que llegó y justo en ese momento lo apreció. Cada día que había vivido allí sus pensamientos no se apartaban de Daniel, incluso durante los tres días que pasó en compañía de su familia, solo había pensado en aprender nuevos platos que

cocinarle pensando que era la única manera de conquistarlo, de gustarle y de llegarle al corazón. Se había enamorado de Daniel por su exigencia hacia ella, por esa necesidad inexplicable que le demostraba, por esa atención de amante celoso que le reclamaba cuando estaba en casa y que no se había atrevido a justificar hasta hacía unas horas.

Ahora debía hablar con María y pedirle que la alojara en su piso hasta que encontrara uno que compartir. Con los ahorros que había conseguido y la beca tendría dinero suficiente para acabar el curso; pero si no encontraba otro trabajo bien pagado y que le permitiera estudiar tendría que decir adiós a su máster y a la mitad de su futuro. Ese pensamiento logró desatar de nuevo un llanto de rabia e impotencia y las dudas se disparaban en su cerebro. “¿Qué he hecho mal? ¿Por qué consentí sentarme a su mesa? ¿Por qué permití ese trato familiar? No encontraré un trabajo igual en el que mi jefe se preocupe por mis estudios tanto como yo misma, porque reconozco que se ha adaptado a mis necesidades igual que yo a las suyas. No he tenido que faltar ni un solo día a clase. ¿Por qué no he podido callarme una vez más? ¿Por qué? Podíamos seguir soportándonos hasta que uno de los dos encontrara a una persona a la que poder amar sin trabas ni prejuicios, al menos él que parece necesitarlo tanto”.

Regresó a la habitación de Eva y la oyó trastear en el baño. Iba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que se quedara. Sin embargo, la maleta negra se erguía como el fantasma de un futuro doloroso que tendría que superar. Los libros y cuadernos perfectamente apilados sobre la mesa de estudio le gritaban un doloroso adiós que prefirió ignorar en ese momento. El fuerte pellizco que sintió en el estómago le llevó su mano a sujetarlo y provocó un gemido incontrolado en su garganta cuando Eva apareció en el dormitorio.

—¡Daniel! —exclamó impresionada al ver su rostro angustiado—. ¿Qué te

ocurre?

—No puedes marcharte, Eva, ya no puedes —le suplicaba a la vez que la atrapaba en un fuerte y desesperado abrazo—. Perdóname, por favor, por favor.

Eva respondió al abrazo con la misma necesidad que demostraba Daniel.

—¿Por qué no, Daniel? Dime por qué no puedo marcharme. —Sus palabras resultaron una exigencia más que una pregunta.

—Porque me volveré loco si me dejas. Te amo, Eva. Te quiero tanto que enloqueceré si me dejas. Ya no puedo negarlo más. —Recorría su rostro de besos a la vez que le suplicaba y se explicaba—. Sé que he actuado de un modo incomprensible para ti, pero te aseguro que tengo mis razones. Te amo y no desearé volver a esta casa cada día si tú no estás. Quédate conmigo, pequeña, perdóname, por favor.

Eva no respondió con palabras sino con los mismos besos desesperados de Daniel. El deseo que habían controlado hasta ese momento estalló salvaje sin que ninguno fuera capaz de ponerle freno, sin que quisieran contenerlo en ese instante en que los dos necesitaban sincerarse con el otro y con ellos mismos.

Las manos de Daniel recorrían hambrientas el anhelado cuerpo que había tenido que sustituir por otros que no le provocaban la pasión que lo encendía en ese instante en el que reconocía cada curva y cada forma como si le perteneciera. La vida lo inundaba por completo al tener a Eva por fin entre sus brazos como la hermosa y fascinante mujer que era, a la que quería devorar y de la que no se saciaba por más que besaba y acariciaba y el hecho que respondiera a sus muestras de deseo, lograba que se sintiera aún más necesitado de ella.

—¿Me amas, Eva? Tengo que saberlo ahora, dímelo.

—Te amo, sabes que es cierto. —A pesar del sufrimiento que le había provocado, no podía ocultarle la verdad porque ese hombre arrogante, exigente y orgulloso, por fin se había quitado la máscara ante ella y descubría su verdadero yo, frágil, humano e indefenso y necesitaba su amor y su ternura

tanto o más que ella los suyos en ese momento de reconciliación.

Cuando comenzó a desnudarla y a desnudarse, se dejaron llevar por el intenso deseo que existía entre ellos y que llevaban tanto tiempo controlando. Quizás fuera una sola vez, pensó Eva permitiendo que Daniel le quitara el jersey y recorriera a besos sus hombros. Quizás sería otra de sus muñecas, pero ansiaba saber cómo se sentiría al ser amada y deseada por él, que disfrutara de su cuerpo como había disfrutado de sus guisos y de su compañía, escuchar sus gemidos de placer por su sexo como lo había oído hacer al probar sus platos. Sin embargo, la experiencia de Daniel no se lo permitió y era Eva la descontrolada bajo el poder de sus palabras y de sus besos que recorrían su cuerpo con ternura y con adoración.

—Tranquila, pequeña —le susurró en la oreja rozándola con la nariz y placando el cuerpo de la chica con el suyo para detenerla un instante—. Eres una fierecilla y me encanta sentir tu deseo, pero si sigues así no voy a durarte mucho. No te haces una idea de cuánto he anhelado este momento.

Eva no podía hablar. Daniel había encendido un fuego en su cuerpo que la quemaba por dentro y solo ansiaba que la calmara.

Daniel se separó de ella durante unos segundos y admiró con descaro su cuerpo desnudo.

—¡Señor! —exclamó con ojos chispeantes de lujuria—. Eres perfecta; sería imposible que fueras más hermosa. —Eva lo miraba a los ojos sin ocultar la pasión que le provocaban sus palabras.

“Deseo cada centímetro de tu piel”. “Entrégame tu cuerpo, Eva”, le susurraba hasta conseguir el control de sus sentidos y convertirla en gelatina a la vez que una mano experta de Daniel se adueñaba de su sexo y la enloquecía de deseo.

“Vas a ser mía y yo tuyo. Voy a hacerte feliz, te lo juro por mi familia”. “No te arrepentirás de esto”. Hasta que ella sucumbió a un arrebatador orgasmo. Y cuando le dijo a Eva que la amaba, mientras entraba en su cuerpo ardiendo por la pasión que él había provocado, unas lágrimas de felicidad escaparon de los

ojos de la chica a la vez que reanimaba el ardor de su vientre. No la había llamado muñeca, la trataba con una inmensa ternura y sí, le había dicho las palabras mágicas que no le había dedicado a las otras, “te amo”, “te necesito”, “no me dejes”, repitió una y otra vez poseyéndola de un modo desesperado y primitivo. Eva sentía cómo perdía el control de su cuerpo una vez más y se lo cedía a la poderosa excitación que Daniel le había provocado. Una espesa niebla cubría su conciencia y la necesidad de saciar su deseo solo permitía la presencia de Daniel en su mundo. Las manos, la boca y el cuerpo de Daniel eran su dueño en ese increíble instante en que sucumbió a un intenso orgasmo que nunca antes había experimentado. Daniel continuaba moviéndose incansable en su interior y ella se dejó llevar por las poderosas oleadas de un goce penetrante que la sacudían y contra el que no podía resistirse ni luchar. Cuando el orgasmo parecía remitir, la tensión del cuerpo de Daniel y el gemido que brotó de su garganta al alcanzar el clímax, reavivó de nuevo su intensidad y sintió que se desmayaba. El placer ocupaba completamente su cerebro y dominaba su cuerpo.

Permanecieron abrazados en silencio. Eva, asustada por las intensas y desconocidas sensaciones que Daniel le había provocado, intentaba compararlas inútilmente con otras que recordaba.

Él la acariciaba satisfecho consigo mismo después de haber sido capaz de sincerarse con Eva, de haberle expresado sus sentimientos sin reservas y de haber poseído por fin ese cuerpo con el que tanto había soñado y que no le había decepcionado en ningún sentido; al contrario, le había despertado un apetito insaciable y un instinto de posesión incontrolable que sobrepasaba a su razón y lo empujaba a pensar: “Eva por fin ha sido mía; ya es mía y lo será siempre”. Así la sentía, como parte de él, como la parte más importante de él.

Adormilados tras la intensa lucha que habían mantenido midiendo la fuerza de su odio y después de su amor, con los labios hinchados de tantos besos que se habían ofrecido y con el eco de las palabras de amor repitiéndose en sus oídos, se sentían felices y en paz consigo mismos después de haber pasado

días infernales dominados por la tensión que había existido entre los dos.

La luz de la tarde que entraba por la ventana de su dormitorio despertó a Eva de lo que le parecía un sueño increíble, pero el peso del brazo de Daniel sobre su vientre y la sensación de haberlo tenido en su interior, le decían que había sido real. Giró la cabeza con cuidado para observar su rostro tranquilo y un nudo en la garganta impidió que suspirara de amor por él. De nuevo las lágrimas rebeldes brotaron de sus ojos al ver asomar detrás de Daniel la maleta que suponía su despedida.

“*¿Qué pasará ahora?* —se preguntaba nerviosa y presa de la incertidumbre que la presencia de su equipaje había despertado—. *¿Querrá que me vaya? Ya me ha conseguido. ¿Habrá perdido el interés por mí? Aunque me ha dicho que me quiere, que no lo deje. Pero ¿y Cristina? ¿En qué situación me quedaré? ¿No pretenderá convertirme en su amante? ¡Dios mío! Me he acostado con el novio de otra; eso me convierte en una zorra y una guarra —suspiró avergonzada—. Si me quedo, ¿seguirá pagándome un sueldo? Al final tendré que buscarme otro trabajo y no tendré tiempo de estar con él. Qué guapo es*”.

No pudo contener una suave caricia por su pelo castaño claro, que nacía tan recio y fuerte como él mientras admiraba su rostro masculino. Se apretujó contra su cuerpo de roca pero cálido y confortable en ese momento y Daniel, inconscientemente, estrechó más su abrazo. Intentó relajarse de nuevo apoyada sobre su pecho y dejar las dudas para más tarde, disfrutando de ese mágico momento que quizás no se volvería a repetir. Trabajaba para el hombre que dormía con ella y prefería no enfrentarse aún con la realidad. “*Al menos me ha amado una vez y me ha dicho decenas de veces que me quiere*”. Brotó una ingenua sonrisa en sus labios y se durmió con ella.

—¡Qué tarde es! —La despertó Daniel que se levantó de un salto y buscó sin fortuna sus bóxeres entre el lío que formaban las sábanas y la colcha. Se puso

la camisa y los pantalones a pelo y la besó emocionado inclinándose sobre la cama—. Te amo, no lo olvides, por favor. Debo irme a entrenar.

—No has comido. ¿Cómo vas a entrenar sin comer? —lo regañó con un tono de voz maternal que le recordó a su propia madre.

—Ya lo creo que he comido. Me he puesto morado. —Sonrió satisfecho—. Resultas el mejor de tus platos. Comeré algo de fruta por el camino. Espérame en casa y prepárame una buena cena. Tenemos que hablar o mejor no; creo que nos entendemos con más claridad en la cama. —Eva sonrió nerviosa y Daniel no pudo contener un beso ansioso—. Prométeme que no te marcharás.

—Te lo prometo. No me marcharé sin hablar antes contigo.

—Y por favor, abre tu regalo. Lo he comprado para ti. Pasó por la puerta y sonrió divertido.

—Soy especialista en tirar faltas desde treinta metros. Una puerta no se impondrá nunca entre nosotros.

Al girarse en la cama a la vez que estiraba su cuerpo agradablemente dolorido por el trato salvaje al que Daniel lo había sometido, se encontró de nuevo con su maleta y de nuevo surgieron las dudas en su mente.

No había vuelto a pensar en ella hasta que le abrió la puerta alrededor de las ocho y media. Había estado rememorando cada palabra y cada caricia de Daniel desde que él se marchó y decidió que no le daría vueltas a lo que había sucedido, se limitaría a disfrutarlo y a sentirse flotando en una nube después de meses de frustración.

—¿Ha llegado Daniel? —preguntó Cristina en un tono algo exigente.

—Aún no —respondió Eva en un murmullo, la siguió hasta el salón donde le ofreció tomar algo, comprobó cómo Cristina se sentía dueña de esa casa y, sobre todo, parecía disfrutar de hacerlo ante ella.

Se fijó en las elegantes formas de su cuerpo, su melena peinada de forma impecable, su ropa cara y de un gusto exquisito y de nuevo sintió cómo la



realidad la aplastaba contra el suelo. Daniel no era para ella y se arrepentía de haberse dejado llevar por la pasión ciega que los había conducido a la cama, donde ahora se hacía evidente que solo podrían acabar.

—¿Desea tomar algo? —susurró en el mismo tono permaneciendo en su papel.

—No. Esperaré a Daniel. Gracias. —La chica se dirigía de nuevo a la cocina, pero Cristina la retuvo—. Por cierto, Eva. Me ha comentado Daniel que dejarás esta casa a primeros de año.

—Esa es la idea —respondió sorprendida de que Cristina estuviera al tanto de los antiguos planes de Daniel.

—Pronto me vendré a vivir con Daniel y necesitaremos una asistente con dedicación exclusiva.

—Yo me dedico a este trabajo en exclusiva —se justificó Eva aunque ocultó el enojo que le provocaba el comentario malintencionado de Cristina.

—Sí, pero es Daniel quien está pendiente de tu horario cuando debería ser al contrario y, la verdad, aunque cumples con tu trabajo con eficiencia y cocinas muy bien, no me interesa una asistente con tantos condicionantes.

Eva demostró su desconcierto y no fue capaz de responder. Daniel había planeado su futuro junto a esa mujer y esa tarde le había dicho a ella que la amaba. En ese instante se arrepintió de lo que había sucedido entre ellos y de no haberse marchado de esa casa. La incertidumbre y la inseguridad la carcomían por dentro.

—Lo entiendo —se limitó a decir—. Si me necesita estaré en la cocina.

Daniel llegó ansioso por ver a Eva y entró directamente en la cocina donde sabía que iba a encontrarla.

—Hola, pequeña —la saludó en su tono más sugerente y la atrapó por la cintura—. Te he echado de menos.

No le gustó la frialdad que encontró en el rostro y en las palabras de Eva. Y

entonces se fijó que parecía estar vestida para salir. Un intenso calor invadió sus entrañas.

—Cristina te está esperando en el salón.

Daniel, eufórico por lo sucedido entre ellos, ya había pensado en el modo de despedirse de Cristina y observó cómo el rostro de Eva había palidecido.

—Lo siento, Eva. Voy a hablar con ella ahora mismo. La cena puede esperar.

—No quiero que le hables de mí.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Teníais planes, Daniel. Cristina acaba de contármelos. A primeros de año yo me marcharía de esta casa y ella vendría a vivir contigo...

—Eva —la interrumpió avergonzado—. ¿Qué más puedo decirte? No encuentro palabras que disculpen mi absurdo comportamiento. He sido un estúpido, lo reconozco...

—Cristina te espera.

—No te marches, por favor —le suplicó una vez más consciente de que le debía millones de disculpas.

Daniel la observó un instante antes de intentar besarla, pero Eva se alejó un paso de él. El hombre se lamentó maldiciendo y salió de la casa acompañado por Cristina. Eva se sintió empequeñecer, sobre todo cuando pasaba el tiempo y él no regresaba.

Estaba en su dormitorio intentando distraerse con algo que ponían en la tele cuando Daniel apareció sorprendiéndola.

—¿Todavía no la has deshecho? —le preguntó angustiado mirando la maleta—. Ni tampoco has abierto mi regalo.

Eva no respondió. Unos segundos de silencio condujeron a Daniel hacia los pensamientos y las dudas de la chica.

—Si lo que no te atreves a preguntarme es lo que ha sucedido con Cristina, la respuesta es que he sido sincero con ella respecto a mis sentimientos.

—No, Daniel —exclamó angustiada—. Tienes que pensar en esto. No tomes una decisión tan importante a la ligera. Habíais planeado juntos vuestro futuro inmediato y no pretendo ser la causa de vuestra ruptura. No puedo entrometerme de esta manera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó preocupado—. Llevo más de tres meses soportando esta angustia, la que por no estar contigo me ha estado torturando. No creo que dejar a Cristina sea una decisión tomada a la ligera. Por fin me siento en paz conmigo mismo y no imaginas lo feliz que he sido durante toda la tarde, a pesar de saber que tendría que hablar con Cristina, solo podía pensar en ti, en nosotros.

—No estoy segura de que yo sea una mujer conveniente para ti.

—Eres la única que me conviene. No vuelvas a dudarlo. —La observó dolido durante un instante—. ¿No pretenderás marcharte?

—Creo que ahora es cuando debería hacerlo de verdad. —Los ojos de Daniel se clavaron en los de ella exigiéndole una explicación—. Lo que ha sucedido me coloca en una situación muy complicada, Daniel.

—¿Qué tiene de complicada? Ahora todo está aclarado. Te amo, me amas a pesar de mi estupidez y por fin podremos convivir en paz bajo el mismo techo. No necesito más. ¿Qué necesitas tú?

—Esto es una locura. No es sensato dejarnos llevar por el polvo impulsivo que hemos echado esta tarde.

—No hables de ese modo —la regañó enfadado—. ¿Eso ha sido para ti? ¿Un polvo impulsivo? —Bufó desesperado y le cogió las manos con fuerza—. Eva, al confesarte por fin mis sentimientos no solo me he reconciliado contigo; también lo he hecho conmigo mismo. Y no tengo la menor duda de que esto, lo que vaya a suceder entre nosotros, me va a dar la felicidad que nunca he logrado alcanzar. La he tocado durante estas horas y ha sido extraordinario, y te aseguro que voy a luchar por mantenerla. —De repente se calló y la miró a los ojos—. Quizás no estés segura de lo que sientes por mí y lo entiendo después de mi comportamiento. Pero yo quiero demostrarte lo importante que

eres para mí y he empezado despidiendo a la peor y más cruel de mis mentiras, a Cristina. —Volvió a mirarla fijamente—. Aunque no me quieras, aunque me digas que te marchas, no seguiré con ella. En mi vida ya solo puedes estar tú. —Sonrió angustiado—. Y me vas a volver loco si sigues mirándome de ese modo y guardando silencio.

—No sé qué decirte, Daniel. Esto es una locura. Nos hemos despellejado con nuestras palabras hace unas horas y ahora...

—Dime que me quieres —exigió—. Lo demás me trae sin cuidado.

—Eso es de lo único que estoy segura de toda esta paranoia, de lo mucho que te quiero.

Daniel la abrazó con fuerza y la besó con tanta pasión que provocó unas lágrimas rebeldes en Eva. El hombre se las secó con sus besos y le sonrió.

—Ahora me gustaría que abrieras mi regalo de una vez.

Eva lo hizo emocionada, envuelta en la bruma de un sueño y con dedos temblorosos, incrédula ante lo que estaba sucediendo entre ellos. Una caja contenía otras de distinto tamaños, pero muy bien envueltas y todas de la firma Chanel. Comenzó por el más pequeño que contenía el perfume n.º 5. Se echó un poquito en la muñeca e inspiró profundamente.

—¡Qué bien huele! —Estiró impulsivamente el brazo hasta el rostro de Daniel que sonreía satisfecho—. ¡Huele! —El hombre obedeció.

—Tú hueles infinitamente mejor. Pero me alegra que te guste.

La que le seguía en tamaño le pareció un regalo demasiado generoso por parte de Daniel; contenía un collar con una pajarita y largas tiras blancas y negras y un brazalete negro con el símbolo de Chanel, muy juvenil. La última caja guardaba un bolso de la misma marca estilo folk. Emocionada y asustada por cuánto habría gastado, miró a Daniel.

—Todos estos regalos me parecen una exageración. ¡Por Dios, Daniel! —exclamó desbordada ante la generosidad del hombre—. ¿Te paraste a pensar en lo que hubiese dicho Cristina mientras los comprabas?

—No. Solo pensaba en ti y en cómo alegrarte el día de tu cumpleaños;

trataba de evitar que te marcharas de esta casa y de mi vida.

—Pero... no lo entiendo. Ella pudo haber visto esta caja. ¿No te importaba?

—No sé lo que hubiese dicho, pero no, no me importaba lo que opinara Cristina, solo me importabas tú. Y ahora, deja de mencionarla, por favor. Ya solo estamos tú y yo. Siempre estaremos tú y yo. —Eva lo miró un instante con los ojos muy abiertos y luego continuó desenvolviendo sus regalos.

—Esto es demasiado, Daniel.

—Nada será demasiado para ti, te lo aseguro —le dijo derrochando una ternura impropia en él a la vez que recorría la forma de su rostro con un dedo sin dejar de observarla—. Te amo, Eva. —Le sonrió al ver cómo se ruborizaba—. Vamos a la cocina porque voy a desmayarme. Espero que me hayas preparado algo delicioso.

—¿Alguna vez no son deliciosos mis platos? —le preguntó engreída.

Después de varias semanas de distanciamiento y silencio, cenaron juntos, conversando relajados, como si el resto del mundo no existiera a su alrededor, saciando el anhelo que habían sentido el uno por el otro con una sencilla charla sobre sus rutinas diarias.

Daniel no esperó a que Eva recogiera la cocina.

—Vamos. —Sonrió confiado—. Tenemos que hablar. —Y tirando de la mano de la chica, la condujo hacia su dormitorio.

—No creo que pretendas hablar mucho en tu dormitorio. —Daniel soltó una carcajada sonora.

—He pensado que como ya hemos estado en el tuyo y no nos ha ido mal, una variación te despertará nuevas expectativas —bromeó abrazándola, pero sintió la tensión del cuerpo de Eva en cuanto entraron en su dormitorio.

—No quiero estar aquí —susurró ella con su sinceridad habitual. Daniel suspiró comprendiendo los motivos que tendría Eva para sentirse incómoda en esa habitación y apoyó durante unos segundos su frente en la de ella mientras trataba de elegir las palabras adecuadas que le transmitieran confianza.

—Lo entiendo, pequeña, y no soportaría estar en tu lugar. —La besó en los

labios con suavidad—. Pero es mi casa, debes acostumbrarte a esta habitación y a dejar el pasado atrás.

—No sé si podré hacerlo. Ese pasado fue ayer mismo. —Daniel suspiró con fuerza, mostrando con ello su desesperación—. Cristina durmió anoche contigo en esta misma cama y ahora... Yo no soy así, Daniel. No sé si soportaré...

—No hagas que me sienta más sucio de lo que yo mismo he logrado, por favor —la interrumpió el hombre angustiado—. Ese pasado no significa nada para mí. Y a partir de ahora, entre los dos llenaremos estas paredes con nuestros maravillosos recuerdos. Solo tú y yo, Eva.

Daniel se recostó en la cama sin desnudarse, tiró de su mano, la tumbó a su lado y la atrapó bajo su brazo.

—Ahora tenemos que hablar sobre el motivo por el que no has deseado aún tu maleta.

—Ya te lo imaginas, Daniel. No sabía lo que iba a ocurrir entre nosotros, sobre todo después de escuchar a Cristina hablando tan convencida sobre vuestros planes de futuro.

Daniel se dejó caer en la cama a la vez que resoplaba con fuerza y se quedó mirando al techo hasta que fue capaz de hablar.

—Lo lamento, Eva. Lamento mi comportamiento, lamento haberte hecho daño pero, por favor, créeme. Te quiero y sé que tú me quieres. Eso es lo único que ahora nos debe importar.

—Ahora lo que necesito es un empleo nuevo.

—Ya tienes un empleo. —Sonrió acariciando la mejilla suave y aterciopelada de la chica—. Yo no pienso despedirte.

—Me he acostado contigo; ya no podría aceptar tu dinero.

—De acuerdo. Viviremos juntos, no necesitas ningún trabajo.

—Tengo que pagarme mis estudios —protestó desesperada—. Y lo sabes.

—Te los pagaré yo. Puedo permitírmelo.

—Tal y como nos ha ido hasta ahora, creo que nuestro futuro juntos no es

demasiado prometedor. No puedo arriesgarme.

—No quiero discutir más, Eva —protestó de buen humor—. Si necesitas un trabajo yo no tengo problemas en continuar con nuestra relación laboral; lo único que cambiará es que dormirás en mi cama y pasaremos nuestro tiempo libre juntos. Eso es lo que pretendo. No creo que sea tan complicado como quieres verlo.

—Asistenta y amante. —Resopló—. No suena muy bien.

—Asistenta y novia, parece que suena mejor. Solo hasta que lo quieras dejar solo en novia. Depende de ti.

—Novia y mantenida es lo peor que he oído en mi vida.

Daniel, desesperado, miró al techo y se quejó negando con la cabeza.

—Por favor, quita esa enorme maleta de mi vista lo antes posible. —Eva se levantó y Daniel la retuvo—. Bueno, creo que podremos esperar hasta mañana. —La chica soltó una carcajada juguetona y se dejó capturar por el poderoso abrazo de Daniel—. ¿Sabes cuánto me he tenido que contener? A partir de hoy voy a desquitarme porque te llevaré a la cama cada vez que me apetezca.

—¿Y si me apetece a mí? —le preguntó Eva con una sonrisa provocativa.

—Entonces estaremos todo el día dándole como conejos porque a mí me has abierto un apetito descomunal. —La risa de Eva inundó la habitación de alegría y emocionó a Daniel que se sumergió en su mirada verde—. No imaginas cuánto te amo, Eva —cada vez que Daniel pronunciaba esas palabras se sentía renacer después del tiempo tan doloroso que llevaba conteniéndolas para Eva y para sí mismo.

—La verdad es que aún no me lo creo —contestó sujetándole el rostro entre sus manos y atrayéndolo hacia su boca—. Tendrás que repetírmelo muchas veces hasta que me acostumbre.

—Lo haré encantado; te juro que te hartarás de oírlo.

Una larga caricia de Eva recorrió la columna vertebral de Daniel hasta apretar sus nalgas con las dos manos, lo silenció y ya solo se oían gemidos

provocados por el placer que se ofrecían.

Antes de dormirse rodeada por el abrazo de Daniel y se estremecía aún por el maravilloso sexo que habían compartido otra vez, Eva recordó que a la mañana siguiente volvería la rutina que los enfrentaría a la realidad de sus vidas y que, además, llegaba la familia de Daniel.



## Capítulo 8

Lo dejó dormido y se dirigió a su habitación a vestirse y a comenzar su tarea. Cuando Daniel apareció en la cocina, ella ya había deshecho su maleta, limpiado el comedor de diario y la sala de estar y tenía su desayuno casi preparado. Estaba nerviosa y la inquietud previa a la llegada de la familia de Daniel la empujaba a mantenerse ocupada.

—Buenos días, Eva —la saludó envolviéndola en un abrazo cariñoso, igual que el beso que le ofreció y que le costaba dar por terminado hasta que ella pudo separarse de él empujándolo con fuerza—. ¿Qué pasa? —Preguntó extrañado.

—Sofía anda por ahí.

—¿Y qué? —Volvió a capturarla—. Que se vaya acostumbrando.

—¿Y qué va a pensar de mí? ¿Qué permiso que mi jefe me sobe? —Daniel ahogó un grito de frustración.

—Creo que tú también te tienes que acostumbrar a esto. No esperes que me contenga de abrazarte o besarte cuando me apetezca. Bastante me he aguantado desde que llegaste.

—Bueno —susurró apartándose y mirándolo de reojo—, tuviste lo tuyo con tus amigas.

Daniel la miró enfadado.

—Eva, lo he hecho mal hasta ahora; decir mal sería quedarme corto. No he podido hacerlo peor y estoy dispuesto a enmendarlo. —La agarró por la

cintura y la atrajo con fuerza hacia su cuerpo—. Necesito ganarme tu confianza y tu respeto como el hombre que soy y no como el que he fingido ser estos meses atrás. Así que no intentes impedirme que te exprese mi amor o mi deseo porque no lo haré.

—Tienes razón, no has podido hacerlo peor —afirmó divertida—. Aunque a veces también te mostrabas encantador. Venga, vamos a desayunar.

Se sentaron juntos y Daniel le comentó sus planes con respecto a su familia.

—Ni voy a salir con vosotros ni quiero que se enteren aún de lo nuestro, así que procura no besarme ni abrazarme delante de ellos.

—¿Por qué no? —preguntó dolido.

—No, mientras trabaje para ti.

—Te empeñas en negar la realidad, Eva. Te he conocido en tu situación actual y el hecho de que trabajes para mí me hace verte como una persona admirable, luchadora y ambiciosa, con una fuerza titánica que he visto en pocas personas. Deberías sentirte orgullosa por ello.

—Y me siento orgullosa cuando no me acuesto contigo; no quiero que nadie piense de mí que soy una oportunista.

—En todo caso, el oportunista sería yo, por aprovecharme de una chica joven, inocente y preciosa. —Le acarició la mejilla con ternura.

—No. Nadie lo vería así. Los demás verían que tú lo tienes todo y yo nada y por eso me meto en tu cama.

—¿Y qué te importa lo que piensen los demás? Tú y yo sabemos que no es cierto. —Bufó desesperado—. Este asunto empieza a sacarme de quicio.

—Pues solo llevas un día conmigo; pronto comienza tu cansancio —le reprochó enojada—. Te advertí ayer que no tomaras tus decisiones a la ligera. Fíjate que pronto te arrepientes.

—No me arrepiento de nada, Eva. —Suspiró irritado—. Me molesta tu actitud infantil.

—Será la actitud que mantendré mientras trabaje en esta casa. No le hablaré a nadie sobre nosotros, ni siquiera a María o a Irene, y mis padres se morirían

de vergüenza si se enteraran. —Daniel la miró perplejo—. Espero que tú actúes del mismo modo, por respeto a mi punto de vista.

—¿Y tú no puedes respetar el mío?

—No en esta ocasión.

—Que no es otro que mantener oculta nuestra relación —dijo en tono cansino—. Joder, Eva, si estuviera casado no lo llevarías con tanto secretismo. Me haces sentir culpable de no sé qué. Los dos somos libres y adultos y hemos elegido estar juntos.

—Tampoco es que yo haya elegido mucho. Esto se ha presentado como un huracán. —Daniel puso mala cara—. Te prometo que solo será hasta que encuentre otro trabajo.

—¿Dónde vas a encontrar otro trabajo mejor que este? Haces y deshaces a tu antojo y me conformo con que estés aquí cuando yo lo esté. ¿Sabes cómo están las cosas?

—Seguro que mejor que tú. —Su triste tono de voz conmovió a Daniel—. Mi madre se ha quedado sin trabajo.

Esa confesión de Eva lo dejó sin palabras por un instante. Su familia vivía en la realidad más cercana y ella era más que consciente de las circunstancias que dominaban el país. Y como deferencia hacia ella decidió intentarlo.

—No te prometo nada, Eva. No me gusta esta situación propia de adolescentes; me da la impresión de que te avergüenzas de mí.

—Todo lo contrario. Me avergüenzo de mí misma; siento como si me hubiera aprovechado de la situación para conseguir liarme contigo.

—Mejor será que te calles antes de que me enfades más de lo que ya estoy. Me conformaré al menos con tenerte bajo mi techo y, por supuesto, en mi cama, pero te repito que no te prometo nada.

La amenaza de Daniel quedó grabada en el cerebro de Eva. Era un hombre acostumbrado a organizar su vida a su antojo cuando su trabajo se lo permitía y ella no se lo estaba poniendo fácil.

Eva decidió contárselo a Sofía, no entraría en dolorosos detalles, pero sabía que en cualquier momento vería a Daniel abrazándola o besándola y no quería que se llevara una sorpresa después de las conversaciones que habían mantenido. La mujer le despertaba confianza y quizás le ayudaría a comprender que no se había vuelto loca por consentir esa relación tan complicada.

—No me extraña, Eva. Te lo aseguro —le confesó Sofía en cuanto le contó que estaban liados, fue la palabra que utilizó—. Lo que me resultaba raro era que no se atreviera a confesarte sus sentimientos. La tensión que había entre vosotros no podía deshacerse de otra manera. Ese hombre está loco por ti desde que llegaste a esta casa y era evidente que no se atrevía a reconocerlo.

A Eva le sorprendió la fácil lectura que Sofía había hecho de la situación.

—No te dije nada porque no quería asustarte, aunque si hubiese sido de otra manera te hubiese advertido.

—¿De qué otra manera podría ser?

—Que se acostara contigo y nada más. La mayoría de los tíos son unos aprovechados, si no, mírame a mí. —Le sonrió desganada—. Me hace dos hijos y se larga sin responsabilidad alguna. Pero si él te ha dicho que te quiere y ni siquiera desea mantenerlo en secreto... Estoy segura de que es sincero, Eva. Solo hay que ver cómo te mira; ya te digo —aseguró convencida—, desde el primer día.

Las palabras de Sofía transmitieron confianza a Eva y lograron calmar el nerviosismo que sentía ante la llegada de la familia de Daniel.

Otra discusión entre la pareja surgió a la hora del almuerzo familiar.

—¿Has puesto la mesa para seis? ¿Tampoco puedes comer con nosotros?

—Es mejor así. Sé que no puedo fiarme mucho de ti y de tus manos largas.

—Estás llevando esto demasiado lejos, Eva. Me exiges que controle mis manos y mi deseo delante de los demás y lo haré; te he prometido intentarlo.

Pero si no te sientas a la mesa... —Su voz sonaba amenazante.

—Está bien, Daniel, me sentaré a la dichosa mesa con vosotros —le espetó enojada. Daniel la abrazó y la besuqueó—. ¿Lo ves? No puedo fiarme de ti.

—Es que cuando te enfadas te pones tan sexi y tan guapa que me cuesta resistirme.

—Vale. No volveré a enfadarme.

Daniel suspiró desesperado mirando al techo y gritó divertido.

—Dios, por favor, dame paciencia para soportarla. —Eva soltó una carcajada que acabó por secundar Daniel después de besarla de nuevo.

Mariló comenzó una conversación con Daniel que le resultó bastante desagradable a Eva cuando estaban todos sentados en torno a una mesa servida con su perfección habitual y que despertó de nuevo su incertidumbre. Le exigía a su hermano una explicación por la repentina ausencia de Cristina y le recordaba que habían venido expresamente a conocerla.

—Se acabó antes de empezar —le dijo Daniel a la vez que miraba de reojo a Eva. Ella fingía no prestar atención mientras atendía a una pregunta de David sobre su amigo Alejandro.

—No lo entiendo. Hace una semana me dijiste que te parecía que sería la definitiva, que habías conocido a sus padres, que era inteligente, preciosa, elegante, de muy buena familia y que por fin ibas en serio.

—Estaba equivocado. —Eva se levantó a retirar los platos; no soportaba continuar escuchando y Daniel la siguió con una mirada angustiada que nadie percibió—. Me precipité, eso es todo.

—Ya veo —contestó Mariló desesperada—. No vas a explicarme nada más.

—Te lo he explicado todo. Cristina no era suficiente para mí.

—Me pregunto si habrá alguna mujer suficiente para ti —le reprochó su hermana en el mismo tono enojado.

—Seguro que está cerca de mí, esperándome —dijo bromeando y mirando a

Eva de reojo mientras recogía algunos platos de la mesa.

Estaba indignado por no poder contar la verdad. Él rara vez ocultaba a sus hermanos los asuntos importantes de su vida y Eva lo era. Entre ellos se entendían de un modo sincero y realista, se apoyaban unos a otros, sobre todo desde que perdieron a su madre.

Eva regresó con el segundo plato y Daniel escudriñó su rostro. No le gustó lo que leyó en él y disimuló su preocupación. La Eva fría y distante había regresado, como pudo comprobar cuando fue a buscarla a su habitación donde se encerró en cuanto acabó el ajetreo de la cocina. Daniel entró sin llamar y la encontró tumbada en la cama viendo la televisión. Cerró la puerta y se sentó junto a ella.

—¿Por qué te escondes aquí?

—No me escondo. Estoy donde debo estar.

—Este ya no es tu sitio. En realidad, y lo sabes, nunca lo ha sido.

—Sí. Es el único que me corresponde en esta casa.

—¿Te ha molestado lo que ha contado mi hermana?

—No se trata de lo que ha contado ella sino de lo que tú le contaste sobre Cristina. Y ahora, por favor, me gustaría estar sola. Necesito pensar.

—¿En qué necesitas pensar? —preguntó exigiendo una respuesta.

—En lo imbécil que soy y en por qué lo soy.

—Eso me suena a desconfianza.

—¿Cómo crees que debería sentirme, Daniel? ¿Cómo te sentirías tú si me hubieras visto unas horas antes de acostarme contigo manteniendo una relación con otro en mi dormitorio? —Él la miró avergonzado y sin saber qué responder—. Dime, Daniel, ¿tuviste sexo con Cristina unas horas antes de hacerlo conmigo? —le preguntó provocándolo, sabiendo lo que había sucedido—. Si tanto me querías... ¡Oh! Vamos a dejarlo —añadió viendo el mutismo de Daniel—. Esto es una tontería.

—Es evidente que estás arrepentida de lo que ha sucedido entre nosotros —susurró sin saber qué decir.

—Si quieres que sea sincera, sí, lo estoy —dijo para ella más que para Daniel—. Yo no soy nadie ni pinto nada aquí.

—Para mí lo eres todo, Eva. —El gesto incrédulo de la chica le molestó.

—¿De un día para otro? ¿Lo soy todo para ti cuando te acostaste con Cristina una noche y conmigo por la tarde? —Eva negó con la cabeza en silencio—. He sido una ingenua, Daniel. Una estúpida.

—Ya hemos hablado sobre esto y te di una explicación.

—Sí, lo hiciste. Pero, después de lo que he oído en la mesa, esa explicación no me convence. No entiendo qué clase de hombre eres, ni creo que ahora pueda confiar en ti.

—¿Qué quieres decir? —Los ojos de Daniel reflejaban angustia.

—Lo que he dicho. No confío en ti, no entiendo tu modo de actuar y me preocupa. No sé cómo estará Cristina, pero si mañana te portas conmigo como lo has hecho con ella, sé cuánto me dolerá y no quiero que eso ocurra.

—Eso no va a ocurrirte a ti —replicó alterado—. Porque te amo, Eva.

—¿Le dijiste a ella que la querías? —Daniel guardó silencio—. Dime, Daniel. ¿Se lo dijiste alguna vez?

—No, nunca se lo dije, ni a ella ni a ninguna otra. No podía mentir de ese modo; aunque no te lo parezca, no soy cruel ni mentiroso. Te quería a ti. Estoy enamorado de ti desde que llegaste a esta casa.

—Y a pesar de no amarla pensabas casarte con ella porque lo tiene todo, belleza, elegancia, inteligencia, apellido ilustre... —Eva negó con la cabeza—. Sí que debo parecerte insignificante —Daniel intentó hablar, pero ella se lo impidió—. Yo no encajo en esa descripción. ¡Por favor, Daniel! —le exigió impidiendo su réplica—. Vamos a dejarlo de una vez. Cuánto más hablamos peor consigues que me sienta con tus explicaciones. Déjame sola, Daniel, no voy a seguir con esto. No puedo.

—¿No puedes? Me has dicho que me quieres y ahora no puedes seguir conmigo. Tampoco tú te aclaras.

—No vayas a compararnos, por favor.

—Por supuesto que no. Yo no estoy a tu altura moral —replicó furioso—. Esto me recuerda a la novela *Orgullo y prejuicio*. Nos parecemos bastante a los protagonistas; ella todo orgullo y él lleno de prejuicios. Deberías leerla.

—No me creo las novelas de amor, pero he visto la película y sí, tienes razón, nos parecemos bastante, salvo en un detalle.

—¿Cuál?

—No creo que tú seas ni tan caballeroso ni tan persistente como Darcy. Por ahora solo has demostrado ser bastante cobarde y veleta —respondió provocándolo.

—No sé qué más necesitas, Eva —le reprochó ofendido, aunque consciente de que ella tenía algo de razón—. Reconozco mis errores y, por supuesto, mis sentimientos hacia ti y si los oculto a mi familia es porque me has pedido que lo haga. No sé cómo demostrarte que soy sincero contigo.

—Pero también me has hecho mucho daño, a mi dignidad y a mi amor propio y las palabras de tu hermana me han demostrado que no sé si podré perdonártelo ni si podré confiar en ti algún día.

—¡Daniel! ¡Daniel! —lo llamaba David.

—¿Qué más puedo decir, Eva? —Salió del dormitorio llevándose con él los besos que pensaba ofrecerle y toda la incertidumbre de la dolida chica que él estaba convencido de merecer.

Daniel se marchaba al estadio y antes de salir de casa fue a despedirse de Eva. Se secaba el pelo vestida con un albornoz y vio ropa preparada en la cama.

—¿Dónde vas?

—Voy a salir. Necesito salir de aquí.

—¿No vas a venir al partido?

—Daniel, hace unos días que Cristina estaba sentada en la zona vip como tu novia y en compañía de las parejas de tus compañeros —dijo en tono cansino



—. No soy una chaqueta, al menos yo no me considero aún una chaqueta que me parece el modo en que usas a las mujeres.

—Ya veo. No estás dispuesta a perdonar mis errores. —Resopló demostrando su desesperación—. Anoche me engañaste bien.

—Nunca te he engañado. Yo sí me he dejado engañar y la conversación que mantuviste con tu hermana durante el almuerzo me ha revelado la verdad de un modo brusco y cruel.

—¿Y no sirve de nada que te diga que te amo ni que reconozca cuánto me he equivocado?

—Me sirvió para entenderte y para que cometiera la locura de entregarme a ti en ese momento. Pero ahora no puedo continuar adelante, no después de estar segura de no ser lo que buscas para tu futuro.

—Estaba ciego, Eva —replicó cansino y reprimiendo el abrazo que deseaba ofrecerle.

—¿Y has recobrado la vista de repente? —Su tono sarcástico irritaba a Daniel—. Ha sido milagroso.

—Sí, así es —utilizó el mismo deje irónico de la chica—. Tú eres milagrosa.

La sonrisa irónica que le ofreció Eva lo ofendió aún más.

—¿No me crees? —Suspiró recargándose de paciencia—. Lo merezco, Eva. No puedo reprocharte nada. Me doy cuenta de que lo merezco. Ahora mismo iré al salón y les contaré a mis hermanos la verdad. Les diré que no han conocido a Cristina porque estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi e intenté negármelo hasta que sentí que te perdía. Es lo único que puedo hacer para convencerte de que mis sentimientos son sinceros.

—Ni se te ocurra —lo amenazó Eva enfadada—. Nadie se va a enterar de lo que ha sucedido entre nosotros. ¿Te enteras? ¡Nadie! —casi le gritó con una furia contenida que Daniel jamás le había visto.

Se acercó a ella con la intención de besarla, pero el gesto huidizo de la chica le impidió hacerlo y se marchó derrotado pensando que Eva tenía razón en

sentir esa desconfianza hacia él. La explicación de Mariló había aclarado el tipo de hombre que era, frío, caprichoso y frustrado y Eva lo había entendido. Ahora solo podía esperar paciente a que ella reconociera de nuevo su amor por él o lo dejara definitivamente, y esa posibilidad lo angustiaba demasiado porque la verdadera felicidad que se había negado hasta ahora pasaba por tener a Eva a su lado. Y ya no estaba dispuesto a rendirse.

Para colmo de males, Mariló no dejaba de hablar de Cristina a la que había conocido durante el partido y esta acompañaba a su familia cuando Daniel se reunió con ellos a la salida del vestuario.

—Espero que no te moleste que haya venido a ver el partido —se excusó Cristina al saludarlo en privado—. Me divertí mucho en los dos últimos y he querido aprovechar el abono que me regalaste. —Daniel entendió que la mujer no aceptaba con agrado su ruptura—. Tu hermana es muy simpática y me ha confesado que tenía muchas ganas de conocerme.

—Sí, a veces se comporta como una cotilla entrometida —replicó de mal humor observando a Mariló que se acercaba a ellos.

—Cristina, si no tienes planes podrías venirte a cenar con nosotros, nos encantaría conocerte mejor.

Si las miradas matasen, Mariló hubiese caído fulminada en ese instante bajo la de su hermano menor. Cristina fingió no percibir el gesto disconforme de Daniel y aceptó la invitación.

Daniel, consciente de que de algún modo la noticia llegaría a oídos de Eva, estuvo tenso y nervioso durante toda la velada en la que Cristina se comportaba como si fueran pareja, incluso se atrevió a mencionar los planes de futuro que hicieron días atrás de ir a visitarlos a Logroño. Daniel no ocultaba su enojo y se limitó a ignorarla.

De regreso a casa, acompañado por su familia, más allá de la medianoche, se dirigió a la habitación de Eva ansioso por verla y explicarle lo sucedido después del partido, antes de que se enterara por otros. Pero ella no había vuelto y, decepcionado, le envió un WhatsApp preguntándole dónde estaba.

Estaba reunido con sus hermanos cuando recibió una respuesta minutos más tarde. “*Por ahí. Dormiré fuera*”. Ni siquiera le daba una explicación que él no se veía con fuerza moral para exigirle, aunque los celos que sentía carcomieran sus entrañas. Jamás una mujer le había provocado tantas emociones y tan enfrentadas. Eva lo hacía sentirse más vivo que nunca.

Los largos desplazamientos matutinos en autobús y en compañía de desconocidos la sumían en una tranquilidad asombrosa que la incitaban a reflexionar. Esa mañana no tenía la mente clara; se había acostado tarde y las palabras de Mariló se le repitieron como un eco, incluso en sueños, durante toda la noche. Sus dudas se movían siempre en la misma dirección: ¿Podría cambiar de actitud un hombre con tanta rapidez? A Daniel le habían bastado doce horas para dejar a la que pensaba que sería la mujer de su vida por una chica nada comparable en ningún aspecto, quizás en inteligencia y en el aspecto físico estarían empatadas, por lo demás, Cristina superaba todas las expectativas y Daniel lo sabía bien dada su experiencia y su exigencia respecto al género femenino. Esas cualidades de Cristina eran las que él aspiraba encontrar en una mujer con la que mantendría una relación seria y estable y ella estaba segura de que nunca las alcanzaría. Ahora estaba convencida de que no era nada más que un capricho de Daniel y en cuanto la tuviera a su disposición hasta hartarse, sería otra más de sus muñecas. El suspiro que provocó esos pensamientos atrajo la mirada de algunos viajeros que la observaron extrañados, quizás esperando que la triste chiquilla se echara a llorar. Tenía que tomar una decisión y ya la sabía; hablaría con Daniel en cuanto le fuera posible.

Lo encontró sentado en la mesa del comedor leyendo el periódico, lo saludó con frialdad y se dirigió a su dormitorio a cambiarse. Daniel sabía que en cualquier momento los interrumpirían, la siguió y cerró la puerta dos veces pateada.

—Ahora mismo te preparo el desayuno. Voy a cambiarme.

—¿Por qué no viniste a dormir? —le preguntó directo—. ¿Estás huyendo de mí?

—Tenía que pensar en todo lo que ha ocurrido, Daniel.

—Y por el tono seguro y frío de tu voz es evidente que ya lo has hecho.

—Sí; creo que sí. —Miró un instante al suelo—. Mi vida parece el cuento famoso “Que viene el lobo” —reconoció con ironía—, unas veces por ti y otras por mí.

—¿Por qué lo dices?

—Voy a marcharme. El lunes —la determinación con la que hablaba Eva impresionó a Daniel—. Hablaré con Sofía para que se encargue de la casa y de tus comidas y me iré. Esto tiene que acabar.

—Parece que nunca haya comenzado porque no estás dispuesta a ofrecerme una oportunidad.

—Lo nuestro empezó el primer día que llegué y solo nos ha hecho sufrir. Creo que esa será la vida que nos espera si seguimos juntos, un continuo sufrimiento provocado por lo que ha pasado entre nosotros estos meses, por cuanto nos hemos ocultado. El amor no es así, Daniel. Necesito creer que el amor, hasta que se acaba, debe hacerte feliz.

—¿Y piensas que no vas a ser feliz conmigo? —susurró dolido.

—Ni tú conmigo. Tu hermana repitió la descripción perfecta de la mujer de tus sueños, quizás Cristina no lo sea, pero yo... —Sonrió con sarcasmo a pesar de ver el rostro dolido de Daniel—. Es evidente que no reúno esas fabulosas condiciones. Durante estos meses atrás has luchado contra ti mismo y creo que tenías razón en hacerlo, que me equivoqué al llamarte cobarde. Eres realista y tienes la suficiente experiencia sobre la vida y las mujeres para saber lo que más te conviene, por eso renegabas de tus sentimientos hacia mí. Actuabas con inteligencia y sensatez y mi presencia aquí te ha impedido tomar la decisión correcta. Aún estás a tiempo de enmendarlo. Nadie se enterará de lo que ha sucedido entre nosotros, te lo prometo.

—Esa es tu versión sobre nosotros y ahora vas a escuchar la mía —exigió alterado—. ¿Tienes idea de cuál ha sido el momento más feliz de mi vida desde que murió mi madre? Y han pasado siete años —Eva negó con la cabeza—. Desde que hicimos el amor la primera vez y reconocí mis sentimientos hacia ti hasta ayer en el almuerzo y escuchaste esa equivocada versión de mis sentimientos. He renegado de ti mil veces, Eva, cada día que has vivido en esta casa, y es evidente que no te haces una idea de cuánto lo lamento. —Eva lo miraba incrédula.

—Lo he ganado todo en el fútbol, en mi profesión he llegado a la cumbre y no me ha causado tanta satisfacción personal como la que tú me provocaste al confesarme que me querías. Así pretendo sentirme cada día de mi vida y estoy convencido de que para conseguirlo debo tenerte a mi lado.

Eva lo escuchaba en silencio, mientras se debatía contra sus dudas, y se decía que Daniel no tenía motivos para mentirle y por qué iba a hacerlo si tenía a la mujer que quisiera.

—No voy a disculparme más, ni a darte más explicaciones que ya veo no están sirviendo de mucho. Solo te pido que me creas cuando te digo que te quiero y lo que más deseo en este mundo es tener la oportunidad de demostrártelo. Recuerda que te juré por mi familia que te haría feliz y ellos —señaló con un dedo hacia la puerta de la habitación y enfatizó la sinceridad de sus palabras— son lo más importante en mi vida, puedo asegurártelo.

Daniel la miró a los ojos y Eva leyó en ellos su convencimiento.

—Entiendo y justifico tus dudas sobre mí, Eva, lo reconozco. Y si necesitas tiempo para asimilar el giro inesperado que han dado nuestras vidas, lo tendrás. Aunque creo que no mucho —sonrió inocente mostrando al verdadero Daniel, al que más amaba Eva y esa debilidad la irritó—; ya sabes lo impaciente, caprichoso y exigente que soy.

—No voy a escucharte más —replicó luchando contra su debilidad—. He tomado una dolorosa decisión para mí por muchas razones y nada más explicártela consigues convencerme de lo fácil que resultaría todo entre

nosotros. —La sinceridad de Eva lo hizo sonreír.

—¿Tienes una idea de lo guapa que te pones cuando te enfadas? —Se acercó a ella sonriendo y, sin dudar, la abrazó con fuerza—. No, no voy a permitir que te marches. Ese cuento del lobo ya es historia entre nosotros. Prefieres que nadie lo sepa, lo aceptaré si te quedas. Sé que te resulta complicado mantener nuestra relación laboral paralela a la sentimental y trataremos de solucionarlo, pero marcharse y abandonarme ya está fuera de la opción menú. Quiéreme, Eva. Es maravilloso sentir que me quieres. Voy a hacerte feliz porque yo también te quiero y si en algo tengo experiencia es en cuidar de las personas que amo. —Eva se dejó abrazar y cayó rendida ante sus besos, sus caricias y sus sinceras palabras de amor una vez más.

Daniel, satisfecho de haber recuperado la confianza de la chica, prefirió explicarle más tarde lo sucedido la noche anterior con Cristina.

Si de algo estaba segura, era del modo encomiable en que Daniel cuidaba de sus hermanos, tanto de David que lo necesitaba más que ninguno, como de la existencia material y emocional de Luis y Mariló porque lo había comprobado en directo. Aunque fueran mayores que él, se había acostumbrado a hacerlo desde muy temprano gracias a ese fuerte y temperamental carácter que imponía y era extraordinario comprobar cómo ellos lo respetaban y le devolvían el cariño. Rodeado por su familia se conocía al verdadero Daniel, vital, encantador, animoso, divertido y enérgico y lo demostró sin cortapisas durante los días que estuvieron bajo la hospitalidad de su casa y Eva tuvo el placer de comprobarlo.

Al igual que tuvo el placer de tenerlo en su cama cada noche después que entrara de puntillas y pudieran cerrar la puerta que había arreglado él mismo tras derribarla de una brutal patada. Luego, durante el día, las muestras furtivas de cariño que se ofrecieron a escondidas, cuando creían que nadie los veía, los excitaba de un modo incontrolable.

—Sal de aquí, Daniel —le exigía Eva sonriendo la mañana del domingo previa a la despedida de sus hermanos, cuando había entrado a poner una lavadora con las numerosas toallas que se habían acumulado en esos días—. No me gusta esa mirada.

—Solo he venido a darte los buenos días —respondió susurrándole mientras la abrazaba y recorría el cuerpo de la chica con sus manos ansiosas—. Te echaba de menos. —Suspiró a la vez que alargaba su abrazo—. Me gusta que estés a mi lado al despertarme.

—Vale. Ahora vete, Daniel —le pidió sin ganas de que se marchara y respondió a su abrazo cariñoso—. Ahora mismo te preparo el desayuno.

—No imaginas cuánto me excita que me eches. Cuánto más insistes más ganas me entran de quedarme.

—Entonces haz lo que quieras.

—Eso es lo que deseaba oír, que me dieras permiso —dijo acariciando sus nalgas a la vez que la apretaba contra su visible erección—. Aunque me gusta más la cama, creo que podré hacer algo para satisfacer mi deseo.

—Ni se te ocurra —lo amenazó Eva enfadada.

—Si te enfadas, me excitas más y resultas irresistible —le susurraba cada segundo más encendido, a la vez que introducía sus manos bajo la camisa de la chica. Eva no sabía si se avergonzaba más porque pudieran oírlos o por el dominio que Daniel tenía sobre su cuerpo y el modo en que lograba descontrolarlo—. ¿Sabes? Me está gustando este juego del secreto, es muy excitante —le dijo a la vez que le desabrochaba la blusa—. ¡Mmmmm! Me encantan las blusas, me facilitan el camino a tus pechos. Ven aquí.

La cogió en volandas la sentó sobre la lavadora y sus cabezas quedaron a la misma altura. Un beso apasionado calló la última protesta de Eva, un beso que expresaba el intenso deseo que sentía Daniel en ese momento y que fue lo suficientemente poderoso para contagiar a Eva, entregada ya a las expertas manos de ese hombre que sabía cómo dominarla y cómo satisfacerla.

—Eva, Eva —murmuró con la voz ronca a la vez que le quitaba las

bailarinas y empezaba a desabrocharle los pantalones—, ¿tienes idea de lo que provocas en mí, chiquilla? —Sus manos se pararon de repente sobre las nalgas de la chica y apoyó la frente contra la de ella—. Dime que me quieres, por favor. Te lo he oído en tan pocas ocasiones y aún no puedo creerme que me ames tanto como yo a ti. No después de cómo me he portado contigo. —Un gesto de remordimiento invadió el rostro de Daniel.

Eva puso sus manos sobre las mejillas de Daniel y lo miró con intensidad a los ojos.

—¿Crees que estaría aquí contigo si no te quisiera? ¿Crees que permitiría tan solo que me tocaras? Yo no soy como tus amigas, Daniel. Aunque duela más, yo no soy como ellas ni como tú y no entiendo el sexo sin amor. —Se calló un instante y se concentró en sus ojos—. Te quiero; te amo como nunca creí que pudiera amar a un hombre.

Una mirada llena de adoración y admiración proveniente de los ojos de Daniel le provocó un estremecimiento que la empujó con fuerza contra su cuerpo de roca, cubrió de besos su rostro, mordisqueó su incipiente barba y sintió cómo un sencillo lugar de trabajo se convertía en el más romántico de los paraísos eróticos, lleno de una infinita ternura y un ardiente deseo, donde no necesitaban más que la presencia del otro para ser felices.

—Agárrate a mi cuello. Voy a bajarte los pantalones —exigió excitado.

—No, Daniel. Hoy no puede ser. —Eva, avergonzada, intentaba zafarse de su abrazo—. Me ha venido la regla esta mañana.

—Mejor. Hacerlo sin condón será más excitante.

Eva lo miró sorprendida; ella lo escuchó decir a Cristina con un tono de voz que expresaba absoluta repugnancia, que no le haría el amor si estaba con la regla.

—Eso es asqueroso, Daniel.

—¿Te doy asco? —preguntó dolido.

—No, por supuesto que no. Soy yo la que ahora da asco.

Daniel la miró muy serio sujetándole el rostro y negó con la cabeza.



—A mí no me da asco nada que venga de ti. —La alzó de nuevo sin darle opción a protestar y Eva se vio obligada a agarrarse con fuerza a su cuello para no caerse cuando le bajó los pantalones con una destreza asombrosa.

El gemido de placer que salió de la garganta de Daniel al penetrarla piel con piel se reflejó en el vientre de Eva, por lo que se aferró con fuerza a la cintura de Daniel y lo rodeó con sus piernas.

—Venga, pequeña. —Gimió de puro placer—. Esto es lo más excitante que he hecho en mi vida. —No dejaba de embestirla lenta y profundamente—. No voy a aguantar mucho más. Disfruta conmigo.

La sugerente voz de Daniel al confesarle su debilidad la desató en un torbellino de pasión que, como siempre le ocurría, se reflejó de nuevo en sus entrañas y la empujó al descontrol más absoluto de su cuerpo. Un beso interminable de Daniel acalló el alarido de Eva y el suyo propio cuando alcanzaron el clímax e, insaciables, continuaron el largo y excitante beso que ayudaba a calmar sus respiraciones y que abrió el camino de un número interminable porque ninguno de los dos parecía dispuesto a dejar de besar al otro.

—Recuérdame que, cuando se estropee esta lavadora, compremos otra de la misma marca y el mismo modelo. Tiene la altura ideal para que podamos...

—Cállate, Daniel —lo interrumpió sonriendo avergonzada—. Fíjate cómo lo he puesto todo. Y tú... Toma —Daniel se reía satisfecho—, límpiate con esta toalla.

—¿No ha merecido la pena? —le preguntó burlón rodeándola con sus brazos y consiguiendo que ella se relajara.

—Ha sido increíble. Lo más excitante que he hecho en mi vida —repitió las propias palabras del hombre—. Aún me tiemblan las piernas.

—¿Sí? Entonces repetiremos cada día. Me enorgullece conseguir que te tiemblen las piernas. Es una magnífica señal.

—¿Una señal?

—De que lo nuestro avanza en la dirección correcta. —Se rio al ver la cara

de asombro de Eva y la besó en los labios con delicadeza—. Venga, salgamos de aquí antes de que vuelva a subirte a la lavadora.

—Vete a la sala de estar. Tengo que lavarme y limpiar esto.

—No tardes. —Se acercó a ella, la besó y le susurró al oído en su sugerente tono de voz—. Me muero de hambre.

El modo de decirle las últimas palabras consiguió que se excitara de nuevo y salió sofocada del lavadero y a toda prisa, oyendo tras de sí la carcajada de Daniel.

## Capítulo 9

Tras la marcha de los visitantes, la vida de la pareja fue cambiando día a día a medida que la necesidad que sentía el uno por el otro aumentaba. Por exigencia de Daniel, la chica dormía en su cama y se levantaban a la vez cada mañana, salvo el día que le tocaba limpiar a Sofía.

El afán de Eva por mantener en secreto su relación continuaba, pero eso dejó de importar a Daniel porque lo que más le apetecía era llegar a su casa después de entrenamientos agotadores, un sinfín de partidos y viajes relámpagos, seguro de que Eva estaría allí, que habría cocinado para él y que compartirían una vida tranquila, íntima, en la que solo existían ellos. Y todo lo que sucedía era nuevo para ambos. Daniel nunca había recibido un cariño y una ternura comparables; la generosidad y la entrega de Eva no tenían límites como había intuido los meses anteriores a tenerla y lo hacía sentirse tan querido e importante que, a veces, se asustaba por miedo a perder esa sensación de bienestar y de seguridad tan intensa que colmaba todas sus expectativas. Enseguida aprendió que su relación con Eva lo convertiría en un hombre feliz.

Eva estaba deslumbrada por un enamorado, atento y cariñoso Daniel y, sobre todo, por las increíbles relaciones sexuales que mantenían cada día, en cualquier momento y en cualquier rincón de la casa por improbable que le pareciera. Jamás habría creído posible las sensaciones que le hacía sentir, el intenso placer que le provocaba. Aunque también le asustaba como aumentaba

día tras día su dependencia de Daniel y la necesidad de tenerlo en su vida para sentirse completa y feliz.

A mediados de diciembre Daniel le contaba sus planes. El martes volaría a Milán y regresaría el miércoles de madrugada. El sábado, a Valencia y volvería a casa el domingo al mediodía.

—¿No te cansas de tanto viaje?

—Es lo que llevo peor; esta es mi vida desde hace doce años, sin contar los viajes en autobús de cuando era juvenil.

—¿Y cómo lo soportas?

—Forma parte de mi trabajo. Es lo que hay y no le doy más vueltas. No puedo quejarme, Eva. Soy un privilegiado por un trabajo que quizás haría gratis.

—En eso tienes razón. —Suspiró—. Bueno, esta semana me vas a dejar sola demasiado tiempo. Menos mal que tengo a Pelé.

—Aprovecha que no estoy aquí y estudia. Cuando esté en casa necesitaré disponer de toda tu atención y no quiero protestas. —Y soltó una carcajada al ver el gesto de enfado de su novia.

Daniel cumplía su palabra, mientras estaba en casa apenas se separaba de Eva; en cuanto ella llegaba de sus clases, cenaban y se sentaban juntos en el sofá a ver una película o a hablar sobre cómo les había ido el día. Se acostaban pronto, ansiosos por disfrutar de su intimidad o en alguna ocasión que el deseo se imponía en sus mentes y en sus cuerpos, no les daba tiempo llegar a la cama y acababan haciendo el amor en el sofá en posturas que Eva nunca hubiese imaginado que resultarían tan placenteras. La experiencia de Daniel en ese tema llegaba a intimidarla y le hacía pensar que quizás él se aburriría de su inexperiencia, sobre todo porque había escuchado en directo lo que algunas mujeres eran capaces de hacer por satisfacerlo, mientras ella se limitaba a dejarse llevar por él.

Cuando Daniel llegó a casa el domingo pasado el mediodía se encontró a Eva en la cama y pensó que estaría enferma porque nunca se quedaba dormida hasta tan tarde. Aunque sintió un leve remordimiento, ansiaba verla y la despertó dándole besitos en el cuello y detrás de la oreja.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué haces en la cama a esta hora?

—Estoy bien. Tengo sueño. —Lo abrazó y lo tumbó a su lado—. ¿Qué tal el partido y el viaje?

—Agotador —respondió acariciando las formas del cuerpo de Eva por encima del edredón—. ¿No has dormido bien?

—Sí, pero poco. Salí anoche y me acosté tarde.

Como si tuviera un resorte en la espalda, Daniel se irguió sentado en el borde de la cama y miró irritado a los ojos de Eva. Se levantó en silencio y corrió las cortinas y la habitación se iluminó con la claridad del sol. Eva cerró los ojos y, protestando, volvió la cabeza. Daniel volvió a sentarse a su lado.

—¿Qué es eso de que saliste anoche? ¿Estabas por ahí cuando hablamos?

—Sí, cenando en casa de María —respondió tranquila a pesar de intuir el malestar que sentía Daniel y la posible discusión.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Para evitarte otro enfado. Así solo tendrías uno.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó irritado.

—No. Es que sabía que te enfadarías. —Se sentó sin alterarse y lo miró somnolienta—. Tú también estás muy guapo cuando te enfadas. —Le acarició la barba de tres días que adornaba su rostro.

—Y por lo que veo no te importa que me enfade.

—Sí que me importa. Anda, ven a la cama. Te he echado de menos.

—No voy a meterme en la cama contigo, mentirosa. No me apetece.

—A mí sí. ¿No te importa dejarme insatisfecha? —Resopló irritado por no poder controlar las ganas que tenía de meterse en la cama con Eva—. Ven, te he echado de menos. —Intentó tumbarlo junto a ella tirando de su mano y no lo consiguió—. Está bien; no me levantaré hasta que me hagas el amor.

—Creo que vamos a tener que hablar de ciertas reglas, Eva.

—Más reglas, no, gracias. Con las mías son suficientes.

—Sí. Algunas han cambiado ahora que eres mi novia.

—¿Como cuál?

—Nada de salir de noche sin tu novio. Eso no está en la opción menú.

—Ni lo sueñes. Te pasas la mitad de los fines de semana de viaje y a mí me apetece desconectar del trabajo y de las clases de vez en cuando. Solo salgo con mis amigos; no hago nada malo.

—Hoy desconectaremos juntos; debería ser suficiente para ti.

—Daniel, me he pasado la mitad de la semana en esta enorme y solitaria casa. No me gusta, te echo de menos demasiado y anoche me distraje y lo pasé bien. No hay nada de malo en ello y tampoco me gusta que desconfíes de mí.

—No voy a pasar por eso, Eva. —Daniel se puso muy serio—. Puedes estar segura.

—Ni yo tampoco y no tengo ganas de discutir. Tenía muchas ganas de verte. Se arrojó a los brazos de Daniel, pero él seguía sin responder. Al momento se sentó y lo miró también muy serio.

—No voy a ceder, Daniel. No voy a permitir que controles mi vida de ese modo. Tengo veintitrés años, aunque tampoco quiero que pienses que voy a salir cada vez que estés fuera. Solo lo haré cuando lo necesite o me apetezca pasar un rato con mis amigos. Sabes que no tengo mucho tiempo libre —se lamentó, se calló y continuó enfrentándose a su mirada—. ¿Qué hacemos? ¿Perdemos enfadados el único día que tienes libre o empezamos a disfrutarlo?

Daniel la atrajo con fuerza contra su cuerpo y la besó ansioso.

—Yo también te he echado de menos. —Volvió a besarla—. Que sepas que esta conversación no ha terminado.

—Ya veremos. Ahora bésame, viejo gruñón.

—¿Soy un viejo gruñón?

—Sí, muy viejo y muy gruñón. —Lo besó excitada y excitándolo—. Y cascarrabias, egoísta, caprichoso y...

—Para, para. Me abrumas con tu romanticismo. —Volvió a besarla—. Tú eres preciosa —comenzó a decirle al oído en su tono más sensual, consciente de cuánto la excitaría—, guapa, sexi, encantadora... —Sus manos acariciaban el cuerpo de Eva a la vez que recorría con la boca su cuello hasta el tatuaje de su hombro, cubriéndolo de besos—. Por eso te quiero tanto, por eso te deseo cada día más. Eso me recuerda... ¿Compraste preservativos?

—Ya no los necesitamos. He preferido tomar la píldora y llevo un tiempo haciéndolo; es más seguro. —Gimió al sentir cómo Daniel besaba y mordisqueaba sus pechos.

—¿Desde cuándo, chica lista? —le preguntó sonriendo satisfecho.

—Fui a planificación familiar cuando empezamos a acostarnos y allí me orientaron como es debido. La píldora es más fiable en una relación estable.

—Sí, eso suena bien. Tenemos una relación estable. Pero ni esa buena idea te va a librar. Te mereces un castigo por salir de noche sin mí.

Y se vengó de ella, con besos y caricias sensuales hasta que enloqueció de deseo por él. Eva era muy receptiva y respondía a sus estímulos, a sus tocamientos y a sus besos con hambre de él y eso lo satisfacía como ninguna otra mujer había conseguido porque nunca se sometía sino que le exigía más, y le demostraba una vez más su fuerza y su valentía.

Por primera vez en su vida adulta, Daniel se sentía completamente feliz, satisfecho consigo mismo por poder entregar su amor a Eva y recibir a cambio una ternura imposible de soñar. Era una mujer exquisita y tan deliciosa como los platos que le preparaba cada día y la única responsable de su felicidad. La única discusión que surgía de vez en cuando estaba motivada por la insistencia de Eva en mantener la relación en secreto en esos días próximos a las navidades en que Daniel tenía varios compromisos sociales y benéficos con los que colaboraba y a los que ella se negó a acompañarlo de forma tajante.

—Esto no va a durar mucho más, Eva —le reprochaba de mal humor—. Mi

escasa paciencia está agotada.

—Recárgala durante las vacaciones.

—¿Tampoco se lo piensas contar a tu familia?

—Imposible. Ponte en mi lugar e imagina por un momento que eres mi padre.

—Si tú le cuentas la verdad deberían creerte.

—Quizás me creyeran a mí, aunque no les pareciera bien, pero te aseguro que pensarían que tú te estás aprovechando de su hija.

—¿Por qué eres tan mal pensada?

—Daniel, por favor. —La incredulidad rebosaba entre sus palabras—. Un futbolista famoso, de treinta años y rico que se enamora de su asistente. Nadie se creería esta historia.

—Nadie que no te conozca —afirmó dolido—. ¿Dudas de mí? —Eva negó con la cabeza—. A veces creo que por eso no quieres que nadie sepa que estamos juntos, porque aún no confías en mí.

—Daniel, te he visto traer chicas a tu casa, todas mujeres impresionantes. No tendrías problemas para estar con la que te diera la gana, pero me prefieres a mí. Después de eso, no me queda más remedio que confiar en tus sentimientos.

Eva retrasó la marcha a casa de sus padres hasta que Daniel lo hiciera a la suya y regresarían el día 2 de enero a la hora del almuerzo. La despedida fue larga y llena de interminables besos.

—Me paso la vida despidiéndome de ti y normalmente puedo tolerarlo porque se debe a mi trabajo. Pero hacerlo durante mis escasas vacaciones, te aseguro que no lo soporto. —Miró a los ojos de Eva con intensidad—. Me da igual que se lo quieras contar a tu familia o no, pero te juro que esta es la última vez que me separo de ti durante los días en los que puedo disfrutarte las veinticuatro horas.

—Tampoco a mí me apetece, Daniel. Te echaré de menos. Mucho.



—Y yo a ti, pequeña.

Eva recibió el último beso de Daniel y se bajó aprisa del coche antes de perder el autobús. Aunque estaba ansiosa por ver a su familia y reunirse con ellos durante unos días, también le hubiese gustado pasar esos días en compañía de Daniel.

Durante el viaje hizo un repaso de su vida desde la última vez que vio a sus padres y se sorprendió al comprender el giro inesperado que había dado. Daniel debía amarla de verdad y no se arrepentía de haber perdonado su actitud de meses atrás. Dejó a Cristina por ella, una oportunidad de casarse con una mujer extraordinaria en muchos sentidos aunque no la amase. Eva entonces no entendía ese plan que se había propuesto Daniel de unirse a la mujer adecuada sin tener en cuenta sus propios sentimientos. Después de casi cuatro meses viviendo en su casa, había comprobado cuánto le pesaba a Daniel su fama, los numerosos viajes, el número de partidos y entrenamientos que cargaba a su espalda y comprendía esa necesidad de encontrar estabilidad y paz en su vida, de tener un hogar al que regresar y su alegría era inmensa al ser ella quien se lo proporcionara, de hacer feliz a ese hombre inalcanzable unas semanas atrás.

Daniel se marchó furioso al verse obligado a bajarse de la nube en la que vivía junto a Eva, donde era verdaderamente feliz y, como le había jurado al despedirse, esa sería la última vez que se separarían en sus contados periodos vacacionales. No llevaba ni doce horas alejado de ella y la recordaba hasta en el más insignificante de los detalles: al ver la mesa puesta, los olores de la cocina, la lavadora, una manzana y, sobre todo, al tener que acostarse solo. Intentaba controlarse, pero estaba de un humor de perros por lo mucho que la echaba de menos y por lo vulnerable que se sentía. Eva tenía un control sobre sus emociones que nunca antes había dejado en manos de nadie y, en esos momentos que le dolía tanto estar alejado de ella, no sabía si había hecho bien

al enamorarse por miedo a perderla.

Mientras revisaba las ruedas de su coche aparcado en el garaje de la casa familiar y ayudado por su hermano Luis, apenas hablaba. Luis había sido un testigo prudente y silencioso de los sentimientos de su hermano hacia Eva durante la última visita a su casa y, al sorprender a la pareja que se besaba en la cocina a primera hora de la mañana, se retiró con discreción antes de ser descubierto. Pero estaba dispuesto a saber lo que ocurría entre esa chiquilla preciosa y adorable y su hermano, a quien tenía por un hombre bastante experimentado y exigente con las mujeres. Lo observaba enojado consigo mismo durante sus cortas vacaciones y eso no era habitual en él porque siempre ansiaba pasar unos días en su casa familiar. Así que mientras arreglaban el coche se lo comentó, no empujado por la curiosidad, sino porque encontraba a Daniel intranquilo y muy nervioso.

—¿Dejaste a Cristina por Eva? —Daniel lo miró unos segundos sin ocultar su sorpresa y prefirió contarle la verdad que a él no le importaba que supieran—. Os vi juntos en la cocina una mañana y no creo que estuvierais discutiendo sobre el menú del día. —Daniel sonrió.

—No, por la discreción que demostraste imagino que no discutíamos sobre eso. Y sí, estoy enamorado de Eva.

—¿Enamorado? —preguntó sorprendido—. Eso suena muy fuerte viniendo de ti.

—Lo sé, pero es la verdad y te lo cuento porque no quiero que pienses que me estoy aprovechando de una chiquilla.

—Coge fama y échate a dormir, dice el refrán —se burló Luis—. ¿Por qué os escondéis? ¿Crees que nos importaría?

—Eva prefiere que no lo sepa nadie mientras trabaje para mí. Ingenuamente cree que pensaréis que es una oportunista. Y después del esfuerzo que me ha costado que continúe viviendo en mi casa, no pienso contradecirla. Tiene mucho carácter.

—Vaya casualidad. Dios los cría y ellos se juntan. Me gustaría veros

discutir.

—Me recuerdas al abuelo Juan todo el día echando mano del refranero —dijo arrojándole a la cara un trapo sucio con el que se limpiaban las manos—. Y créeme, no te gustaría vernos en absoluto. Ya le he echado abajo la puerta de su dormitorio dos veces, de una patada. —Luis se reía a gusto—. Eva es más testaruda que yo.

—Me parece una chiquilla preciosa, Daniel —afirmó serio—. Pero es solo una ingenua chiquilla. ¿En serio sabes lo que estás haciendo?

—Sí, es preciosa y no tiene nada de chiquilla. Es una fantástica mujer, de veintitrés años, pero toda una mujer, valiente, sensata, inteligente —confesó sin ocultar la admiración que sentía por ella—. Y me está haciendo muy feliz. Aunque esa palabra no es suficiente para explicar cómo me siento realmente cuando estoy con ella.

—Por eso te lo he preguntado; hace mucho que no te veo tan seguro de ti mismo, desde la enfermedad de mamá, incluso jugando al fútbol estás en tu mejor momento. —Sonrió—. Aunque estos días estés insoportable. ¿Por qué no se ha venido contigo?

—Eva quiere pasar las fiestas con su familia; no va a su casa desde primeros de noviembre. —Sonrió desganado—. Yo no se lo permito.

—¿Así que vas en serio con ella? —preguntó Luis sorprendido al ver el gesto afirmativo de su hermano—. ¿Cuánto de serio es esto?

—Como con tú con Sandra; así de serio. Ninguna mujer me ha hecho sentir como consigue hacerlo Eva y sabes que mi experiencia es considerable. No voy a permitir que se me escape, Luis. —Se calló un instante reflexionando sobre lo que le confesaría a su hermano—. Eva ha resucitado mi corazón de piedra. Pensaba que eso resultaría imposible después de lo de papá... Me gustaría casarme con ella este verano —a Luis casi se le desencajó la mandíbula por la impresión que le provocó la noticia—, si me soporta hasta entonces.

—Vaya, vaya con la pequeña Eva. ¿Ha sido por sus exquisitos platos o por

sus encantos? —preguntó burlón para evitarle a su hermano dolorosos recuerdos—. La chica debe esconder muchas sorpresas para que te haya atrapado a fondo.

—No te haces una idea. Es una mujer única, te lo aseguro. —Se rio y luego le habló en tono de advertencia—. Ni se te ocurra contárselo a Mariló. No quiero decepcionar a Eva. Hasta que ella lo desee, lo mantendremos en secreto. —La carcajada de Luis irritó a su hermano—. Sí, ríete; me tiene bien pillado por los huevos —replicó de mal humor—. Cuando estoy con ella... Joder, Luis —exclamó sonriendo—, parezco un verdadero imbécil. En mi vida no hay nada más que Eva.

—Algún día te tenía que pasar y me alegro de que así suceda si ella te hace feliz. No te preocupes porque te acostumbrarás a su presencia en tu vida y dejarás de sentirte un imbécil para obedecerla como un corderito. —Los dos se rieron.

*“Cuando Eva me mira... Creo que nunca dejaré de sentirme como una marioneta en sus manos”*, pensó Daniel convencido.

—Espero que no le comentes nada a Mariló —le advirtió de nuevo.

—Ni una palabra hasta que tú quieras descubrirlo; me llevaré el secreto a la tumba —prometió divertido con la mano en el corazón como solían hacer cuando eran niños.

Eva se sintió tentada y necesitada en numerosas ocasiones de contarle a su madre la verdad sobre su vida actual, pero se detenía al pensar que le pareciera mal o pensara peor de Daniel. Esperaría a encontrar otro trabajo y entonces le hablaría sobre su relación. Pero la insistencia de Adrián por reconciliarse con ella y le exigía salir juntos cada día y la incomprensión de sus padres empeñados en que no salía con otros chicos porque aún sentía algo por él, la incomodaban muchísimo y Eva, en un intento de acallar las sospechas de sus padres, decidió quedar con Adrián una noche, escuchar lo

que tuviera que decirle y terminar definitivamente con esa relación. Después de lo que habían compartido hacía un año no podía engañarlo.

Daniel la telefoneó mientras decidían qué película verían y aunque se alejó de Adrián unos metros, oyó su voz al llamarla por su nombre y decirle que iba a la taquilla.

—¿Quién está contigo?

—Mi hermano.

—Vaya vozarrón que tiene con diecisiete años —afirmó incrédulo.

—Sí, es muy grandote; ya te lo he dicho. —En ese instante creyó que Daniel se conformó con su explicación—. ¿Cómo está David? —preguntó con interés y sabiendo que distraería la atención de Daniel.

—Contentísimo de compartir su habitación conmigo. Charlamos mucho, ya lo conoces.

—Sí y eres fantástico con él. Demuestras una paciencia infinita.

—Es lo menos que puedo hacer por mi hermano. ¿No te parece?

—Sí. Por supuesto que sí. —Se calló un instante al ver que Adrián la llamaba—. Bueno, Daniel, tengo que entrar en el cine. Hablamos mañana.

—Te quiero, Eva. Te echo de menos. No te olvides de mí. —Y a Eva le extrañó el tono en que se lo pidió porque sus palabras le reflejaron cierto temor.

—Yo a ti también.

A pesar de las constantes atenciones de Adrián, Eva se mostraba fría y ausente. Estaba molesta consigo misma por haberle mentado a Daniel, pero sabía que se enfadaría si le decía la verdad y no había necesidad de amargarse estando separados; la distancia que existía entre los dos ya les hacía suficiente daño. Eva lo sintió en su anhelante tono de voz y ella no estaba mejor que él.

Mientras cenaban después de la película, Adrián se atrevió a decirle lo que pensaba.

—Hay otro hombre —afirmó convencido—. Hablaste con él mientras yo sacaba las entradas. —La chica no ocultó la sorpresa que le provocó la intuición de Adrián—. Estuvimos juntos dos años y conozco esa mirada que antes me dedicabas.

Eva bajó la cabeza sin desmentirlo.

—¿Quién es? ¿Es de Madrid? ¿Lo conozco?

—No es nada seguro aún —mintió avergonzada—. Ni siquiera se lo he comentado a mi madre. —Adrián sabía que Eva confiaba en su madre y le contaba todo lo que ocurría en su vida.

—Pero tú estás enamorada de él. Es evidente. ¿Por qué has salido conmigo obligada? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quiero hacerte daño. Te aprecio mucho, Adrián, y pensaba decírtelo esta noche. Solo trataba de encontrar la forma menos dolorosa.

—No hay ninguna que no haga daño. Al menos que no me haga daño a mí; sabes cuánto te amo y que fuiste mi pasado, eres mi presente y esperaba que fueras mi futuro. Nos hicimos tantas promesas hace un año —le reprochó dolido; Eva soportaba avergonzada el chaparrón de reproches—. Me pediste tiempo y he sido paciente. Y tú has cambiado desde que te marchaste a Alemania. Es como si no te conociera, como si otra chica hubiera ocupado tu cuerpo.

—Nunca te prometí nada, Adrián, y los problemas que han sucedido en mi familia me han obligado a madurar en poco tiempo y a centrarme en mi futuro.

—Pero no te han impedido enamorarte de otro y él te habrá ayudado a olvidarme. —Suspiró afectado sin esperar más excusas de la chica—. Está bien, Eva. Es mejor así. Ya conozco la verdad y te dejaré en paz para siempre. Ojalá yo tenga tanta suerte como tú y me enamore pronto de otra.

—Eso espero, Adrián —le deseó sincera Eva, eludiendo durante el camino de regreso a su casa el interés de Adrián por saber quién era su rival.

—Que tengas suerte, Eva, y que puedas cumplir todos tus planes —se despidió con tanta honestidad como le había demostrado siempre.

—Tú también. —Le dio un beso en la mejilla y entró en casa controlando las ganas de llorar.

No se sentía satisfecha de sí misma después de haber comprobado el daño que le causaba a Adrián, pero comprendía que su obligación era ser sincera con él.

Al entrar en su habitación se acordó de que no había encendido su móvil y tenía un WhatsApp de Daniel. “No me mientas. ¿Con quién estás en el cine?”.

“¿Cómo se habrá enterado?”, se preguntó Eva impresionada. Al instante su madre entró en su dormitorio, la besó y le preguntó quién era el hombre que la había llamado durante su ausencia.

—Parecía muy interesado en saber dónde estabas y con quién.

—¿Qué le respondiste? —preguntó en un hilo de voz.

—Que habías salido con un amigo. ¿Quién es ese hombre, Eva? ¿He hecho mal en decirle la verdad? —preguntaba la madre preocupada al ver el gesto angustiado de su hija—. Últimamente no sé nada sobre tu vida aparte de tu trabajo y de tus estudios. ¿Estás saliendo con alguien? ¿Qué ha pasado con Adrián?

—Sí, estoy saliendo con alguien en Madrid, aunque nada serio aún y ha sido él quien ha llamado por lo que ahora estará muy enfadado. Le dije que estaba con mi hermano y tú, sin querer, has descubierto la verdad.

—Lo siento, Eva. ¿Por qué no me has contado nada?

—Porque no quiero hacerme ilusiones. Hoy se lo he contado a Adrián, así continuará adelante con su vida sin estar pendiente de mí. —La madre sonrió con ternura.

—Has hecho bien, Eva. No debes engañarlo ni retenerlo si estás enamorada de otro chico.

—Déjame un momento, mamá. Tengo que devolver una llamada.

—Lamento haberte metido en este lío, Eva —reconoció la mujer angustiada

—. Deberías habérmelo contado.

—Tú no tienes la culpa, mamá.

Aunque pasaba la medianoche Eva sabía que Daniel estaría enfadado y esperando una respuesta que no le quedó más remedio que ofrecer.

—¿Dónde estás ahora? Y dime la verdad.

—Estoy en mi dormitorio. No te he llamado antes porque apagué el teléfono en el cine y acabo de encenderlo. Mi madre me ha dicho que había llamado un hombre preguntando por mí. ¿Por qué has desconfiado de ese modo? Es algo humillante.

—Porque la voz que oí no era de un chico de diecisiete años y porque no soporto que me mientan.

—Si te hubiese contado la verdad estarías más enojado aún. Te he hecho un favor.

—¿Un favor? ¿Cuál es la verdad? —exigió.

—Estaba con Adrián.

—¿Tu ex? ¿Has salido con tu ex? —Estaba tan irritado que Eva podía ver su rostro exaltado como otras veces.

—Sí. Tenía que decirle personalmente que ya no podía haber nada entre nosotros. Ha insistido mucho en verme durante estos días y creo que se merecía una explicación.

—¿Se merecía una explicación o tenías ganas de verlo?

—Estoy siendo sincera, Daniel —se justificó en tono cansino—. Por fin ha comprendido como está la situación y ahora continuará con su vida. Ha estado esperándome desde que me fui a Alemania y me sentía obligada a contarle la verdad.

—Nos separamos unos días y sales con otro. No creo que se pueda confiar en ti —reprochó con desprecio y despertando la indignación de Eva.

—Yo solo he salido a hablar con él. Por si lo has olvidado, he visto cómo te



acostabas con otras mujeres, según tú, mientras intentabas sustituirme. —Un silencio sepulcral se alzó entre ambos—. Me dijiste que Cristina prácticamente se coló en la cena familiar que celebraste con tus hermanos al día siguiente de romper con ella. Y te creí, Daniel. Ahora déjame en paz; ya me han interrogado bastante esta noche, Adrián, mi madre y ahora tú; es como si estuviera obligada a dar cuentas de mi vida a todo el mundo.

Decidida y dolida, colgó y apagó el teléfono, se desnudó con prisas y de mal humor y se acostó enfadada con Daniel, con su madre, con Adrián y con ella por haberle mentado a todos. Era una mujer adulta y libre y no debía dejarse amedrentar por nadie y menos por Daniel después del calvario que le hizo sufrir durante meses y en ese momento entendía que aún no había olvidado su comportamiento. No volvería a mentir nunca más aunque no les contara a sus padres quién era su nuevo novio. Tenía derecho a reservar su intimidad, como hacía todo el mundo.

A la mañana siguiente, Eva y su madre estaban enfrascadas en la cocina haciendo pestiños mientras escuchaban una pequeña tele que, por costumbre familiar, casi siempre estaba encendida. La chica estaba absorta frente a la sartén recogiendo con un pequeño colador toda la matalahúva que había frito para aromatizar el aceite cuando un grito de su madre le hizo dar un respingo.

—¡Mira, Eva! ¿Ese es tu jefe?

En la pequeña pantalla se veía a Daniel acompañado por una elegante mujer, Cristina, mientras la locutora narraba la historia. Al parecer, habían acudido juntos a una gala benéfica de la Asociación de Lucha Contra el Cáncer, de la que Daniel era socio desde que su madre enfermó. Hacía seis días que se celebró ese acto y lo recordaba porque ella se negó a acompañarlo. Por lo visto su celoso novio no tendría intención de asistir solo e invitaría a su ex.

Aún le quedaba por enterarse de más porque, según continuaban informando, a la feliz pareja se les había visto juntos en otros actos celebrados durante el

mes de diciembre y se rumoreaba sobre sus planes de boda.

Eva parecía hipnotizada ante la pequeña pantalla intentando asimilar las imágenes y la información.

—Es un hombre muy guapo, Eva. ¿Esa es su novia?

Eva tardó en responder. El nudo que se le había hecho en la garganta no permitía que saliera alguna palabra.

—Al parecer es su novia —susurró.

—¿La conoces?

—Sí. Es muy guapa, elegante y de buena familia, muy rica. La mujer ideal para Daniel —dijo burlándose de ella misma y de la confianza que había depositado en él.

No respondió a ninguna llamada de Daniel ni a ninguno de sus mensajes. Su enfado, su indignación y su humillación crecían conforme recordaba lo que había visto y oído en el programa de televisión. Ni siquiera se puso al teléfono cuando la llamó un par de veces a su casa. Se limitaba a coger el auricular, colgar y fingir que hablaba. Resistió la tentación de responder a las súplicas de Daniel después de dos días: “Perdóname y dime que me quieres tanto como yo a ti”. “Por favor, Eva, habla conmigo. Te amo”. “Tienes razón y yo no tengo motivos para desconfiar de ti. Te quiero”. “Si intentas desquiciarme lo estás consiguiendo, como siempre”.

## Capítulo 10

No solo no le respondió, ni siquiera le comentó a qué hora llegaría ni le pidió que fuera a recogerla, aunque él dejara de mandarle mensajes un día antes de su encuentro. Después de unas decepcionantes vacaciones navideñas en las que solo disfrutó a ratos en compañía de su familia, entraba en casa de Daniel seguida de un simpático Pelé, decida a recoger su ropa y marcharse de esa casa para siempre. Oyó voces provenientes de la sala de estar y, extrañada, se dirigió hacia allí. Eva se quedó de piedra y solo pudo susurrar un “hola” cuando vio a Cristina sentada junto a Daniel.

—Hola, Eva. Feliz Año Nuevo —le deseó la mujer que parecía contenta de volver a verla.

—Igualmente —susurró Eva a la vez que contenía las lágrimas y controlaba indignación que se acumulaba en su interior.

Daniel no dijo nada. Solo la miraba expectante con un gesto de culpabilidad al ver la reacción de sorpresa grabado en el precioso y anhelado rostro de la chica.

Mientras se bebía un vaso de agua que le ayudara a tragar la confirmación de sus sospechas, oyó a Cristina proponerle a Daniel una invitación para almorzar, pero no escuchó la respuesta que él le ofreció.

*“Mejor que no lo haya avisado de la hora de mi llegada. Solo había que mirarlo a los ojos para comprender que lo he pillado infraganti. Ahora estoy segura de que no había cortado con ella y que han seguido viéndose. Soy*

*una estúpida, una ingenua, eso es poco; en realidad soy un pedazo de gilipollas. Durante todo este tiempo me ha estado engañando y Daniel ha jugado con las dos a su antojo porque es un mujeriego empedernido”.*

Eva no lo pensó dos veces. Sin dejar de llorar, sin esperar una explicación, se dirigió a su dormitorio y, con una frialdad que le preocupaba, comenzó a recoger sus cosas guardándolas en la otra enorme maleta que tenía en el armario.

Daniel entró en su dormitorio y palideció al ver los armarios abiertos y vacíos y todas las cosas de Eva guardadas en el gran maletón abierto sobre su cama.

—¿Qué haces? —preguntó en un susurro.

Eva no respondía ni lo miraba y continuaba recogiendo sus cosas como un robot programado.

—Eva, yo no he llamado a Cristina. Ha venido a felicitarme el Año Nuevo, le he ofrecido una copa de vino y no ha pasado nada más. —Se acercó a ella y le sujetó el rostro con las manos—. Te estoy diciendo la verdad. No sabe nada sobre nosotros porque tú así lo deseas y cree que sigo siendo libre. Eso es todo.

Se acercó a ella ansioso por besarla y abrazarla.

—No me toques, Daniel —le gritó con desprecio—. A saber dónde has tenido tus manos.

—Mis manos estaban deseando abrazarte y no han tocado a otra mujer desde que me despedí de ti. Las tuyas, habrá que verlo.

Ese comentario la llenó de indignación y continuó recogiendo sus pertenencias ignorando la presencia de un desesperado Daniel. Si sustituyó a Cristina por ella en doce horas, en dos días que no tenía noticias suyas habría sido capaz de fijar una fecha de bodas.

—¿Quieres parar ya? —le exigió irritado y le sujetó las manos—. No pienses que voy a dejar que te marches. Ya sabes que eso se acabó.

—Tú no decides por mí, ¿te enteras? Me voy ahora mismo y no quiero verte

en lo que me queda de vida. No vas a humillarme nunca más.

—Yo no te he humillado. Te estoy diciendo la verdad. La culpa de esto es tuya y de tu secretismo respecto a nosotros. Estaba deseando verte y disculparme por desconfiar de ti el otro día. Te he echado de menos hasta dolerme tu ausencia; así que no inventes nada que me duela más. —La retuvo un instante y la miró a los ojos que ella dirigía a la pared—. Mírame, Eva. ¡Mírame! —le gritó y consiguió su mirada furiosa—. Te quiero, ¿lo entiendes?

—Ella no respondió—. ¿Crees que puedo dejar de quererte en dos días?

—Suéltame —le exigió retándolo con la mirada. Daniel negó con un gesto—. Lo sé todo, Daniel.

—¿Qué sabes? —preguntó sorprendido.

—Lo he visto por televisión, mi madre, yo e imagino que media España.

—¿De qué demonios me hablas? —La paciencia de Daniel se había acabado.

—Has estado viendo a Cristina, has salido con ella, te ha acompañado a todas esas galas benéficas a las que has asistido —dijo gritando y de carrerilla—. Me has engañado.

—Yo no te he engañado. Cristina también estaba invitada y los medios de comunicación, incluso las asociaciones, habrán aprovechado nuestra imagen para obtener más publicidad.

—No puedo creerte. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Por qué no me contaste tú que estabas con tu ex?

—Porque no quería hacerte daño —le gritó.

—Por el mismo motivo que yo. Qué iba a contarte: “Sabes, Eva. El acto resultó bastante aburrido y además me encontré con Cristina”.

—Sí, podías haberle añadido esa explicación. Quizás me molestara en ese momento, pero me considero bastante inteligente para entenderlo.

—¿Y habrías confiado en mí?

—Ahora no. No después de lo que he visto.

—¡Dios! —exclamó desesperado—. ¿Cómo puedes ser tan cabezota? Todo

lo que está sucediendo se debe a tu empeño en mantener nuestra relación en secreto, como si se tratara de algo pecaminoso. Y estoy harto, Eva. Sobre todo si eso nos trae de nuevo tu desconfianza en mí.

Eva se sentó en el borde de la cama y dejó aflorar toda la humillación y el dolor que había soportado en su casa y que ahora desahogaba llorando. Daniel se arrodilló ante ella y tomó el rostro de la chica entre sus manos.

—Por favor, no llores —le suplicaba a la vez que besaba su rostro—. Te he echado de menos, pequeña. Me moría de ganas de verte. Y ahora sé que tú también. Ven aquí.

Daniel la arrastró de la mano sorprendiéndola y cuando Eva se dio cuenta que se dirigía a su dormitorio se agarró con firmeza a la barandilla de la escalera.

—Vamos a hablar como tú y yo sabemos —le dijo Daniel al oído—. En la cama siempre nos hemos entendido mejor que con las palabras porque somos dos testarudos. El sexo es nuestro mejor lenguaje. No sé tú, pero yo me muero por tenerte debajo de mí. —Tiró de ella y la atrapó entre sus brazos—. Y si te resistes ya sabes que me excitas más y luego te lo haré pagar. Te voy a volver loca de deseo —le susurró en un tono tan seductor que Eva tuvo que hacer un esfuerzo por tragar saliva.

—No quiero acostarme contigo. Ahora no confío en ti —contestó intentando convencerse de sus propias palabras y a la vez hacerle daño a Daniel.

—Mentirosa —replicó sonriendo y disfrutando por lo que sucedía—. Últimamente te estás aficionando a mentirme.

—Me acosté con Adrián —mintió de nuevo para provocarlo mientras continuaban con el forcejeo; Daniel, excitado con el juego, soltó una carcajada—. ¿Eso también es una mentira? Llama a mi casa, quizás mi madre te diga que anoche no dormí en mi casa.

—Eres la mujer más excitante que he conocido. Cuando tengas cinco años más serás increíble y no me lo perdería ni por todos los Adrián y las Cristina del mundo. Lograron traspasar juntos la puerta y le atrapó las manos para que

no se sujetara a Ninguna parte. Eva no se rendía y pateaba y pisaba con rabia los pies de Daniel.

—Tengo espinillas y pies de acero, pequeña. Hace tiempo que dejé de usar espinilleras.

Entró en su dormitorio y la arrojó con fuerza a la cama sorprendiéndola y antes de que se diera cuenta lo tenía encima, inmovilizaba su cuerpo y sus piernas y sujetaba sus manos por encima de la cabeza. La miró un instante a esos ojos verdes cautivadores que, divertidos, le decían que lo había perdonado.

—¡Dios mío! —exclamó con un sentimiento profundo—. ¡Cuánto te quiero, Eva! Estás preciosa. Nunca te dejaré marchar. ¿Me oyes? Nunca —repitió con adoración—. Dime que me quieres. Necesito que me lo digas.

—Te quiero, Daniel. Te quiero más que a nada en mi vida. Lo sabes y por eso no comprendo tus celos ni tu desconfianza.

—La misma que me has demostrado tú hace un momento. —La miró con un gesto victorioso y, vencida, Eva se vio obligada a reprimir una protesta—. No quiero volver a separarme más de ti si no es por trabajo, ni quiero más ex rondándote. No imaginas lo nervioso que me ha puesto eso. Quiero que todos sepan que estamos juntos, que soy el único hombre de tu vida. Deseo que me cuides, que te preocupes por mí como has hecho hasta ahora, y yo cuidaré de ti, te haré feliz, te amaré y te adoraré hasta el día en que me muera. Y lo juro por mi familia.

Eva se arrojó a su cuello y lloró para desahogar los intensos sentimientos que le habían provocado la presencia de Cristina, las dudas que había sentido ante la distancia y la lucha mantenida con Daniel.

—Vamos, pequeña —le susurraba Daniel a la vez que la abrazaba para tranquilizarla, consciente de que por fin aliviaría su angustia—. Ya sabes lo que siento por ti. Y eso no cambiará nunca.

—Creí... Creí que me habías mentido y, al ver a Cristina aquí, me lo dirías —le confesó asustada—. Y que me sustituirías por ella.

—Cálmate, preciosa. Eso no sucederá jamás —le susurraba para calmarla—. Tú eres mi vida, Eva. Dime que me crees. Mírame y dime que me crees.

Eva obedeció y lo miró a los ojos. Daniel le secó las lágrimas con sus manos.

—Deja de llorar, pequeña, y dime lo que quiero oír. Eva se tomó unos segundos para recuperarse antes de hablar.

—Te creo. Lo que acabas de decirme es... —Daniel la escuchaba expectante—. Es precioso, Daniel. Con precioso me quedaría corta. Me ha parecido tan sincero y tan romántico que aún no puedo creer que esas palabras tan hermosas estén dedicadas a mí.

—Te aseguro que son tuyas —le dijo convencido—. Es lo que siento por ti. — Le ofreció un beso tierno y cálido—. Desde luego sabes dar fuertes patadas. —Sonrió intentando dejar de lado cualquier conflicto angustioso—. Mañana tendré las espinillas llenas de hematomas.

—Ayudaba a mi hermano a entrenar cuando era pequeño, así que ten cuidado conmigo —le dijo en tono de advertencia lo que provocó las carcajadas de Daniel.

—¿Le has hablado a tus padres de mí?

—No. Aún es pronto.

—Sobre eso tendremos que hablar. Pero ahora mismo no. Ya nos hemos peleado bastante por hoy —rectificó divertido—. Ahora tengo que darte algo. —Daniel sacó del cajón de la cómoda una cajita y se tumbó de nuevo en la cama junto a Eva—. Feliz Navidad —le dijo sonriendo ilusionado y puso un beso fugaz en los labios.

—Gracias, Daniel. No tenías por qué regalarme nada.

—Me encanta hacerte regalos. Tendrías que verte la expresión ilusionada que tienes ahora mismo.

Eva, nerviosa, desenvolvió la pequeña cajita y el brillo que despedían los pendientes de diamante la dejó sin palabras, solo pudo dibujar en su boca un mudo “¡oh!”. Nunca había visto unas joyas más bonitas que sus radiantes



pendientes.

—Te quiero mucho, Daniel —le dijo emocionada arrojándose a sus brazos—. Gracias por este precioso regalo. Significa que te has acordado de mí.

—Acordarse es poco. No te imaginas cómo me pone tan solo ver una lavadora. —Eva le dirigió una mirada de fingido reproche y Daniel se rio—. Eres toda mi vida, pequeña. En cuatro meses te has hecho mi dueña por completo, así que cuida de mí, por favor.

—Por supuesto. Continuaré haciéndolo encantada como hasta ahora. ¿Vamos a comer?

—Primero me tomaré el postre. —Le sonrió con una mirada lujuriosa que despertó el deseo de Eva—. Una verdadera exquisitez —añadió recorriendo su mandíbula con un dedo y mirándola con un intenso deseo que se reflejó en el vientre de Eva.

Los días precedentes hasta que comenzaron sus clases, Eva atendió a Daniel durante todas las horas que compartían y estudiaba mientras él entrenaba por las tardes.

El jueves salió mientras Daniel estaba ocupado porque se acercaba el día de Reyes y pretendía hacerle un regalo. Pensó en que le gustaría que llevara algo permanente de ella, se le ocurrió una idea y entró en una joyería.

—Si compro un anillo, ¿podrían grabármelo y tenerlo listo para pasado mañana? —La dependienta que la atendía lo consultó un instante y contestó que sí.

—¿En qué tipo de anillo ha pensado?

—Para un hombre me gusta más la plata antigua —pensó Eva en voz alta ante el asentimiento de la mujer—. Un sello grande que se pueda grabar.

La mujer le enseñó varios modelos y Eva se decidió por el de diseño más moderno.

—Si es un hombre grande esperemos que esta medida le venga bien. —Eva

se lo probó un instante y decidió que esa sería la talla de Daniel—. ¿Qué desea grabar? —Eva miró alrededor de la tienda y comprobó que nadie la observaba. Se desabrochó dos botones de su camisa y le mostró el tatuaje de su hombro a la mujer que lo contemplaba asombrada y curiosa mientras tomaba un papel donde dibujar la manzana rodeada por una serpiente—. ¿Le importaría decirme que significa ese tatuaje? —le preguntó con mucha discreción.

—Me llamo Eva. Y esto fue una locura de adolescente.

—¡Ah! —exclamó la mujer comprendiendo el significado—. La tentación de Eva. No se preocupe; lo tendrá para el jueves.

El día en cuestión se marchó con Daniel y quedó en recogerla en cuanto acabara su entrenamiento. Pasó por la joyería, recogió el anillo y la dependienta le mostró cómo había quedado el grabado del tatuaje; satisfecha con el resultado pidió que se lo envolviera y decidió hacerle algún regalo más. Sabía que Daniel tenía de todo, pero ella necesitaba hacerle ver que se preocupaba por él. Decidió comprarle un bonito marco de que encajara con la decoración de su estudio y le colocó una divertida foto que se habían hecho en la cocina mientras hacían un pastel y los dos se mancharon la nariz de chocolate.

Se dirigió a un centro comercial decidida a comprarse ropa nueva por si surgía alguna ocasión en la que no pudiera negarse a salir con Daniel. Se trataba de un hombre famoso que acapararía toda la atención de la gente, a ella la observarían con lupa, los compararían por si ella estaba a la altura. En ese instante recordó a sus amigas y en cuánto necesitaría sus consejos, pero aún no habían regresado a Madrid y tampoco les había hablado sobre su relación.

No deseaba provocar el enfado de Daniel con un vestido como el que tenía más apropiado para una cena y por el que él echó abajo la puerta de su dormitorio. Decidió que no se agobiaría ni pretendería ser quien no era. Daniel estaba enamorado de ella, la había conocido con vaqueros, deportivas y una simple camiseta y, aunque pudiera sacarse más partido gastando un

dinero que no se podía permitir, no caería en la tentación de fingir ser otra mujer. Así que gastó poco más de doscientos euros, los que le habían regalado su familia por Navidad haciendo un gran sacrificio y compró la ropa que le gustaba, con la que se sentía segura, como la chica universitaria de veintitrés años que era y que trabajaba para pagarse sus estudios. Y se sentía satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo mientras se probaba.

Eva se despertó nerviosa el día de Reyes y en cuanto vio que Daniel abría los ojos se levantó de un salto de la cama y fue a por sus regalos.

—Los Reyes han dejado esto para ti. —Se los dio acompañados de un beso suave en los labios. Daniel sonrió impresionado y emocionado—. Se lo he pedido yo.

—Eva, pequeña. No tenías que haberte molestado, pero me encanta que te hayas acordado de mí —le reprochó realmente conmovido y abrió sus regalos algo nervioso—. Vaya —exclamó sorprendido al observar el grabado del anillo.

—Quiero que lleves algo que te recuerde a mí.

—Ya me acuerdo de ti a todas horas del día. —Se puso el anillo y a Eva le encantó verlo en su mano masculina; le quedaba francamente sexi y era de ella. Suspiró satisfecha al ver cómo Daniel lo besaba—. Es precioso, pequeña. Nunca he llevado anillo, pero este no pienso quitármelo.

—Abre este regalo. Espero que también te guste.

—No, Eva —exclamó conmovido en cuanto desenvolvió el marco—. Me encanta que hayas elegido esta foto —La miró emocionado y tomando el rostro de la chica entre sus manos la besó—. Te esfuerzas tanto que me resulta violento que te gastes tu dinero en mí. Gracias, mi vida, gracias —se lo agradeció de todo corazón a la vez que recorría su rostro a besos y la envolvía en un abrazo apasionado.

—Te quiero, pequeña. —Y la miró sonriendo burlón—. Ahora me toca a mí.

—Daniel se levantó de la cama y se dirigió al vestidor. Del altillo cogió unos paquetes muy bien envueltos que había escondido para evitar despertar la curiosidad de Eva.

—Daniel —protestó en cuanto lo vio regresar con una pila de regalos entre sus brazos—, ya me has regalado estos pendientes. Eso es suficiente.

—Nada será suficiente para ti. No mientras puedo permitirme el lujo. —La miró enojado—. Yo me he conformado conociendo tu situación económica, así que ni se te ocurra protestar. Ábrelos —le exigió fingiendo seriedad. Eva le lanzó una mirada de pocos amigos, comenzó a desenvolver sus regalos y enseguida cambió la expresión de su rostro, lo que provocó una gran sonrisa de satisfacción de Daniel.

El primero un Mac de Apple que consiguió una exclamación de la chica.

—El tuyo está viejísimo, Eva. No protestes porque necesitas uno nuevo. Este ya está configurado.

—Con esto ya es suficiente, Daniel —le reprochó emocionada, se abrazó a su cuello y lo besó con tanta ternura que obtuvo un profundo suspiro de su novio.

—¿Otra vez? Calla y sigue abriendo. ¡Ah! —Sonrió—. Y quiero un beso como este por cada regalo. —Eva se rio nerviosa y cogió otro paquete.

Unas botas negras de piel con un tacón de vértigo fue el siguiente, un sugerente y elegante vestido negro y blanco y una chaqueta negra de piel que se probó en la misma cama y pudo comprobar que le quedaba perfecta. Y sin quitársela se arrojó sobre Daniel devorando su rostro a besos mientras él se reía divertido ante la espontaneidad que demostraba la chica.

El hombre la observó un instante admirado por la frescura que emanaba de Eva y que le había devuelto a él una vida a la que no se creía destinado.

—¿Sabes lo feliz que me haces, pequeña?

—Lo imagino. Tanto como tú a mí. Te quiero, Daniel. —Saltó de la cama dejando al hombre sorprendido—. Voy a probarme el vestido y las botas. No te muevas.

En el baño, se recogió el pelo en un moño despeinado y se quitó el pijama. El vestido le quedaba ceñido perfectamente a su cuerpo y con las botas y la chaqueta, todo de la firma Prada, se convertía en un elegante y sofisticado conjunto que parecía especialmente diseñado para ella.

—¿Te gusta? —le preguntó poniéndose ante él. Daniel soltó un silbido de admiración cuando pudo cerrar la boca.

—Estás preciosa, pequeña. Ven aquí. —Eva se acercó con timidez—. Ahora solo vamos a necesitar lo que hay debajo de todo este elegante envoltorio —le dijo con una mirada lujuriosa grabada en sus ojos—. Creo que eres la guinda que le falta a esta mañana de Reyes para que sea la más feliz de mi vida desde que era un niño. Y todo gracias a ti.

—Y a ti, Daniel. Eres muy generoso —le dijo permitiendo que le quitara la chaqueta—. Me encantan mis regalos y me encantas tú. Te quiero. —Lo besó en la punta de la nariz.

Eva se quedó desnuda solo con las botas puestas y Daniel la admiró impresionado.

—Dios mío, Eva. Tú sí que eres mi mejor regalo de Reyes. ¿Sabes cuánto me excitas?

Eva se soltó el pelo y lo dejó caer como una cascada de hojas en otoño sobre su pecho y su espalda y Daniel ya no se contuvo más. Le tiró de la mano, la tumbó en la cama, le recorrió a besos una pierna desde la cadera hasta la rodilla y le quitó una bota; luego hizo lo mismo con la otra. El interior de Eva bullía de excitación en respuesta a las caricias suaves de los labios de Daniel que se dirigió con su boca a recorrer el cuerpo de Eva, adorándola; el vientre, los pechos, los hombros. Cuando llegó a los labios, ella gemía de placer.

—Daniel —susurró su nombre como una plegaria pidiendo que calmara el ardor de su vientre tras el fogoso e interminable beso que se habían dado intentando devorarse, se hicieron el amor uno al otro con los labios hasta que la pasión habló por ellos.

Al día siguiente, Daniel la acompañaba en la cocina, le ayudaba o la distraía mientras ella preparaba uno de sus sabrosos platos.

—El sábado después del partido vamos a cenar fuera. Quiero que conozcas los mejores restaurantes de Madrid y cuando acabemos con ellos, te invitaré a los del resto del mundo —le propuso entusiasmado, la abrazaba por la cintura y rozaba el lóbulo de su oreja con sus labios—. Tú sabrás valorar esos platos mejor que nadie. —Eva no se contagió de su entusiasmo, pero se alegró de haberse comprado ropa nueva, además de la que le había regalado Daniel—. ¿No te apetece salir? Solos tú y yo.

—Tengo que hablarles de ti a mis padres. Y no quiero hacerlo por teléfono; tendría que ir a mi casa, pero a finales de enero empiezo los exámenes del primer cuatrimestre. Lo dejaré hasta que los acabe; no quiero distraerme. — Daniel torció el gesto.

—Y mientras seremos amantes furtivos.

—Eso suena bien; una frase llena de romanticismo —dijo Eva bromeando ante la mirada severa de Daniel.

Una semana después, Daniel fue en busca de Eva pensando que estaría en la cocina. Por el amplio ventanal que daba al jardín trasero comprobó que estaba hablando con el jardinero a la vez que elegía algunas plantas aromáticas del pequeño huerto que ella misma había sembrado. Un sentido suspiro escapó del pecho de Daniel al verla sonreír. En ese instante se sintió estúpido y negó con la cabeza por haber tardado tanto tiempo en reconocer sus sentimientos hacia Eva. Jamás pensó que una mujer pudiera hacerlo tan feliz, o tan infeliz, como hacía unas semanas había sucedido. Ella no solo era una mujer preciosa, además era inteligente, sensata y auténtica. Podías confiar en Eva y estar seguro de que nunca te fallaría, ni como persona ni como amante. De su interior emanaba una fuerza, una energía contagiosa, que a él le había servido para resucitar su corazón destrozado por las pérdidas de sus padres. Solo Eva

le había ayudado a superarlas y a encontrar una felicidad que no creía merecer.

No se arriesgaría a perderla y, en ese instante, planeó su futuro inmediato.

Mientras desayunaban Eva le pidió que la llevara a casa de María donde pasaría el día.

—¿No vendrás al partido?

—No. No me apetece ir sola —le ocultó cuánto le avergonzaba presentarse en el estadio como otra muñeca más de Daniel; era algo que aún no podía soportar—. Cuando acabes me recoges, así te presento a mis amigas. ¿Quieres conocerlas?

Daniel la miró sonriendo burlón.

—Ya era hora de que me las presentaras. Tenía curiosidad por saber con quién sales por ahí cuando no estoy contigo.

Irene ya estaba allí y Eva comenzó a contarles su historia mientras estaban tumbadas sobre la cama de María.

—¿Estás trabajando para Daniel Álvarez desde septiembre y no nos lo has dicho antes? —repitió Irene enojada—. ¿Acaso no confías en nosotras?

—Si no confiara no os lo estaría contando. Es muy celoso de su intimidad y solo lo sabe mi madre. Pero la historia no acaba ahí. Agarraos. —Las observó muy seria—. Estoy liada con él.

—¿Qué quieres decir con liada? —preguntó María sospechándolo—. ¿Liada, liada?

—Liadísima.

Las dos amigas la miraban embobadas sin reaccionar.

—¡Despertad! —exclamó aplaudiendo ante sus caras embobadas—. Entiendo que os haya impresionado. Pero es que no quiero que lo sepa nadie ¿De acuerdo? No pretendo llamar la atención ni que me estén preguntando por él cada dos por tres. Tenéis que mantenerlo en secreto, al menos hasta que lo

sepan mis padres.

—¿Estás enamorada de él?

—Enamorada sería quedarse corta. Estoy loca por él. Lo adoro. —Sonrió incrédula—. Yo creía que amaba a Adrián, pero esto es... Me supera. Incomparable.

—¿Y te sigue pagando? —La expresión de Eva cambió bruscamente.

—Sí; no quiere que trabaje para él. Quiere mantenerme económicamente, pero yo no lo consiento y como tampoco quiere que me vaya de su casa, sigo allí.

—¿Te ha pedido que vivas con él? —preguntaron a coro las dos amigas.

—No quiere que me mueva de su casa. Como él diría, eso no entra en la opción menú de su novia. —Las dos amigas miraban a Eva aún impresionadas.

—¿Su novia? ¿Para él eres su novia? —le preguntaba Irene atónita.

—Por supuesto. Es muy posesivo.

—Entonces será celoso —afirmó María.

—Muy celoso. —Las tres se rieron nerviosas y continuaron interrogándola sobre su secreta relación con Daniel—. Y más gruñón aún. Ni siquiera le gusta que salga con vosotras y está deseando conoceros para comprobar si sois buenas chicas.

—¿Desde cuándo estáis juntos? Vamos, liados —la interrogó Irene con más interés—. Porque me imagino que te acostarás con él. —Las otras la miraron enojadas e Irene levantó las manos disculpándose—. Acabo de decir una estupidez, lo reconozco.

—Nos enrollamos a primeros de diciembre.

—¿Cómo has podido ocultárnoslo? —protestó María—. No te picaba en lengua, mala amiga.

—Mucho. Pero no he querido decir nada hasta que estuviera completamente convencida. No os enfadéis. Sois las primeras en saberlo. Y las únicas, espero.

—Pero... —Irene dudaba si debía hacer su siguiente pregunta y se atrevió



más preocupada por su amiga que por satisfacer su curiosidad—. ¿No estaba comprometido con Cristina Ortiz? Salen imágenes de ellos juntos en las revistas y los programas del corazón. Las vi en la peluquería el día treinta y uno.

—Yo también las he visto —susurró Eva—. Pero no es cierto. Nadie sabe lo nuestro y los medios de comunicación se aprovechan de su popularidad; sois las primeras personas en enterarse.

—¡Vaya! —exclamó Irene—. Dejó a Cristina Ortiz por ti. Debe estar enamorado de verdad.

—Eso creo —admitió Eva con humildad—. Al menos, eso es lo que él me dice.

María e Irene acompañaban a Eva en el portal y se acercaron a la acera cuando vieron llegar el Audi R 8 negro de Daniel. Aparcó en la entrada del garaje y se bajó del coche; vestía el elegante traje chaqueta del club que mostraba su figura atlética y masculina. Las chicas permanecían mudas.

—Daniel, estas son Irene y María —las saludó con un apretón de manos al que las chicas respondieron nerviosas y excitadas.

—Encantado de conoceros por fin. Eva me habla mucho sobre vosotras. — Ellas se limitaron a sonreír con timidez y mantuvieron una breve conversación con Daniel sobre el partido que había acabado hacía poco menos de una hora.

Daniel se acercó a Eva y le dio un breve beso en los labios y sin dejar de mirarla, le ofreció una caricia cariñosa en su mejilla. Sonrió a las embobadas amigas, montó en el coche y permitió que Eva se despidiera.

—¡Está colado por ti! —susurró Irene—. ¡Vaya modo de mirarte!

—En directo es más guapo aún, Eva —la felicitó María—. Pero no te dejes apabullar; que sepas que tú no mereces menos —la animó convencida y orgullosa de su amiga y le ofreció un abrazo—. Esta noche estás increíble con ese conjunto nuevo —le dijo a la vez que le colocaba bien la solapa de la chaqueta.

Irene se limitó a darle un beso, pero con lágrimas en los ojos debido a los

nervios y a la emoción del momento.

## Capítulo 11

Daniel conducía en silencio por las calles de Madrid y Eva lo observaba preocupada.

—¿Cómo ha ido el partido? —le preguntó entablando una conversación.

—Hemos ganado por tres goles a cero. Y he marcado. —Besó el anillo que le había regalado Eva—. Me ha traído suerte.

—Tú no marcas muchos goles; por lo que tengo entendido, lo tuyo es fabricarlos y dirigir el equipo.

—Eso intento. —Daniel volvió a sumirse en sus pensamientos y condujo en silencio.

—¿Te han caído bien mis amigas?

—Son tan jóvenes y tan ingenuas como tú. —La sonrisa desganada de Daniel provocó en Eva una impresión desagradable; le pareció que en ese instante se arrepentía de estar con ella—. Parecen buenas chicas.

—Lo son. Muy buenas amigas, leales y serviciales.

—Como debe ser un amigo. —Continuó conduciendo atento al intenso tráfico de esa tarde de sábado y sumiendo a Eva en la inquietud que le causaba ese extraño distanciamiento que mostraba Daniel.

—¿Prefieres que nos vayamos a tu casa? —Eva, provocándolo, intentó que le contara lo que le sucedía—. Pareces cansado.

—No, estoy bien. —La miró unos segundos mientras esperaban parados en un semáforo—. Y estás guapísima. Me apetece presumir de novia. —Continuó

observándola sonriendo—. Me gusta la ropa que has elegido esta noche — admiró con satisfacción a la vez que la recorría con la mirada—. Parece hecha especialmente para ti: juvenil, elegante y diferente; como tú eres.

—¿Dónde vamos a cenar?

—He pensado que podíamos comenzar nuestro tour de cenas en el Zalacaín. Un clásico. Está cerca de la Castellana. Te gustará —afirmó convencido.

Eva lo dejó sumirse en sus pensamientos que parecían no tener que ver con ella porque se mostraba amable y cariñoso. Quizás tuviera otros problemas de los que no querría hablar porque la consideraba demasiado joven e inexperta para compartirlos y ese pensamiento la decepcionó.

En silencio, llegaron al restaurante. Daniel se bajó del coche, se cambió la chaqueta del club por una americana que llevaba en el sillón trasero y se quitó la corbata con brusquedad, como si hubiera estado ahogándolo.

Un aparcacoches abrió la puerta del copiloto y esperó a que Eva saliera del coche. El chico, tan joven como ella, le sonrió y su sonrisa se ensanchó al coger la llave que le ofrecía Daniel.

—Enhorabuena por el partido de hoy, señor Álvarez. Vaya golazo —lo felicitó emocionado.

—Gracias —respondió Daniel sonriéndole.

Sujetó a Eva por la cintura y la acompañó al lujoso interior del que la chica impresionada tomaba buena nota. Enseguida un *maître* se acercó tendiendo la mano a Daniel.

—Señor Álvarez, nos alegramos de tenerlo esta noche con nosotros. Magnífico partido. Ha dado usted una lección magistral de fútbol.

—Gracias —respondió de nuevo Daniel en su tono amable y ensayado que dirigía al público.

—Permítame su abrigo, señora. —Eva se sintió totalmente amedrentada por la situación mientras Daniel la ayudaba a quitarse su capa.

El *maître* los acompañó a una mesa arrinconada que les ofrecía algo de intimidad.

—¿El vino de siempre, señor?

—¿Merece la pena probar algo mejor?

—Tenemos un Ribera del Duero nuevo en el mercado, una selección especial, de excelente calidad.

—Estupendo. Lo probaremos.

El *maître* se marchó y los dejó leyendo la carta. Daniel se sirvió una copa de agua y se la bebió de un trago. Luego se la quedó mirando con una intensidad abrumadora mientras ella observaba el local con atención, llevaba sus ojos curiosos de un lugar a otro. Adoraba a esa chica con apariencia de adolescente rebelde e independiente, que le daba tantos dolores de cabeza y que, estaba convencido, continuaría haciéndolo en el futuro, pero sin la que ya no podría vivir. Eva lo miró un instante; presentía un volcán de sentimientos a punto de erupción en el interior de Daniel, hasta que se decidió a hablar.

—He estado hablando con mi amigo Rafa. Uno de mis mejores amigos — especificó—. Unos minutos antes de recogerte.

—¿Y eso es lo que te preocupa? Parece que te hubiera caído un techo encima — Daniel le sonrió más relajado.

—Imagino que habrás oído hablar de él, Rafa Martínez. —Eva asintió—. Estamos en esto desde cadetes, desde los quince años. Hemos pasado por todas las categorías juntos en las selecciones aunque nunca hemos jugado en el mismo equipo. Él fichó por nuestro eterno rival.

—El Barcelona —respondió Eva a la vez que se arremangaba la chaqueta y mostraba su brazalete de Chanel. —

Se ha separado de su mujer y está pasando por un mal momento. Tienen un hijo de cuatro años.

El *maître* se acercó, tomó nota de sus platos, añadió algunas sugerencias y se retiró de nuevo. Daniel continuó contándole.

—Estaban juntos desde los dieciocho años y él hace unos meses conoció a una chica poco mayor que tú. Se enrolló con ella y Sonia, su mujer, lo descubrió hace unas semanas a través de unas fotos que rodaban por

Facebook.

—Pobre mujer. —Daniel asintió—. Eso debe ser terrible. Ver a la persona que amas, en quien confías y, la que se supone te quiere, te respeta y te es fiel, liado con alguien. ¡Qué decepción! —Eva lo miró un instante—. ¿Por qué lo ha hecho? —Daniel pareció no entender la pregunta y la chica se la repitió con otras palabras—. ¿Por qué Rafa se ha expuesto de ese modo? ¿No le importaba que ella se enterara? ¿O es que no la amaba? La vergüenza a la que ha expuesto a su mujer, se enterará su hijo cuando sea mayor, si no lo sabe ya teniendo un padre tan famoso. ¿Por qué no le ha dicho que no la quería antes de engañarla durante ese tiempo? Eso me parece una traición miserable.

—Solo fue una insensata aventura.

—¿Lo justificas? —le preguntó Eva alterada—. Una aventura no dura tres o cuatro meses. ¿Cómo te sentaría si yo tuviera una de ese tipo? ¿Si te engañara tres meses con otro hombre?

—Joder, Eva. —La miró a los ojos con intensidad mientras se frotaba la frente con fuerza con una mano—. Creo, creo... Eso me destrozaría; me mataría por dentro.

—Sí —reconoció reflexiva—. La gente incluso asesina todavía por eso, cada día. Crímenes pasionales, violencia de género. Pero hay otras formas de matar; también tú me matarías por dentro. Puede que la mujer de tu amigo esté muerta por dentro; muerta de vergüenza, de decepción, de humillación, de indignación. —Daniel, impresionado por su punto de vista en ese asunto y por la madurez que demostraba, tomó una mano por encima de la mesa y se la llevó a los labios—. ¿Has hablado con ella?

—Sí. Soy el padrino de su hijo y la aprecio tanto como a Rafa. Está destrozada, como tú dices. —Inspiró con fuerza—. No dejó de llorar durante toda la conversación que mantuvimos esta mañana. Y todo esto me ha dado en que pensar. —Daniel la miró un instante con el ceño fruncido, como si lo que fuera a decir le resultara penoso—. Eres tan joven, Eva. —Volvió a besar su mano con veneración—. Prométeme que nunca me harás algo así; que siempre

serás sincera conmigo y —se detuvo un instante y tomó una bocanada de aire antes de continuar— si alguna vez dejas de amarme, que Dios no lo permita, seré la primera persona en enterarme.

—Te lo prometo a cambio de la misma promesa. —Eva respiró aliviada al comprender que lo que le sucedía a Daniel era que estaba afectado por la separación de sus amigos. Lo miró un instante con un gesto reflexivo en su hermoso rostro—. Hay una cosa que no entiendo.

—¿El qué? —contestó Daniel paciente.

—Si tu amigo ha estado varios meses con la otra chica, ¿cómo es que su mujer no lo sospechó antes? —Daniel no entendió el sentido que Eva le daba a su curiosidad—. ¿Cómo es posible que tu amigo pudiera llevar esa doble vida con dos mujeres al mismo tiempo? —Él comenzó a comprender y sonrió—. No creo que se puedan satisfacer sexualmente a dos mujeres a la vez... Con el ritmo que llevamos y a pesar de tu desgaste físico que supongo será el mismo que el de Rafa... Con dos mujeres a la vez... —Eva parecía pensar en voz alta—. Una de las dos no debía estar muy contenta, por lo tanto era lógico pensar que algo no iba bien entre ellos.

—A lo mejor Rafa se dopa —comentó Daniel bromeando divertido al oír las deducciones de Eva y soltó una carcajada al comprobar que abría los ojos como platos y demostraba su ingenuidad.

—¿Crees que podrías satisfacer a dos mujeres a la vez? —le preguntó curiosa—. ¿Un hombre puede hacer eso?

—No lo sé. Me conformo con satisfacerte a ti. Espero que eso te mantenga alejada en cuerpo y en pensamiento de otros hombres. —Eva emitió su característico “oh” mudo de asombro ante la respuesta de Daniel—. ¿Estás sexualmente satisfecha, pequeña? —le preguntó con una sonrisa lasciva dibujada en su rostro.

—¡Daniel! —lo regañó sin alzar la voz y miró de reojo por si alguien les prestaba atención—. ¡Qué vergüenza! No hables aquí de eso.

—Responde a mi pregunta, Eva —le exigió acercándose sobre la mesa y

mientras la miraba con una lujuria incontrolable a esos ojos verdes que adoraba—. Y sé sincera. ¿Consigo que te tiemblen las rodillas?

—Ya sabes que sí —gruñó bajando aún más la voz y provocó otra carcajada de Daniel—. Me das más de lo que nunca hubiese imaginado que se podría soportar — aclaró con voz ronca y consiguió sorprender a su novio por esa insinuación.

—Y eso que aún estamos empezando. Iremos poco a poco. —Eva le mostró la lengua en un mohín de enojo—. Voy a hacer una máquina sexual de ti.

—Engreído. —Daniel se rio y la observó durante unos segundos—. Quizás con el tiempo la cosa se enfría; por eso la mujer de tu amigo no se dio cuenta.

—Eva intentaba provocarlo.

—¿Me estás insinuando algo?

—No sé. Pero no me gustaría que bajara la frecuencia ni la intensidad. —  
Aguantaba la risa.

—Eva... Voy a llevarte al baño y sabrás lo que es intensidad.

El respingo que dio la chica logró una gran carcajada de Daniel y pasó a un asunto más serio cuando se serenaron los ánimos.

—Eva, voy a confesarte algo que quizás te sorprenda. Me gusta el compromiso, aunque te extrañe después de ser testigo de primera fila de mi comportamiento, pero nunca he encontrado a una mujer capaz de ofrecerme lo que yo necesito. O al menos no he tenido esa sensación hasta que te conocí. —  
Eva sonrió satisfecha—. Somos más parecidos de lo que crees. Nosotros no caminamos de puntillas por la vida; pisamos dejando nuestras huellas marcadas en el suelo y somos responsables y consecuentes de nuestros actos sin escondernos o culpar a otros. Mantenemos nuestros compromisos y cuidamos de las personas que amamos. Son nuestros valores, nuestros principios y siempre actuaremos según nos obligan ellos. Ni siquiera importa la diferencia de edad que existe entre nosotros porque hablamos el mismo idioma.

—Y entonces... lo que le dijiste a tu hermana sobre Cristina... No lo



entiendo, Daniel, creo que nunca llegaré a entenderlo. —Eva no pudo contener ese comentario y se arrepintió guardando silencio.

—Te hizo daño y lo siento. Sé que mi actitud puede parecer incomprensible. — Daniel se tomó unos largos segundos antes de ofrecer una explicación que dejara zanjado ese asunto para siempre y no despertara más dudas en Eva. La interrupción que provocó la llegada de los entremeses le sirvió para pensar el modo de expresarlo—. Eres tan joven, tan inexperta, que no podía entregarte mi confianza y eso que ya estaba loco por ti. Me conformaba con tenerte en mi casa cuidándome y preocupándote por agradarme; eso me hacía feliz y me conformaba con ello. —Eva lo miraba sorprendida—. Me negaba a verte como la mujer que eres, convencido de que no serías tan madura y sensata como me has demostrado.

—No te entiendo, Daniel. No sé si algún día lo entenderé. ¿Estabas dispuesto a casarte con una mujer a la que no amabas?

—Estoy tan acostumbrado a no amar a las mujeres con las que me he estado acostando que eso no lo veía fundamental. —Eva lo miró horrorizada—. Me conformaba con una compañera. Tú me abriste los ojos al tratarme como el hombre que soy, ni como el futbolista famoso que parece vivir en el paraíso, ni siquiera como tu jefe. Comprendiste mi vulnerabilidad, mi miedo y mi cobardía. —Eva se ruborizó al recordar el momento en que lo llamó cobarde—. Hiciste bien en decírmelo porque era cierto. Desde que murió mi madre mi corazón se volvió un fósil; no me he atrevido a querer a nadie más de las personas que estaba obligado, a mi familia y unos pocos antiguos amigos, y la muerte repentina de mi padre lo empeoró. Y llegaste tú. — Suspiró—. Te enchufaste directa a mi corazón y tu presencia me provocaba descargas que lo reanimaban cada día y yo me negaba a admitirlo, a darte, mejor dicho, a darme una oportunidad por miedo a sufrir. Prefería casarme sin amor con una mujer que fuera una simple compañera que arriesgarme a que me destrozaras si comenzaba algo contigo y luego no salía bien. Y, créeme, casi lo consigues cuando me dijiste que te marchabas. Pensar en que no te encontraría al

levantarme, que no estarías preparando la comida para mí, que no plancharías mi ropa, que no te enfadarías por mis caprichos y mis exigencias...

—Eso suena patético, Daniel —lo interrumpió sonriendo desganada.

—Sí, era consciente de ello, recuerda que soy psicólogo, y lo peor es que no me importaba. Me conformaba con que me atendieras aunque fuera pagando. Hasta que te hiciste imprescindible, hasta que mi necesidad de ti era más fuerte que mi miedo a sufrir, hasta que no soportaba la presencia de ninguna otra, ni siquiera la de Cristina, — Ella veía reflejada una súplica en los ojos de Daniel—. No he disfrutado con mi comportamiento, Eva; lo pasé fatal cada día hasta que te confesé mis sentimientos, y, aunque te resulte incomprensible, tampoco disfruté con esas mujeres porque tú te metías en mi cabeza incluso cuando estaba con ellas en la cama. —Daniel sufría de verdad ante esos recuerdos—. Ahora mi corazón está vivo de nuevo y necesita la energía que tú le das; eres la única persona capaz de mantenerlo con vida.

—Quiero que sepas que tu corazón siempre estará a salvo conmigo —le dijo con un tono de voz tan ingenuo y sincero que conmovió a un vulnerable Daniel—. Yo también cuido de las personas que amo.

—Te creo; sé cómo eres y por eso te lo he entregado. Me tienes en tus manos, pequeña.

Daniel, más tranquilo y desahogado de sus temores, disfrutó de la cena y de la compañía de una Eva charlatana y jovial que degustaba cada bocado con veneración, descubría los ingredientes al saborearlos y valoraba la presentación antes de probar cada plato.

—Podrías trabajar aquí de cocinera y seguro que destacarías.

—Estos platos son muy elaborados y sofisticados, Daniel —reconoció con humildad—. Algunos tienen horas de trabajo, aunque también es cuestión de aprender y dedicarle el tiempo necesario. Reconozco que me gusta la cocina y sobre todo cocinar para ti porque sabes disfrutarlo y lo agradeces.

—Me encanta entrar en mi casa y oler a algún plato que se esté preparando; me resulta acogedor. —Sonrió burlón—. Creo que me enamoraste por eso; has hecho de mi casa un verdadero hogar sin proponértelo. —La miró embelesado durante unos segundos—. Tengo algo importante que decirte, Eva. —Y esperó un instante hasta tener toda su atención—. Quiero que te cases conmigo. —La chica dio un respingo por la sorpresa que le habían causado las palabras de Daniel—. Te casarás conmigo este verano cuando pueda coger unas vacaciones y tú hayas terminado el curso.

Eva soltó los cubiertos sobre el plato y se limitó a mirar a Daniel como si fuera un desconocido.

—Te ha sentado peor de lo que imaginaba —comentó angustiado.

—No puedo, Daniel —murmuró impresionada y se recobraba de la impresión—. Tengo que hacer mi máster.

—Y lo harás, pero casada conmigo. No te impediré que continúes preparándote para tu futuro profesional. —Eva, sin recuperarse de la sorprendente petición, no contestó. Lentamente, cogió su copa y bebió un largo trago de vino.

Daniel se levantó un instante, sacó algo del bolsillo de su pantalón y lo guardó en la mano derecha cerrada en un puño. La observó un instante apoyando la barbilla en la misma mano.

—Te quiero desde que pusiste un pie en mi casa. Y aunque intenté evitarlo y nos lastimé con ello, ahora quiero compartir el resto de mi vida contigo. Me haces muy feliz, Eva. Cada momento que estoy contigo es mejor que el anterior, incluso cuando discutimos y peleamos porque consigues que me sienta vivo. —Eva permanecía en silencio aún sorprendida y escuchaba atenta a Daniel—. Eres tan excitante. —La besó en la mano con delicadeza—. Los días que estuvimos separados pensé mucho en nosotros, en mis sentimientos y sé que ya no podré vivir sin ti, y si me dejas, si dejas de amarme, nada me importará. Tú das sentido y energía a mi vida, tu sensatez y tu fuerza me contagian y sé que no podré continuar adelante sin ellas. —De repente, se

cambió de silla y le ofreció un beso sincero, largo y apasionado que asombró aún más a la chica por la carga sentimental que le reflejó Daniel al hacerlo—. Prométeme que te casarás conmigo el próximo verano.

—Te quiero y me casaré contigo el próximo verano —respondió escuchando a su corazón sin pensarlo más y arrojando de su mente toda esa frialdad que la empujaba a una vida programada en acabar sus estudios y conseguir su independencia.

En esos momentos la idea de pasar el resto de su vida junto a Daniel superaba todas sus expectativas porque lo amaba con locura. Daniel apretó su mano con fuerza y la besó con verdadera adoración.

—Si no nos matamos antes el uno al otro —añadió Eva cuando separaron sus labios.

Las carcajadas de Daniel resonaron alegres en el restaurante.

—Mira esto, Eva —le dijo mostrándole la palma de la mano abierta que había mantenido misteriosamente cerrada en un puño. Eva soltó un gemido de admiración—. Quiero ponértelo.

Tomó su mano derecha y le puso un anillo en su dedo corazón. Eva lo observó pasando su mirada nerviosa del anillo al rostro expectante de Daniel que sonreía feliz. Era una alianza con una brillante piedra engarzada en el centro y tres más pequeñas incrustadas a cada lado en las que prefería no pensar si serían diamantes. Le quedaba un poco grande.

—Tendrás que ir tú misma a que te lo ajusten. Lo he comprado esta mañana antes de ir al hotel de concentración y no sabía tu medida exacta. ¿Te gusta?

—Es espectacular, Daniel. Me da miedo llevarlo. ¿Y si me atracan o se me pierde?

—No quiero que te lo quites nunca. ¿Prometido? En cuanto te lo arreglen a tu medida, no quiero que salga de ese dedo. El que tiene contacto directo con tu corazón.

Eva lo miró enfurruñada.

—Vale, pero no seas tan mandón. —Suspiró irritada—. Debí hablarle a mi

madre sobre ti; estuve a punto de hacerlo. Ahora se va a enfadar conmigo en serio.

—¿Por qué no lo hiciste?

Eva lo miró intentando parecer enojada.

—Estuve tentada de hacerlo, pero en las vacaciones de Navidad estaba muy enfadada contigo y no quería saber nada de ti después de verte en televisión con Cristina. —Sonrió observando el anillo en su dedo.

Daniel contemplaba admirado las reacciones propias de una chiquilla. Su hermano tenía razón; Eva era una chiquilla a la que él pensaba convertir en su mujer antes de que otro hombre se interpusiera entre ellos. No estaba dispuesto a arriesgarse. Estaba enamorado de su furia, su ingenuidad, su inexperiencia, su coraje, su fuerza y su asombrosa belleza exaltada por unos ojos verdes alucinantes.

—Aunque... cuando vea este anillo tendrá que creerme. —Lo miró sonriendo un instante—. Las que van a alucinar de verdad son Irene y María cuando se los cuente. Voy a casarme este verano —dijo asombrada e incrédula negando con la cabeza.

Dos semanas más tarde llegarían a la casa los hermanos de Daniel. Haciendo caso omiso de la petición de Eva, decidió que no podía ocultar durante más tiempo su compromiso.

—¿En qué piensas?

—¿Mañana le hablarás a tus hermanos sobre nosotros?

—Sí. Ya no puedo postergarlo más. No está bien que les oculte algo tan importante. ¿Por qué te preocupa?

—Espero no decepcionarlos.

—¿Se puede saber por qué piensas de ese modo?

—Hace dos meses... ¡Uauuu! ¡Han pasado dos meses! —Se tapó la boca incrédula y sorprendida con un gesto algo infantil—. Bueno, ibas a presentar a

tus hermanos a tu mujer perfecta.

—Eva, por favor —le exigió en tono cansino—. Creía que ya habíamos superado esa estupidez. Tú eres mi mujer perfecta. La única. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios; se entretuvo con ella besándola y acariciándose la incipiente barba que hacía cosquillas a Eva mientras elegía con cuidado las palabras, que la hicieran sentir segura—. ¿Te haces una idea de lo feliz que me has hecho durante estos dos meses? —le preguntó mirándola a sus ojos verdes tan atentos que lograban cautivarlo y, perdido en ellos, continuó intentando expresarle una vez más lo importante que ella era en su vida—. Ya sabes lo torpe que fui y lo mal que me porté contigo y me arrepiento de cada minuto que tardé en reconocer mis sentimientos hacia ti porque fui muy desgraciado durante esos meses. Ahora sé perfectamente como quiero que transcurra mi futuro. No me preocupan los años que me queden por jugar, ni a qué me dedicaré cuando me retire. Lo único que sé con total seguridad es cuánto deseo tenerte a mi lado; quiero y necesito que continúes a mi lado. Durante el resto de mi vida, Eva. — Ella lo escuchaba absorta en sus palabras—. Es tan fácil vivir si estás conmigo.

Eva se levantó y se sentó en su regazo y, aferrado a él con fuerza, dejó escapar unas lágrimas llenas de emoción. Durante unos minutos ambos se perdieron en un beso interminable, profundo y sentido.

—Venga, pequeña. Llego tarde —susurró junto a sus labios.

—Te quiero mucho, Daniel.

—Lo sé. —La ayudó a incorporarse—. Te tengo una sorpresa reservada, pero solo te la daré si apruebas todos los exámenes y con buenas notas; no me conformaré si no sacas como mínimo notable —hablaba mientras contenía una carcajada por el tono infantil que empleaba y que hacía reír a Eva.

—Tendré que esforzarme más si pretendo averiguar de qué se trata.

Ese lunes Eva dejaba ver su incertidumbre a Sofía.

—¿Has preparado los dormitorios? —le preguntaba nerviosa.

—Está todo perfecto, Eva. Tranquila. Ya conoces a la familia de Daniel y ellos tendrán que alegrarse por vosotros —afirmaba Sofía convencida e intentando aliviarla de su nerviosismo—. Ese hombre es muy generoso con sus hermanos y no se atreverán a contrariar su decisión. Además, ¿qué podrían reprocharte? Eres una chica muy bonita, elegante, lista y muy trabajadora. Te aseguro que no tienes nada que envidiarles a todas esas mujeres con las que Daniel se distraía. ¡Y vaya anillo que te ha regalado! —Sofía lo admiró emocionada.

Eva le ofreció una sonrisa sincera para agradecerle sus ánimos.

—Ya están ahí —comentó nerviosa llamando la atención de Sofía.

Sofía se despidió de ella y volvió a repetir sus palabras.

—Vamos, Eva. Eres una chica estupenda y preciosa y Daniel está loco por ti. Eso es lo único que debe importarte.

—Sí. —Asintió poco convencida—. Gracias, Sofía.

—Hasta el próximo lunes. Ya me contarás.

## Capítulo 12

Daniel observó entusiasmado cómo Eva saludaba a un sonriente pero tímido David con su saludo especial y luego le ofrecía un beso cariñoso.

—¿Has hecho lasaña? —le preguntó David en voz baja mirando al suelo.

—Por supuesto, colega —respondió Eva en un tono que convirtió el diálogo en una conversación solo para ellos dos—. Dos fuentes. Y mouse de limón.

Daniel los esperaba ansioso por comunicar lo que para él era una de las mejores noticias que daría en su vida. Orgulloso, bajo la mirada de asombro de los demás, salvo de su hermano Luis que sonreía complacido, tomó a Eva por la cintura y la acercó a su cuerpo.

Comenzó a hablar y Eva se puso tensa cuando la acercaba con fuerza a su lado, y la sujetaba con más firmeza. La besó cariñoso en la frente nada relajada de la chica porque todas las miradas asombradas estaban puestas en ellos dos y en esas muestras afectivas y tiernas que Daniel le ofrecía.

—Vamos a la cocina. Acabo de meter una botella de Dom Pérignon en el congelador. —Y la condujo hasta allí sin permitir que se separara de él ni un centímetro.

—¿Y por qué vamos a brindar? —preguntó Luis divertido mientras su hermano sacaba el champán junto a un refresco de naranja para David bajo la mirada atónita de Mariló.

Daniel esperó a que todos se reunieran en torno a la isla que presidía la cocina.



—Vamos a brindar por Eva y por mí. Porque nos casaremos este verano. —  
Y al terminar la frase, la besó orgulloso en los labios.

Solo se escuchó en la enorme cocina la carcajada de Luis mientras un sonriente Daniel llenaba las copas. Pero Eva oía el estruendoso silencio de los demás que logró angustiarse. No creía que les pareciera buena idea, sobre todo a Mariló, que no dejaba de observarla más impresionada aún, como si le estuviera haciendo una disección y en su interior descubriera que no era humana.

—Enhorabuena —la felicitó Luis, la abrazó cariñoso y le ofreció un par de besos—. Me alegra que vayas a formar parte de nuestra familia; pero sobre todo te deseo paciencia para ser capaz de soportar a Daniel. —El hombre se reía alegre y sincero y obtuvo una leve sonrisa de Eva y un puñetazo de su hermano en el hombro.

—Tranquilo, Luis. No la asustes más de lo que está —protestó Daniel.

Sandra, repuesta de la primera impresión, se sumó a la alegría de los dos hermanos y felicitó a la pareja. La siguió Fran, que le dio un beso fugaz sin salir aún de la sorpresa, después David animado por Daniel y por último, sin ningún entusiasmo, lo hizo Mariló.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? Me imagino que esto llevará un tiempo fraguándose —preguntó Mariló casi como una exigencia a la que Daniel no dio importancia porque conocía el carácter vehemente de su hermana, tan parecido al suyo.

—Eva deseaba decírselo primero a sus padres —respondió con naturalidad —, pero no puede ir a su casa hasta mediados de febrero cuando acabe los exámenes. Al igual que tú con tu boda, he preferido daros la noticia en directo y me he adelantado, aunque os tengo que pedir que no lo hagáis público hasta que Eva hable con sus padres. No desea que se enteren por la prensa.

—Bueno —se acercó a su hermano y lo besó sin mucho convencimiento—, parece que tengo que alegrarme por ti. —En ningún momento se dirigió a Eva, ni siquiera una mirada.

—Sí —respondió Daniel sincero sin perder la sonrisa—. Alégrate todo lo que puedas por nosotros.

Eva, insegura, procuró no llamar la atención y comenzó a preparar el almuerzo sin recibir la felicitación de Mariló. Introdujo las fuentes de lasaña en el horno y se dirigió al salón a poner la mesa. Mariló aprovechó la ocasión en que estarían solas y la siguió. Pretendía enterarse cuándo y cómo había comenzado la relación entre ellos a la vez que le ayudaba. Y no fue nada sutil.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —Eva la miró un instante sin saber qué responder—. Me refiero a antes de decidir lo de la boda.

—Desde primeros de diciembre —respondió con timidez.

—Eso quiere decir que dejó a esa otra chica, a Cristina, por ti —afirmó Mariló convencida y en un tono que Eva no pudo discernir si era despectivo o de sorpresa; no la conocía lo suficiente para distinguirlo y comenzó a distribuir los cubiertos mientras fingía que estaba relajada—. ¿Y por qué lo habéis mantenido en secreto? La última vez que estuvimos aquí ya estabais liados. —Esta vez sus palabras sí sonaron como si hubieran cometido un delito.

—Fue en el comienzo de nuestra relación y yo no estaba muy segura de que funcionase.

—¿Por qué? ¿No estás segura de lo que sientes por mi hermano? —le preguntó en tono de reproche—. Te has comprometido con él. Menudo anillo te ha regalado.

El tono de voz que empleaba Mariló comenzaba a resultar insultante y Eva decidió aclarar la situación.

—Reconozco que la noticia puede resultar sorprendente; imagino que tanto como lo fue para mí cuando Daniel me confesó sus sentimientos. Nuestro comienzo fue doloroso y complicado. Conoces bien a tu hermano, su fuerte y exigente carácter y su mal genio —para continuar hablando echó mano de toda

su valentía—. Comprendo que resulte difícil entender que Daniel se haya enamorado de mí, de una chica humilde y sencilla de veintitrés años. Pero lo amo, Mariló, de eso puedes estar segura, lo quiero muchísimo —insistió—. Y procuro hacerlo feliz cada día. Y me disgusta la situación en que esto me coloca; sigo trabajando en esta casa porque necesito mi sueldo para continuar con mis estudios. No pretendo que me regale nada y mucho menos que me mantenga. —Alzó su barbilla en señal de orgullo—. Y sé que, aunque Daniel lo soporta, no se siente cómodo al consentirlo. —La voz de Eva se convirtió en un susurro que demostraba lo avergonzada que se sentía porque su novio le pagara un sueldo y sobre todo porque si no necesitara ese dinero, ella lo haría sin cobrarle—. No estoy segura de que pueda contenerlo mucho más.

—Sí, a veces puede resultar beneficioso que Daniel sea tan cabezota.

Fueron las últimas, hirientes y malintencionadas palabras de Mariló y, durante el resto del tiempo que pasó en la casa, Eva tuvo la impresión de que vigilaba su comportamiento hacia Daniel. Quizás, pensaba Eva, sospechaba que hubiera aceptado su compromiso por ser quién era Daniel y no porque lo amara; podía justificar su actitud hasta cierto punto por tratar de proteger a su hermano. Y, como no se molestó en hablar con ella ni en intentar conocerla mejor, decidió mantener la distancia entre ambas hasta que Mariló reconociera la verdad. Se comportó con todos y, sobre todo con Daniel, con total naturalidad, dejando claro a la familia de su novio, a pesar de la incredulidad de Mariló, la sinceridad de los sentimientos que se profesaban, el modo tan extraordinario en que se ocupaban el uno del otro, sus atenciones, sus miradas, sus constantes muestras de cariño aunque contenidas por la presencia de público y lo que mejor pudieron comprobar era lo feliz que se mostraba Daniel.

Esa noche cenaron fuera. Daniel había reservado mesa para todos en La Terraza del Casino, otro buen restaurante de la larga lista que había preparado para satisfacer a su novia.

Eva dudó a la hora de vestirse y como siempre acabó haciéndolo como la

chica joven y sencilla que era, sin intención de impresionar a nadie, aunque lo lograra sin pretenderlo. Se puso un fino vestido ajustado de lana en tonos camuflaje, una gruesa chaqueta informal verde caqui, con medias en el mismo tono y unas botas altas de cuero marrón adornadas con tachuelas. Se colgó del hombro el bolso de Chanel que le regaló Daniel, del que rara vez se separaba en sus salidas y del que Mariló dio buena cuenta. Daniel la observó admirado cuando en el restaurante se quitó la chaqueta y lució las femeninas, sinuosas y elegantes formas de su cuerpo definidas por el vestido que llevaba puesto.

Mariló comprobó la adoración que su hermano sentía por Eva aunque se empeñaba en creer que, como era habitual en Daniel, se trataría de una atracción física; continuó con su vigilancia policial hacia la pareja durante toda la velada.

Salía de su antiguo dormitorio con la ropa que se pondría el día siguiente en las manos y se dirigía al de Daniel, cuando las voces de Luis y Mariló la tentaron a no interrumpirlos y mantenerse a la escucha escondida en la oscuridad de la escalera.

—¿Tú lo sabías? —lo regañaba la hermana.

—Se habría dado cuenta un ciego, Mariló. Desde que conocí a Eva comprendí lo que despertaba en Daniel por la forma en que la miraba —sonrió—, aunque creí que ella sería más lista y se mantendría alejada de él.

*“Luis me cae cada vez mejor”*, pensó Eva con ironía.

—¿Insinúas que Daniel no la merece? —preguntó irritada—. Por Dios, Luis. Es una chiquilla y acabará hartándose de ella como de todas.

—Mariló —la interrumpió su hermano en tono de advertencia—, ¿cuándo has visto a Daniel poner un anillo en el dedo de alguna de las chicas con las que ha estado?

—Si se casa, le resultará más doloroso y costoso. —Se calló un instante—. Hay que hablar con él sobre el asunto económico y aconsejarle que haga una separación de bienes gananciales. Tiene que conseguir que ella la firme. Eva se dio cuenta de que no había caído en ese detalle y que, por supuesto, sería

ella la que se lo propondría a Daniel. Nadie la avergonzaría pensando en que era una oportunista.

—¿Has visto cómo iba vestida esta noche? —Mariló continuaba su crítica interminable—. Parecía una niña de dieciséis años.

—Creo que solo tú la ves como una niña. Eva es un pedazo de mujer y no me extraña, conociéndolo, que Daniel se haya enamorado de ella, porque no sé qué es más encantador en esa chica, si su físico o su carácter. —Suspiró cansino—. Entiendo que te preocupes por el bienestar de Daniel y que te haya sorprendido su compromiso, pero no que dudes de Eva. A mí me parece una chica honesta y fantástica en todos los sentidos. Y él está feliz, que es lo único que debe importarnos. Hacía años, desde que murió mamá, que no lo veía tan... No sé. Parece liberado de una penosa carga.

—Tú lo has dicho, parece.

*“Qué tía. No se rinde”*, murmuró Eva.

—Y a mí no me parece normal que siga trabajando en su casa ni que consienta que Daniel le siga pagando un sueldo. Si se han comprometido y ella sabe que no aportará nada a este matrimonio, al menos no debería cobrarle. Fíjate nada más en la casa que va a vivir. —Transcurrieron unos segundos en silencio—. No entiendo que pudiera dejar a Cristina por Eva. Esa sí que sería una mujer digna de Daniel y a la altura de sus exigencias; nada más y nada menos que la hija de Armando Ortiz.

—¿El director de la Banca madrileña? —preguntó Luis sorprendido.

—El mismo; uno de los cinco hombres más ricos de España. Cristina trabaja como directora de uno de los bancos de su padre. Ella sí que es una mujer preciosa, elegante y con la educación de una princesa; la esposa ideal para Daniel, una mujer a la que respetaría y amaría durante el resto de su vida. No entiendo cómo pudo dejarla por esa chiquilla insignificante y simplona.

*“Es la mejor definición de mí que he oído nunca, insignificante y simplona, aparte de la de prostituta a domicilio”*, pensó Eva indignada.

—Sus motivos tendrá, Mariló —respondió el hermano algo cansado—.

Daniel no tiene un pelo de tonto. Siempre ha sido muy exigente en su vida, incluidas las mujeres. Y yo creo que Eva no tiene nada de insignificante y simplona, como tú piensas. Y él habrá tratado a Cristina lo suficiente; ha comparado y ha hecho su elección. —Resopló hastiado de la conversación—. Parece que no lo conoces.

Eva se henchía como un pavo real al oír esas palabras estimulantes de Luis.

—Quizás no tan bien como tú en ese aspecto, pero reconoce que respecto a las mujeres siempre se ha dejado guiar por su pito en vez de por su cerebro. Y creo que en esta ocasión le está sucediendo lo mismo.

Eva se encerró en el lavadero conteniendo el aliento tras lo que acababa de oír de boca de su futura cuñada. Llorar sería un castigo demasiado leve tras haberse permitido satisfacer su curiosidad y haberlo hecho solo trajo consigo resucitar las dudas que tanto esfuerzo le estaban costando superar en su relación con Daniel. Sabía que Mariló se preocupaba por su hermano y que lo conocía mejor que ella que solo llevaba unos meses viviendo con él. En ese momento se preguntaba si Mariló tendría razón, si solo era un capricho más de Daniel, aparte de una pobretona que había tenido que trabajar de asistenta para sobrevivir. Y no lo pensaba porque menospreciara el trabajo duro aunque honrado, sino porque la experiencia la había vivido en su propia familia, y a él se dedicaban las mujeres que no tenían estudios ni apenas conocimientos que les permitiera acceder a otro puesto laboral. Quizás tuvo que aspirar y darse a valer más; quizás solo fuera, como decía Mariló, pobretona y simple. Y no es que le importara serlo porque ella siempre había sido feliz así, pero ahora le preocupaba por Daniel, porque la viera tal como era en realidad y porque se hartara de ella una vez que saciara su “pito”, como opinaba Mariló.

La conversación que acababa de escuchar le había servido para poner los pies en el suelo y enfrentarse a la realidad. Nunca sería la mujer que necesitaba Daniel aunque lo quisiera con locura.

Salió de su escondite cuando creyó que no habría rastro de sus lágrimas y la cocina se había quedado en silencio y, como si sus piernas pesasen toneladas, se dirigió al dormitorio de Daniel, a un lugar que ahora estaba segura no le correspondía porque los finales felices solo ocurrían en las comedias y en las historias románticas. En la vida real, el amor solo causaba sufrimiento, odio, humillación, demasiada tristeza y demasiado dolor para que compensara a los momentos felices, tal como ella se sentía en ese momento.

Llegó al dormitorio y se encontró a Daniel dormido. Se cambió sin hacer ruido, se puso una sudadera sobre el pijama y se encerró en el estudio a resolver problemas, lo único real e importante de su vida y que le permitiría labrarse un futuro sólido sin tener que escuchar los juicios de los demás. En esos momentos sabía que no podría dormir y obcecada como estaba por su única ambición, armada con esa frialdad que le ayudaba a superar los trances más angustiosos de su vida, estudió concentrada hasta que Daniel la despertó con el cuaderno sobre la falda y a ella dormida en su cómodo sillón.

—Vamos a la cama, Eva. Son las cuatro y veinte de la mañana y estás helada. Eva se espabiló un instante y sintió el frío glacial que mencionaba Daniel, pero no lo provocaba el ambiente cálido de la casa, emergía de su interior porque un mal sueño había continuado torturándola después de escuchar las hirientes palabras de Mariló. De repente, se sintió aterrorizada y se preguntó qué sería de ella si Daniel se cansaba por ser una chica simple y pobretona como opinaba su hermana

—¿No pensabas descansar este fin de semana? —le preguntó admirado por la voluntad de hierro que demostraba su novia.

—Sí, pero estaba nerviosa y no podía dormir —murmuró reflejando su angustia y unas lágrimas repentinas rebosaron en sus ojos. Se aferró con fuerza a la cintura de Daniel.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—Nada, una tontería. He tenido una pesadilla. —Se agarró más fuerte aún—. Abrázame.

—Será un placer —se ofreció cariñoso acariciando su espalda.

Apoyado sobre la mesa de su estudio la reconfortó sobre su pecho y le ofreció el abrazo que le había pedido.

—¿Se puede saber de qué iba esa pesadilla?

—No quiero recordarla —respondió angustiada—. Si te lo cuento me echaré a llorar. —Vamos, Eva. Solo ha sido un mal sueño.

—Sí, uno muy malo. —Suspiró con el corazón encogido y le contó susurrando el sueño que ella relacionaba con sus peores temores—. Me dejaste y te vi con otra mujer. Eras muy feliz con ella y he sentido el dolor que me provocaba esa visión como si estuviera despierta.

—¿No serías tú misma dentro de unos años? —bromeó intentando animarla.

—No —negó convencida—. Era Cristina.

Daniel lanzó un suspiro de exasperación por encima de la cabeza de su novia.

—Espero que algún día comprendas la diferencia que existe entre tú y el resto de mi vida.

—Yo también lo espero. —Y se lanzó a la boca de su novio en busca del calor de sus besos.

Eva sabía que él no era culpable de sus dudas y que no merecía conocerlas, pero en ese momento necesitaba sentirse segura y Daniel lo conseguía con una facilidad asombrosa.

En pocos minutos la pareja era un revoltijo de manos ansiosas recorriendo el cuerpo del otro que intentaba desnudarse; sus bocas apenas se despegaban unos segundos y si lo hacían eran para posarse en otra parte del cuerpo deseado.

—Vamos a la cama, pequeña. Te vas a congelar —la apremió Daniel tirando de su mano y dejó la ropa de Eva arrumbada en el suelo junto a su camiseta.

Eva se dejó reconfortar sobre el pecho duro y firme de Daniel tras hacer el amor y se durmió mientras él reflexionaba sobre lo que acababa de suceder en su cama. No había sido la pasión del momento. Su pecho parecía que iba a



explotar de amor por Eva. Nunca se había sentido de ese modo, tan vivo, tan íntegro, tan humano, tan amado y a la vez tan entregado. Y era algo fabuloso. Por fin se había encontrado con el hombre que siempre había intentado ser, el hombre que Eva había descubierto en él. Estrechó aún más su abrazo y la besó en el pelo.

—Te quiero, mi vida. Duérmete y descansa que yo velaré tus sueños.

—Eso es precioso, Daniel. Gracias. Te quiero —murmuró Eva.

—¿Qué haces? —le preguntó Mariló sorprendida al ver a Daniel en la cocina exprimiendo naranjas y haciendo café.

—El desayuno de Eva —respondió con naturalidad ante el rostro perplejo de su hermana—. Anoche se quedó estudiando hasta muy tarde y sigue dormida —le explicaba mientras ponía en una gran bandeja dos zumos, dos cafés, magdalenas y tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, la favorita de Eva. Levantó la bandeja y se dirigió a su dormitorio y dejó a su hermana impresionada con su comportamiento inusual.

Con mucho cuidado abrió la puerta y la cerró después de colocar la bandeja del desayuno sobre la gran banqueta. Abrió las cortinas y la tenue claridad de un día nublado e invernal iluminó la habitación. Eva se removió inquieta.

—Buenos días, pequeña —la saludó besando el tatuaje que quedaba libre del edredón—. Magnífica obra de arte —admiró a la vez que recorría a besos su hombro hasta el cuello—. Vamos, dormilona. Quiero desayunar contigo y debo irme antes de una hora. Ya no te veré hasta después del partido.

Eva lo agarró con fuerza por el cuello y lo tumbó a su lado.

—No —protestó somnolienta—. No quiero estar todo el sábado sin verte. Te echaré de menos. —Escondió su cara en el hueco del cuello de Daniel y lo recorrió de pequeños mordisquitos que el hombre le permitía, ya que disfrutaba de las atenciones que le ofrecía su novia. De repente, algo llamó su atención y se detuvo—. ¿Huele a café? —preguntó sorprendida.

—Sí. Siéntate —le ordenó y aplanó con firmeza el edredón—. No te muevas.  
— Se dirigió a la banqueta y colocó la bandeja del desayuno entre ellos.

—¿De verdad que lo has hecho tú solo?

—Las magdalenas son tuyas —sonrió—, lo demás, he exprimido las naranjas y he tostado el pan sin quemarlo, hasta te lo he untado como te gusta.  
—La miró sonriendo con ojos lascivos—. Un día de estos te voy a untar como una tostada, con mermelada de fresa y después, ¡te comeré enterita!

Eva recordó la noche en que Daniel se llevó un mouse de limón a esa misma cama para untar a una de sus amigas. Las dudas sentidas la noche anterior irrumpieron en su mente y le cambió el gesto sin poder controlar su lengua.

—¿Te gusta untar a las mujeres? —preguntó susurrando tan seria que preocupó a Daniel—. ¿Por qué?

—Solo era una broma, Eva. —Sonrió manteniendo la misma mirada—. Aunque suena excitante.

—¿Cómo hiciste con el mouse de limón? —continuó en el mismo tono y en seguida pensó que no debía hacer esa clase de preguntas. Daniel, ruborizado, no supo qué responder y permanecieron unos minutos en silencio sin mirarse ni hablarse mientras fingían prestar atención al desayuno.

—¿Eso te dolió? —se atrevió a preguntarle temeroso—. Ver a esas mujeres acostándose conmigo, ¿podrás olvidarlo algún día? ¿Podrás perdonármelo?

Eva se limitó a encogerse de hombros recordando que además las oyó disfrutar con él.

—Entonces tú eras libre y yo me sentía demasiado insignificante, pobretona y simple para llamar tu atención —respondió después de unos tensos segundos y recurrió a la definición de ella que oyó a Mariló—. Quizás aún lo sea; quizás lo sea durante el resto de mi vida. Y cuando lo descubras te arrepentirás de haberte casado conmigo y de no haberlo pensado mejor.

Daniel sintió un pellizco ardiente en el estómago. El dolor y las dudas que Eva sentía se reflejaban físicamente en él.

—Me gustaría esperar más tiempo antes de casarnos, Daniel. Quiero que

estemos completamente seguros de ese importante paso en nuestras vidas.

—Yo lo estoy —afirmó convencido y de forma tajante—. Puede que tú no lo estés; pero yo... En toda mi vida he estado más seguro de algo. —Guardó silencio un instante y antes de comenzar la miró a los ojos con tanta intensidad que impresionó a Eva—. No puedo estar toda la vida disculpándome por lo mal que me porté contigo, por lo mal que actué y anoche... —Su mirada se endureció y se mostró el Daniel más exigente—. ¿De verdad crees que eres una mujer más en mi vida? ¿Una de tantas? ¿De cientos? —Eva continuaba atenta e impresionada—. Sí, Eva. De cientos desde que llegué a Madrid con dieciséis años. Me he follado a la mujer que he querido durante toda mi vida; jóvenes, incluso más que tú, mayores, solteras, casadas, hasta a la esposa de algún compañero y de algún directivo que me provocaba. Si me apetecía no tenía en cuenta nada más que se trataba de una muñeca con la que divertirme y disfrutar, sin exponer mis sentimientos con ellas. Solo sexo. —Eva, horrorizada por lo que oía, no era capaz de mirarlo, se cubría las orejas con las manos temblorosas y negaba con la cabeza para que él se detuviera; Daniel le levantó el rostro para obtener de nuevo su atención y continuó hablándole con frialdad—. Recuerda que tenía un corazón de piedra y no sentía nada por ellas.

—Por favor, Daniel, no sigas, no es necesario que me cuentes nada más —le suplicó con lágrimas en los ojos. Él ignoró sus súplicas y continuó.

—¿Y tú te crees que eres una de esas? Incluso te sientes menos que ellas porque me has visto meterlas en mi casa y en mi cama, mientras me exigía ignorar los sentimientos más profundos que he sentido por nadie. Y te obligué a cambiarme las sábanas manchadas por ellas y a que les sirvieras como una criada. Te anulé y te menosprecié. —Daniel suspiró profundamente con los ojos cerrados—. Y aun así estás aquí, en mi casa, en mi cama porque me amas. —Le tomó las manos y las apretó con fuerza—. Tú me amas de verdad. ¿Sabes cuánto significa eso para mí? Eres una mujer increíble, con una capacidad de amar y perdonar sobrehumana, y no creo que haya un hombre en la Tierra que

te merezca y yo menos que cualquiera; así que, por favor, déjame intentarlo. Voy a conseguir que olvides los primeros meses que pasaste en esta casa, voy a luchar por merecer tu amor cada día de mi vida. Espero hacerte tan feliz como yo me siento, como me sentí anoche mientras hacíamos el amor y pensaba que la felicidad que me invadía haría estallar mi pecho. Deseo vivir así cada día de mi vida. Y necesito casarme contigo porque es un compromiso que tú respetarás mientras me ames. —Le tomó una mano y se la llevó a los labios—. No me arriesgaré a perderte, ni a que caigas en brazos de otro hombre. Puede que haya más como yo —bromeó desganado.

Eva se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo miró con intensidad.

—Para eso da igual estar casados o no —replicó incrédula.

—A ti no te dará igual. Eres demasiado honesta, leal y sincera, incapaz de romper un compromiso tan serio como es el matrimonio. Estoy seguro de ello.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti, Daniel? ¿Lo romperías?

—Eva —sonrió ante su ingenuidad—, si puedo presumir de algo en mi vida es de conocer bien a las mujeres; demasiado bien —aclaró asqueado—. Y tú eres un diamante en bruto. Mi diamante. Jamás me arriesgaré a perder una joya tan valiosa.

Eva suspiró emocionada. Daniel sabía consolarla y transmitirle seguridad.

—Solo tú. Solo yo. Siempre —susurró Eva mirándolo a los ojos para recordarle las palabras que se habían dicho en la madrugada.

—Eso es, pequeña. Tú y yo. Siempre.

Eva, sorprendiéndolo, se arrojó a sus brazos y llenó de besos el rostro de un emocionado Daniel que sucumbía una vez más ante la espontaneidad de su novia, incapaz de ocultarle sus sentimientos, admirado por la facilidad con la que ella lo comprendía. Y una vez más se enzarzaron en su discusión favorita, la de discutir con besos sensuales, caricias excitantes y deseo incontrolable. No salieron del dormitorio hasta que Daniel estaba vestido para marcharse y, tras despedirse de su familia, Eva lo acompañó hasta el garaje sin soltarlo de la mano donde se dijeron adiós forzados por la premura de tiempo que

obligaba a Daniel a marcharse.

—Recuerda que después del partido hay que llevar a cenar a David.

—Sí, lo sé. —Lo besó una vez más—. Mucha suerte, Daniel —le deseó Eva emocionada.

—Pero si a ti nunca te importa como acaben mis partidos —bromeó—, ¿cómo es que hoy te interesas?

—No sé; me habré contagiado por los demás. —Le dio el último beso a través de la ventanilla—. Te quiero, Daniel.

—Y yo a ti, pequeña.

Se alejó de su casa y se sintió fuerte e invencible, como Eva conseguía hacerlo sentir.

Eva no quería quedarse encerrada todo el día en la casa bajo la continua vigilancia de Mariló. Sin olvidar sus obligaciones, se aseguró de que todos los dormitorios y los baños estuvieran en condiciones y, tras un tenso almuerzo del que apenas disfrutó, recogió la cocina y, aunque el día no era muy agradable, convenció a David y juntos se fueron a dar un paseo por los alrededores acompañados de Pelé. Ambos se relajarían de la tensión nerviosa que sufrían; David previa al partido de esa tarde y ella por la mirada inquisidora e inquietante de Mariló. Cuando regresaron a la casa solo quedaba el tiempo justo para cambiarse y marcharse al estadio a petición de un excitadísimo David.

El ambiente en el estadio era magnífico y la tensión y la expectación se sentía en los gestos de todo el público. Desde la zona que ellos ocupaban, observaba casi todo el tiempo a Daniel, impresionada por la intensa concentración que reflejaba en su rostro.

En cuanto comenzó el encuentro, su silla se agitaba constantemente por las reacciones impetuosas de Luis y David entre quienes estaba sentada y, por lo que oía de todos, Daniel estaba jugando un excelente partido.

Transcurrida la mitad del primer tiempo, Daniel avanzaba imparable desde el centro del campo, sorteó a un par de rivales, dio un pase en profundidad hasta el borde del área sorprendiendo a la defensa y su compañero desmarcado solo tuvo que chutar a gol. El graderío se venía abajo, y los aficionados que los rodeaban felicitaban a los hermanos de Daniel por su magnífica jugada. Pero el equipo rival marcó a los pocos minutos para empatar el encuentro y provocar de nuevo la tensión en el estadio que rugía incansable animando al Real Madrid.

A pocos minutos del final se produjo una falta fuera del área grande, a unos cinco metros de la línea blanca que la delimitaba y se prepararon para realizar su lanzamiento Daniel y otro jugador. Eva recordó lo que le dijo Daniel cuando pateó su puerta por segunda vez y sonrió. Quizás la lanzara. Escuchaba a Luis y a Fran discutir sobre quién lo haría. Lo hizo Daniel y el Bernabéu se venía abajo cuando el balón entró justo por la escuadra, inalcanzable para un impotente portero que permaneció arrodillado en el césped lamentándose de su incapacidad.

Cuando Daniel se liberó de la maraña de cuerpos que se le vino encima al felicitarlo, alzó un brazo señalando el cielo y la otra mano se la llevó al corazón, luego besó el anillo que le había regalado Eva.

—¿Por qué hace esos gestos? —le preguntó extrañada a Luis aunque creía entender el significado del segundo.

—Daniel dedica los goles que marca a mis padres; imagino que la segunda dedicatoria es para ti. —Eva se ruborizó.

Nerviosa y emocionada, esperaba la salida de su novio acompañada de los demás en la zona vip mientras tomaba un refresco, rodeados por parte de la directiva del club y algunos invitados de otros jugadores. *“Dios mío —se decía impresionada—, Daniel se ha convertido en el héroe del partido, los niños soñarán con él, los adolescentes como Juanjo querrán llevar la camiseta con su nombre, los jóvenes envidiarán su estilo de vida de jugador rico y famoso y ahora será el centro de atención de cualquier lugar donde*

*vayamos. Voy a morir de vergüenza; espero que no se le ocurra presentarme a nadie. ¿Qué pinto yo a su lado? ¿Quién soy yo? Ahora sí que me siento como me definió Mariló, la chiquilla pobretona, insignificante y simple. Tengo que inventarme una excusa y marcharme a casa porque soy incapaz de enfrentarme a esto. Pero Daniel no lo consentirá. Valor, Eva, esta es tu realidad —se infundía a sí misma—, recuerda que te has comprometido con él y debes aprender a estar a la altura de sus circunstancias que son y serán las tuyas. Vamos, relájate y sonríe; Daniel solo es un hombre que juega bien al fútbol y que te ama”.*

Eva no encontró tranquilidad hasta el almuerzo del día siguiente cuando por fin se quedó a solas con su novio.

—Adoro a mi familia, pero necesitaba tranquilidad. —Eva lo miró expectante esperando una explicación—. Me gusta desconectar del fútbol cuando salgo del estadio y ellos apenas me lo han permitido. Además, me encanta estar a solas contigo, cada día más. —La abrazó por la cintura, la acercó mucho a su cuerpo y la atrapó contra el frigorífico—. Tú sí que consigues que olvide la rutina.

—Me alegro de hacer algo bueno por ti.

—Todo lo que haces es fantástico para mí —contestó cariñoso y tan humilde que logró impresionarla con la sinceridad que transmitía en sus palabras.

—¿Damos un paseo con Pelé? No quiero hacer nada más por hoy —le decía tras acabar de recoger la cocina—. Mañana comienza mi verdadero maratón de estudio. Ya no podré parar en tres semanas. —Resopló agobiada.

—De acuerdo, vamos —respondió él deseando satisfacerla.

## Capítulo 13

Daniel sabía lo importante que era para ella conseguir sus propósitos y procuraba no molestarla cuando se encerraba en el estudio durante horas, pero también la veía esforzándose por cumplir con su trabajo y eso le afectaba cada día más.

—Eva, ¿por qué no me dejes que te ayude en esto? Vamos a buscar a otra persona, a Sofía, por ejemplo. —Eva torció el gesto—. ¿Cuántas horas dormiste anoche?

—Cuatro.

—Y llevas así... ¿Cinco días? Podrías levantarte más tarde y ocuparte nada más de la cocina. Eso no te lo perdonaré, te pague o no. Pero sí podemos contratar a alguien para que se encargue de la limpieza.

—¿Y de planchar tu ropa? No te gusta que lo haga otra persona. Lo haré yo mientras pueda. Ya sabes que necesito mi sueldo.

—No lo necesitas; a ver si te enteras de una vez. —La desesperación de Daniel se hizo evidente—. Esto tiene que acabar, Eva. ¿Crees que no me importa lo que piensen tus padres de mí por ese asunto? ¿Que no se preguntarán con qué clase de hombre se va a casar su hija? Porque yo me lo preguntaría y me parecería un aprovechado.

—Serías un aprovechado si no me pagaras —le respondió tranquila para evitar que la discusión la alterase y le impidiera concentrarse en el examen que tenía esa misma tarde.



—Y te estás matando a trabajar cuando podrías dedicarte solo a estudiar y a cocinar, que ya es bastante.

—Cada uno debe cumplir con sus obligaciones y ahora, por favor, dejemos este asunto. Tengo un examen importante dentro de tres horas y no quiero distraerme pensando si estás enfadado o no.

Daniel suspiró y se tranquilizó; no deseaba perjudicarla en ese momento.

—Está bien. ¿Te apetece que salgamos esta noche a cenar después de tu examen? Así te despejas un rato y no tienes que preparar nada.

—De acuerdo —consintió la chica por no despreciar su oferta y provocar con ello otra discusión—. Pero regresamos temprano.

—Cuando te apetezca. Cenaremos en La Broche. Te gustará.

De vuelta a casa, tras una cena deliciosa en todos los sentidos que pudiera serlo, Eva se quedó dormida en el coche. Había disfrutado de la comida, del vino, y sobre todo de la compañía de Daniel de quien cada día estaba más enamorada por el modo tan extraordinario que la necesitaba, la amaba, la deseaba, la mimaba, la cuidaba, incluso, el mayor vago del mundo en su propia casa, la ayudaba en la cocina porque sabía que estaba agobiada con los exámenes.

—Vamos, pequeña —la despertó con un beso en la frente—. Hemos llegado. Eva intentó salir del coche, pero no se había dado cuenta de quitarse el cinturón y Daniel se rio por su despiste, aunque en el fondo se preocupaba al verla tan cansada y se desesperaba por su cabezonería. La condujo de la mano hasta el dormitorio y ella se dejó caer sobre la cama como un peso inerte.

—¿Puedo soltarte o necesitas que te ayude a desnudarte? —bromeó—. Y lo digo en serio. En mi proposición no hay ni una gota de lujuria.

—Acabas de espabilarme. —Se tumbó en la cama y lo miró a los ojos para ofrecerle la más provocativa de sus sonrisas—. Empieza por las botas. —Alzó una pierna y la mantuvo en el aire.

Daniel, excitado por la inesperada petición de Eva, tragó saliva sin dejar de contemplarla, se quitó la chaqueta y empezó a llevar a cabo el deseo de la

chica.

—Creo que estas divertidas medias las voy a dejar para el final. —Eva se había puesto unas medias de lunares que le daban a su serio vestido azul un toque muy juvenil—. Tengo que verte solo con ellas.

Admirado del resultado una vez hecho realidad su propósito, la contempló sin poder hablar. Eva gateaba sobre la cama de una forma tan seductora que lo deslumbró mientras Daniel observaba cómo retiraba la colcha y se sentaba en el centro del colchón; entonces le pidió a un Daniel embelesado que se acercara flexionando un par de veces el dedo índice, sin borrar una sonrisa provocativa y sensual de sus labios, con su larga melena que le cubría los pechos.

—Eres tan hermosa, Eva. No sabes lo afortunado que me siento por tenerte conmigo. —Se tumbó a su lado y se dejó llevar por el desenfreno que su novia le había provocado.

Echó de menos el cuerpo cálido de Eva a su lado y se despertó sobresaltado. Una tenue luz provenía del estudio. Miró la hora y eran las seis y veinte de la mañana. Se levantó y encontró a Eva dormida sobre un cuaderno y con un bolígrafo aún en la mano.

—Vamos a la cama, pequeña. —La chica se espabiló y, sin protestar, se aferró al cuerpo de Daniel y se dejó guiar hasta el dormitorio.

Daniel la arropó, desconectó la alarma de su móvil, se acostó a su lado y la abrazó sobre su pecho como a ella le gustaba dormirse desde que lo hacían juntos. Daniel peinaba su larga y frondosa melena con los dedos mientras se dormían.

—¿Te molesta? —le preguntó susurrando.

—Hmmm —respondió Eva y Daniel sonriendo satisfecho continuó acariciando su pelo porque lo relajaba tanto como a ella.

Se despertó con las caricias y los besos que Daniel repartía por su espalda y sus hombros.

—¿Ya te vas? —preguntó somnolienta al verlo vestido—. Me he quedado

dormida. Lo siento, Daniel. ¿Has desayunado?

—Acabo de llegar de entrenar —le dijo sonriendo—. Tengo el placer de informarte que pasan unos minutos de la una.

Eva dio un respingo y cogió su teléfono de la mesita de noche.

—No puede ser. ¿Desconectaste mi alarma? —preguntó a punto de llorar al darse cuenta de las horas de trabajo que había perdido y que no sabía cuándo recuperaría—. ¿Por qué lo has hecho? —Comenzó a mostrarse más enfadada.

—Estabas agotada, Eva. Lo necesitabas y hoy no tienes ningún examen. Ahora rendirás más. La casa sobrevivirá un día sin limpiarse. Pero mi estómago no lo hará sin comer. Así que, ¡levanta, holgazana! —le ordenó divertido—. Prepárame el almuerzo. O quizás nos quedemos un rato más en la cama y luego pediremos unas pizzas —le propuso tentador.

—No. Al menos déjame prepararte la comida.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida, arregló el dormitorio y fue a la cocina dispuesta a relajarse y a disfrutar preparando la comida de los dos.

—Perdona que insista, pero me niego a que continúes a este ritmo. Es una locura innecesaria —afirmó serio—. Y además, me dejas en mal lugar, lo que me hace sentir peor. —Eva no quería entablar una discusión y optó por escucharlo sin contestar—. Solo llevas dos semanas de exámenes y te quedan dos o tres más; aunque sea durante ese tiempo, te lo ruego, permíteme ayudarte del modo en que puedo. Habla con Sofia y tú te encargas de organizar su trabajo; en vez de un día, que venga al menos tres. Te prometo no protestar por su forma de planchar —añadió sonriendo e intentando convencerla.

—Lo pensaré, te lo prometo —respondió por no preocuparlo y Daniel le creyó.

Durante las semanas siguientes, Sofia acudió a la casa lunes, miércoles y viernes, aliviando parte de la tarea de Eva, lo que le dejaba más tiempo libre

para estudiar. Daniel se alegró pensando que por fin la chica entraba en razón y le permitía ayudarla.

—¿Cuándo has quedado que tengo que pagarle a Sofía? —preguntó a la hora del desayuno después de saludar a la mujer. Eva le ocultó que ya le pagaba ella de su propio sueldo—. Me gustaría que se quedara habitualmente.

—No, solo mientras yo esté de exámenes. —Daniel la miró serio enarcando la ceja izquierda—. Después no la necesitaré; puedo apañarme.

—¿Has pensado en algún momento que esta es mi casa y que me gustaría hacer las cosas a mi manera?

—Si me dejas sin trabajo tendré que buscarme otro.

—No me amenes, Eva. —El tono de su voz la amedrentó—. ¿Entendido?

—No es una amenaza; es una realidad —susurró sin perder convencimiento—. Necesito ganarme la vida.

—Lo que necesitas es tiempo para estudiar. Ya gano yo suficiente para los dos. —Eva lo miró escandalizada—. Y cuando acabes tu máster buscas el trabajo adecuado a tus necesidades.

—No te atrevas ni a pensarlo Daniel. Eso es asunto mío.

—Pequeña, vas a casarte conmigo dentro de cinco meses y te convertirás, además de en mi dueña —sonrió satisfecho—, aunque ya lo seas, en la dueña de esta casa y de la mitad de mi dinero. Compartiré contigo mi vida y mi buena fortuna.

—Sobre eso también tendremos que hablar. —Daniel la miró expectante temiendo una nueva y discutible proposición—. Antes de casarnos quiero firmar una separación de bienes gananciales o como se llame a eso de que cada uno se quede con lo suyo. —Daniel se rio aunque comenzara a irritarse—. Si algo sale mal no quiero que te quedes con la mitad de mi fortuna —bromeó y aunque Daniel sonrió con su broma, Eva tardó en percibir que esa sonrisa estaba plagada de ironía—. No me mires así, Daniel. Recuerda lo que le ha pasado a Rafa; a pesar de que yo piense que lo merezca —murmuró sonriendo—, él es quien ha ganado todo ese dinero, ha luchado y trabajado

tanto como tú y ahora su mujer, quien ha vivido como una verdadera princesa durante todos esos años no tiene suficiente con llevarse a su hijo que se quedará también con la mayor parte de su fortuna.

—¿Y temes que eso nos suceda a nosotros?

—Nunca se sabe.

—¿Hablas por ti o por mí? —Eva emitió un suspiro con el que expresaba su desesperación.

—Hablo por los dos, Daniel. Eso le puede pasar a cualquiera; cualquiera puede cometer un error. Fíjate bien en nosotros; yo solo tengo veintitrés años y puede que la mitad de mi cabeza aún esté hueca.

—Tú naciste con la cabeza perfectamente amueblada.

—Ya —exclamó incrédula—. Y tú y tu vida de mujeriego, ¿quién no me dice que te cansarás de mí antes de un año y quieras continuar con tu ritmo de antes?

—Con más motivos, debería ser yo quien te exigiera que firmaras la separación de bienes. Pero como me resulta una inmensa falta de fe en nosotros y en mi confianza en ti, no lo haré. No firmaré nada. Quedará en manos de tu conciencia.

Eva se levantó de la silla muy alterada.

—Eres el mayor cabezota que he conocido en mi vida.

—No me extraña, eres demasiado joven y, afortunadamente para mí, has conocido a pocos hombres.

—Se lo diré a tus hermanos y ellos te convencerán para que hagas lo que debes. Solo hace seis meses que me conoces. Si casarse dentro de otros tantos me parece una locura, dejar la mitad de tu fortuna en mis manos es una prueba evidente de tu enajenación mental. —Daniel soltó una carcajada.

—Eva, si me dejas me romperás el corazón y me matarás. ¿Para qué querré el dinero?

—Para empezar una vida con otra mujer cuando te recuperes de mi pérdida.

— Daniel se enfureció al ver la poca trascendencia que Eva daba a sus

sentimientos y a sus palabras.

—Ya está bien —su grito provocó un respingo de la chica—. Has podido comprobar cómo cuido de mi familia y comparto con ellos gran parte del dinero que gano porque es de las pocas cosas de la vida que me hace feliz. Reconozco que soy muy afortunado materialmente, pero he sufrido la pérdida de mis padres y, en ningún momento, mi fortuna me lo ha compensado. ¿Crees que el dinero que tengo me sirvió cuando mi madre enfermó de cáncer? Tardó tres meses en morir en manos de los mejores médicos del país. Ni tampoco me valió de nada cuando mi hermano Luis me llamó una mañana contándome que mi padre había muerto en un accidente de tráfico por culpa de un conductor despistado y una ambulancia que tardó una hora en llegar al lugar del suceso. —Eva lo escuchaba angustiada—. Preferiría tener un sueldo como cualquiera y pasar apuros para llegar a fin de mes si a cambio los viera envejecer, reunirme en su casa los domingos a la hora del almuerzo y hacerlos abuelos, el sueño de mi madre —reconoció dolido y se calló un instante—. He vuelto a tener un golpe de suerte en mi vida; la desgracia económica de tu familia ha resultado mi fortuna porque te ha conducido hasta mí y me has traído una segunda oportunidad de alcanzar la felicidad en mi vida. Así que hazme el favor de no mencionar más ese asunto del maldito dinero y ni se te ocurra comentarlo con mis hermanos.

Un críptico silencio embargó el ambiente hasta que Eva fue capaz de hablar.

—Daniel, ¿te das cuenta de que a veces hablas como si tú fueras la única persona en esta relación?

Daniel la miró sorprendido y no supo qué contestar.

—Admiro tu generosidad y comprendo los motivos que te llevan a actuar de este modo. Pero tienes que hacer un esfuerzo por comprender mi situación. No voy a ser como la mujer de Rafa. No voy a esperar a que me conviertas en una princesa porque eso ni es real ni es lo que yo deseo. Adoro ser independiente y, como tú bien sabes, la realidad, la vida es dura y cruel y yo quiero estar preparada ante lo peor que pueda ocurrirme.

—¿Vas a vivir conmigo pensando en que te voy a dejar o en que nuestra relación no tiene futuro?

—No. Confío en ti y en tus promesas. Pero eso no quiere decir que la vida se acabe con nosotros en esta casa, entre estas paredes. La vida está fuera y puede sorprenderte en cualquier momento. Tú lo has aprendido a través de las peores experiencias, yo me considero más afortunada y solo se trata de la precaria situación económica de mi familia. Me has conocido trabajando en lo único que había encontrado, sin poder aspirar a nada más porque las circunstancias laborales del país son patéticas y porque mi familia es humilde y no tiene contacto alguno que pueda ayudarme a conseguir algo mejor. Pero yo no me he quejado, ni me he compadecido, ni ante mi familia, a la que no considero culpable de la situación en que me veo, ni ante ti, ni ante mí misma; me he limitado a trabajar y a sobrevivir honradamente, esforzándome cada día, luchando por alcanzar mi ambición.

—Te admiro, pequeña, y lo sabes —replicó más tranquilo, reconfortándola y reconfortándose en un fuerte abrazo—. Pero ahora, igual que yo me siento afortunado por haberte encontrado, tú deberías sentirte afortunada porque ya no necesitas esforzarte de ese modo tan extraordinario y puedes dedicarte solo a tus estudios. Deseo ayudarte en todo lo que pueda, aunque sea compartiendo contigo mi maldito dinero.

—No me lo pidas, Daniel, por favor. —De repente las palabras de Mariló retumbaron como un eco en la cabeza de Eva: “Pobretona, simple e insignificante chiquilla”—. Permíteme mantener mi dignidad.

Daniel suspiró demostrando su desesperación.

—Estás abusando de mi paciencia, Eva, reconócelo. Y no me queda mucha más, sobre todo si solo es por cuestión de dinero.

—No se trata de tu dinero, se trata de mi dignidad.

—Tu dignidad es mi indignidad. ¿No lo entiendes? —Eva se sorprendió ante la réplica de Daniel; nunca lo había visto desde su punto de vista y comprendía que tenía parte de razón, pero prefirió no continuar discutiendo y

dio por terminada la conversación.

—Dejémoslo por ahora. Aún me quedan tres exámenes muy complicados.

Eva estaba en la facultad esa mañana haciendo su último examen cuatrimestral cuando Daniel llegó a casa decidido a hablar con Sofía.

—Me gustaría que se quedara trabajando en mi casa; no sé si Eva le ha comentado algo. —Sofía hablaba poco con Daniel y por ello la trataba con cierta distancia y respeto—. Podría venir todas las mañanas, ya se pondría de acuerdo con Eva en cuanto al horario, y no tendría que encargarse de la cocina.

La mujer parecía encantada con la nueva proposición laboral, si bien le extrañó porque Eva no había mencionado la posibilidad de continuar, pensó que se le habría pasado ocupada como estaba estudiando y encargándose de todo lo relacionado con Daniel, habitaciones, ropa y comida. Y cuando mencionaron la parte económica del trato, el hombre se sorprendió al saber que Eva le había pagado todos los días que había trabajado durante el mes de febrero.

Por primera vez desde que vivía en casa de Daniel, Eva lo encontró repasando facturas y tickets delante de la caja donde dejaba el dinero asignado a los gastos de compra y parecía bastante irritado. Ni siquiera se interesó por cómo le había salido el examen.

—¿Ocurre algo, Daniel? —le preguntó preocupada al acercarse y besarle en la mejilla—. ¿Falta dinero?

—No, no falta dinero y eso es lo que me extraña —contestó con frialdad y mirándola exigente—. ¿Le has pagado a Sofía?

—Sí —respondió susurrando porque en ese momento se sintió acorralada.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Del mío —confesó sin mirarlo—. Ha venido a ayudarme a mí. No te correspondía cargar con ese gasto.



—Me lo temía. —Se levantó con brusquedad de la silla y se dirigió a la cocina a beber un vaso de agua seguido por Eva que esperaba angustiada su condena—. Lo sospechaba, pero necesitaba asegurarme de lo orgullosa, obstinada y cabezota que puedes llegar a ser. —Se bebió el vaso de agua de un trago largo mientras Eva se retorció los dedos y continuaba a la espera. La miró tan serio que logró que la chica avergonzada bajara la cabeza—. Mírame, Eva —le exigió—. ¿Sabes cuánto dinero gano? —Eva negó con un gesto rápido—. En un mes, entre mi sueldo en el club, las primas de la selección y la publicidad, lo normal es que ronde el millón de euros. —Eva lo miró asombrada—. ¿Es ostentoso? Tal y como está la economía de este país y lo mal que lo están pasando muchas personas, como sucede en tu casa, resulta hasta vergonzoso. Tu padre no ganaría eso en toda su vida. Y seguro que él sabe cuánto puedo estar cobrando, al igual que tu hermano; a los muchachos de su edad les encantan soñar con alcanzar nuestro nivel de vida. Dinero, coches, mujeres, fama... Es envidiable, ¿verdad?

—Lo imagino —murmuró ella intimidada por el modo en que le hablaba.

—Y tú te empeñas en avergonzarme ante tu familia, no solo por permitir que trabajes para mí, ahora además pagas de tu sueldo a la única ayuda que yo creía ofrecerte.

—He hecho lo que debía. Me comprometí con este trabajo y no puedo echarme atrás por los exámenes.

—Está bien, Eva. Hasta aquí ha llegado esta situación —la cortó con brusquedad—. Hoy he hablado con Sofía y vendrá de lunes a viernes de nueve de la mañana a dos de la tarde. Vivirás aquí, cuidarás de esta casa y de mí igual que hasta ahora, me encanta como lo haces y sabes que soy muy feliz porque consigues convertirla en un verdadero hogar. A cambio permitirás que te ayude, sin discutir. Tendrás una cuenta para tus gastos y tus estudios y funcionaremos como una pareja normal.

—Una pareja normal —replicó susurrando con timidez—, al menos las que yo conozco comparten sus gastos, el alquiler, la comida...

—Bueno, nosotros compartiremos todo menos el dinero porque, y métetelo de una vez en esa dura cabezota, me sobra.

—No eres mi dueño, ¿te enteras? —replicó enfadada— Y no permitiré que me pagues por acostarme contigo. La mirada que le dirigió Daniel consiguió amedrentarla. Le recordó a las que había visto en el pasado y deseó no verla más.

—Dime que no lo has dicho en serio, Eva.

El enfado de Daniel era evidente y no ocultó su rabia.

—Soy así, Daniel, no soporto que me mantengas. Y tú no dejas de insistir. No lo permitiré. Tendré lo que gane con mi trabajo y si no lo aceptas dímelo ahora mismo porque no continuaré contigo.

—No me amenes, Eva. Tienes esa costumbre y recuerda que soy tan orgulloso y testarudo como tú. —Se enfrentaron con sus miradas obstinadas hasta que Daniel habló más relajado—. Sofía se queda, tú te encargas de organizar la casa y cocinar, de eso no te vas a librar —añadió de mejor humor—. Y te pagaré porque realizas un trabajo y yo no soy ningún aprovechado. ¿De acuerdo, Eva?

Eva se sintió acorralada y aceptó el trato sin estar convencida.

Durante el almuerzo Daniel le comentó que en dos semanas se presentaba su libro y lo importante que sería para él que lo acompañara a todos los actos que tuviera que asistir.

—Entonces debo ir a mi casa. Seguro que será un acontecimiento bastante mediático y no quiero que mi familia sepa de nuestra relación a través de los medios de comunicación.

—El sábado que viene juego en Mallorca. Vete a casa y háblale a tus padres de una vez de mí y de nuestro compromiso —le exigió en tono cansino.

—¿Por qué me lo dices en ese tono? —Una intensa angustia la invadió al presentir el cansancio de Daniel.

—Porque te comportas como si lo nuestro fuera algo vergonzoso y ya no lo soporto. No entiendo qué le encuentras de malo.

Eva intuyó que la paciencia de Daniel se había agotado y en parte lo entendía en un hombre como él, orgulloso y arrogante, acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Qué sucede, Eva? ¿No te sientes segura? ¿Por nosotros o por tus padres?

—No lo sé, Daniel. Contarles a mis padres lo que ha sucedido entre nosotros, enseñarles mi anillo y decirles que en verano me casaré contigo... ¿No te parece que soy demasiado joven y que esto va muy rápido? Es lo que ellos me van a recriminar.

—Sería lo lógico; a veces pienso que eres demasiado joven, quizás porque estás estudiando, por la ilusión y la ambición que demuestras por tu futuro, por tu inexperiencia, por mi experiencia. Pero cuando te tengo en mis brazos, solo veo a una preciosa mujer de la que estoy enamorado y de la que no quiero separarme —le habló mientras la sujetaba por la cintura e intentaba transmitirle seguridad—. Tenemos cuatro meses por delante para hacernos una idea de lo que será nuestro matrimonio; igual que ahora que vivimos juntos, una continua discusión —bromeó y consiguió que Eva frunciera el ceño para demostrar que no le hacía gracia—, espero que pronto no te importe lo que piensen los demás por vivir en mi casa, ni que te pague el máster y te mantenga, y lo que es fundamental, serás mi mujer —enfaticó en el posesivo henchido de orgullo—. Estoy deseándolo. —Observó conmovido el rostro preocupado de su novia y lo acarició con delicadeza—. Pero, si lo prefieres, puedo acompañarte en otro momento.

—No, son mis padres y debo hablar yo con ellos.

Daniel prefirió no hacerle ningún reproche más y planearon el viaje.

## Capítulo 14

Se despertaron temprano el sábado y, con desgana, deshicieron el largo abrazo en el que se habían envuelto toda la noche; debían levantarse. Daniel salía de viaje con su equipo y ella tenía que contarles a sus padres sobre sus planes de boda.

Esa mañana se quemó con la cafetera, derramó el zumo y se le chamuscaron las tostadas. Daniel percibía su ansiedad y se preocupaba por ella.

—No vayas sola, Eva. Espera a que yo pueda acompañarte.

—No; tengo que hacerlo yo; son mis padres.

—Estás muy nerviosa. ¿Crees que podrás conducir en este estado? Estaré muy preocupado hasta que me llames y me digas que has llegado bien.

—Conducir me relaja. Vete tranquilo.

—¿No les molestará a tus padres que lleves a Pelé? Puedes dejarlo aquí.

—No; me hará compañía en la carretera. Además, así conocerán algo de ti.

— Sonrió burlona—. Tu parte animal.

—Nunca mejor dicho —contestó riéndose.

—Aunque Pelé es doméstico y tú eres un salvaje.

Después de incontables besos, consejos sobre seguridad y precaución en la carretera y que Daniel le aconsejara una vez más sobre lo que debía decirle a sus padres, cada uno salió del garaje en un coche y en distinta dirección.

Aparcó y, tal como había prometido, envió un mensaje a Daniel en el que le decía que habían llegado bien; se bajó del coche y se dirigió a su casa cargando con su maleta mientras un nervioso Pelé tiraba de ella.

A los padres de Eva les impresionó el V70 que conducía su hija y aunque entendían que se hiciera cargo del perro, la actitud nerviosa de la chica, siempre tan tranquila y serena, comenzó a preocuparlos. Pero nunca habrían imaginado la noticia que les dio sentados a la mesa a la hora del almuerzo.

—Tengo que contaros algo muy importante.

—¿No irás a dejar los estudios sin acabar? —preguntó su madre como una regañina—. Ni se te ocurra hacerlo, Eva. Terminarás aunque tenga que pedir trabajo de puerta en puerta.

—No tiene que ver con mis estudios, mamá. No es nada malo, aunque te va a sorprender y a preocupar. Te conozco bien. —Miró a su padre y a su hermano un instante—. ¿Mamá no os ha dicho quién es mi jefe?

—Un tal señor Álvarez. Si mal no recuerdo —explicó el padre.

—Sí. Es Daniel Álvarez.

—¿Daniel Álvarez? ¿El jugador del Madrid? —Los ojos de Juanjo se abrieron como platos—. ¿Por qué no me lo dijiste? Podías traerme su camiseta o un balón firmado.

—Por eso mismo no te lo dije, Juanjo. Daniel es muy reservado, valora su intimidad y me pidió que lo supiese el menor número de personas posible, por su bien y por el mío. —Eva no pudo continuar; un nudo se agarró con fuerza a su garganta y no se aflojaba por más que tragaba.

—¿Y va a despedirte? —preguntó su hermano extrañado.

—Sí —respondió Eva susurrando—. Está deseando despedirme; y lo hará muy pronto. Antes de que nos casemos. —Ninguno abrió la boca. La miraban inmóviles pensando que se trataba de una broma extraña.

Eva se limitó a extender su mano hasta el centro de la mesa para mostrar su precioso anillo que captó la atención de los tres.

—Nos hemos enamorado —contaba con naturalidad pero muy nerviosa—.

Oficialmente, aunque solo lo saben sus hermanos, soy su novia y vamos a casarnos este verano. —Suspiró aliviada—. Ya lo he dicho. Quería que fueseis los primeros en saberlo, pero no podía distraerme durante los exámenes.

Los observaba a los tres mientras permanecían mudos, pasando sus miradas del anillo a la cara de Eva.

—¿Es un diamante? —pudo preguntar el hermano.

—Sí, platino y diamantes.

Se escuchó un silbido de asombro proveniente de Juanjo.

—Había un modelo parecido en la joyería; lo vi cuando tuve que ir a ajustármelo. Valía más de siete mil euros y no era de platino —contó Eva susurrando con timidez después de pedirles que cerraran la boca.

—Desde cuándo, Eva. ¿Por qué no me lo has contado antes? —preguntó la madre aún asombrada tras un tortuoso silencio—. Durante las vacaciones de Navidad te comportabas de un modo extraño y sospechaba que te ocurría algo más que una simple relación que comenzaba.

—Porque no estaba segura de lo que hubieseis pensado sobre nosotros, dada la situación en que nos hemos conocido. No soy tonta, mamá; tal vez algo ingenua y sabía que te preocuparía. Daniel me puso el anillo en el dedo a finales de enero.

—¿Tienes un novio de treinta años? —interrumpió su hermano como si eso le provocara, no solo asombro, sino también algo de repugnancia. Sus padres intercambiaron una mirada en ese momento llena de temores.

—Eva, hija —continuó la madre nerviosa con un verdadero interrogatorio que no sorprendió a la chica—, ¿estás segura? ¿De verdad que has aceptado casarte este verano?

—Probablemente a primeros de agosto.

—No faltan ni cinco meses y lo conoces desde septiembre. —Pilar no ocultaba su inquietud—. ¿Y ese máster tan necesario para tu futuro? ¿Ya ha dejado de ser importante para ti?

—Por supuesto que no. Seguiré estudiando; Daniel insiste más que yo en que continúe con mis planes. Él ha estudiado psicología y dentro de una semana saldrá a la venta un libro que ha publicado sobre deporte, fútbol y psicología.

—Treinta años —fue lo único que comentó el padre en un suspiro con el que intentaba aliviar su preocupación—. Un hombre de treinta años novio de mi niña.

—Dile que me invite a un partido —le pidió Juanjo entusiasmado quizás pensando ya en las ventajas que le supondría el novio de su hermana.

—Pensaba que vinieras a pasar unos días a Madrid por tu cumpleaños, yo te pago el viaje, y verás el partido contra el Barcelona. Daniel me ha pedido que te invite.

—¡Uauuuuh! —exclamó impresionado—. Un Madrid-Barça en directo.

—Y nosotros, ¿cuándo lo conoceremos? —exigió la madre algo irritada.

—Daniel insistió en acompañarme, mamá. No este fin de semana porque juega en Mallorca, pero yo no quería esperar. Estaba ansiosa por daros la noticia; sabes que nunca me ha gustado guardarte un secreto y esto —se tocó el anillo con el pulgar de la misma mano— me estaba mortificando.

—Sobre todo una noticia de esta envergadura, Eva. No nos estás contando un simple “estoy saliendo con un chico”. Creo que no te he educado para que me ocultes algo tan importante.

La madre, molesta y decepcionada, se levantó de la mesa, retiró algunos platos y se dirigió a la cocina. Eva entendió que era una señal para continuar hablando con ella y la siguió con intención de hacerlo.

Solo se oía el sonido de los platos y los cubiertos cayendo en el fregadero con algo de brusquedad.

—¿Qué es lo que te preocupa, mamá?

La madre la miró un instante y Eva pudo leer la angustia en su rostro.

—Todo, Eva. Me preocupa todo. —Inspiró aire y comenzó a relatarle la lista de sus inquietudes—. Me preocupa que hayas estado sola en casa de ese hombre, guapo y rico y sabe Dios las artimañas que habrá usado para

conquistarte. —Eva la escuchaba con la cabeza gacha—. Me preocupa que se haya encaprichado contigo, una chiquilla inocente e ingenua y fácilmente impresionable y que cuando se canse de ti, te abandone como habrá hecho ya con tantas mujeres y entonces te partirá el corazón. Porque, no lo conozco, pero un hombre de su edad y de su posición, que esté aún soltero... —Pilar dudó un instante en continuar, pero se trataba de su hija y temía por ella—. O es un mujeriego o sabe Dios el carácter que tendrá. —Eva le ocultó que Daniel reunía los dos grandes defectos que su madre intuía.

Pilar le tomó el rostro entre las manos y miró a los ojos de Eva con los suyos llenos de lágrimas. —Eres preciosa, cielo, y enamorarías a cualquier hombre, pero también eres demasiado joven para pensar en bodas, aunque sea con un príncipe azul, famoso y millonario.

Eva no se enojó después de escuchar las suposiciones de su madre porque las esperaba; Pilar estaba enfadada por haber llevado su relación con Daniel con tanto secretismo.

—Mamá, Daniel me ama, te lo aseguro y te convencerás de ello en cuanto lo conozcas. Es un cabezota, casi tanto como yo, y un gruñón guapísimo, con muy mal genio. No te equivocas en lo de su mal carácter. Pero me quiere mucho.

—¿Y tú? ¿Estás segura de lo que sientes por él? ¿De poder llevar una vida en común? —Eva se ruborizó—. Ya lo imagino. —Suspiró—. Vivís juntos, ya lleváis una vida en común. ¿Estarás teniendo cuidado? —Y el tono exigente de la madre provocó de nuevo el color rojizo en las mejillas de la chica que se reflejó rebotando en el de la mujer—. Tienes que acabar tus estudios, Eva.

—Por supuesto, mamá. Y no dudes de que esté enamorada de él. Cada día lo quiero más.

—Pretendías compararlo con Adrián. ¿Por eso saliste con él en Navidad?

—No. Salí con él para decirle que no me esperara más y que continuara con su vida. Me llamó a menudo durante el otoño. No pretendía hacerle daño y él comprendió que yo ya estaba enamorada de otro; me lo dijo, de algún modo lo averiguó.



—Y eso de que trabajes en su casa... ¿Te sigue pagando tu sueldo?

—Eso... me avergüenza. Daniel no quiere que trabaje para él, solo que le cocine —sonrió orgullosa—; quiere pagármelo todo, mis estudios, mi máster. Por ahora lleva bien mi negativa, pero es muy impaciente y no creo que aguante mucho esta extraña situación. Estoy buscando otro trabajo que estoy segura me costará el divorcio antes de casarme. —La madre soltó una carcajada nerviosa.

—Necesito conocerlo, Eva. No me quedaré tranquila hasta que vea cómo se porta contigo, cómo te mira y cómo te trata. Entonces me haré una idea de sus sentimientos hacia ti. No pretendo comparar, cielo, solo intento que me entiendas, pero Adrián es un muchacho fabuloso y era evidente que te adoraba y te respetaba. ¿Qué os pasó, Eva? —le preguntó nostálgica—. Tú también estabas enamorada de él.

Eva sonrió desganada y la miró con un gesto irónico en su rostro.

—Muy curioso. Cuando empezó a hablar de vivir juntos porque él había terminado el proyecto, me entró pánico por unirme a un hombre siendo tan joven, no podía pensar en perder mi independencia. Ahora es lo que más deseo, aunque ya viva con Daniel, no querría dejar de hacerlo por nada del mundo. Se ha convertido en lo más importante de mi vida; justo lo que me separó de Adrián.

—Está claro que no sería para ti. Que te esperaba este hombre en su gran casa de Madrid para contratarte como asistente —profetizó la madre más tranquila—. Y ahora...

—En cuanto Daniel tenga unos días más relajados iréis a Madrid a conocerlo — la interrumpió Eva mostrando una actitud más optimista—. Él tiene tanto interés como tú en que vayáis. Dentro de un par de semanas que vaya Juanjo, como regalo de cumpleaños.

La noticia ya se había asimilado y tras ello todo eran preguntas que Eva

respondía paciente, sobre todo a Juanjo.

—¿Puedo contarle en el instituto?

—Lo menos posible, Juanjo. No quiero que estén dándome la tabarra en el pueblo cada vez que venga.

—No te preocupes, si no enseño pruebas evidentes de lo que digo nadie me creerá, o pensarán que exagero. Cuando vuelva de Madrid con la camiseta de Daniel daré la noticia.

—Tendremos que contárselo a la familia, Eva —le advirtió el padre—. A ver si se van a enterar por la tele o por la calle.

—Vale, contadlo, pero solo que somos novios. Hasta que no conozcáis a Daniel no quiero que habléis a nadie de boda. Y por favor, no digáis que trabajo en su casa; eso molestaría a Daniel, estoy segura.

Daniel leyó el mensaje que le había enviado Eva en cuanto pudo encender su iPhone al bajar del avión en el aeropuerto de Mallorca. Estaba ansioso por conocer la reacción de los padres de su novia. Si eran como él los imaginaba después de escuchar a Eva hablarle de ellos, exageradamente responsables y protectores, estaba convencido de que no les parecería bien que su hija se casara tan joven y sin acabar sus estudios. Pero Eva se había convertido en el motor de su corazón; ella lo contagiaba con esa energía vital que desprendía de cada poro de su piel y, después de una jornada del trabajo que tanto comenzaba a hastiarle, la necesitaba a su lado para continuar adelante. Por fin había conseguido un hogar en el que refugiarse del resto del mundo porque ella estaba allí, la persona con la que estaba dispuesto a compartir su vida. Por eso no quería esperar más de lo necesario a convertirla en su mujer; había probado cómo sería la vida con ella y no la cambiaría por ninguno de los momentos vividos antes de conocerla. No se expondría a que esa chiquilla, tan hermosa de corazón como físicamente, anduviera libre y poniendo en constante peligro el funcionamiento del suyo recién resucitado. Daniel la amaba como

nunca había amado a nadie, la deseaba como deseaba salvar a su madre de la muerte cuando enfermó, la quería para él en el sentido más literal de la palabra y, volviendo la mirada a unos meses atrás, se daba cuenta de que fue así desde el instante en que la conoció.

El dominio que Eva tenía sobre sus emociones lo preocupaba, sobre todo cuando discutían y ella manifestaba su carácter independiente, su fuerza titánica y esa integridad emocional que tanto le envidiaba porque él había sido siempre desequilibrado e inmaduro en ese aspecto hasta conocerla. Por primera vez en su vida comenzaba a pensar que era un hombre corriente y que podía aspirar a la felicidad. El haber alcanzado un éxito rotundo a nivel profesional desde joven y el dolor provocado por la pérdida de sus seres más amados y respetados lo condujeron a una errónea y patética conclusión con la que vivía convencido hasta la aparición de Eva en su vida. No debía aspirar a obtener nada más de lo que ya había conseguido. Durante años, se conformó con no lograr un amor auténtico y sincero como del que ahora disfrutaba porque quizás ya había sido bastante afortunado.

Esperó un tiempo prudencial antes de llamarla, hasta que la inquietud que sentía ya no le permitió pensar en otra cosa.

—Hola, pequeña. ¿Cómo ha ido todo?

—Aún no acaban de creérselo y mi madre está muy preocupada; enfadada porque yo no se lo haya contado antes. Dice que no se quedará tranquila hasta que te conozca.

—Deberías haber esperado a que yo pudiera acompañarte. Eso hubiera sido lo correcto.

—O lo más impactante. Es mejor así. Ahora pueden preguntarme lo que quieran todos los días hasta que se acostumbren a que estés en mi vida.

—Tú eres la que apareciste en mi casa sin que nadie te llamara. —Se rio más relajado—. No lo olvides, entrometida. Y lo has puesto todo patas arriba.

—No has tenido tu casa más ordenada y limpia hasta que aparecí en ella.

—Eso sí que es verdad. Creo que eres una maniática del orden.

—Me pagan para que lo sea, señor exigente.

—¿Te han preguntado por ese aspecto? La verdad, Eva, consigues avergonzarme con tu cabezonería. A saber qué pensarán tus padres sobre ese tema.

—Que piensen lo que quieran. Yo también tengo que ganarme la vida.

—Ya hablaremos —replicó cansino como siempre que hablaban sobre ese asunto—. ¿A qué hora piensas regresar a Madrid?

—Después de comer; saldré sobre las cuatro; no quiero conducir de noche durante mucho tiempo. No estoy acostumbrada.

—Me parece bien; no me apetece preocuparme hasta que llegues a casa, pequeña. Te echo de menos. ¿Qué tal se porta mi chuchó? ¿Se ha comido a alguien de tu familia, algún mueble? —Eva se rio desenfadada.

—No, por ahora no. Dormirá en mi cuarto y así lo controlaré.

—Lo que daría por cambiarme por Pelé.

—¿Te gusta dormir en el suelo? —La ocurrencia de Eva provocó una carcajada de Daniel—. Lo tendré en cuenta.

—Tengo que dejarte, Eva. Nos vamos al estadio. Te llamaré esta noche.

—¿Piensas controlarme?

—Por supuesto. —Se rio—. Te quiero, pequeña.

—Buena suerte en el partido. Yo también te quiero.

Tras colgar, Daniel decidió que no continuarían con esa relación laboral que Eva se empeñaba en mantener. Se preguntaba avergonzado qué pensarían los padres de su novia sobre ello. Era capaz de ponerse en el lugar del matrimonio y le parecía lógico que no les inspirase demasiada confianza esa extraña relación. Pagarle un sueldo a su futura esposa por limpiar y cocinar para él, teniendo en cuenta que le sobraba el dinero, no resultaba nada corriente. Eva era demasiado ingenua para entenderlo y a su regreso tendrían que llegar a un acuerdo definitivo. Sonrió pensando en que no sería una

discusión; con Eva, aclarar ese asunto resultaría una auténtica batalla dialéctica.

Al atravesar la puerta del garaje y detener el motor del coche respiró profundamente y comenzó a relajarse. Durante toda la mañana había atendido a las preguntas de sus tías; su madre estaba muy unida a sus tres hermanas y las reuniones que resultaban siempre divertidas, en esa ocasión, se habían convertido en un interrogatorio de tercer grado mientras todas se acicalaban el cabello aprovechando las dotes de peluquera de la tía Luz. Desde los desafortunados repasos por la prensa del corazón que su tía Mamen había hecho, mencionando a algunas de las posibles novias que se le habían conocido a Daniel, incluso le proporcionó información gráfica gracias a la red, hasta los atrevidos consejos íntimos de su tía Luz que consiguieron ruborizarla más que en toda su vida: “Cuida tu ropa interior”. “No seas fácil, pero tampoco te hagas de rogar”. “Muéstrate distante; así despertarás su interés”. “Haces bien en tomar la píldora; es lo más seguro”; con ese logró que su madre se tapara la cara preocupada por el extraordinario cambio que intuía en la vida de su hija al unirse a ese hombre. Su tía Merche, tan práctica como siempre, fue la única que logró tranquilizarla: “Dejaos de tonterías que la estáis poniendo nerviosa. Si un tío como ese le pone un anillo en el dedo es evidente que tiene que estar chiflado por ella, así que, Eva, sigue comportándote como hasta ahora porque, por lo visto, lo has hecho muy bien. Quién lo iba a decir de nuestra pequeña Eva, se va a casar con un hombre de treinta años, guapo, rico y famoso. Estoy orgullosa de ti, cielo, pero, como dice tu madre, no te olvides de acabar tus estudios”. Esas palabras pusieron fin a un debate familiar de dos horas en la pequeña pero acogedora sala de su casa.

El coche de Daniel aún desprendía calor, así que no haría mucho que había llegado. Después de servirle a Pelé una buena ración de agua, se dirigió a la

casa con su bolsa colgada al hombro, ansiosa por verlo. Había hablado con él antes de que despegara su avión pero, con la presencia de sus tías expectantes ante la llamada, no pudo atenderlo como le apetecía. Su cuerpo permanecía aún en tensión y necesitaba el refugio y el calor de su abrazo. La casa estaba a oscuras y lo llamó. Oyó su voz a lo lejos, desde el dormitorio, y siguió su rastro sin encender la luz. Una tenue claridad salía por la puerta del baño y se asomó con excesiva prudencia.

## Capítulo 15

—¿Daniel? —preguntó con timidez.

La bañera, iluminada por la suave luz de las velas que casi la rodeaban, atrajo su atención y se quedó pasmada durante unos segundos observando la imagen que Daniel ofrecía, sonriente, relajado, sumergido en el agua hasta el pecho e increíblemente atractivo. Durante unos segundos le temblaron las rodillas y un cosquilleo recorrió su vientre.

—Hola, pequeña. Te estaba esperando. Báñate conmigo. —Eva permaneció inmóvil contemplándolo indecisa. Había leído libros y había visto películas en las que sucedían escenas como esa y nunca pensó en que pudieran hacerse reales y mucho menos ocurrirle a ella. En ese momento Daniel le estaba ofreciendo experimentarlas y le parecía una auténtica fantasía rebosante de erotismo—. Por tu cara, creo que lo necesitas más que yo.

Eva logró salir de su asombro y comenzó a desnudarse con una timidez excesiva provocada por la sorpresa; la emoción que la invadió de repente desbordó su capacidad de sentir.

—Por favor, Eva —Daniel lanzó un suspiro al aire y se removió nervioso en la bañera—, ¿tienes idea de lo sexi que puedes llegar a ser? Después de dos días sin verte... Me estás calentando sin pretenderlo.

Eva se limitó a sonreír del mismo modo, totalmente cohibida mientras se recogía el pelo en un improvisado moño alto.

—Vamos, pequeña. Entra ya —la animó ofreciéndole su mano.

Eva obedeció y se sumergió en el agua frente a Daniel. Él entendió y admiró en ese momento su pudor y entabló una conversación que la relajara y le hiciera ver la situación con naturalidad como solía conseguir.

—¿Cómo ha ido el viaje? ¿Te ha dado mucha lata Pelé?

—No. Ha estado todo el viaje dormido; ni siquiera he tenido que parar.

—¿Y tu familia? —preguntó con cierta incertidumbre mientras masajeaba uno de los pies de su novia—. ¿Cómo se lo han tomado? —Besó uno a uno sus dedos.

—Hay para todos los gustos. —Eva sonrió retorciéndose inquieta—. Me haces cosquillas, Daniel.

—¿Y eso? —Su gesto reflejaba la misma curiosidad que su tono de voz.

—Mi padre, al mirarme, ha repetido varias veces: “Treinta años. Mi niña con un novio de treinta años” —decía imitando la voz grave de su padre—. Y después resoplaba —Daniel se reía algo nervioso—; mi madre no se fía de ti ni un pelo; mi hermano está calibrando las ventajas de tenerte como cuñado y mis tres tías, te advierto, forman un pack junto a mi madre —Daniel sonrió divertido—, tienen opiniones varias y fáciles de imaginar. Mi tía Luz me ha instruido para no aburrirte en la cama y precauciones para evitar un embarazo; mi tía Mamen me ha enseñado todo el historial de tus relaciones pasadas que hay en la red —él se removió incómodo en la bañera— y mi tía Merche, mi favorita, opina, en resumen, que tengo mis méritos por haberte conquistado y que deben dejarme en paz. ¿Qué versión te gusta más?

—Sin duda, la de tu hermano. —Eva soltó una carcajada nerviosa—. Anda, ya me irás contando; ahora, ven aquí. —La tomó de una mano y la sentó de espaldas a él entre sus piernas apoyándola sobre su pecho—. Te he echado de menos, pequeña.

—Es evidente; lo noto en la espalda —contestó riendo.

—Eso solo es la prueba física de lo mucho que mi cuerpo te ha echado de menos. Mi corazón está más grande aún. —Eva soltó otra carcajada más relajada—. No sé cómo, pero voy a hacerte el amor —le susurró al oído a la



vez que la giraba sentándola a horcajadas sobre sus piernas y Eva, dejándose manejar, se agarró a su cuello—. ¿Cuándo voy a conocerlos? ¿Lo has pensado?

Eva se tomó un tiempo largo en responder hasta acabar el apasionado beso que habían empezado y que logró derretirla.

—En cuanto tengas unos días más tranquilos. Depende de ti. —Su rostro se entristeció de repente y Daniel lo recorrió a besos.

—¿Qué sucede, Eva?

—Mis padres pueden venir cualquier día porque ninguno de los dos trabaja ahora mismo. Ese pensamiento me resulta muy triste, sobre todo por lo mucho que les preocupa el futuro de mi hermano. Está sacando unas notas extraordinarias y se merece tener la misma oportunidad que yo.

—He estado pensando que no me importaría que viniera a vivir aquí mientras estudie en Madrid. —Eva dio un respingo y lo miró sonriendo.

—¿De verdad? ¿No te importaría?

—No, pequeña. Afortunadamente, nos sobra casa. Y así tú tampoco estarías tan sola cuando estoy de viaje.

—Eres muy generoso, Daniel. Y por eso te quiero tanto. —Sujetó el rostro de su novio entre sus delicadas manos y comenzó a recorrerlo con besitos suaves a la vez que despertaba un deseo incontrolable en el hombre.

—Mi hermano David vendrá para ver el partido contra el Barça dentro de dos semanas y coincidirá con el tuyo. Eva, por Dios —exigió atrapándola con fuerza—. Bésame en la boca.

Fue un beso ávido y exigente, durante el que se oyó los gemidos de ambos.

—Prefiero que mis padres vengan después. Iremos poco a poco. —Mordió la barbilla de Daniel haciéndolo gemir de placer mientras él se recreaba jugueteando con sus pezones—. Creo que podré soportarlo de ese modo. —Y recorrió la clavícula del hombre rozándola con los labios.

—¿Y puedes soportar esto? —le preguntó a la vez que la penetraba con un control asombroso sin dejar de mirar el rostro de su novia y escuchando el

gemido que brotó de su garganta—. Dime cuánto me has echado de menos.

—Más de lo que recordaba. —Sollozó excitada con una media sonrisa dibujada en sus labios aferrándose al cuello de su novio—. Esto es increíble, Daniel —le dijo apoyando la frente en la del hombre—. Tú eres increíble.

Se quedaron abrazados en silencio sin que Daniel dejara de acariciarle la espalda con delicadeza, pero apretada contra su pecho demostrando su afán posesivo.

—¿Esto siempre será así? —le preguntó Eva cuando recuperó el aliento, con la cabeza apoyada en el hombro de su novio.

—¿A qué te refieres? No sé si lo dices por malo, por bueno, por mucho, por poco —respondió Daniel bromeando y la besó en los labios cuando Eva se separó para mirarlo a los ojos.

—Por intenso. A veces... —Se ruborizó y prefirió callarse.

—¿A veces qué, Eva? —le exigió—. Cuéntame cómo te sientes.

—No sé, creo que pierdo totalmente el control de mi cuerpo y de mi mente.

—¿Y eso te preocupa? ¿No te había sucedido antes? —preguntó extrañado.

—No con esta intensidad que me descontrola por completo. Ahora comprendo tu éxito con las mujeres. —Daniel soltó una carcajada que retumbó en el cuarto de baño.

Eva reflexionaba sobre lo que acababa de decirle y le asaltaban las dudas que Mariló había sembrado en su conciencia y que rara vez desaparecían entre Daniel y ella. Quizás no lo satisfacía suficiente. Eso tenía un significado peligroso; terminaría por aburrirse de ella. Y esa conclusión pesimista le provocó un profundo suspiro.

—¿Qué sucede, Eva? ¿En qué piensas? Te has quedado muy callada.

Dudó un instante si debía confesarle sus miedos, pero se lanzó.

—No sé si seré suficiente para ti —susurró preocupada—. Siempre me dices que soy una chiquilla y temo que acabes aburriéndote de mí.

—Lo de aburrirse viviendo contigo lo veo difícil. Nada más que siendo capaz de mantener esta conversación... Ya dice mucho de tu valentía, de tu

facilidad para expresarme tus sentimientos y de tu poder para desarmarme por completo. Consigues que me rinda a ti, lo que nunca me había ocurrido antes con otra mujer. —La besó en los labios con dulzura sujetando el rostro de Eva entre sus manos y continuó hablándole sin apenas despegarlos—. Ya hemos hablado de esto, Eva, y no entiendo que sigas dudando. —Eva pensó que si hubiese oído los comentarios de su hermana sobre su relación probablemente lo comprendería—. Eres una chiquilla ingenua, inexperta, preciosa, con este cuerpo de mujer que me quita el sueño —y la recorrió con una mirada lujuriosa—; la mujer perfecta para mí, la que me llena de vida, de amor, de paz, de energía. —La abrazó con fuerza—. Tú eres... Mis ganas de vivir. —La besó con delicadeza—. A veces me pregunto por qué no he tenido la suerte de encontrarte antes. ¿Cuántos años de amargura y tristeza me habrías evitado? Aunque entonces no hubiese sido capaz de enamorarme de ti; serías solo una niña y ya me ha costado aceptarlo ahora que tienes veintitrés —le hablaba mientras dibujaba con un dedo la línea de su clavícula—. Me pongo en la piel de tu padre y lo entiendo; tiene que ser difícil aceptar que la persona que más quieres en la vida esté en manos de un perfecto desconocido de treinta años. —La besó de nuevo y del mismo modo—. Soy yo y me cuesta dejar que vayas sola a la universidad o que salgas con tus amigas. —Recorrió la mandíbula de Eva con un dedo en una sensual caricia.

—Pero... Te estabas acostando con Cristina; yo no podía importarte tanto.

—Ya te lo he explicado, Eva —dijo algo frustrado por la desconfianza que su novia continuaba demostrando—. Soy el hombre más obstinado que existe en la Tierra. Me equivoqué al negarme lo que sentía por ti. Cristina o las otras fueron simples herramientas que utilizaba intentando sacarte de mi cabeza y solo lograron empujarme más hacia ti. —La miró un instante a la vez que le acariciaba la espalda y sonrió—. Porque eres incomparable a cualquier mujer que se haya cruzado en mi camino. Venga, salgamos de la bañera; el agua se está enfriando y tienes la piel de gallina.

Eva salió primero y mientras Daniel lo hacía continuó intentando aclarar las

dudas de la chica a la vez que la envolvía en su propia toalla y acercaba sus cuerpos.

—Solo un estúpido se cansaría de ti y yo, además de testarudo, soy un engreído que se cree inteligente. —Sonrió ante la mirada de asombro de Eva—. No me considero ningún estúpido; puedo asegurártelo, pequeña. —La rodeó entre sus brazos en un poderoso abrazo que la reconfortó. Inclino su cara hacia la de Eva y se la alzó sujetándola con un dedo en la barbilla; cuando atrajo su mirada acarició sus labios con un beso suave—. Con respecto a ti, me he vuelto insaciable.

Cada uno se abrigó con un albornoz y se dirigieron a la cocina a calentar la cena que Eva había traído de su casa. Daniel dio buena cuenta de los calamares rellenos que había preparado su novia asesorada por su madre y de postre una jugosa tarta de almendras que se fundía con suavidad en la boca sin necesidad de masticar.

—Me siento como un rey ante los platos que cocinas para mí. Son inmejorables, Eva. Te superas cada día y no sabes cuánto me hace disfrutar. Voy a ser un marido afortunado. —La miró sonriendo convencido mientras Eva se ruborizaba de los pies a la cabeza al pensar en la palabra que veía tan lejana aún—. Vete acostumbrando porque no falta mucho. —Eva respondió con una tímida e incrédula sonrisa.

—¿A qué hora llega mañana tu hermano? ¿Podrás ir a la estación a esperarlo?

—Sí, llega a las dos y no tengo clases. Quizás le gustaría ir contigo y con David a tu entrenamiento de la tarde. ¿Eso es posible? No he querido proponérselo sin consultarlo contigo.

—Sí; no creo que tenga ningún problema.

—Gracias, Daniel. Su décimo octavo cumpleaños será inolvidable. ¿Le guardarás tu camiseta del sábado? —Daniel asintió a la vez que masticaba—. En serio, lo vas a hacer muy feliz; es un verdadero entusiasta del fútbol y del Real Madrid.

Se alegró de ver a Juanjo, de poder demostrarle a alguien de su familia lo feliz que era viviendo con Daniel, además de hacerle a su hermano el mejor regalo de su vida.

—Estás enorme. ¿Dejarás alguna vez de crecer?

—Eso espero, si no voy a arruinar a papá; me han tenido que comprar dos pantalones desde Navidad porque se me han quedado cortos.

—No los tires y te los recortas. Te servirán para el verano.

—Esta es mi hermana, sí, señor. Sigues siendo tan buena administradora como siempre. ¿No se te ha pegado nada de tu novio rico? —se burlaba divertido.

—Eso ni lo menciones. Qué vergüenza. Mucha gente pensará eso de mí.

—No les hagas caso. Solo lo pensará quien no te conozca —le dijo sonriendo cariñoso—. Bueno, me tendrás alguna sorpresa preparada.

—Ya lo creo. Te esperan muchas sorpresas. Paciencia. Poco a poco te las iré desvelando. Por cierto, también viene David, el hermano menor de Daniel. —Lo miró de reojo mientras conducía—. Compórtate. No vayas a dejarme en mal lugar.

—¿Cuándo te he defraudado? —preguntó en un gesto teatral—. ¿Ese chico es autista?

—David, sí. Tiene veinticuatro años, pero es muy tímido; no lo agobies y ten paciencia con él. Tú déjalo a su aire y verás cómo se acerca a ti. Ya hemos llegado. —Paró el coche esperando que se abriera la cancela del garaje.

—¡Vaya choza! —dijo sin controlar su entusiasmo—. ¿Tiene piscina?

—No empieces, Juanjo —lo regañó nerviosa—. Contrólate. Ahora te lo enseñaré todo.

Guardó el coche en el garaje y le enseñó a su hermano el jardín y la piscina.

—Lo más bonito de esta casa son los alrededores —admiró Eva—. Fíjate qué vistas a los campos de golf.

—Ya veo. Verde, verde, verde —bromeó Juanjo—. Precioso, Eva. Todo muy verde. —Recibió una mirada recriminatoria de su hermana y soltó una gran

carcajada.

—Anda, vamos dentro.

Eva acomodó a su hermano en su antiguo dormitorio y le enseñó el resto de la casa para que se fuera familiarizando.

—Y cuando vengan papá y mamá, ¿dormirás también con Daniel?

—Papá se lo imagina, y mamá ya lo sabe. Para qué voy a fingir.

—Ya están más tranquilos y van asimilando la novedad. —La miró un instante impresionado—. ¿De verdad que te vas a casar este verano? —Eva asintió sonriendo—. Hasta que no te vea vestida de novia no me lo creeré. No te veo capaz de hacerlo.

—Ni yo tampoco. —Los dos se rieron a carcajadas.

En ese momento llegó Daniel interrumpiendo la conversación de los dos hermanos. Saludó a Eva con un beso fugaz en los labios y tendió la mano a Juanjo.

—Me alegro de conocerte, Juanjo. Felicidades.

—Gracias —respondió el chico completamente intimidado por la presencia física de Daniel. Le pareció mayor que en el campo y era tan alto como él, pero mucho más fuerte—. Creía que eras más bajo —murmuró impresionado—. En la tele pareces más bajo. —Daniel sonrió divertido y se interesó por el viaje y por si encontraba cómoda su habitación.

—Sí, gracias. Tienes una casa muy bonita y, sobre todo, enorme para una sola persona. —Su expresión hizo reír a Daniel.

—Bueno, ya no vivo solo —respondió acercando a Eva hacia su cuerpo atrapándola por la cintura y la besó con ternura en la frente—, afortunadamente. ¿Te ha contado Eva los planes de esta tarde?

—No. He preferido que se los cuentes tú —contestó la chica sonriendo y mirándolo enamorada.

—Puedes venir a mi entrenamiento. —Juanjo no supo qué decir y miraba a

uno y a otro con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Y a ver si conseguimos algún regalito del club.

Eva le guiñó un ojo a su hermano que continuaba impresionado hasta que fue capaz de decir algo parecido a “gracias”.

—Vamos a deshacer tu maleta. A saber cómo la habrás preparado.

—La ropa me la ha guardado mamá. Por cierto, dentro me ha metido una fiambarrera con rosquillas de anís que hizo ayer para vosotros.

—¡Oh! Dale las gracias de mi parte —le pidió Daniel satisfecho—. Debe ser tan buena cocinera como Eva. —Los siguió hasta la cocina—. Os espero en la sala de estar. —Eva lo miró nerviosa y él gesticuló una sonrisa tranquilizadora.

La chica se distrajo ayudando a su hermano con el equipaje, incluso traía un par de camisas y zapatos, algo nada habitual en la vestimenta de su hermano que rara vez no vestía con un cómodo chándal.

—Mamá me ha obligado —le explicaba divertido a su hermana que observaba su ropa asombrada. Me amenazó con no dejarme venir si no lo hacía decentemente vestido. —Eva se rio divertida. Le encantaba tener a su hermano en esa casa, en la que, por más que lo intentaba, no podía imaginar que viviría el resto de su vida.

David se hizo amigo inseparable de Juanjo desde que se sentaron a la mesa, sobre todo porque después se pasaron la sobremesa jugando a la Play y más tarde acompañaron a Daniel al Bernabéu.

Escuchando la conversación que mantenían Juanjo y David, comprobó que su futuro cuñado tenía la misma paciencia que su novia y se mostraba sensible, cariñoso y respetuoso con su hermano; y eso significaba que, aunque ambos fueran miembros de una familia humilde, también sería equilibrada y armoniosa; de ahí el buen talante de su novia y su joven cuñado, pensó Daniel satisfecho.

—¿Juegas en algún equipo, David?

—Sí. Juego una liga. Vamos los primeros.

—Eso está bien. ¿Piensas quitarle el puesto a tu hermano en el Madrid? —

David asintió convencido—. ¿De qué juegas?

—De central, como mi hermano. Él me enseña.

—¿Daniel te enseña sus jugadas y sus trucos? Qué buen entrenador. Tienes suerte. —David asentía de nuevo con su mirada inquieta—. Mañana iremos al partido, pero tienes que explicarme las jugadas porque yo no las conozco muy bien.

—Yo te enseño —respondió David orgulloso.

—Gracias, colega —y lo saludó de la misma forma que hacía Eva.



## Capítulo 16

Daniel presentaba su libro el sábado 29 de marzo a las nueve de la noche después de un largo entrenamiento y Eva se vio obligada a acompañarlo por primera vez a un acto público. Llegaron juntos tomados de la mano que Daniel no soltaba y se dejaron fotografiar por los medios de comunicación que asistían al evento.

—Venga, Eva —la animó orgulloso hablándole al oído—, ya lo saben tus padres y mis hermanos y esta me parece la ocasión oportuna para que el resto del mundo conozca a mi preciosa novia.

—Está bien. Espero no decepcionarte.

Eva llevaba puesto el elegante vestido de Prada que Daniel le regaló por reyes, con las botas y la chaqueta de piel. Y Daniel la presentaba como su novia a sus sorprendidos conocidos.

Ella estaba de espaldas a la entrada y ninguna vio venir a la otra.

—Hola, Daniel —lo saludó Cristina emocionada—. No te veía desde principios de año. Me enteré de la presentación de tu libro y no he querido faltar.

Eva se volvió despacio al oír su voz y permitió que la mujer se acercara a Daniel con intención de besarle, pero la impresión que Cristina se llevó al reconocerla la paralizó.

—¿Eva? —le preguntó asombrada e inmediatamente dirigió a Daniel una mirada acusadora como si tuviera algún derecho sobre él. Cristina la recorrió

de arriba abajo con su mirada hasta asegurarse de que no se equivocaba, impresionada porque la chica que acompañaba a Daniel fuese su asistente, se le escapó un desagradable y despectivo comentario—. ¿No me dirás que Eva es la famosa y misteriosa novia de la que he oído hablar tanto?

Ese instante comenzó a convertirse en el más violento y bochornoso de la vida de Eva.

—Imagino que será ella —respondió Daniel con la intención de convertir la indiscreción de Cristina en una broma—. Te aseguro que es la única mujer de mi vida —añadió poniendo con firmeza la mano en la espalda de Eva.

—Así que mis sospechas no eran infundadas; Eva fue mi sustituta —se atrevió a decir fingiendo una sonrisa cínica y relegando a la joven a un nivel inferior, además de ignorar su presencia con descaro.

Daniel prefirió no responderle ni ofrecerle ninguna explicación porque recordó en ese instante que actuó de modo contrario al que pensaba Cristina; él había intentado sustituir a Eva con otras mujeres insignificantes para él. Daniel se limitó a preguntar con educación por algunos detalles de su vida y la conversación se volvió amigable entre ellos dos dejando a Eva al margen; con ese gesto, la chica se sintió ninguneada por Daniel.

Eva, con discreción y vapuleada por el modo en que había sido ignorada, se sentó entre el público y comprobó cómo Daniel ni siquiera lo percibió. De repente, perdió el interés por estar allí, incluso por acompañar a Daniel. Se sentía fuera de lugar y estuvo a punto de marcharse, pero decidió que no le daría esa satisfacción a Cristina; no le ofrecería a Daniel en bandeja.

Se mantuvo atenta a las brillantes palabras de Daniel y a la rueda de preguntas que le hicieron porque su publicación había despertado bastante expectación ante los medios de comunicación. No era habitual que un futbolista de los mejores del mundo tuviera, no solo estudios universitarios, sino además demostrara talento como escritor. Sobre todo, les llamó la atención las sencillas dedicatorias: “Esta obra no sería posible si durante mi vida no hubiese tenido los sabios y humildes consejos de mi padre y tanto

amor y desvelos de mi madre”. La prensa deseaba enterarse de los motivos de su dedicatoria y Daniel los explicó emocionado y orgulloso.

En cuanto acabó la rueda de prensa se dirigieron a otra sala donde se ofrecía una copa. Daniel llevaba de nuevo a su novia de la mano.

—¿Te ha comido la lengua el gato? Creo que no me has dirigido la palabra desde que llegamos —le preguntaba extrañado ante la actitud distante de la chica—. ¿Qué te ha parecido el acto?

—Has estado brillante —le dijo sin apenas emoción—. No quería interrumpirte —continuó resentida e intentando molestarlo—. He supuesto que sería una buena ocasión para que reconozcas el gran error que supone tu elección y que tanto ha extrañado a Cristina. —Daniel la observó irritado una vez más por la desconfianza que demostraba—. Después de tanta experiencia con las mujeres has elegido a la más insignificante, simple y vulgar. Ya tienes un par de adjetivos más que añadir a mi lista de atributos. Y ni siquiera tengo nada que decir.

—Creo que deberías dejar de beber vino —Daniel intentó no darle importancia a sus palabras—; se te está subiendo a la cabeza.

—Aún no he bebido nada. Quizás debería beber para evadirme de aquí y de tu desprecio.

—Ya está bien, Eva. —Y sus palabras sonaron como una reprimenda.

—Voy al baño.

La chica se alejó de él aguantando las ganas de llorar que la rabia contenida le provocaba. Entró y se encerró en el último de los cuatro aseos que había. Cerró la tapa del váter y se sentó a reflexionar sobre lo que había pasado a la vez que se secaba con cuidado las lágrimas y procuraba que no se le estropeará el poco maquillaje que llevaba. Al momento se oyeron ruidos de gente que entraba y salía y, obligada a reponerse, se propuso evitar que nadie más la lastimara. Abandonaría su escondite e intentaría disimular el rastro del llanto en sus ojos.

Justo cuando terminaba de retocarse y guardaba su brillo de labios en el

bolso, entró Cristina sorprendida por encontrarse con ella a solas.

Eva no entendía los motivos que tendría esa mujer para hablarle en un tono tan prepotente y despectivo, pero no le permitiría que abusara de ella con sus desagradables palabras.

—Hola, Eva.

—Hola —susurró la chica enfrentándose a su mirada acusatoria.

—Antes no tuvimos oportunidad de hablar sobre cómo os va a Daniel y a ti. Eva no respondió; en realidad, pensó, tan solo conocía a Cristina como la asistente de Daniel y nunca habían mantenido una conversación.

—Bonito anillo —comentó con rabia al ver la mano de la chica que nerviosa se atusaba el pelo—. Creo que no te valoré lo suficiente como una rival posible. La verdad —continuó en una pose arrogante—, nunca pensé que una insignificante chiquilla pudiera inmiscuirse entre Daniel y yo.

Eva no respondió e ignorando el comentario malintencionado de Cristina, se encaminó hacia la salida y escuchó la coletilla de la mujer.

—Se cansará de ti y lo sabes. Para él solo eres una cara bonita y una niña pobre a la que cuidar —le dijo con desprecio—. No creo que Daniel sienta por ti otra cosa que el deseo y la compasión que le despierta cualquier chica joven, algo agraciada aunque vulgar. Él busca una compañera para el resto de su vida y no te veo capaz de complacerlo a ese nivel.

Se giró con frialdad harta de soportar sus comentarios hirientes y respondió:

—Quizás tengas razón, Cristina. Tienes más experiencia que yo con los hombres, sobre todo con los ricos y famosos como Daniel. Pero ¿sabes qué? —No esperó su respuesta y continuó en su tono más arrogante—. No te podría enumerar las veces que me dice cada día cuánto me ama. Tú tuviste la oportunidad antes que yo. ¿Cuántas veces te lo dijo a ti? ¿Las recuerdas? —Cristina no pudo contestar—. Quizás por eso yo llevo este anillo en mi dedo —dijo mostrándoselo al alzar la mano derecha.

Eva salió del baño y la dejó plantada y sin saber qué decir.

Jamás se había comportado de ese modo tan mezquino y dañino con nadie y,

aunque Cristina se lo mereciera por el desprecio que le había demostrado, no estaba satisfecha de su comportamiento y, una vez más, pensó que desde que Daniel había entrado en su vida, de una forma u otra, ella estaba cambiando y no podía decir que se sintiera orgullosa de esa Eva que aparecía al sentirse atacada, y se convertía en una persona agresiva y continuamente a la defensiva. Se sentía incapaz de enfrentarse a una vida que solo parecía reservarle desencanto y sufrimiento, en la que se sentía rechazada e infravalorada incluso por el hombre del que se había enamorado hasta lo más profundo de su alma y permaneció apoyada de espaldas a la puerta durante unos segundos para recuperar el aliento antes de alejarse de las palabras amenazantes de Cristina.

Y las palabras de Mariló retumbaron de nuevo en su cabeza haciendo eco de las de Cristina y abrieron la entrada a la incertidumbre que la martirizaba de nuevo. Se dirigió a la sala y Daniel la recibió con una mirada de preocupación.

—Has tardado mucho. ¿Te encuentras bien? —Eva respondió negando con su cabeza—. ¿Quieres marcharte a casa? —Un gesto de hombros habló por ella y Daniel emitió un suspiro de desesperación—. Venga ya, por favor. Habla conmigo.

—No quiero decepcionarte con mi conversación demasiado trivial, creo que prefieres otras compañías —Daniel iba a responderle, pero tuvo que atender a otro invitado y estuvo entretenido durante un buen rato mientras Eva fingía prestar atención a los que la rodeaban y le hablaban deseosos por conocer a la enigmática y tímida novia de Daniel Álvarez; permaneció a su lado escuchando constantemente el eco de las palabras de Cristina en su cabeza.

—Eva, por favor —volvió a suplicarle al notar la tensión que mantenía el cuerpo de su novia—. Si estás así por la presencia de Cristina, solo trataba de no hacerle daño; bastante tiene con vernos juntos.

—¿Como evitaste hacérmelo a mí cuando te acostabas con ella y las otras? Entonces yo no era digna ni siquiera de tu compasión —respondió ella

transmitiéndole a Daniel tanto dolor que él no fue capaz de contestarle y se limitó a apretar su mano con fuerza sin dejar de mirarla a los ojos durante unos segundos.

—Yo... Ni siquiera imaginaba que pudieras sentir algo por mí. Te mostrabas tan fría y distante —pudo decir a los pocos minutos.

Mientras se dirigían a casa en el más tenso de los silencios, Daniel lo intentó de nuevo.

—Eva —suspiró desesperado—, sé que ese fantasma tardará en alejarse de nuestras vidas y no imaginas lo arrepentido que estoy de mi comportamiento, nunca me cansaré de repetírtelo, pero si no hubiera hablado con Cristina le habría dado una importancia que no tiene. Ella no despierta ningún interés en mí. Métetelo en esa cabeza dura que tienes.

Eva estaba muy dolida por la tardía disculpa de Daniel y por el recuerdo del menosprecio de Cristina y de Daniel en el pasado. No estaba acostumbrada a tanta maldad, ni a tanta hipocresía y esa noche comenzó a sentir que ese no era su mundo y que no se adaptaría a él por mucho que amara a Daniel.

—Tu opinión ya no me interesa. Me has hecho daño y lo que acabas de decirme pudiste decirlo hace dos horas. A partir de esta noche no permitiré que se repita; nadie volverá a humillarme. Yo no soy como vosotros.

—¿Puedo saber a quién te refieres con “vosotros”?

—A ti y a la gente que te rodea, incluida tu familia. Sois hipócritas y egoístas y os creéis con el derecho a juzgar y a condenar al resto del mundo.

—No te lo tomes así, por favor. Creo que tengo razón en mi modo de actuar.  
— Intentó cogerle la mano, pero lo rechazó con brusquedad dejándolo perplejo.

—Y yo creo que ha llegado el momento de que tú conozcas el mío. No vuelvas a tocarme.

—No exageres —respondió irritado—. Te estoy pidiendo disculpas, rencorosa.

—Si fuera rencorosa no te miraría a la cara después de tu comportamiento

de hace unos meses. Eso hubiese sido la única actitud inteligente por mi parte.

—Parece que te arrepientes de estar conmigo —replicó dolido.

—En mi vida había sufrido tanto. Eso es lo que he conseguido desde que te conozco. Sufrimiento.

Daniel, impresionado por las duras e inesperadas palabras de Eva, no respondió a su provocación porque intuía que lo estaba desafiando y, si entraba en su juego, acabarían inmersos en una gran discusión que no le apetecía mantener en esos momentos.

Entró en la casa y se dirigió a su antiguo dormitorio dispuesta a continuar con su propósito de no dejarse lastimar. Daniel, tumbado en su cama, pensaba que un hecho que creía trascendental en su vida, la presentación de su primer libro, había quedado eclipsado por el dolor que Eva le había transmitido y una vez más tenía el estómago revuelto al recordar su desvariado comportamiento de hacía unos meses; el arrepentimiento lo embargaba y comprendía cómo ella se había convertido en parte esencial de su vida. Sin que todo funcionara bien entre ellos, el resto del mundo se desequilibraba y no adquiría el sentido que debía.

Eva tardaba en cambiarse y viendo que no llegaba a la cama, fue a buscarla sospechando que su enfado era mayor de lo que él creía. Como suponía mientras recorría el trayecto casi a oscuras, la encontró acostada en su antigua cama con la luz apagada.

—Sabes cuánto me molesta que montes estas escenitas infantiles —le reprochó vehemente.

—Si no te gustan mis escenitas —repitió la palabra con retintín—, búscate otra novia que no te las monte. Quizás te hayas equivocado en tu elección, ya te lo advertí antes. Cristina aún está loca por ti. Aprovecha la ocasión.

—Déjate de gilipolleces. —Suspiró controlando su mal genio—. Está bien. Dormiremos aquí esta noche. Ya te dije que no perderé un solo día de mi vida

enfadándome contigo —le exigió en un tono más conciliador—. Puede que esta noche merezca tu enfado.

—Ni se te ocurra acostarte conmigo.

—Impídemelo, pequeña. Me encantará ver cómo lo haces. —Ya estaba metido en su cama y Eva hizo un intento de levantarse, pero Daniel la sujetó con fuerza por un brazo y la tumbó de nuevo—. ¿Sabes cuánto me duele que te enfades conmigo? —La atrapó con fuerza y la acercó a su cuerpo—. Eres puro fuego, Eva. Adoro cuando me muestras que estás llena de vida. Esa es una de las virtudes que me enamoró de ti.

—¡Daniel! —le gritó antes de sucumbir al deseo que él demostraba—. Te lo pido por las buenas. Déjame en paz y vete a tu cama.

—Cuándo te vas a enterar de que mi cama estará siempre donde estés tú acostada.

—Hasta que encuentres a otra chica más bonita que yo y con mejor conversación. Quizás sea más pobre aún y también despierte tu compasión. — Encontró el modo de expresarle la incertidumbre que Cristina le había provocado y que la estaba quemando por dentro.

—Seguro que sí —bromeó Daniel—. La próxima candidata será Sofia. Ya está empezando a gustarme eso de enrollarme con mis asistentas y no le haría ascos a una mujer madura y tranquila; vivir con una salvaje como tú es agotador. Aunque el hecho de la cocina le resta puntos.

Daniel intentó besarla y Eva volvió la cara con brusquedad rehuyendo del beso.

—Déjame en paz. Vete de aquí —le exigió intentando zafarse de su abrazo.

—Nunca me rendiré, pequeña. Te quiero demasiado para renunciar a pasar una sola noche sin ti, ni un solo día de mi vida. ¿Por qué crees que deseo casarme contigo? Lo haría mañana mismo, pero no impediré que acabes tus estudios. Y después de la boda tengo pensado pasar dos semanas en tu compañía, sin fútbol, ni estudios, ni nada que nos moleste. Recuérdalo, pequeña, solos tú y yo. Siempre. Así será el resto de nuestras vidas.



—No te creo, Daniel. Esta noche no puedo creerme tus palabras —le confesó llorando porque deseaba creerlas una vez más, pero el reciente recuerdo del encuentro con Cristina se lo impedía.

—¿Qué te sucede, Eva? —le preguntó preocupado al percibir su intenso dolor—. Ven aquí, por favor —le suplicó ofreciéndole sus brazos sin forzarla a hacerlo—. ¿Por qué lloras? —La angustia de Daniel se hacía evidente en el tono de su voz. Y entonces Eva se desató en un llanto desconsolado.

—Ellas lo dijeron. No soy la mujer adecuada para ti; Cristina sí lo es. La hija de un banquero importante y rico como tú. Yo soy insignificante, simplona y vulgar. Yo no aportaré nada a tu vida y te aburrirás de mí dentro de poco porque te has dejado llevar por tu pito y por tu compasión en vez de por tu cerebro.

Daniel la escuchaba perplejo sin poder reaccionar. Esas palabras, el modo de decirlas, no eran propias de Eva.

—¿Quién te ha dicho eso? —susurró dolido.

—Tu hermana, tu hermana se lo decía a tu hermano Luis y yo la escuché —le contaba descontrolada—. Y después Cristina esta noche en la presentación de tu libro, cuando fui al baño, también me advirtió. Y ahora veo que tienen razón, que no te haré feliz porque no sé vivir como tú quieres. Me asusta tu dinero, tu fama y tu modo de vida y nunca me acostumbraré ni las aceptaré. Nos hemos equivocado, Daniel. —Salió corriendo del dormitorio y se encerró en el baño sin cerrar el pestillo donde se desahogó llorando por la cruel realidad que acababa de confesarle a Daniel.

Ahora solo veía una solución, una vía de escape a esa situación sobre la que nunca se ponían de acuerdo y que era trascendental resolver si pretendían compartir juntos un futuro; ella nunca permitiría que Daniel la mantuviera y que todos, como ya hacían, la tacharan de oportunista o digna de la compasión de Daniel o demasiado ordinaria para un hombre como él. Estaba harta de recibir esos juicios innecesarios porque no la conocían y no entendía por qué los demás se encontraban con derecho a emitirlos.

Se enfrentaba a la realidad no a una novela o una película en la que la protagonista se enamora del chico guapo y rico, el príncipe azul, que le entrega su vida, su amor y su fortuna y ella lo acepta todo como si se tratara de un pack. En la vida real se sufría por todo; para ella era malo que Daniel fuera rico y famoso porque su orgullo no le permitía conformarse con ser su novia estudiante a la que él mantenía, aunque lo hiciera con su mejor intención, no soportaría lo que su propia cuñada pensaría de ella quizás durante el resto de su vida y que cada vez que la mirara la hiciera sentir insignificante, simplona e incluso una aprovechada.

Daniel entró y se apoyó en la pared frente a ella y esperó paciente que Eva se calmara. Había reflexionado sobre las palabras de la chica y ahora entendía las dudas y el orgullo que la dominaba. No era cabezota, solo mostraba el temor que una chica de veintitrés años, ingenua, inexperta pero demasiado sensata, sentiría después de oír tan duros comentarios provenientes de la que sería su futura cuñada y de una mujer como Cristina.

—¿Por qué no has hablado conmigo sobre esas desafortunadas palabras de mi hermana y de Cristina? Habrán estado torturándote durante todo este tiempo. —Suspiró irritado—. Ahora entiendo tu comportamiento extraño e irritable, tantas dudas y tanta incertidumbre.

—Porque creo que tienen razón.

—No, Eva, esas palabras no son ciertas y solo son sus opiniones. Más quisiera Cristina parecerse a ti. —Le dirigió una mirada sincera que se enfrentó a otra incrédula de la chica—. Créeme, te habla la voz de la experiencia. Ellas ignoran nuestros sentimientos y eso es lo único que importa en realidad, lo que sentimos el uno por el otro y lo que tú has hecho por mí. —Suspiró lamentándose—. Ese es el verdadero valor de la vida, aceptar y disfrutar de tus sentimientos. Como si no hubieses tenido suficiente con lo que te hice pasar, además has estado estudiando y esforzándote por mí cada día con toda esa mierda dando vueltas en tu cabeza. —Acarició su pelo con delicadeza—. Lo siento, Eva. No lo mereces.

—Es la vida real y es cruel; no se trata de que merezcamos las cosas que nos suceden. Ocurren porque quizás tomamos el camino equivocado. Ahora debemos actuar ante ellas e intentar seguir adelante luchando y esforzándonos.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que pensar en todo esto, Daniel. Entre los exámenes y esa mierda, como tú dices, mi cabeza dura está hecha un verdadero lío.

—¿Tienes bien claro lo mucho que te amo?

—Sí. Yo también te amo. Pero, a veces...

—¿Qué? —le exigió angustiada—. A veces qué, Eva.

—Nada, Daniel. Vamos a dormir. Puede que sea solo cansancio —mintió y se dirigió de la mano del hombre a su habitación.

—Tranquilízate, Eva. Ahora voy a conseguir que te relajes. —Comenzó a besarla con delicadeza rodeándola con sus brazos—. Te haré el amor muy despacio —le susurraba tentador mientras sus manos bajo el pijama acariciaban la piel de seda de la chica—. Piensa en cuánto vas a disfrutar porque lograré que te olvides de todo menos de nosotros. —Se calló un instante mientras jugueteaba con uno de los pezones de Eva en su boca—. Ahora solo piensa en nosotros y en el placer que podemos ofrecernos —le decía acariciando el cuello de la chica con su nariz mientras Eva gemía de placer—. Después dormiremos hasta que nos dé la gana porque mañana no tenemos prisa por levantarnos. Descansaremos juntos el resto de nuestras vidas por mucho que a otros no les parezca bien. Tú y yo. Siempre. —Eva lo besó con fiereza persiguiendo con ansiedad lo que Daniel prometía—. Te quiero, pequeña. Con todo mi corazón. No lo olvides, por favor.

Permanecieron abrazados, sin dejar de besarse y acariciarse, aún impresionados por la fuerza del deseo y la pasión que los había dominado.

—Nunca pensé que se pudiera amar tanto a una persona como me sucede contigo —susurró Daniel—. Quería y aún quiero a mis padres a pesar de que no estén, y adoro a mis hermanos; pero es mi obligación, quererlos es mi obligación. Y a ti... Eva, lo que siento por ti es tan intenso, tan puro que hace

que me sienta más humano, más generoso y mejor persona. Y nada ni nadie me obligan a hacerlo; es amor de verdad, aunque no lo reciba de ti, aunque tú no me quisieras. Tengo treinta años y me siento más vivo que nunca, me siento inmortal porque parte de mi alma vive en ti y, aunque muriera, esa parte de mí que guardas me mantendría con vida. —Acarició su mejilla con el dorso de la mano y la miró con ternura.

—No digas esas cosas —dijo Eva aprensiva—. Tú no vas a morirte, nunca. ¿Te enteras? —Y Daniel le ofreció una sonrisa llena de amor.

—Ahora comprendo a mi madre cuando me explicaba el amor que sentía por nosotros y lo describía de forma parecida. —Sonrió tranquilo—. Mi madre adoraba a mi padre, un neandertal como yo. Y él... Percibí el amor tan profundo que sentían cuando ella murió. Estaba perdido, envejeció de repente y se entregó por completo a cuidar de mi hermano David y a trabajar. Lo más que hacía era venir a verme jugar; disfrutaba haciéndolo y se sentía orgulloso de mí, aunque me criticaba duro. Me regañaba si no me veía estudiar cada día o si me acostaba tarde después de una juerga. *“Tu madre quería que terminases tus estudios en la universidad, como han hecho tus hermanos, porque el fútbol no te durará siempre y ella sabía muy bien lo que decía. Se lo prometiste. No lo olvides. Un hombre siempre cumple sus promesas”*, me regañaba si me levantaba a mediodía.

—Sería un hombre adorable. —Daniel sonrió incrédulo y Eva lo besó en la mejilla—. Como tú.

—Creo que le hubieses gustado a mi madre. —La miró un momento—. Sí, seguro que sí. Eres tan fuerte como ella. Mi pequeña. —Suspiró emocionado recorriendo su espalda con delicadeza—. Me decía que éramos la prolongación del amor que sentía por mi padre y que cualquier día le explotaría el pecho de felicidad por lo mucho que nos quería a los cuatro. Lo mismo que me ocurre a mí contigo. Ella no estudió, ni siquiera fue al instituto, pero tenía la cabeza tan bien amueblada como tú; era sensata y realista y vivía en el momento que nos había tocado, adaptándose a nuestros cambios y a

nuestras necesidades y enfadándose con mi padre si no nos entendía o no se esforzaba por hacerlo. —Sonrió desganado—. Fue una madre excelente y te aseguro que hice cuanto pude por salvarla. —Suspiró emocionado y se calló durante un breve instante—. Siempre me regañaba por mi fama de mujeriego; a tu edad, me decía que era un tonto y que me estaba perdiendo lo mejor de la vida. —Miró a Eva con intensidad, asomado al interior de sus ojos verdes—. Tenía razón. Por eso ahora que lo he experimentado no dejaré que te escapes de mis manos. Mi corazón va a explotar de amor por ti, como decía mi madre. No imaginas cuánto me gustaría que viera lo feliz que me haces —Eva sintió su sonrisa en la mejilla—, cuando no te empeñas en huir de mi lado.

En ese momento, tras oír las sinceras y emotivas palabras de Daniel, Eva dejó de lado a Mariló y a Cristina y se convenció de que, aunque él llegara a cansarse de ella, en ese instante de sus vidas se amaban, se deseaban y ella se entregaría a disfrutar de su presente. El futuro, el mañana, estaba lejos y dejaría de preocuparse por él.

## Capítulo 17

Eva no podía creer lo que estaba sucediendo; estaba sentada a la mesa en esa preciosa casa rodeada por su familia; David, que no se quería perder el partido contra el Milan, y un Daniel atento y educado que comía y elogiaba entusiasmado el buen hacer de su novia en la cocina. Se dirigía a sus padres con tanta seguridad y confianza en él mismo que la asombraba. La había acompañado a la estación a recogerlos, les había enseñado su casa y se había mostrado exageradamente hospitalario y amable.

De repente, Eva comprendió el porqué de su modo de actuar y un fuerte terremoto sacudió su cuerpo. Le importaba agrandar a los que serían sus suegros. Por un instante dejó de respirar. Era real, todo lo que le estaba sucediendo y de lo que ella dudaba tanto era real; el amor de Daniel, la proposición de matrimonio, su boda prevista en verano. Hasta ese instante, si echaba la vista atrás tan solo unos días, lo que para ella era incertidumbre y temor, Daniel, como él no se cansaba de decirle, estaba viviendo el momento más feliz y trascendental de su vida. Ahora no era el hombretón guapo, arrogante y caprichoso que corría detrás de una pelota, por lo que le pagaban una cantidad de dinero vergonzosa. Daniel actuaba como haría cualquier hombre enamorado dispuesto a compartir su vida con ella, intentaba demostrarle a sus padres cuánto le importaba merecer su amor y se comportaba de un modo natural y sincero, aunque casi siempre lo hiciera, en ese momento, ante la familia de Eva, se mostraba el verdadero Daniel,

humilde y sencillo como ellos, un hombre al que la fortuna le había sonreído.

—Nos gustaría que vinieras a casa, Daniel, y conocieras a nuestra familia —lo invitaba Pilar demostrando su generosidad habitual.

—Eva me ha contado que usted está muy unida a sus hermanas.

—Sí; somos cuatro y yo soy la mayor. Como mi madre murió joven, ellas se han arropado mucho en mí.

—No vayas, Daniel —bromeó Juanjo—. Te volverán loco. Se pasan el día cotorreando en la cocina —todos se reían por las palabras del chico—, aunque al menos te hincharás a comer.

—Ya empieza a apetecerme —contestó Daniel que nunca reprimía su buen apetito—. Por cierto, esta noche cenaremos fuera. En La Broche, uno de los restaurantes favoritos de Eva. —Ella se sonrojó y pensó que ese estaba siendo el día que más se había ruborizado en sus veintitrés años.

—¿No descansas unos días la semana que viene? —le preguntó Eva volviendo al asunto anterior—. Podríamos ir a mi casa.

—No. En esos días iremos de viaje —le respondió sonriendo satisfecho—. Le prometí un regalo si aprobaba con notable como mínimo y lo ha conseguido —explicó orgulloso y dirigiéndose a los padres. A Eva le ofreció una sonrisa enigmática—. Así que te lo has ganado, pequeña; si te parece bien pasaremos unos días en París.

Eva no pudo responder mientras todos la observaban igual de impresionados.

—Creo que nos vendrá bien escapar unos días de la rutina —continuó Daniel con desenfado—. Y solo perderás un par de día de clases. Nos iremos el viernes a las diez de la mañana y regresaremos el martes al mediodía. Tengo entrenamiento por la tarde.

Eva continuaba muda y su madre tuvo que darle una patadita por debajo de la mesa para que reaccionara.

—¿A París? —preguntó con una voz cantarina que la avergonzó.

—¿Prefieres otro lugar? —Daniel, algo decepcionado, pensó que no había

acertado con su proposición—. Roma, Londres... Puedo cambiarlo; iremos donde tú prefieras.

—No, no. París es estupendo. —Daniel esbozó una ancha sonrisa de satisfacción—. Me encantará conocerlo, seguro. ¿Tú lo conoces?

—He estado varias veces, pero nunca he podido disfrutarlo con libertad; callejear y hacer turismo. Por eso me decidí por París.

—París —repitió Eva aún asombrada antes de meterse un trozo de albóndiga en la boca.

Juanjo y David acompañaron a Daniel a su entrenamiento y quedaron en el restaurante a la hora de la cena. Tendrían que llevar los dos coches porque no cabían todos en el mismo. Así que Eva y sus padres pasarían la tarde paseando por Madrid y a su madre se le ocurrió que podrían mirar trajes de novia hasta la hora de la cena. La chica dio un respingo que llamó la atención de Pilar.

—Solo mirar, Eva.

—Sí, sí —se justificó sin confesar su incertidumbre—. Ahora vuelvo, voy a ver si ha acabado la lavadora y luego nos vamos. —Salió huyendo de la sala de estar y se encerró en el lavadero hasta que se calmara.

Al momento su madre la siguió y Eva leyó la preocupación en sus ojos.

—¿Qué ocurre, Eva? —La chica pensó que el lavadero se estaba convirtiendo en un confesionario—. Vas a casarte dentro de unos meses y, normalmente, las novias comienzan a elegir traje un año antes. Vosotros no tenéis nada, ya no previsto, creo que ni siquiera has hablado con Daniel sobre ello. ¿Dónde vais a celebrar la boda? ¿En Logroño, en Murcia, en Madrid...?

—Eva bajó la cabeza y se tomó un instante de reflexión.

—Mamá, la semana pasada intenté aplazar la boda —confesó avergonzada.

—¿Por qué, cielo? ¿Tuvisteis una discusión?

—Estamos todo el día discutiendo —sonrió desganada—, somos muy



tozudos, pero no fue por eso. Precisamente fue por esto.

La madre la miró sin entender a qué se refería y Eva se decidió a contarle lo que la torturaba.

—Un traje de novia vale mucho dinero, una boda cuesta mucho dinero y ni siquiera me atrevo a hablar con Daniel sobre todo eso. No tengo ni idea de cómo pretende que sea nuestra boda —confesó desesperada.

—Bueno, hija. Papá y yo hemos estado hablando sobre este asunto y hemos decidido pedir un préstamo...

—Ni hablar —la interrumpió enojada y con lágrimas en los ojos—. No quiero volver a oír que vais a pedir dinero para la celebración de un solo día de mi vida. No lo permitiré sabiendo que tú no tienes trabajo y que mi hermano tiene que estudiar aquí. Por Dios, mamá. ¿De qué viviréis papá y tú? —Negaba con la cabeza—. Esto no puede ser. Daniel no es para mí. ¿Comprendes ahora por qué intenté aplazarla? Yo era feliz con mi vida de antes, no necesito todo esto —dijo moviendo el brazo hacia lo que la rodeaba—, solo me está complicando y amargando la existencia.

—¿No estás enamorada de Daniel? —preguntó impresionada ante la explicación de Eva—. Él lo está de ti; ahora estoy segura.

—Daniel pensó lo mismo que tú cuando le confesé mis dudas. No le hubiese permitido que me pusiera este anillo en el dedo si no lo quisiera más que a mi vida. — Le mostró la pequeña joya que brillaba alegre y ajena al dolor de Eva, y la madre sonrió con ternura.

—¿Y qué te respondió Daniel cuando se lo contaste?

—Que tiene dinero de sobras para mantenernos a los dos y que solo importa que nos amemos.

—Y tiene razón, Eva. Eso es lo más importante. Y te aseguro que no es tan malo que tenga dinero como tú parece sentirlo. —Pilar suspiró profundamente antes de continuar con la sonrisa que se había dibujado en su rostro ante la ingenuidad de Eva—. Cuando tu padre y yo nos casamos, nos queríamos mucho, siempre fuimos unos novios muy felices y un matrimonio

más aún. —Los ojos de Pilar adquirieron un brillo especial—. Yo también te confesaré algo. Quizás no debiera hacerlo y decirte como siempre que lo más importante en la vida, y lo pienso de verdad, es la salud. Por mucho amor y dinero que te sobren, si no tienes salud no podrás disfrutarlos. Pero ahora que he cumplido cuarenta y nueve años puedo decirte que estoy cansada. Cansada de privaros y de privarme de demasiadas cosas, de luchar cada día por sobrevivir, de ver cuánto trabajas esforzándote por salir adelante, por no poder comprarme ni siquiera ropa interior sin sentirme culpable de ese gasto, de volver los cuellos de las camisas de papá para que duren un poco más, de no poder escatimar en un céntimo y tener que comprar en varios supermercados por ahorrármelo, de no tener unas vacaciones, de no salir del pueblo... La lista es interminable, Eva. —Suspiró profundamente—. Y antes en la mesa, escuchar a Daniel que te proponía un viaje a París y si no te parecía bien, al lugar que tú elijas... Nosotros nunca hemos podido darte nada extraordinario. —Eva intentó protestar—. Ya lo sé, hija. Siempre has sido muy comprensiva.

—Al menos he podido ir a Hamburgo y he conocido algo más de Alemania. Eso no habría sido posible sin vuestro sacrificio.

—Me sentí tan feliz por ti cuando te marchaste a Alemania, tanto como al ver esta casa porque no pasarás por lo mismo que nosotros. Tendrás todo cuanto puedas desear y, lo más importante, tendrás lo principal, amor, porque él te ama. —Suspiró con esa teatralidad que caracterizaba a las cuatro hermanas y que hacía sonreír a Eva—. Eva, ese muchacho ha salido con muchas mujeres antes que tú; tu tía Mamen me ha puesto al día de su trayectoria sentimental; ya sabes cuánto le gusta el cotilleo de internet. Y, antes de conocerlo, confieso que me tenía muy preocupada. Pero te ha elegido a ti, joven, inexperta y sin fortuna. Es evidente que debe amarte de verdad y parece dispuesto a compartir su riqueza contigo, lo que dice mucho a su favor.

Eva miró a su madre durante unos segundos mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Creo que tienes razón, mamá. Lo único que debe importarme es que Daniel me quiera tanto como yo a él y eso me lo ha demostrado de sobras.

—Eso es, hija.

—Pero no quiero que pidáis un préstamo al banco. Tengo casi quince mil euros ahorrados que serían para pagarme parte de mi máster y el dinero de la beca no lo he tocado aún. Mañana ingresaré doce mil euros en tu cuenta. Tendré suficiente para mis escasos gastos. Daniel no permite que pague nada —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Y tu máster?

—Ya veré cuando llegue el momento. No creo que Daniel soporte que trabaje más y tampoco consentirá que me quede sin estudiar y acabaré consintiendo que me lo pague. No imaginas lo pesado que es. Dice que lo avergüenzo ante vosotros.

—Debe ser muy orgulloso. Eso no es malo, Eva.

—No, no creo que sea malo. Reconozco que yo soy más orgullosa que él.

La madre sonrió pensando que la pareja, a pesar de llevar juntos poco tiempo, se conocía bien y su hija parecía estar muy segura de su relación con Daniel.

Daniel, Juanjo y David esperaban en la puerta del restaurante a que llegaran Eva y sus padres unos minutos más tarde de la hora que habían quedado.

—¿Dónde habéis estado? —le preguntó a su novia después de recibirla con un breve pero efusivo beso en los labios que la ruborizó de nuevo. No se acostumbraba a las espontáneas muestras de cariño de Daniel sin importarle la presencia de sus padres ni de nadie.

—Mirando trajes de novia —le confesó susurrando. Una ancha sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Daniel.

—Menos mal que han venido ustedes. —Se dirigió al matrimonio—. Creía que nunca se decidiría a hacerlo. Cuando intento hablar con ella sobre la boda

cambia de tema. —Sonrió feliz—. Pensaba que se echaría atrás.

—Como no te calles —lo amenazó Eva—, te prometo que lo haré.

La carcajada de Daniel, reflejo de su firme decisión, consiguió emocionarla.

—No pienso callarme. Tendremos que hablar sobre ese asunto y este me parece el mejor momento.

Eva se sintió tan abrumada con la conversación que ni siquiera saboreó la exquisita cena con la que solía disfrutar cuando cenaba en La Broche.

—¿Podemos concretar ya una fecha? —preguntó Pilar—. Si no os importa, me gustaría que mi hija se casara en la misma iglesia que yo, en la de Santa Eulalia, donde fue bautizada e hizo la comunión; me parece bonito que también te cases allí. —Eva la miró alzando las cejas y conteniendo la respiración—. Pero habría que reservar ya el día; cuanto antes mejor. ¿Te parece bien, Eva? —La chica asintió con timidez.

—El Campeonato del Mundo se juega en julio; la final el veintinueve —dijo Daniel con naturalidad a la vez que consultaba su agenda en su móvil— y, para no arriesgarnos, he pensado que el sábado 2 de agosto estaría ya libre. —Eva lo miró asombrada especulando sobre cuándo lo habría estado decidiendo—. ¿Te parece buena fecha? ¿Quieres que se celebre en tu pueblo?

La atónita chica tardó unos segundos en contestar.

—La que te venga a ti mejor, yo no tengo problema.

—Eva —la obligó a mirarlo sujetando su barbilla como si allí solo estuvieran los dos—, lo que a mí me viene mejor es verte feliz el día de nuestra boda. Quiero que sea como tú elijas —el resto de los acompañantes lo escuchaban embobados—, la iglesia, el banquete, el baile... Como tú desees.

—Yo no tengo ni idea sobre cómo organizar una boda —susurró irritada pensando que ella se había concentrado en trabajar, acabar su carrera y luego se había obsesionado con realizar un máster. El asunto de la boda le venía muy grande y, esa tarde, mirando los trajes de novia y por más que se esforzara en evitarlo, creyó que se asfixiaba.

—No te preocupes. Dentro de dos semanas se casa mi hermana. —Sonrió

convencido—. Toma buena nota entonces y después hablaremos sobre cómo prefieres que sea nuestra boda. De momento, fijaremos la fecha para que tu madre reserve la iglesia y resolvamos el papeleo. El domingo 3 de agosto. — Y todos, a excepción de Eva, sonrieron conformes y convencidos.

Llegaron a casa y los padres de Eva se prepararon una infusión que acostumbraban tomar antes de acostarse. Daniel estaba preocupado por ver a su novia en tensión y ausente durante toda la velada y le apetecía quedarse a solas con ella para hablar sobre lo que estaría rondando por su cabeza. El hombre acompañó a su hermano David a su cuarto, esperó a que se pusiera el pijama y se acostara ofreciéndole la paciencia que el chico necesitaba. Se dirigió a la sala de estar y Eva creyó que le daría un infarto cuando habló.

—Vamos a la cama, Eva. Mañana tengo que levantarme temprano —exigió con naturalidad.

La chica se sintió tan violenta que no pudo moverse; no sabía si era por el tono autoritario con el que Daniel la reclamaba o porque era la primera vez que sus padres la veían dirigirse a la cama acompañada por un hombre, aunque supieran que vivían juntos.

—Buenas noches —dijo Daniel sonriendo con la misma naturalidad—. Por favor, espero que se sientan como en su propia casa.

Ruborizada de los pies a la cabeza, se levantó y dio a sus padres un beso de buenas noches susurrando las palabras. Pasó por delante de Daniel como si fuera a la cárcel, sin mirarlo, con la cabeza gacha, procuró ocultar la vergüenza que sentía.

En cuanto cerró la puerta del dormitorio, Daniel se sentó en la banqueta y le pidió que lo acompañara. Ella se sentó con una pierna flexionada bajo el trasero como solía hacer tantas veces, recordando al hacerlo su edad y su inocencia.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó cuando la tuvo sentada a su lado, mirándola

a los ojos mientras leía en ellos—. Me tienes muy preocupado, Eva. Te has pasado el día angustiada y en tensión.

La besó en los labios con delicadeza a la vez que cobijaba el rostro de su novia entre sus fuertes manos. Eva lo miraba en silencio a punto de romper en llanto.

—Creo que no es un buen momento para casarnos. Ha sido muy precipitado y mis padres no están en condiciones económicas de soportar los gastos de una boda. Solo los precios de los trajes de novia... No puedo hacerles esto, Daniel. Ellos están muy contentos e ilusionados, pero quieren pedir un préstamo y dentro de unos meses mi hermano estará en Madrid estudiando. Yo les he ofrecido todo el dinero que tengo ahorrado —continuó avergonzada—. No puedo permitir...

—Olvidarme de eso ha sido un lamentable error por mi parte. Ahora vuelvo. Espérame aquí. —Daniel se levantó con decisión, salió del dormitorio y dejó a Eva con la palabra en la boca. La chica lo siguió a los pocos segundos y lo vio entrar en la sala de estar.

Eva se quedó a oscuras en la cocina sin hacer ruido, espiaba a Daniel una vez más, lo que parecía convertirse en una fea costumbre.

—No pretendo ofenderlos con mi ofrecimiento, pero estoy al tanto de su situación económica desde que Eva vino a trabajar a esta casa; sé que en septiembre Juanjo vendrá a Madrid a estudiar y entiendo los gastos que eso supone.

Daniel les dio un instante para que entendieran sobre qué debía hablarles.

—Juanjo puede venirse a vivir aquí. Comprendo que está lejos de la facultad de aeronáutica, que es lo que pretende estudiar, pero al igual que Eva que va y viene cada día, el chico se acostumbrará pronto a que en Madrid todas las distancias son largas. Como ven, mi casa es bastante grande para dos personas.

—Gracias, Daniel —respondió el padre emocionado. Eva lo percibió en el tono de su voz—. Es un ofrecimiento muy generoso por tu parte. La verdad es

que no estamos pasando por un buen momento desde que me jubilaron forzosamente. Menos mal que Eva fue valiente y se enfrentó al problema sin amilanarse.

—Menos mal —respondió sonriendo relajado—. Si no, no la hubiese conocido. Pilar soltó una carcajada y su hija interpretó que estaba nerviosa. Daniel continuó hablando en un tono serio, casi solemne, en el que Eva no estaba acostumbrada a oírlo.

—Sobre la boda, es mi deseo encargarme de los gastos. Ustedes no tienen que preocuparse de nada. No lo permitiré —sentenció.

*“Cualquiera le discute —pensó Eva—. Mi madre quizás, pero mi padre...”*

—Eva dispondrá del dinero que sea necesario para que la boda resulte de su agrado. Ella es lo más importante de mi vida y deseo que guarde del día que nos casemos el mejor de los recuerdos.

*“Después de estas palabras mi madre tampoco dirá ni pío”*, se dijo Eva impresionada ante el convencimiento y la solemnidad de las palabras de Daniel.

—Si pago los gastos de la boda de mi hermana —continuó más relajado, incluso divertido—, no voy a permitir que nadie cargue con la mía. De nuevo se oyó una risita nerviosa de Pilar.

—Daniel —intervino Juan sorprendiendo a Eva—, solo tengo dos hijos, estupendos como has podido comprobar y de los que me siento muy orgulloso. Creo que a Eva le debo dar la boda que merece después de cuánto se esfuerza en no ser una carga para nosotros.

—Sí, se esfuerza cada día. Tiene una voluntad inquebrantable y su orgullo ya veo que lo ha heredado de usted. Pero yo me siento muy afortunado en el aspecto económico, un privilegiado dada la situación actual. Y no consentiré que nuestra boda sea una carga para ustedes. No quiero parecer intransigente ni orgulloso, solo pretendo ayudar. Les ruego que acepten mis ofrecimientos sin ofenderse y sin volver a discutir sobre ello. Ya tendré que discutirlo con

Eva —añadió de buen humor—. Estoy seguro que ella no cederá fácilmente a mi proposición.

Eva abandonó su escondite antes de que Daniel saliera de la sala y corrió de puntillas hacia el dormitorio. Cuando el hombre regresó, ella estaba en el baño cepillándose los dientes junto al lavabo. Daniel se acercó, la agarró por la cintura, la besó en el cuello y contempló su rostro en el espejo.

—Te quiero, pequeña. —La besó en la mejilla—. No te preocupes por nada más. Ya he hablado con tus padres y está solucionado.

Eva lo miraba a los ojos desde el espejo esperando que continuase y ocultando que ya sabía sobre qué habían hablado.

—Los gastos de la boda corren de mi cuenta; no permitiré que un día feliz de nuestra vida se convierta en una carga dolorosa para ti ni para tu familia. —Eva fingió un gesto de protesta—. No hay discusión sobre este asunto, Eva. Tus padres han aceptado, así que no creo que tú debas oponerte a su decisión. Les harías daño y se ofenderían. Tu padre es un hombre orgulloso. Me gusta. —Volvió a besarla apretando más el abrazo—. Y como yo también lo soy, pondré el mundo a tus pies y, por supuesto, no permitiré que sufras por algo que yo pueda remediar con facilidad.

Eva no preguntó los detalles porque lo sabía todo y se sentía orgullosa de Daniel por su actuación. Salió del baño sin decir nada, se desnudó por completo en el vestidor y descalza se dirigió de nuevo al baño donde él se lavaba los dientes. Se puso a su lado y lo miró desde el espejo. Daniel se detuvo observándola, conteniendo la respiración. La imagen que veía era la de una diosa perfecta y hermosa que lo miraba con orgullo, pero no era por ella, Daniel leyó en sus ojos que estaba orgullosa de él y eso logró derretir una vez más su corazón.

—Ojalá alguna vez pueda igualar tu generosidad —le dijo Eva—. Lo intentaré. Te lo prometo. Mientras, te ofrezco todo lo que tengo. A mí.

Daniel se enjuagó la boca con rapidez y la miró de frente sonriendo extasiado.



—Pequeña, tú eres lo único que yo deseo tener en mi vida. A ti, para siempre. Deseo tu cuerpo con ansia. Pero más deseo que calientes mi corazón y que lo sigas manteniendo con vida. —Subió la mano de la chica hasta su corazón—. Eso solo puedes hacerlo tú.

La besó devorándola, intentando aplacar la necesidad que le había despertado el cuerpo desnudo de Eva, rendido y entregado y no pensaba desperdiciar un regalo como ese tan preciado para él.

—Solo ansío poseer dos cosas en mi vida: tu cuerpo y tu corazón.

—¿En ese orden? —preguntó Eva bromeando.

—Ahora mismo, en ese orden. —La miró como si fuese la primera vez que lo hacía—. ¿Cómo puedes ser tan bonita? De verdad, Eva, que me tienes completamente cautivado. Siempre estás dispuesta para mí y eso me excita mucho. Me llevas al cielo, mi vida.

—Yo creo que sucede al contrario. Tú eres quien me lleva al cielo. Sabes conseguirlo con facilidad. —Lo miró lujuriosa a los ojos—. Eres un gran experto. Otra de nuestras grandes diferencias. Tú un experto en sexo y yo una ignorante.

—Tú me deseas y yo te deseo —replicó mordiéndole la mandíbula.

—Tú rico y yo pobre —continuó Eva acariciando su barba incipiente con ternura sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Tú me quieres y yo te quiero. —Sus labios continuaron recorriendo el cuello suave de la chica.

—Tú dominante y yo muy independiente. —Las manos de Eva recorrieron la columna de Daniel y le provocó un estremecimiento.

—Tú morirías por mí y yo moriría por ti. —Rozó sus pechos con la nariz e inspiró su aroma.

—Y con tan pocas cosas en común, ¿crees que tenemos posibilidades de ser felices en el futuro? —le preguntó Eva manteniendo la mirada en sus ojos sorprendidos.

—Siempre seremos felices porque tenemos en común lo más importante. —

Apoyó su frente en la de Eva.

—Cuando no mencionamos mi necesidad de trabajar o la tuya de mantenerme, sí. Soy muy feliz contigo, como ahora mismo.

—Yo jamás imaginé que sería tan feliz. —Sonrió sincero—. Ya sabes lo testarudo que soy y te aseguro que pondré todo mi empeño en seguir siendo feliz a tu lado y, por supuesto, en que tú lo seas. Te adoro, mi vida.

Daniel cubrió con su mano la de Eva que descansaba sobre su pecho y se durmieron abrazados el uno al otro, inseparables.

## Capítulo 18

Esperaba en el túnel de vestuarios la salida al campo para la presentación del partido contra el Milan y hacía tiempo que no se sentía tan nervioso antes de comenzar. Dos días más tarde comenzarían las negociaciones de su posible renovación, probablemente la última. Quería acabar su carrera deportiva en el club que lo acogió desde niño, desde los dieciséis años y, a pesar de que su rendimiento durante esa temporada había sido excelente y más regular que en ninguna otra, era consciente de su edad y de que nadie era imprescindible. Él mismo vio a su ídolo desde niño, a Raúl, marcharse a Alemania porque quería continuar jugando siendo titular, y le había molestado que el club lo consintiera. No quería que le sucediera lo mismo y tampoco deseaba irse de Madrid en esos momentos porque Eva debía acabar sus estudios y tenía claro que no se separaría de ella. En ese momento se tocó el anillo que Eva le regaló; nunca se lo quitaba, y sonrió feliz y sorprendido; ahora debía pensar en los dos, ya no estaba solo.

Esa misma noche, tras el partido, Daniel cenaría con su agente. Le había pedido a Eva que lo acompañara, pero sabía que no dejaría a su familia y ella decidió invitarlos al teatro junto con David. Así que no la vería hasta llegar a casa y la había echado de menos después de que desayunaran a solas y que él se marchara a la concentración de su equipo, aunque ese fuerte anhelo se aliviaba al saber que habría pasado el día junto a los suyos.

Como acostumbraba a hacer antes de cada partido desde que murió su padre,

le pidió su ayuda desde allá donde estuviese, y esa noche lo hizo con más ahínco, a cambio de prometerle como siempre que lo daría todo, como él le había enseñado desde niño.

Su buena racha se mantuvo durante todo el partido, aunque acabó reventado después de los noventa minutos, tanto, que hizo el sacrificio insoportable de meterse en la bañera de hielo; sabía que sus piernas le agradecerían más tarde esa breve inmolación.

En cuanto se duchó, con la toalla rodeándole las caderas, leyó en su móvil un mensaje de Eva en el que lo felicitaba por su victoria y le decía cuánto lo estaba echando de menos. Con su despedida “nos vemos en la cama”, consiguió resucitar lo que el hielo había congelado y sonrió nervioso ante la expectativa que le proponía. “Espero ansioso que seas el verdadero descanso del guerrero. Te quiero, mi vida”, le respondió eufórico.

Se dirigió hasta su coche donde lo esperaba Toni, su agente, quien lo recibió con una sincera sonrisa. Hacía dos meses que no se veían porque el hombre había estado en Sudamérica visionando jugadores promesas.

—Esta temporada estás que te sales, Daniel. Menudo partidazo has jugado.

—¡Ahh! —se quejó Daniel mientras apretaba la mano de Toni—. Mis piernas lo notan más de lo que parece.

—¿Y tu chica? ¿No iba a acompañarnos?

—Ha venido su familia y David y no ha querido dejarlos solos. En otra ocasión la conocerás.

—Me muero de ganas. Si te ha hecho sentar la cabeza... A ti... —Daniel se reía—. Menuda mujer será.

—Es solo una chiquilla de veintitrés años —le aclaró sin ocultar sus sentimientos—. Aunque a veces parece que tiene dieciséis y otras cuarenta. —Toni se reía en esa ocasión—. Me va a volver loco.

Comenzaron a charlar sobre el futuro de Daniel sentados a la mesa de un restaurante.

—Esta será la última, Toni. No quiero más de dos años. Y este verano,

cuelgo la camiseta de la selección.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido—. Eres el jugador que menos se lesiona de cuantos conozco. Te pueden quedar cinco años si continúas con esta excelente forma física; estás haciendo una temporada increíble, Daniel. Además sigues siendo imprescindible en el Madrid y tal y como está el mercado puedo asegurarte que no encontrarán sustituto de tu categoría en tu puesto de central, ni siquiera fuera de España. A Vicente le darás un disgusto cuando le digas que no seguirás.

—Toni, he sido y soy muy afortunado. Lo he ganado todo, con la selección y con mi club. Ahora quiero disfrutar de mi vida junto a Eva. —El agente lo miró asombrado y sonrió.

—Sé que lo habrás pensado antes de decidirlo y te comprendo. —Suspiró conforme y luego le sonrió anchamente—. Te reservo una sorpresa. —Daniel lo miró enarcando las cejas—. El Chelsea me ha hecho una oferta que mejora mucho la del Madrid. —Daniel no ocultó su desconcierto—. Quince millones, por dos temporadas y puede que suban más. Es una excelente oferta tal y como está el mercado.

—Ya sabes cuál es mi opinión. Me gustaría acabar aquí, aunque gane menos. Y Eva tiene que terminar sus estudios; le quedan al menos dos años. No voy a dejarla en Madrid y marcharme solo a Londres.

—Daniel, es una oportunidad excelente. Imagina tus ingresos en publicidad.

—De momento, no. Quiero quedarme. Tengo dinero de sobras para vivir de lujo hasta que me muera. Además, una universidad privada me ha ofrecido un puesto de profesor para después de colgar las botas. La idea me tienta aunque no lo tengo claro y aún no les he dado una respuesta. No aspiro a más que dedicarme a algo que me guste cuando me retire. Y creo que no será en el mundo del fútbol. —Suspiró afectado—. Sueño con tener una vida tranquila y formar una familia.

—¿Te refieres a niños y todo eso? —preguntó burlón. Daniel asintió sonriendo—. ¡Oye, espíritu, abandona el cuerpo de este hombre y dime dónde

está Daniel Álvarez! —bromeó Toni mirando al techo y riendo; Daniel secundó su broma—. Está bien. No insinúes nada sobre tus pretensiones, así conseguiremos que el club se esfuerce por conservarte. Ya me encargaré de que corra el rumor del Chelsea; veo que lo tienes decidido.

Daniel lo acompañó hasta la puerta de su hotel donde se despidieron; quedaron en encontrarse dos días más tarde en las oficinas del club, aunque permanecerían al corriente de cualquier novedad que sucediera.

A la mañana siguiente se despidieron de la familia de Eva en la estación y, por la tarde, de David. La chica lo había encontrado tenso durante todo el día y lo había oído hablar por teléfono bastante a menudo, con su agente y con su hermano Luis. Durante la apacible cena en casa se atrevió a preguntarle los motivos de su nerviosismo.

—Mañana tengo una reunión en el club para hablar sobre la renovación de mi contrato que acaba esta temporada. Estoy en una edad peligrosa, Eva. Aunque están muy satisfechos con mi rendimiento, cumpliré treinta y uno en junio.

—Pero Juanjo opina que eres insustituible en tu club y en la selección. Que no hay ningún jugador de tu calidad que pueda ocupar tu puesto.

—Eso espero. En caso contrario tendremos que irnos a Londres a vivir. —Se rio al ver el respingo que dio su novia—. Tengo una oferta económica excelente, pero si mi club continúa en la misma línea prefiero retirarme aquí.

Le mencionó brevemente sus planes de futuro.

—Solo quiero jugar un par de años más. Estoy cansado y, aunque espero seguir en buena forma, prefiero retirarme como jugador de primera fila que como una gran estrella publicitaria. —Eva lo escuchaba atenta porque Daniel no solía hablarle de sus asuntos laborales o deportivos en su caso—. Este verano me retiro de la selección, pero todavía no he comentado nada.

—Eso quiere decir que no puedo contarlo. No te preocupes, no suelo hablar

de tus asuntos aunque a veces me interrogan a fondo —sonrió—; sobre todo Juanjo. —Eva le preguntó extrañada—. Pero si estás jugando a buen nivel, ¿por qué quieres dejarlo?

—Porque me caso contigo en agosto y quiero disfrutar de mi vida junto a ti. A partir de ahora, verás lo que me espera. No quiero que protestes cuando apenas nos veamos durante estos tres meses. —Eva lo miró sorprendida—. Ahora mismo estamos vivos en las dos competiciones más importantes, liga y Champions. Y en cuanto todo eso acabe, la selección. Nos veremos poco durante junio y julio. Por eso me han dado esos días de descanso que disfrutaremos en París. Hacemos rotaciones y me toca descansar. Lo necesito antes de afrontar el final de temporada.

—Bueno —suspiró conforme—, al menos podré estudiar para los finales. Yo no acabaré la temporada hasta primeros de julio —bromeó.

Daniel la miró sonriendo embelesado durante unos segundos; era tan joven y tan espontánea que conseguía emocionarlo. La acercó hacia él con una mano en la mejilla y la besó en los labios.

—Disfrutemos de nuestro viaje y de la boda de mi hermana; después, el infierno. —Se rio a carcajadas ante el gesto impresionado de su novia—. Sobre todo para mí. Estoy seguro de que te resultarán insoportables mis ataques de celos cuando pase lejos de ti tres o cuatro días seguidos.

Al día siguiente el presidente del club lo citó en su despacho después del entrenamiento matutino. No era algo habitual y Daniel acudió preocupado. Tras un cariñoso y sincero saludo porque llevaban varias semanas sin verse, se sentaron y comenzaron con la que resultó una dolorosa conversación.

—Voy a dimitir, Daniel —le confesó Fernando con tanta brusquedad que sorprendió al joven, a pesar de estar acostumbrado a la claridad con la que su presidente solía hablar—. A Mari Ángeles se le ha reproducido el tumor.

—Lo siento, Fernando. No lo sabía —se condolió Daniel sincero—. ¿Cómo

está?

—Mal. —La fría crueldad que se adopta en las peores situaciones impresionó a Daniel y le hizo recordar los malos momentos que vivió junto a su madre—. Le esperan unos meses muy duros y quiero estar a su lado en todo momento. Llevo diez años en la presidencia con la satisfacción de haberlo ganado todo. Pero ahora mi mujer me necesita más que el club. —El jugador permaneció unos segundos en silencio impresionado por la problemática familiar de Fernando y por su dimisión inesperada.

—Gracias por tu confianza, Fernando.

—Tú y yo hemos alcanzado la gloria futbolística en el Real Madrid y creo que no podemos ambicionar más. —Lo miró sonriendo satisfecho; Daniel asintió y le devolvió una sonrisa franca—. Pero este club va a sufrir un cambio radical en cuanto me marche y está en juego tu renovación. Te he llamado con la intención de advertirte sobre los planes que tiene la nueva directiva. Por eso estamos solos.

—¿Quién será el candidato?

—Torres Palacios. Y saldrá elegido por mayoría, puedo asegurártelo.

—Ese hombre me gusta tan poco como a ti. Ve el fútbol como un negocio y le importa poco el aspecto deportivo.

—Tienes razón y en estos momentos te perjudica. Aunque mi mandato acaba el 30 de mayo, la junta directiva ha congelado todas las renovaciones y nuevos contratos hasta que se haga el traspaso de la presidencia. Quieren controlar la plantilla de la siguiente temporada. Sancho queda en la misma situación que tú y no lo quieren.

—¿Que no lo quieren? —preguntó Daniel alterado y confundido—. No lo entiendo, Fernando. El club ha ganado con él dos Champions y tres ligas en cuatro temporadas sin apenas refuerzo alguno. Ha logrado que el equipo funcione como una máquina perfecta en todos los aspectos. Y esta temporada permanecemos aún con vida en dos competiciones.

—Así es. Y muy a su pesar no lo valoran. Tiene una fabulosa oferta del



Chelsea que hoy mismo ha aceptado y quiere llevarte consigo. ¿No te lo ha dicho Toni?

—No. Toni me contó que el Chelsea se había puesto en contacto con él para ofrecerle una oferta económica que mejora la del club. No creo que sepa lo de Sancho. Pensé que hablaríamos contigo y el resto de la directiva esta semana. Yo prefiero acabar mi carrera aquí. Dos años más. —Fernando sonrió desganado e intrigante.

—Vete a Londres, Daniel. Es el consejo que te doy.

—¿Por qué? —Daniel no salía de la impresión—. Llevo toda mi vida deportiva aquí y me gustaría retirarme en este club; es mi club y mi equipo desde que tengo memoria. Fue el sueño de mi padre y el mío hecho realidad.

—Y yo lo sé, igual que Sancho que te ha visto crecer como persona y como jugador desde juvenil. Pero eso se acabó. —Daniel lo miró esperando una explicación—. Torres va a reducir los contratos de los nacionales que están por renovar, como tú, aprovechará la falta de competencia económica de otros clubs y pretende traer a Tiago Fernandes y con él a media selección brasileña. —Daniel no ocultó su rechazo con un gesto de desesperación.

—Va destrozando cada club donde entrena. ¿Cómo han caído en esa trampa?

—Nuevas camisetas, nuevas ventas, renovar el *merchandising*, aunque el nivel futbolístico baje, les interesa más el dinero. Ya sabes que el Madrid vende aunque no gane títulos. Te van a ofrecer renovar año a año y por la mitad de tu ficha económica actual. —Daniel, atónito, no supo qué responder—. Imagino que aún no saben nada sobre la oferta que te ha hecho el Chelsea. Al menos yo no he comentado las pretensiones de Sancho, ni pienso hacerlo. Se van a llevar una desagradable sorpresa porque resultará un competidor de primera fila.

Fernando contemplaba el rostro perplejo de su joven amigo, le sonrió amable y continuó aconsejándole con franqueza.

—Mi consejo, Daniel, es que te marches. Le has dado a este club, al igual que Sancho y yo, la mayor gloria que ha conocido, los mejores momentos

deportivos de su historia. Tú eres un gran deportista además de futbolista, te mereces acabar en un club grande que aspire a ganar todos los triunfos, como está sucediendo esta temporada. Y si además mejoran nuestra oferta económica... No olvides que eres un profesional.

—¿Viene Riveiro con Tiago? —preguntó intrigado por ese jugador de su misma posición y que había sido su rival en numerosos encuentros internacionales.

—Sí. Y ten por seguro que a Tiago no le importará tu incomparable calidad ni que estés en tu mejor momento deportivo.

—No le importará. Estoy de acuerdo contigo. Son como hermanos siameses. Van juntos a cada club —contestó indignado.

—Tienes que decidirte pronto. Estoy seguro de que Sancho hablará contigo cualquier día de esta semana e intentará convencerte para que te vayas con él a la Premier. Sabes cuánto confía en ti. —Daniel asintió—. No te dejes ablandar por los recuerdos ni por la amistad o se aprovecharán de ello. Eres un excelente profesional y deben reconocer tu valía. Firma donde lo hagan, aunque te marches decepcionado. Es mi consejo, Daniel.

Esa conversación dejó a Daniel tan helado como le sucedía al sumergirse en la bañera de hielo. No lo hubiera esperado nunca y al sentarse en el coche telefoneó a Toni y le habló sobre la sorprendente entrevista mantenida con Fernando.

—No sabía lo de Sancho. Lo están llevando con bastante secretismo porque ese Torres es un auténtico destripador, Daniel. No creo que Fernando te haya exagerado la situación.

—Yo tampoco. Ha sido sincero conmigo y se lo he agradecido. Nuestra relación siempre ha sido excelente tanto a nivel personal como profesional y con este gesto me lo ha demostrado hasta el final de su mandato presidencial.

—No vamos a comentar nada aún, pero si te parece me pondré en contacto

con el Chelsea y mantendré vivo su interés. No nos conviene cerrar ninguna puerta. Y tú ve pensando bien en tu decisión. No sabemos cuándo tendrás que tomarla.

—No insinúes que sabemos lo de Sancho. No pretendo dejar a Fernando en evidencia.

—De acuerdo; nos mantendremos al margen de esas disputas. Si el club se entera de esa fantástica oferta del fútbol inglés no esperará a junio para hablar contigo. Ve pensando en tu decisión —le repitió convencido de su trascendencia.

Se le hacía tarde y Eva lo esperaba a la hora del almuerzo. Cuando ella se fuera a clase, hablaría con su hermano Luis, como siempre hacía en momentos complicados de su carrera deportiva. Y escucharía su opinión objetiva porque siempre era capaz de pensar en las situaciones delicadas que se le presentaban a Daniel como un negocio. Luis, junto a su padre, lo había ayudado desde muy joven y solía ofrecerle buenos consejos.

Eva lo notó lejano y distante durante todo el almuerzo. Intuía que algo le sucedía, sin embargo, Daniel no parecía dispuesto a confesarle sus temores y le repetía una y otra vez que todo iba bien. Eva no se tranquilizaba con sus breves explicaciones.

En cuanto se quedó solo en casa, Daniel le habló a su hermano sobre la conversación mantenida esa mañana con Fernando y se sorprendió tanto como él.

—Fernando tiene razón, Daniel. Esta es tu profesión y, aunque sientas que perteneces a ese club, si a estas alturas de tu carrera piensan desvalorizarte, creo que no deberías consentirlo. Seguro que Riveiro viene cobrando más que tú y no estará nunca a tu nivel futbolístico, ni en su mejor momento. En comparación con algunas estrellas extranjeras que no rinden ni la mitad que tú, les has salido barato durante todos estos años. Creo que deberían tener en cuenta que llevas siendo elegido seis temporadas ininterrumpidas en el mejor

once inicial del mundo. Eso significa algo.

—¡Es increíble! —exclamó Daniel desesperado—. Hasta hace unas horas pretendía retirarme en mi club de toda la vida; estaba tan convencido...

—Pero a esa nueva directiva, y estoy también de acuerdo con Fernando en ese aspecto, no le interesa los triunfos deportivos, prefiere los económicos. Y tú tienes mucho fútbol todavía en tus botas. Si desmiembran el gran equipo que lleva funcionando durante varias temporadas magníficas, y conociendo la trayectoria de Fernandes, ¿has pensado que puedes retirarte sin aspirar a ganar ningún título más y dejar el club peor que nunca?

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Destrozarán el equipo y para cuando vuelva a funcionar, yo ya no estaré jugando.

—Sancho puede conseguir maravillas en unos pocos meses en el Chelsea porque tienen una plantilla fantástica que solo necesita un par de ajustes que su entrenador actual no consigue darle. Sancho lo logrará y tú puedes colaborar en eso. Quince millones por dos temporadas es una oferta excelente; demuestran su interés por ti. —Daniel suspiró.

—Tengo que pensar también en Eva. Aunque yo tome la decisión final, debo tener en cuenta sus planes de futuro.

—Puede continuar estudiando en Londres. Habla inglés perfectamente. ¿No estuvo en Alemania el año pasado?

—Sí. Pero pensaba hacer un máster aquí de economía sostenible y...

—Seguro que en Londres hay cursos parecidos —lo interrumpió Luis animándolo—. Infórmate antes de proponérselo y así no se asustará ante la idea de marcharse.

—Sí, eso haré. Por si acaso.

Daniel se marchó ese viernes a París con su novia sin pensar en nada más que en desconectar durante unos días de su profesión y de la renovación de su contrato; solo pretendía pasar unos días de vacaciones y disfrutarlos juntos. Y ella tenía ese don sobre él; lograba, sin esfuerzo, que se olvidara de todo lo que no fueran ellos dos.

Días más tarde, regresaban de la boda de Mariló y Frank y Eva reflexionaba sobre lo que había vivido en las últimas veinticuatro horas. Estuvo presente mientras Mariló se vestía y la peinaban porque Daniel insistió en que estuviera junto a Sandra, su cuñada, y Charo, la mejor amiga de Mariló, aunque Eva sabía que a la novia no le agradaba su compañía, pero era incapaz de ofender a su hermano. Cuando él estaba ausente, no cesaba en su intento de menospreciarla.

—Eva —le decía Sandra emocionada—, te parecerá mentira que dentro de tres meses estarás en la misma situación que Mariló.

La chica sonrió desganada y tragó saliva con dificultad. Con solo pensar que llegaría ese día, un sudor frío recorría su espalda.

—No pareces muy ilusionada —le reprochó Mariló sin tener en cuenta que a Eva apenas la conocían las personas que estaban en ese momento en el salón de la casa familiar de Daniel—. Sin embargo, a mi hermano le brillan los ojos cuando alguien menciona su boda. No sé qué les ha dado, hija, aunque me hago una idea. —La mirada maliciosa de Mariló logró que Eva se ruborizara de los pies a la cabeza y se sintiera de nuevo invadida por toda esa incertidumbre que le provocó hacía unos meses. Mariló encontraba facilidad para recordarle lo que no era, como se sintió en ese momento, simplona y vulgar, un juguete sexual del que Daniel acabaría por aburrirse.

—Daniel ha cambiado mucho desde que está con Eva —Sandra habló en su defensa—. Siempre está de buen humor, sonriente y satisfecho de su vida. Lo estás haciendo muy feliz, Eva —dijo mirándola y sonriéndole cariñosa—. Verás como todo sale bien —le susurró animándola—. Daniel lo merece y tú también.

Eva pensó que no había visto un matrimonio más compenetrado que el de Luis y Sandra. Parecían estar hechos a la medida del otro, siempre amables, generosos y muy agradables con los demás y, por supuesto, con ella se comportaban de forma totalmente contraria a la de Mariló, quien ni siquiera le demostraba respeto.

Durante la ceremonia, por más que lo intentaba, no se ilusionaba pensando que en tres meses ella estaría vestida de blanco, acompañada por un guapísimo y elegante Daniel, dispuestos a atarse para siempre, o al menos hasta que se soportaran. Y sabía el motivo: le resultaba algo inalcanzable.

Daniel no se separaba de ella, la observaba de reojo y percibía la tensión que acumulaba en su cuerpo; se hacía una idea de lo que pasaba por la mente de su novia en esos momentos e intentó tranquilizarla.

—En tres meses estaremos nosotros en la misma situación —le susurró acercándose tanto que le acariciaba la oreja con su nariz. Eva dio un respingo y lo miró impresionada.

—No me lo recuerdes —se le escapó entre dientes.

—¿No te hace ilusión casarte conmigo? —le preguntó fingiendo estar ofendido.

—Ni contigo ni con nadie. No me hace ninguna ilusión pasar por todo esto —le dijo dirigiendo la mirada en torno al lujoso comedor donde se celebraba la boda—. Podíamos quedarnos como estamos. No entiendo esa prisa que te ha entrado por casarte. Creo... —No se atrevía a confesarle a Daniel la conclusión a la que había llegado—. Creo que no confías mucho en mí, por eso pretendes atraparme con una boda.

—Te confiaría mi vida. Pero te considero demasiado valiosa para dejarte libre. No me arriesgaré a que una de esas noches que sales con tus amigos conozcas a otro y me dejes.

—¿No estarás pensando en que si me caso contigo dejaré de salir con mis amigos cuando esté sola tantos fines de semana?

—Es lo que deseo, pero no lo haré. Necesito verte feliz. —Le acarició la mejilla y la miró con adoración—. Pero te conozco bien, sé que te tomarás nuestro matrimonio en serio y que me respetarás siempre. —Suspiró sin dejar de observarla—. Estoy convencido de ello. Ya te lo dije.

—Lo que estás es muy anticuado si piensas que por ponerte un anillo en el dedo y pasar por todo este circo alejarás la tentación de nuestras vidas.

—¿Tentación? Por Dios, Eva. Tú has sido mi única tentación. A parte de que mis padres resucitaran, jamás he deseado algo en mi vida con tanta vehemencia. Solo a ti.

Luis interrumpió la conversación y Eva reflexionó sobre las palabras de Daniel. Si acababan casados sería por él, porque le hablaba con tanta sinceridad que la dejaba sin argumentos y, entre eso y sus constantes y convincentes muestras de cariño que no ocultaba ante nadie, se sentía lo bastante segura para permitir que ese huracán en forma de hombre llamado Daniel, la obligara a dar ese paso trascendental.

## Capítulo 19

Tal y como Daniel le había advertido, coincidían en casa menos que más. Él se sometía a largas concentraciones y más viajes a falta de dos partidos para finalizar la liga y la Champions. Estaban a un partido de proclamarse campeones de liga, a dos semanas de la final europea, luego se uniría a la selección durante un mes como mínimo y su futuro inmediato estaba aún por decidir. Daniel, a veces, se mostraba ausente y, a pesar de la insistencia de Eva por conocer los motivos de su preocupación, siempre le ocultaba la realidad de su situación con una sonrisa o un beso, sin percibir el malestar que con esa actitud ocasionaba a su novia; ella lo tomaba como una falta de confianza.

Sancho había hablado con él, le había propuesto la titularidad indiscutible si fichaba por el club londinense y Daniel le ordenó a Toni que comentarían a la directiva madridista esa tentadora oferta; intentarían averiguar cómo les afectaba. Se había convocado una reunión tres días después del partido en el que se decidiría el campeonato de liga.

Días más tarde, Daniel, acompañado de su agente, abandonó esa reunión indignado. Fernando no se había equivocado en sus predicciones. Les daba igual la competición que acababan de ganar y su buen momento de forma alabado por todos los medios de comunicación del país y del extranjero. Daniel se habría conformado con que le igualaran la ficha, pero no solo se la rebajaban, ni siquiera le ofrecían los dos años de contrato que él exigía. La



situación cambió en cuanto Toni mencionó la suculenta oferta económica del Chelsea; resultó un golpe inesperado para la nueva directiva capitaneada por un ambicioso Torres Palacios que no deseaba desprenderse de un jugador tan valioso como Daniel y menos aún ofrecerlo a un rival seguro y quedaron en discutir de nuevo el asunto después de regresar de Copenhague, donde se celebraría la final europea.

Eva continuaba al margen de todas las novedosas inquietudes laborales de Daniel, convencido de que la aliviaría de preocupaciones innecesarias hasta el momento de tomar la decisión definitiva. Estaba seguro, después del respingo que dio cuando mencionó bromeando la posibilidad de marcharse a Londres, de que no le parecería buena idea y no le apetecía discutir con ella ni interrumpir el momento dulce por el que pasaba su relación. Prefirió esperar a que todo se solucionara antes de contarle la noticia real sin hacerla sufrir por tantas especulaciones. Además, él estaba esperanzado en que el club reaccionaría ante la posibilidad de que se marchara a la Premier; necesitaba ser optimista sobre ese asunto.

Eva se marchó a casa de sus padres durante los tres días que Daniel estaría en Dinamarca, antes de comenzar sus últimos exámenes que le exigirían también concentración absoluta. Debía reservar el lugar de la celebración de la boda y ultimar la lista de los invitados por parte de su familia y sus mejores amigos. Todo lo relacionado con la boda estaba resultando demasiado precipitado. Mariló y Luis se encargarían de la parte de Daniel. Su madre, ayudada por sus tías, se ocuparía del resto de los preparativos; ella ya había cumplido hasta ese momento con elegir el traje de novia junto a su madre y sus tías en una visita del pack familiar durante un fin de semana a Madrid. Pero se marcharon disgustadas porque no pudieron conocer a Daniel ya que jugaba en La Coruña. Las mujeres se fueron maravilladas con la casa y la excelente urbanización donde vivía y viviría su sobrina y por la confianza, que era

evidente, que depositaba en ella su novio al dejársela a su entera disposición.

Juanjo se mostraba más nervioso conforme se acercaba la hora de la final que parecía jugaría él y, a pesar de que Eva le pedía que se tranquilizara porque conseguía angustiarla, el muchacho logró contagiar con su nerviosismo a toda la familia que se había reunido en casa de los padres de Eva para ver el partido.

En el descanso, con el marcador uno a uno, los nervios aún no se habían serenado y fue entonces cuando Juanjo y la tía Mamen, a solas en la cocina, le exigieron una confesión que sorprendió a Eva.

—Te lo tienes muy callado —la reprendió la tía—, ¿verdad, Juanjo? —El muchacho le guiñó un ojo en señal de complicidad—. ¿Cuándo le vas a decir a tus padres que te vas a Londres? —Eva, sorprendida en un primer momento, los observó comprendiendo.

—Eso solo es un rumor. Daniel prefiere quedarse en Madrid.

—Está en la red, Eva —aseguró Mamen—. Todo el mundo lo sabe; Sancho se va al Chelsea y se lleva a Daniel con él.

—Un amigo mío que estudia en Londres me lo ha comentado a través de Facebook —afirmó Juanjo convencido—; allí lo dan por hecho.

—No creo que la red sepa más que yo, pero si preferís creerlos todos los cotilleos que escriban... Daniel no me ha contado nada porque todavía no ha llegado a ningún acuerdo con su club. Estaban esperando a terminar esta final para empezar las negociaciones.

Fingió estar tan convencida de sus propias palabras que Mamen y Juanjo le creyeron. Sin embargo, Eva sabía que algo anormal estaba ocurriendo porque Daniel hablaba demasiado durante las últimas semanas con Toni y con su hermano Luis y se mostraba nervioso y alterado mientras charlaban. Acababa

siempre esas conversaciones de mal humor, aunque se lo ocultara y fingiera en cada ocasión lo que estaba sucediendo.

Las dudas asaltaron salvajemente la mente de Eva. ¿Y si no le estaba diciendo la verdad? Pensaba la chica que ya no prestaba atención al partido salvo cuando mencionaban a su novio. ¿Cómo llegaría un rumor de esa envergadura hasta el mismo Londres? Era evidente que Daniel no estaba siendo sincero con ella y tenía más posibilidades de marcharse de las que le había confesado. Disgustada, decidió que si había fichado por el Chelsea sin ni siquiera preguntarle su opinión sobre tan importante asunto, no se iría con él. Daniel conocía sus planes y sabía cuánto había luchado por conseguirlos; no permitiría que le hiciera una jugarreta como esa sin consultárselo. Una sonrisa rabiosa se dibujó en el rostro de la chica y unas lágrimas empujadas por la impotencia que sentía en ese momento pugnaban rebeldes por salir. Si había sido capaz de mantenerla al margen de un asunto de tanta envergadura ni siquiera se casaría con él.

Con empate a dos en el marcador, se llegó a la prórroga de un reñidísimo encuentro que ponía a prueba la gran calidad de los dos equipos que se enfrentaban; y a Juanjo ya no había quién lo soportara. Durante los minutos de descanso se podía ver la tensión en los rostros de los jugadores de ambos clubs, mientras el cansancio, los calambres y los dolores causaban estragos en la mayoría de las piernas. Una breve imagen mostró a Sancho arengando a Daniel con una pasión desbordada y este lo escuchaba totalmente abstraído de cuanto lo rodeaba. Y las palabras del entrenador hicieron el efecto deseado porque, cinco minutos después de comenzar la prórroga, Daniel, infatigable, subió el balón por el centro del campo en un derroche de fuerza y pundonor, se desmarcó de dos rivales y atrajo la atención de la defensa obligada a bascular hacia su posición. Mientras, el salón en casa de Eva temblaba ante la emoción de sus habitantes, y Juanjo, de pie y gritando, animaba a su cuñado. Daniel, en

un pase magistral, sorprendió a la defensa y cedió el balón a Tautou que avanzaba por la banda izquierda totalmente desmarcado casi a la altura del área pequeña. El francés, sin esperar a colocar el balón, le pegó con la pierna derecha hacia el poste contrario y la pelota entró en la portería bajo la atenta y desesperada mirada del portero. La aclamación del gol se escuchó en todo el barrio y todos en la casa felicitaban a Eva por la magnífica jugada de Daniel. *“Están locos; ni que yo tuviera algo que ver”*, pensaba Eva divertida.

Después de ese fantástico gol, el equipo contrario pareció desmoronarse y atacaba y defendía nervioso y sin ideas. Daniel apenas si podía tocar un balón porque lo defendían muy de cerca, según opinaba Juanjo, y Eva lo escuchaba respetuosa, reconociendo que entendía de fútbol infinitamente más que ella y el resto de los presentes estaban de acuerdo con la opinión del chico. A cinco minutos del final, un incansable Daniel recorrió veinte metros con el balón en sus pies hasta adentrarse en el área grande; un par de metros más adelante recibió una patada bestial y desesperada de un defensa cuando él se giró protegiendo el balón entre sus pies y, bajo el delirio de los espectadores caseros, el árbitro señaló el punto de penalti. Sancho, sin dudarlo, decidió que lo lanzara Daniel.

Eva creyó que le daría un infarto en esos momentos en que veía la imagen de su novio casi fija en la pantalla plana de HD que ella misma le había regalado a su madre hacía pocos días con motivo de El día de las madres y que en esos momentos mostraba el rostro, a ojos de ella, más hermoso del mundo, el de Daniel, aunque estuviera muy enfadada con él por los rumores que le habían revelado Juanjo y su tía. Si la celebración del golazo que marcó Daniel, como un misil teledirigido por la escuadra de la portería contraria, se escuchó en todo el planeta, el silencio que lo siguió en el salón de la casa de Eva fue atronador, mientras todos sus familiares observaban cómo dedicaba el gol primero a sus padres fallecidos y luego a su novia mientras seguían embobados la explicación de un Juanjo a punto de llorar por la emoción. Ella no sabía dónde esconderse mientras el locutor explicaba esas dedicatorias con

una familiaridad que la abrumaba.

—¿Cómo puede saber que se lo dedica a su novia? —murmuraba—. Es imposible que Daniel se lo haya mencionado a la prensa. Menudos cotillas. — Pilar, sentada a su lado, se reía al comprobar el rubor que desprendían las mejillas de su hija.

—Tienes un novio muy famoso, hija. Por mucho que intentes ocultarlo...

Las dudas provocadas por los rumores que su tía y su hermano habían descubierto en la red, se acrecentaron en el cerebro de Eva al presenciar el abrazo afectuoso que se daban Daniel y Sancho y que en ese instante se reveló también cómplice. *“Es evidente que eso es algo más que un rumor”*, pensó Eva indignada.

Pasaba la medianoche cuando Daniel tuvo un respiro y pudo hablar con su novia por teléfono.

—He recibido decenas de mensajes y ni uno tuyo —le reprochó bromeando—. ¿Eso es lo que te emocionas por mi victoria de esta noche?

—Me alegro de la victoria de tu equipo, Daniel, y por tu magnífico partido —le respondió con frialdad.

—Era muy importante para nuestro futuro, Eva. Es la victoria que más he necesitado nunca.

—Y eso, ¿por qué? —le preguntó fingiendo no darle importancia a la espera de que le confesara sus planes. Sin embargo, y aumentando la desesperación de Eva, Daniel eludió la respuesta una vez más.

—Pronto lo sabremos —respondió enigmático—. ¿Regresarás mañana a Madrid?

—No. Me quedaré un día más. Así puedes celebrar tu victoria sin preocuparte por mí. —Respuesta que no convenció a Daniel.

—Tampoco tendré tiempo para muchas celebraciones. ¿Por qué no regresas mañana por la noche? Imagino que podré estar en casa a partir de las doce o la

una a más tardar.

—No, quiero quedarme.

—Eva, ¿qué te ocurre? ¿Estás enfadada o preocupada por algo? ¿Todo va bien por tu casa? —la interrogaba angustiado.

—Todo va bien. Es solo que me gustaría estar aquí un día más y descansar. Yo también empiezo mis finales dentro de unos días y no vendré a mi casa hasta primeros de julio. Me apetece quedarme y pensar en algunas cosas que están sucediendo.

—¿Qué es eso tan grave que sucede y que te obliga a retrasar tu vuelta? —La tensión aumentaba por segundos, y Eva no estaba dispuesta a ceder.

—Yo también tengo mis problemas y decisiones que tomar. —El resoplido de Daniel la obligó a separarse del auricular.

—Está bien —le reprochó exigente—. Haz lo que te apetezca. Te conozco y sé que estás enfadada por algo. Te echo de menos y me gustaría verte lo antes posible. Te llamo dentro de un rato y hablamos más tranquilos; aún no me he duchado.

—No, no me llames. Voy a salir con Juanjo a celebrar tu victoria. El pueblo está en la calle de fiesta y me ha pedido que lo acompañe un rato.

El silencio en el teléfono habló por Daniel; Eva sabía cuánto le molestaba que saliera de noche y en su pueblo por donde andaría su ex, pero no le importaron sus estúpidos celos. Daniel la estaba, quizás resultara exagerado decir engañando, pero sí era evidente que le ocultaba sus planes de futuro, unos planes que si se casaban dentro de pocos meses, le afectarían a ella casi tanto como a Daniel y eso no se lo permitiría.

A la media hora de estar en la calle, Eva tuvo que volverse a su casa. Todo el mundo en el barrio sabía que era la novia de Daniel Álvarez y no la dejaban en paz, incluso intentaron mantearla unos amigos de su hermano, pero Juanjo logró impedirlo con bastante dificultad. Así que se acostó de mal humor y no se durmió hasta bien entrada la madrugada, cansada de dar tantas vueltas en la cama como a sus pensamientos, mientras pensaba en por qué Daniel le había

ocultado algo tan importante para el futuro de ambos.

Al día siguiente se mostró esquiva y distante cada vez que Daniel la llamó; su indignación crecía conforme pasaban las horas y él no le desvelaba nada a pesar de sus insinuaciones. Se sentía manipulada y dominada por un novio que se comportaba como un auténtico cromañón, poco dispuesto a compartir sus problemas o sus preocupaciones. Por ese motivo no había regresado junto a él. No le apetecía ser partícipe de una victoria que la haría sentirse más marginada aún de la vida de su novio.

Pensaba dirigirse a Madrid antes de la diez de la mañana, llegar a la hora de almorzar y asistir esa tarde a sus últimas clases antes de los finales. Y, justo cuando arrancaba el coche, María la telefoneó.

—Eva, tienes que ver una foto que han colgado en Facebook. Estaba bicheando fotos de las celebraciones de anoche por la victoria del Madrid y no me ha gustado lo que he visto. —Un cosquilleo recorrió el estómago de Eva—. He dudado si debía enseñártela o no, pero pienso que a mí no me gustaría que me ocultaran algo así. —Suspiró conmovida—. Lo lamento, Eva, sé que no te va a agradar. Por lo menos a mí me molestaría encontrarme con una foto como esa de mi futuro marido. Lo siento, pero mi conciencia me impide ocultártelo.

—No te preocupes, María, le haces demasiado caso a lo que se publica en la red; la gente lo tergiversa todo y van a acabar por no saber diferenciar la verdad de los rumores, cotilleos y mentiras.

—Bueno, vale. Pero tú mira la foto y no te preocupes porque no se lo comentaré a nadie. —En ese instante fue un intenso pellizco lo que retorció el estómago de Eva al escuchar la insistencia de su amiga.

Y el pellizco se convirtió en náuseas al comprobar que se trataba de un par de fotos de un sonriente Daniel acompañado de Cristina quien se abrazaba a él como una lapa, lo atrapaba en actitud demasiado cariñosa en la entrada de La

Posada, una discoteca a la que solían acudir los jugadores del equipo en sus celebraciones. Hiperventilando, no se le ocurrió otra cosa que reenviárselas a Daniel. Quería que supiera que estaba al corriente de su encuentro con Cristina. Se bajó del coche y regresó a su casa dispuesta a quedarse para siempre. Esa imagen había sido demasiado y en ese momento no soportaría ver a Daniel.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —le preguntó su madre nerviosa al verla entrar de nuevo por la puerta de su casa.

—Acaban de avisarme. Las clases ya han acabado y Daniel estará muy ocupado estos días. Así que lo mismo me da estudiar aquí que allí. Prefiero quedarme y así no paso otra noche sola en aquella casa solitaria.

—¿Has avisado a Daniel?

—Sí. Le he mandado un mensaje porque no me cogía el móvil. No quiero que se preocupe por mí. —Eva se avergonzó por la cantidad de mentiras que estaba contando en ese instante, pero más vergüenza le daba confesarle a su madre el asunto de las fotos de Daniel con Cristina y del modo en que organizaba sus vidas sin tener en cuenta su opinión.

Cansado de llamarla y de mandarle mensajes que ella ignoraba, Daniel decidió telefonar a su casa. Estuvo unos minutos hablando con Juan y recibiendo sus sinceras felicitaciones antes de que Eva se pusiera al teléfono. Ella se encerró en su dormitorio para escuchar lo que tuviera que decirle y despedirse porque no estaba dispuesta a ofrecerle demasiadas explicaciones.

—¿Por qué me has enviado esas fotos y por qué estás aún en tu casa? —le preguntó evidentemente enfadado—. ¿Cuándo piensas regresar?

—Nunca. Iré a Madrid a examinarme, pero no volveré a poner un pie en tu casa. Le dices a Sofía que recoja mis cosas, que las empaquete en cajas y que me las envíe a través de un servicio de transporte a cobro revertido. Te mandaré el coche con un conductor.



—¿Qué tonterías estás diciendo, Eva? No empieces a montarme un numerito a causa de tus dudas infantiles. Creía que eso ya era historia —Eva continuó ordenándole las instrucciones sobre lo que había planeado presa de la rabia y de la incertidumbre.

—El conductor te entregará un sobre con todas las cosas que tengo tuyas. No quiero tener nada que me recuerde a ti. Hemos terminado. —Colgó y dejó a Daniel con la palabra en la boca.

Eva no soltó una lágrima. No sentía dolor; se había dejado invadir por una furia desmedida más contra ella misma que contra Daniel por haberse dejado convencer para seguir adelante con él. Se había mostrado como una mujer débil y frágil y él se había aprovechado de ella en todo momento, la había dominado y había controlado su vida como si le perteneciera. Así se sentía en esos momentos. Ya no le volvería a suceder algo parecido, nunca más.

En un sobre cerrado y acolchado guardó las llaves de la casa de Daniel, la tarjeta de crédito que le había dado para pagar los gastos que fuera ocasionando la boda y el anillo que tanto le importaba a Daniel. Se dirigió a una tienda de alquileres de coche y antes de una hora había contratado a un conductor que se marchaba a Madrid con el Volvo. La jugada le costó trescientos inesperados euros, pero los pagó a gusto en ese momento en que se sentía humillada y pisoteada por Daniel. *“¿Qué sucederá si mi madre ve esas fotos o salen en televisión o alguien se lo cuenta? —pensaba Eva—. Los pobres se morirán de vergüenza por mi culpa. Bueno, no será por mí, será por ese mentiroso, asqueroso, traidor que ha conseguido acabar con mi paciencia. Al final no es mejor que su amigo Rafa”.*

*“Solo me faltaba esto. Por un puto saludo; por ser educado y no mandar a la mierda a esa tía engreída que ya me está tocando los cojones —se dijo Daniel mientras conducía hacia la reunión que decidiría su futuro próximo después de desahogar ruidosamente su mal humor con un golpe al volante—.*

¿Quién habrá colgado esas fotos? Seguro que lo habrá hecho la misma Cristina. Aún está cabreada porque la dejé plantada. Eva pensará que lo tengo merecido, por mujeriego, por el daño que le hice con Cristina y las otras. ¡Joder! —gritó desesperado—. *A ver cómo arreglo esto. Me ha tocado la mujer más cabezota y testaruda que hay en la Tierra. Tenía que ser difícil ganarme en eso y me he encontrado con la única capaz de superarme*”.

Toni lo esperaba en el aparcamiento y entraron juntos a la reunión que mantendrían con la nueva directiva. Procuró dejar aparcado el conflicto con Eva durante unos minutos y centrarse en ese asunto y le resultaba difícil lograrlo. Maldijo a su novia en su pensamiento por enfadarse con él en un momento tan inoportuno como ese. Ahora más que nunca necesitaba quedarse en Madrid; si no lo conseguía, Eva era capaz de dejarlo para siempre como ya le había dicho y eso sí que no podía permitirlo.

Tras oír un montón de elogios por el nuevo título que habían obtenido y por su sobresaliente participación en el logro, comenzaron unas negociaciones que en quince minutos lo habían sacado de quicio porque no le quedaba paciencia para soportar las sandeces que le proponía la nueva directiva. Daniel ni siquiera permitió que Toni hablara y, preso de un orgullo excesivo y el poco autocontrol que le quedaba, se dirigió a Torres Palacios, a quien consideraba en esos momentos el mayor cínico que había tratado jamás.

—Vamos a dejarnos de ambigüedades —dijo Daniel en un tono exigente—. Dime que me ofreces y te diré si me conviene o no.

—Pensamos hacer una salvedad contigo, Daniel, por ser un jugador fundamental y valioso en este equipo, y no solo por tu juego; además eres carismático y colaboras activamente en la labor de conjunto. Por ello, queremos demostrar nuestra buena voluntad y te ofrecemos cuatro millones, pero solo firmaremos una temporada.

Daniel no pudo contener una carcajada sarcástica. Eva ya lo había sacado de quicio y se le había agotado la poca paciencia que tenía.

—Eso es la mitad de lo que me ofrece el Chelsea y lo sabes. Van por

dieciséis millones libres de impuestos, dos años, coche y una bonita casa en la mejor zona de Londres, en Kensington, durante ese tiempo.

Torres murmuró algo a sus dos acompañantes y luego le habló:

—Si quieres retirarte en el Madrid es todo cuanto podemos ofrecerte y estamos haciendo un gran esfuerzo económico.

Daniel entendió la jugada que le habían preparado; miró a Toni e impidió de nuevo que hablara por él. Se aprovecharían del interés que había demostrado por finalizar su carrera deportiva en su club de toda la vida y eso lo enfureció más aún si era posible.

—Torres, me hubiese quedado por el mismo dinero que cobro en la actualidad, el que vais a malgastar en unos jugadores y un entrenador que no son necesarios, sobre todo después de la lección magistral de fútbol que hemos ofrecido estos últimos años. Hemos ganado las dos competiciones más importantes del mundo dos años consecutivos. ¿Has visto esa hazaña futbolística alguna vez? —Sonrió vehemente ante el silencio del nuevo presidente y sus secuaces que esperaban expectantes una respuesta de su jefe —. Esta plantilla ha ido a más, ha hecho historia y si no se lo impidierais, continuaría haciéndolo. Os vais a cargar el club y la afición no lo perdonará. Si no cambiáis vuestra estrategia, os esperan años muy duros.

—¿También sabes hacer de presidente? —le preguntó Torres con una sonrisa hipócrita dibujada en su rostro—. Creo que tantos triunfos se te han subido a la cabeza y vas a desperdiciar la oportunidad de retirarte por la puerta grande.

—Ya me estoy retirando por la puerta grande. Pero de este club. No me quedará para ver cómo lo lleváis a pique. El blanco me duele demasiado para soportarlo. —Se levantó de la silla con decisión y tendió la mano que Torres apretó condescendiente—. Suerte. Espero no tener que volver a negociar contigo —le dijo obsequiándolo con toda su arrogancia.

Abandonó la reunión de forma impetuosa y Toni lo seguía orgulloso.

—Qué cojones tienes, Daniel. Yo no le habría hablado de ese modo por respeto a tus intereses. Pero no podías haberlo hecho mejor. Le has dado su

merecido y solo has dicho la verdad.

Daniel no estaba tan seguro de haber logrado una gran hazaña. Ahora no solo tenía que conseguir que Eva entrara en razón una vez más, además debía convencerla para que lo siguiera a Londres. Sabía que con ella le esperaba una batalla mucho más dura y dolorosa que mantener una simple y sincera conversación, lo único que había hecho en esa corta reunión.

Los dos hombres almorzaron juntos, comentaron los pormenores de su nuevo contrato con el club inglés y le ordenó a Toni que no lo hiciera público hasta que se lo comunicara en las próximas veinticuatro horas; antes pensaba explicárselo a Eva.

Mientras hablaba con su hermano ya en su casa, para contarle cómo había transcurrido la frustrante negociación y sus futuros planes, llamaron a la puerta. Se asomó y el corazón le dio un vuelco al ver el Volvo aparcado en la entrada del garaje. Al menos Eva regresaba a casa; prefería verla enojada y discutir con ella a saber que no la vería hasta que se le pasara el enfado.

—¿Quién es usted? —preguntó Daniel sorprendido y preocupado al ver un hombre desconocido que se bajaba de su coche. No podía creer que Eva lo fuese a dejar de verdad—. ¿Dónde está mi novia?

—¿Eva Ramírez? —Daniel asintió—. Me ha pagado para que le traiga el coche y este sobre.

—¿Qué le ha pagado? ¿Por qué le ha pagado? ¿Eva se encuentra bien? —lo interrogaba angustiado sorprendiendo al pobre conductor.

—Cuando me dio las llaves estaba estupenda. Tiene usted una novia preciosa — le aclaró el hombre que intentaba ser amable, pero se encogió ante la furiosa mirada de Daniel.

—Gracias —contestó y sin decir nada más, le quitó las llaves y el sobre de un tirón, entró en el coche y lo aparcó en el garaje.

El conductor se dio media vuelta y se dirigió a la parada de autobús más

próxima imaginando, tras la reacción de Daniel, que acababa de ser testigo de la ruptura sentimental entre el famoso jugador y su novia.

Sin salir del coche y con una furia descontrolada, rasgó el sobre y volcó el contenido en el asiento del copiloto. Eva le enviaba la tarjeta de crédito, las llaves de su casa y el anillo que permanecía al margen de los continuos y furiosos arrebatos de la chica y lucía tan brillante como siempre. Daniel suspiró con desesperación y pensó que el enfado de Eva debía estar motivado por algo más que unas simples fotos en compañía de Cristina. La llamó y no contestó como esperaba. Le envió un mensaje en el que le comentaba que había llegado su coche y le pedía que hablara con él, pero pasaron unos minutos y lo ignoró. Decidido, entró en su casa, hizo una llamada a Sancho con la intención de obtener un favor, otra a casa de su novia y se entretuvo un momento en guardar algo de ropa en una bolsa de viaje. Quince minutos después volaba por la carretera hacia Murcia en busca de Eva.

## Capítulo 20

**H**abía salido a comprarse un par de camisetas y algo de ropa interior porque sabía que Daniel tardaría en enviarle sus pertenencias a la espera de que se le pasara el enfado y ella no estaba dispuesta a ir a recogerlas. Como tampoco lo estaba a ofrecerle la oportunidad de disculparse, convencida de que Daniel no la merecía. Se preguntaba por qué estaba con ella y, sobre todo, por qué había decidido casarse con ella y en ese instante dudaba de las veces que le había dicho “te amo”. Probablemente la quería, pero no era amor, era simplemente como una posesión más, otro de sus caprichos; pretendía moldearla a su antojo para que en el futuro fuera la mujer que él necesitaba, pensaba Eva frustrada.

*“Salimos cuando me apetece; cocinas para mí; no trabajes; no salgas sin mí; hacemos un viaje; estudia ahora. Así me trata Daniel, sometiéndome, controlándome y, dentro de poco, anulándome. No ha contado conmigo en el momento de resolver sus problemas más importantes; ni una sola vez me ha hablado sobre ello, me ha marginado de su carrera deportiva, sin escuchar mi opinión, como si fuera una inútil. Y una noche que sale solo, la aprovecha para ver a esa mujer. Seguro que es su amor platónico y está conmigo porque ella no se deja dominar con tanta facilidad —suspiró ahogándose—. Se acabó, Daniel. Ya no te soporto más. Vete con ella, así sufriré menos que viendo cómo me utilizas”.*

Regresó a su casa antes de la cena y, a pesar de ser viernes, no le apetecía salir, convencida de que sus conocidos no la dejarían en paz y le preguntarían

por Daniel. Incluso sabrían por cuánto había fichado en ese equipo inglés, mientras ella, la mujer con quien pensaba casarse, permanecía ignorante a sus asuntos.

—Lo que me faltaba esta noche —murmuró Eva al abrir la puerta y encontrarse con sus tías, sus tíos y sus primos—. Esto parece la cena de Nochebuena, solo falta el portal de Belén y los adornos navideños.

Antes de saludar, se escabulló, se dirigió a su dormitorio donde soltaría las bolsas que llevaba, evitando así que le preguntaran qué había comprado y se sintiera obligada a dar una explicación. Salió decidida a ayudar a su madre en la cocina y a distraerse todo lo posible con esa tarea.

—Juanjo me iba a acompañar a buscarte. —Eva dio un respingo y su cara ardía seguramente más ruborizada que en toda su vida—. ¿Dónde te has metido? —le preguntó Daniel a punto de soltar una carcajada ante su expresión de asombro, rodeado por su hermano, su padre y sus tíos y se dirigió a ella con esa autoridad que la desarmaba.

—Estaba comprando... —susurró impresionada hasta que recordó que no quería volver a verlo y no se amilanó—. ¿Qué haces aquí? —le exigió de malos modos en un murmullo cuando él se acercó a besarla en la mejilla porque le impidió acceder a sus labios al volver la cara con brusquedad.

—Tenemos que hablar sobre un asunto muy importante —respondió en el mismo tono. Eva sonrió incrédula y consiguió irritar a Daniel.

—Me imagino de qué se trata y estoy convencida de que no me necesitas. Creo que ya has tomado una decisión tú solo. Lo sabe todo el mundo; está en todas las redes sociales. Todo el mundo menos yo. He tenido que venir a mi casa para enterarme de que te vas a Londres.

—¿Dónde podemos hablar tranquilos? —susurró procurando no perder los nervios y no llamar la atención de los familiares que se habían alejado un momento y les había dejado intimidad al saludarse—. Aquí hay demasiada

gente.

—Si te molestan, no debiste haber venido. Yo no quiero que estés aquí —le dijo de malos modos—. Márchate ahora mismo, por favor, y ya explicaré yo la verdad.

—¿La verdad? Cuéntasela a todos y de paso así me entero yo de lo que te ocurre, ya que no te has dignado a darme una explicación y me mandas a un extraño con mi coche y con esto. —Le mostró el anillo que llevaba puesto en su dedo meñique. Suspiró tan cerca de ella que agitó su pelo—. Pequeña, a veces eres desesperante.

Eva, sin contestarle, se dirigió al patio donde estarían solos y no tendrían que hablar en susurros.

—No te preocupes; ya no te molestaré más. Por lo visto no te resulta difícil sustituirme por tu queridísima Cristina. ¿Se va a Londres contigo?

—Entonces ya tengo dos razones por las que me has montado este numerito: me voy a Londres y sientes celos de Cristina.

El tono de superioridad en que le hablaba irritaba más a Eva.

—No seas condescendiente conmigo. No soy celosa, al menos no de ese modo en que pretendes verlo. Pero explícame cómo solucionar lo que verdaderamente me preocupa. Mi madre ve los programas de la tele sobre cotilleos de la gente famosa. Imagina por un momento que sacan esas fotos tuyas junto a tu queridísima, perfecta, elegante y de buena familia Cristina —le repitió provocándolo—. Se moriría de vergüenza por mi culpa, o mejor dicho por culpa del ex novio de su hija, tan traidor como su amigo Rafa. ¿También tú necesitabas evadirte la otra noche? —le preguntó con sarcasmo—. ¿O solo se te fue la celebración de las manos?

—Eva, en serio. Tenemos problemas más urgentes que discutir. No voy a preocuparme por unas estúpidas e insignificantes fotos. Tú y yo sabemos la verdad y no necesitamos tantas explicaciones.

—No sabes lo que yo necesito. No tienes ni idea —le reprochó enojada y entonces Daniel comenzó a preocuparse temeroso de no haber comprendido



los motivos que habrían empujado a Eva a actuar de ese modo tan radical.

Estaba acostumbrado a discutir con ella, con demasiada frecuencia para su gusto, pero Eva solía estar a punto de echarse a llorar cuando lo hacían. Esa ocasión era diferente. Su novia demostraba una determinación y una seguridad en sus palabras que Daniel nunca antes había apreciado, que provocaron su inquietud y un pellizco en el estómago que hacía meses no sentía.

—Eva, escúchame, por favor. Estuve media hora en esa discoteca, ni siquiera me tomé una copa, pero nos vimos obligados a asistir. Antes de la una estaba en casa esperando en que lo pensarías mejor y regresarías. Puedes preguntarle a Pelé. Él sabe que es cierto lo que te digo. —A Eva se le escapó una sonrisa que ocultó enseguida—. A Cristina me la crucé al marcharme. Solo nos saludamos y me felicitó por nuestro triunfo. Eso fue todo.

Daniel no se atrevía a abrazarla. Era evidente que ella aún no se lo permitiría porque había algo que le dolía más que la presencia de Cristina y él comenzaba a intuir el motivo que la hacía sufrir. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano miró a sus preciosos y furiosos ojos verdes que eran su perdición.

—No te veo desde el lunes por la mañana y no sabes cuánto te he echado de menos. —Daniel suspiró emocionado porque al menos no le había apartado la cara y permitía que la tocara—. Siéntate un momento, por favor. Tengo que contarte algo muy importante.

—¿Ahora vas a dignarte a contármelo? Ya no me interesa. Además, en mi casa lo saben todos: te vas a Londres. —Daniel la miraba sorprendido—. Has tenido tiempo de hablar conmigo y has preferido ocultarme tus planes cuando te pregunté varias veces qué sucedía. Y en este momento pretendes hacerlo como si se tratara de algo confidencial.

—Eso no es cierto, Eva. No te he contado todos los detalles pero te hablé sobre la oferta del Chelsea y te dije que deseaba quedarme en Madrid. Si te he mantenido al margen de los rumores diarios era por no angustiarte ante las posibilidades que se presentaban. —Y eso sí que era cierto—. Hasta esta

mañana no me he visto obligado a tomar una decisión; una decisión que no pensaba hacer pública hasta hablarlo antes contigo. Y puedo asegurarte que no he firmado ningún contrato.

Eva sintió un hormigueo en el estómago y se preguntaba si era verdad lo que le contaba Daniel porque en ese instante le parecía completamente sincero. Sobre todo cuando empezó a contarle las conversaciones que había mantenido con la nueva directiva y las opiniones de Toni y de su hermano Luis sobre el asunto.

—Si no te lo he contado antes ha sido por no preocuparte con mis problemas profesionales.

—Yo no puedo preocuparme por tus problemas, pero tú si puedes opinar sobre mi trabajo y dirigir mi vida. Creo que me conoces bastante bien para pensar que me voy a acobardar ante una situación delicada. Si de algo puedo presumir a pesar de mis veintitrés años es de no amilanarme ante las dificultades. He luchado y pienso seguir haciéndolo durante el resto de mi vida porque he aprendido que nadie te regala nada; lo que deseas tienes que conseguirlo a base de esfuerzo e incluso lágrimas.

La respuesta de Eva lo dejó sin palabras durante unos segundos y continuó escuchándola.

—No quiero vivir con un hombre como tú, Daniel. No voy a permitir que me domines, me controles y me anules por completo hasta que me conviertas en tu esclava personal, como me trataste los primeros meses que pasé en tu casa. — Lo miró con una intensidad que lo desarmó—. ¿Lo recuerdas? Porque no deseo que lo olvides, aunque te haga daño; recuerda lo horrible que puedes llegar a ser. No me importa que me llames “pequeña”, pero no soporto que me trates como tal porque no lo soy.

Se quedaron en silencio durante unos tensos segundos.

—Tienes razón. No lo eres. Acabas de hablar como si tuvieras cuarenta años. — Suspiró admirado—. Y me has dado una verdadera paliza; me has derrotado por KO técnico en el primer asalto de nuestra pelea. Y no debería

asombrarme porque eso fue lo que verdaderamente me enamoró de ti. No fueron estos preciosos ojos verdes que me pasaría la vida mirando; ni tu cuerpo perfecto que me pone a cien; ni tu cara bonita de ángel. Fue esta cabezota dura y perfectamente amueblada que tienes —le dijo golpeándola suavemente con los nudillos—. Y de tu sinceridad, y de tu rebeldía, y de tu valentía. Pero, a pesar de la admiración que siento por ti, siempre que me resulte posible, te evitaré todo el sufrimiento que pueda. Eso ha sido mi única intención al no hablarte sobre la pantanosa situación por la que pasaba mi renovación. Y volvería a hacerlo de nuevo, pequeña.

—Si reconoces que vas a seguir tratándome de ese modo paternalista que tanto me duele y me molesta es porque pretendes que te deje. ¿No te atreves a terminar nuestra relación? —le preguntó llorosa—. ¿Por eso me provocas? —Se levantó nerviosa—. No tenías que haberte molestado en venir, Daniel. No para esto.

Daniel no esperaba que ella viera el asunto desde esa perspectiva y se arrepentía del error que había cometido en menospreciar la valentía de su novia.

—Eva, te quiero más que a mi vida. Lo daría y lo dejaría todo por ti. ¿Cómo puedes pensar que quiera cortar contigo y que intento provocarte para obligarte a que tú lo hagas?

—Porque no soy tuya, no te pertenezco —le gritó furiosa—. Quiero ser tu amiga, tu compañera, tu amante. Pero no una muñeca a quien cuidar, proteger y llenarla de caprichos. Sé valerme por mí misma, llevo mucho tiempo cuidando de mí y no te necesito para eso, he aprendido a vivir sin lujos y a considerar más importantes otras cosas como la salud, el trabajo y el amor sincero.

Eva lo apabullaba con sus palabras certeras, pero se equivocó con las últimas.

—¿Y mi amor por ti no es sincero? —le reprochó irritado—. ¿Eso crees?

—No, Daniel. Sé que me quieres, de lo contrario no estarías aquí. Pero me estoy dando cuenta de que no eres lo que yo necesito. —Daniel sintió cómo un

temblor sacudía su cuerpo. De todo cuanto esperaba oír de Eva, nunca habría pensado en esas palabras—. Tu comportamiento exageradamente protector y controlador no es para mí. Te estás equivocando al tratarme de ese modo y eso sí que me hace sufrir. No soy tuya, Daniel. No soy tuya —le repitió llorando.

En ese momento, Juanjo los interrumpió al avisarles de que la cena estaba lista y Eva giró su rostro hacia la oscuridad del patio.

—Ya vamos, Juanjo —le contestó reponiéndose en un segundo.

—Cuando el conductor que me devolvió el coche me dio el sobre cerrado esta tarde, de repente, supe que había algo más que esas fotos estúpidas de Cristina conmigo en la puerta de la discoteca. Pero no me esperaba esto —reconoció dolido—. ¿Me estás soportando? ¿Desde cuándo?

—Desde que empezaste a eludir mi interés por conocer tus problemas. Luego, la noche de la final, mi hermano me comentó que un amigo suyo que estudia en Londres le dijo a través de Facebook que habías fichado por el Chelsea y me di cuenta de lo que estaba ocurriendo. Eso me ha abierto los ojos y me ha mostrado cómo funciona nuestra relación.

—Eso solo eran rumores, Eva. Como las fotos —comenzó a hablarle abatido—. En ningún momento he actuado pensando solo en mí. Desde el principio de las negociaciones he tenido presente que cualquier decisión la tomaríamos tú y yo juntos. Puedes preguntárselo a mi hermano Luis; incluso él me animó a mirar los cursos de postgrado que hay en Londres...

—¿Es que no lo ves, Daniel? —lo interrumpió irritada—. ¿No te parece que esa posibilidad que me concierne a mí deberíamos haberla investigado tú y yo juntos ante el riesgo que existía de marcharte a jugar a Londres? ¿Quién te crees que eres para mirar “mis” posibles cursos? —preguntó enfatizando ese mis.

Guardaron un tenso silencio. Daniel se frotaba la frente con fuerza; se sentía Derrotado, agobiado y pensaba en la posibilidad de que Eva lo dejara para siempre. Le hablaba tan convencida, hacía gala más que nunca de la sensatez con que manejaba todo lo que concernía al resto de su vida que, y por primera

vez desde que estaban juntos, a pesar de haber mantenido con ella dolorosas discusiones, nunca la había visto tan dueña de sí misma, tan fría y decidida. En ese instante la idea de perder a Eva estaba tan cercana que su cuerpo temblaba nervioso y su mente era incapaz de centrarse; el miedo no le permitía pensar con claridad.

—No puedo hablar ahora mismo, Eva. Estoy... Estoy impresionado. No, eso no es cierto; la verdad es que estoy asustado porque estoy convencido de que vas a dejarme, de que ya no puedes soportarme más. Y tú eres... —Daniel intentó tragarse el nudo que le apretaba la tráquea—. Déjame solo unos minutos para que me tranquilice, por favor.

—Daniel, yo...

—No te compadezcas de mí —le gruñó arrogante.

—Otra vez vuelves a hacerlo. No iba a compadecerme, solo pretendía consolarte, como tú me consuelas a mí —le dijo hastiada—. A veces cualquiera puede necesitar consuelo; sobre todo si lo recibes de la persona en que más confías y a la que le dejarías tu vida en sus manos, como tú me has dicho hace unos minutos. A mí me ayuda mucho recibirlo de ti. Pero tú... Eres imposible. —En un gesto corporal de impotencia y rabia, Eva mostró su desesperación—. A la mierda, Daniel, a la mierda con todo. Ya no lo soporto más. No soy una niña a la que cuidar y educar a tu antojo.

Eva, muy enfadada, entró en la casa y lo dejó solo. Daniel había sentido otra bofetada más esa noche. Eva le estaba dando una verdadera paliza y él sabía que la merecía por no haber aprendido a tratarla. Supo que ella era fuerte como un titán desde el primer día que llegó a su casa y le impresionó por esa energía que irradiaba, pero él se había empeñado en imponerse, en aplastarla y ahora comprobaba que eso sería imposible. Quizás se daba cuenta demasiado tarde, cuando ya la había perdido para siempre. Ante ese pensamiento su cuerpo se estremeció con fuerza.

Fue al baño y se refrescó la cara; mientras se secaba, se miraba en el espejo. No, no se lo permitiría, no se rendiría. Eva se había convertido en el centro de

su universo, en el estímulo que lo empujaba a levantarse y seguir luchando cada día de su vida, esa vida a la que ella había dado sentido y luz y sin la que no quería vivir. Suplicaría, se rebajaría hasta el infierno si fuera necesario, pero no permitiría que se marchara de su lado sin luchar. Se había equivocado, pero había aprendido la lección; ella se la había enseñado.

Dispuesto a presentar batalla fue capaz de entrar en el salón de esa humilde casa donde lo habían acogido con un cariño tan sincero como era Eva, rodeada de su gente con los corazones llenos de amor, de los que ella se fortalecía y, sorprendido, se encontró frente a una mesa a la que se sentaban más de quince personas que habían acudido a conocerlo. Le reservaban una silla junto a Eva y un suspiro emocionado se escapó de su pecho al comprobarlo; esa silla deseaba tenerla mientras viviera. Sentarse en torno a esa mesa para celebrar un día de Navidad, un cumpleaños, o cualquier otro acontecimiento que los reuniera. Pero Eva lo acogió con la mirada más fría y distante que le había dedicado nunca y consiguió con ello que le temblaran las rodillas de nuevo.

*“Vamos, Daniel, no te rindas. No puede dejar de amarte de un día para otro. Tú eres capaz de reconquistarla y para conseguirlo debes mostrarte como eres en realidad, vulnerable y frágil como cualquier persona. Muéstrale esa parte de tu alma y ganarás su respeto. Conquista a Eva de nuevo; desármala como ella hace contigo”.*

Juanjo, sentado enfrente de Daniel, lo observaba divertido ante el barullo que había en la mesa.

—Te lo advertí, Daniel —le decía el chico tan amigable como siempre—. Son unas cotorras que no paran de hablar, pero cocinan de escándalo.

—Es cierto. Creo que hasta mejor que Eva —le dijo provocándola y por fin vio en sus cautivadores ojos verdes un destello de rabia divertida que reanimó su corazón desfallecido. No contuvo el fuerte deseo de sentir sus labios sobre la piel de su novia y la besó en la frente capturando su mejilla con una mano ansiosa por acariciarla—. Mi vida —le susurró al oído tan suave como una

caricia—. No me alejes de ti, por favor — le suplicó tan sincero que un estremecimiento recorrió la columna vertebral de la chica.

—¿Has renovado ya tu contrato en el Madrid? —le preguntó Juanjo ingenuo—. Un amigo mío que estudia en Londres dice que allí todo el mundo sabe que jugarás en la Premier. —Un silencio sepulcral se apoderó de la reunión a la espera de la respuesta de Daniel que captaba las miradas de todos los presentes.

—Las negociaciones con el Madrid se han acabado esta mañana. Pero no he hablado nada aún con el Chelsea. Ahora mismo, todo es posible.

—Porque Sancho se va y ha dicho que le gustaría contar contigo. —Daniel le sonrió al chico—. Lo escuché en la radio anoche.

—Eva y yo tendremos que hablar sobre mi futuro contrato y sobre dónde preferiría vivir. Tengo muchas y buenas ofertas. Pero hay que valorarlas y elegiremos la que más nos convenga a ambos.

—Entonces —Juanjo se mostraba sinceramente emocionado—, ¿te vas del Madrid?

—Si me guardas el secreto te contaré que el club va a cambiar bruscamente, empezando por la directiva.

El tono humilde con que habló Daniel y confió en su familia la conmovió. Quizás la había protegido exageradamente, pero estaba allí porque había intuido que algo grave ocurría entre ellos y sus palabras reflejaban su arrepentimiento. La voluntad de Eva comenzaba a flaquear.

Las miradas de todos los sentados alrededor de la mesa se centraron en el rostro de mejillas enrojecidas de la chica. Daniel volvió a sorprenderla cuando la atrajo hacia su cuerpo y acarició su sien con los labios en un gesto cariñoso al que estaba acostumbrada, pero que no quería recibir en ese momento en que tenía que sentirse fuerte y segura de su actitud. Daniel con sus arrumacos conseguía ablandarla.

—Tú y yo. Siempre. ¿Recuerdas? —susurró de nuevo en su oreja solo para ella.

Esa facilidad con la que Daniel demostraba su amor la desarmaba, la debilitaba y no debía consentirlo.

La cena transcurrió en un ambiente relajado y alegre y dejaron de hacerle preguntas a Daniel, seguros de que acabaría molestándose. El hombre lo había dejado claro: tenía que hablar con Eva sobre su futuro próximo, en privado.

Mientras recogían la mesa y la cocina, la conversación tomó otros derroteros que incomodaban en esta ocasión a Eva.

—¿Dejarás que duerman juntos, Pilar? —preguntó Merche y a Eva se le cayó un tenedor al cubo de la basura al oír la indiscreta pregunta.

—Ya llevan meses haciéndolo —respondió la madre conforme—. No nos vamos a asustar por eso. Además, creo que son muy responsables. Ya veis como se porta Daniel con ella.

—Sí —afirmó Luz convencida—. No te quejarás, Eva. Tu tío Jaime no se ha portado conmigo de ese modo tan tierno y cariñoso en toda su vida, ni siquiera de novios. Ese hombre te adora y no lo oculta. Se le nota que te ha echado de menos estos días. —Eva se limitó a sonreír con timidez al pensar en el nivel de compromiso al que había llegado con Daniel cuando las cosas estaban tan tensas entre ellos.

—Cuando lo conocimos en Madrid —intervino Pilar—, me impresionó el modo en que trata a Eva. Actúa como si llevaran años juntos, con una complicidad y una confianza que me asombra. Eso me tranquilizó mucho, porque con la fama de mujeriego que tiene... —Mamen cruzó una mirada rápida con Eva que nadie percibió.

—Tenía, querrás decir —salió Mamen en defensa de Daniel; Eva ya le había explicado el motivo de las fotos que su tía, adicta a Facebook, ya había visto. Pero después de verlos juntos, la tía se quedó más que convencida con la explicación sincera de su sobrina, la misma que Daniel le había ofrecido—. Eva lo tiene bien atrapado.



Cuando todos se marcharon, la pareja se reunió con los padres de la chica sentándose en el sofá, y Juanjo supo que debía retirarse porque tendrían que hablar sobre la organización de la boda y a él tampoco le interesaba escuchar.

—Entonces, ¿no es seguro que te quedas en el Madrid? —preguntó Pilar preocupada por el futuro de su hija.

—Lo más probable es que no. El presidente va a dimitir por graves problemas familiares. —Todos lo miraban queriendo saber más y Daniel satisfizo su curiosidad—. Su mujer ha recaído enferma con un cáncer de mama. —Los gestos de dolor se dejaron reflejar en los tres—. Os lo cuento en confianza —añadió Daniel intentando ganarse a ese matrimonio que le resultaba simpático y acogedor como lo era su novia—, cuento con vuestra discreción. Fernando es un buen amigo y confía en mí. La nueva directiva va a dismantelar el equipo y va a fichar a Fernandes y a varios brasileños más. Sancho se ha visto forzado a fichar por el Chelsea al darse cuenta de que no contaban con él. — Juan hizo unos comentarios desaprobando esa mala gestión deportiva.

—¿Y contigo tampoco contaban? —preguntó Eva.

—Sí. Pensaban que me retendrían por menos dinero, que se aprovecharían de mi intención de retirarme en el Madrid; pero prefiero no quedarme en las condiciones deportivas en que van a dejar el equipo. La temporada que viene será un fracaso total después del éxito alcanzado en esta.

—¿Cuánto dinero te ofrecían? —se interesó curiosa Eva y a Daniel le hizo gracia su naturalidad aunque le resultaba violento hablar de esas cifras de dinero ante esa gente humilde y sencilla—. Es por hacernos una idea... Díselo, Daniel —lo animó Eva divertida esperando ver los gestos de sorpresa en sus rostros; ni siquiera su padre se había atrevido a preguntarle a ella.

—Ahora mismo, mi ficha está en seis millones de euros anuales; el Madrid me ofrecía cuatro y el Chelsea, ocho.

—¿Ocho millones por temporada? —preguntó Juan impresionado.

—Dieciséis por mis dos últimas temporadas, más casa y coche.

—Eva, hija —le reprochó Pilar bromeando—. Vete a Londres, si sabes hablar inglés... Con lo que gane Daniel no trabajaréis durante el resto de vuestras vidas. — Daniel soltó una carcajada que secundaron los demás ante el desparpajo y la sinceridad de la buena mujer.

—¿Tendrás que pagar mucho dinero en impuestos? —preguntó el padre con curiosidad.

—No. Esa cantidad es para mí. Mi agente se lleva su prima aparte y de los impuestos se hace cargo el club. —Daniel se calló un instante y Eva entendió que se sentía incómodo con esa conversación—. Este mundo es de locos y funciona de este modo inexplicable. Eva no lo aprueba —dijo mirándola a los ojos esperando que lo rescatara con su apoyo.

—No. Nada. Me parece muy injusto.

—Pero es lo que hay y lleva funcionando de este modo muchos años en cualquier parte del mundo —reconoció su padre en apoyo de su futuro yerno.

—Bueno, ¿y habéis decidido ya? —intervino Pilar—. Eva, ¿dónde te gustaría vivir? —Daniel le pasó el brazo por los hombros para demostrarle su intención de reconciliarse con ella y de continuar con la discusión que habían dejado sin terminar.

—Aquí, en esta casa. ¿Puede ser, Daniel? Ficha por el equipo del pueblo, aunque ganes menos.

Todos se echaron a reír, incluido Daniel que la miraba impresionado por lo bien que había capeado la incómoda pregunta. Daniel se acercó a ella y la besó con ternura en la frente.

Eva regresaba del baño a su dormitorio y Daniel la esperaba sentado en el borde de la cama. No podía ocultar la angustia que reflejaba su rostro y la transmitió con sus palabras.

—¿Prefieres que duerma en el sofá? —le susurró dolido.

A Eva le impresionó ver a ese hombre tan arrogante y seguro de sí mismo,

totalmente entregado a lo que ella quisiera ofrecerle en ese instante. Pero todavía no se había disculpado con ella ni le había reconocido sus errores y Eva estaba dispuesta a jugársela de una vez por todas.

—No. Tú duermes aquí y yo me iré al sofá —le contestó fingiendo una frialdad que no sentía—. Eres un invitado y en esta casa ofrecemos nuestra hospitalidad.

Daniel se veía incapaz de recuperarla, y su frialdad lo desgarraba; durante la cena y la conversación mantenida con sus padres le pareció que Eva estaba a gusto sentada a su lado, pero quizás había disimulado ante su familia por no hacerlos sufrir, algo primordial para ella. La observaba desnudarse y después de cinco días sin verla ardía de deseo ante el cuerpo perfecto de su novia; incluso cuando se puso un inocente pijama de muñequitas vestidas de rosa su pasión no se aplacó.

—Eva, sé que te he decepcionado y tengo la impresión de que ya has tomado la decisión de dejarme definitivamente. —La desolación del rostro y de las palabras de Daniel no entonaban con su mirada lujuriosa y esa excitante mezcla asombró a Eva—. Me gustaría que supieras, decidas lo que decidas, que nunca he pretendido hacerte daño ni llegar a esta situación; siempre he intentado que no sufieras y que no te preocuparas, aunque me haya equivocado en mi modo de actuar. —Eva se sintió aliviada pensando que la disculpa llegaría por fin—. Si pudiera enmendar mi comportamiento lo haría ahora mismo y, si te sirve de algo, te confieso que estoy arrepentido por no haberte tratado como te mereces.

—¿Estás reconociendo tus errores, Daniel? —le preguntó Eva divertida.

—Eso intento. Porque pensar que puedo perderte... en este momento me estoy poniendo enfermo. Ya sabes lo que siento por ti, no voy a ponerme pesado repitiéndotelo, pero te suplico que me des una oportunidad de demostrarte lo bien que te conozco y lo feliz que serás a mi lado.

—No me supliques; no necesito que me supliques. Solo quiero que me respetes y me trates como tu amiga y tu compañera y no como una pieza de arte

frágil a la que contemplar guardada en una urna de cristal.

—Lo sé, mi vida, lo sé. Y te prometo que pondré todo mi empeño en ello.

—También quiero ser tu amante —añadió sonriendo provocativa, lo que provocó una incontenible excitación en Daniel—. Me gusta que me mires como lo estás haciendo en este momento.

—¿Sí? —preguntó aliviado al comprender que ya estaba perdonado; tiró de la mano de Eva, la acercó hasta él y la sentó en su regazo—. Dime, ¿cómo te estoy mirando? —le susurró acariciando el cuello de la chica con su nariz.

—En tus ojos hay una promesa oculta que he echado de menos estos días atrás.

—Dios, Eva. Yo también. —La mordió en el cuello con suavidad y Eva protestó excitada—. Me estás volviendo loco.

—Ya lo noto —le dijo sonriendo satisfecha—. Estoy sentada sobre tu locura.

Daniel la abrazó con fuerza y cubrió su rostro de apasionados y sentidos besos a la vez que suspiraba las más tiernas palabras que demostraban sus sentimientos y que solía repetirle cuando le hacía el amor.

—Tienes que aprender a compartir tu vida conmigo, Daniel —le dijo atrapando la cara de su novio para acaparar su atención—, lo bueno y lo malo. Soy bastante consciente del mundo en que vivo.

—Tienes razón, mi vida, —respondió desesperado—. Ten paciencia conmigo y te prometo que me esforzaré. —La besó de ese modo primitivo y posesivo que calentaba el interior de Eva—. ¿Sabes el miedo que he pasado durante la cena? No vuelvas a hacerme esto nunca más.

—Solo te he hecho ver la realidad, mi realidad.

—Eva, yo... —A Daniel no le salían las palabras que definieran sus verdaderos sentimientos—. ¿Me crees si te digo que solo deseo lo mejor para ti? —Eva besó sus ojos con delicadeza.

—Por supuesto que te creo. Si no fuera así, no estarías aquí sentado en este

momento.

—Valoro tanto lo que tenemos, la relación tan profunda y sincera que hemos logrado en estos meses, lo feliz que me has hecho, que no puedo controlar el pánico que me invade al pensar que pueda terminar. Prométeme que nunca terminará.

Eva lo besó en los labios, en la nariz, en los ojos, en la frente...

—Nunca terminará. Al menos yo no dejaré de quererte hasta el día en que me muera. Estoy segura. —Daniel la abrazó con fuerza sin dejar de recorrer su espalda con unas manos ansiosas por estar en contacto con ese sensual y hermoso cuerpo que, como siempre que él lo necesitaba, se le ofrecía generoso—. Y otra cosa. —Daniel la miró a los ojos y le prestó toda su atención—. No pretendo ser una carga ni una preocupación para ti. Jamás. —La observaba atento a la espera de una explicación—. Si por tu trabajo decides que debemos marcharnos a otra ciudad, te acompañaré donde tú lo encuentres necesario. —Un lamento de arrepentimiento surgió de la garganta de Daniel—. Pero habla conmigo, cuéntame tus problemas y tus preocupaciones y no vuelvas a mantenerme al margen de tu vida porque no te lo perdonaré otra vez. Aunque te quiera hasta morirme, lo haré sin ti.

—¿Me estás amenazando? —le preguntó burlón—. ¿Renunciarías a mi amor? —Eva besó su mentón y luego sus labios—. Creo que soy de las pocas personas que se han beneficiado de las consecuencias de esta crisis económica. —Suspirando, la abrazó con fuerza—. Menuda tentación me trajo hasta mi casa.

La sonrisa que le ofreció Eva acabó con la conversación y la dolorosa sensación de tragedia y de pérdida que conocía a la perfección se fue esfumando del interior de Daniel. Sabía que jamás la sometería en ningún aspecto de su vida, como pensaba Eva de él, a pesar de que solo pretendía protegerla, y ya había asumido que ella era más fuerte que él, más fuerte que ninguna persona que había conocido. Y como acababa de hacer esa noche, juntos cuidarían y lucharían por su amor durante el resto de sus vidas. Daniel

se esforzaría por mantenerla a su lado, por merecerla y le demostraría cada día cuánto la amaba y la necesitaba para continuar adelante con su vida. Con esa maravillosa vida que conoció cuando cayó en esa extraordinaria tentación llamada Eva.

Si te ha gustado esta novela

Si te ha gustado

*Eva es la tentación*

te recomendamos comenzar a leer

*El largo olvido*

de *Marcia Cotlan*



## La llegada

En marzo de 1990 se trasladaron a vivir al piso de enfrente los Loyola y su hijo Asdrúbal, que muchísimo después se convertiría en mi marido. Yo tenía nueve años. Las obras nos habían tenido en vilo varios meses. Obreros entrando y saliendo sin cesar, dejando su reguero blanquecino de cal en el pasillo y el montacargas, aquellos golpes que indicaban que algunos tabiques del inmueble iban a desaparecer en favor de espacios más amplios, tal y como entonces comenzaba a ponerse de moda (ya sabes a lo que me refiero: esa fiebre por emular los apartamentos neoyorkinos que salían en las películas y en las series de televisión; se puso de moda la palabra *loft* y todo el mundo derribaba los tabiques de su casa para que las líneas de las estancias fueran más diáfnas y el espacio fluyera. Son palabras textuales de muchos de los amigos de mis padres que, por aquella época, comenzaban a remodelar sus viviendas). Fuimos testigos de cómo entraban los mármoles de la mejor calidad, las griferías más modernas y los muebles más caros. Incluso un arpa antigua que nadie tocaba pero que los Loyola habían comprado en una subasta de muebles en París, como después nos contó Asdrúbal. Nuestro edificio era antiguo, de los años veinte. La fachada había sido remodelada y el portal también, cuidando con esmero los detalles, pues se reemplazaron los espejos por otros de la misma época y un ebanista se encargó de dejar la puerta del montacargas, la del portal y la de cada vivienda como si fuesen nuevas, pero sin serlo, pues ahí radicaba la gracia: en mantener aquella joya de los años veinte sin modernizarla, con todo el sabor de la época en la que había sido construida. Creo que era el único edificio de la ciudad que conservaba la portería como a principios del siglo XX y que tenía dos escaleras: la principal y la de servicio, que conducía a las cocinas. Cada cual había remodelado el interior de su casa a su manera, desde el minimalismo de los Ortega Méndez,



que vivían en el quinto, hasta nosotros, que mantuvimos ese aire casi decimonónico de maderas oscuras, cortinones, tresillos de terciopelo y altísimas estanterías llenas de libros. Los Loyola (conocí su casa cuatro meses después de que se hubieran trasladado) habían optado por un estilo Montecarlo, lujo sin estridencias y más brillo del que a mis padres les gustaba. La plata y el cristal que adornaban las estanterías horrorizaba a mi madre, siempre contraria a los adornos que no servían nada más que para eso, para adornar. En nuestra casa había pocos cuadros en las paredes y contadas fotografías sobre las repisas o sobre alguna mesa auxiliar. Creo que a mis padres no les gustaba nada de los Loyola, excepto Asdrúbal, pero él les gustaba tanto que les perdonaban todo lo demás.

Asdrúbal Loyola era un cerebro privilegiado que prendó a mi padre desde el primer instante en que habló con él. No entendía que aquel muchacho que había crecido solo, con la ausencia casi total de sus padres y sin un solo libro en casa, si exceptuamos los que él mismo se había ido comprando, podía tener una cultura tan extensa, unos gustos tan refinados y una inteligencia tan viva. Sus padres solo pensaban en aparentar, gastar dinero y disfrutar. Eran superficiales e irresponsables y no habían dedicado ni un solo minuto a su hijo, que había crecido rodeado de niñeras, cocineras y demás personal de servicio.

Asdrúbal se convirtió en el hijo que mi padre siempre quiso tener. Imagina la alegría que recibió cuando, varios años más tarde, Asdrúbal se convirtió en mi novio y, finalmente, en mi marido. Imagina también lo que le supuso, después, aceptar nuestro divorcio. Tanto se negó a ello, que Asdrúbal siguió visitando la casa y asistiendo a las reuniones y fiestas familiares igual que lo había hecho siempre. Como si aún estuviéramos casados. Yo debía escuchar después la famosa frasecita de «ese hombre es excelente. No hay otro mejor» y la mirada recriminatoria de mi padre. Siempre he sido un saco de decepciones para él, eso acaba una asumiéndolo tarde o temprano y así duele menos. O duele de otra manera.

Por aquella época, en pleno proceso de divorcio, recibí el encargo de traducir *Oliver Twist*. Siempre me ha gustado Charles Dickens. Encuentro en su melancólica tristeza, en su descripción de los ambientes y los personajes más desfavorecidos y en su crítica social algo que me recuerda a las tardes de los domingos. Lo mismo me ocurre con *Charlot*. Aquellas tardes de domingo en las que veíamos cine en casa con el viejo proyector de mi madre, antesala de los lunes, y del colegio, y de las actividades extraescolares, eran tristes y melancólicas, invernales, aunque sucedieran en plena primavera. Creo que eso es la infancia, al menos la mía, un largo invierno lleno de películas de *Chaplin* y de jovenzuelos de novela de Dickens correteando por las calles de Londres. Un largo domingo, malo en sí mismo, pero preludio de un lunes que traerá algo peor.

Es curioso, porque siempre que veo una película de Chaplin recuerdo al niño que fue Asdrúbal, a pesar de que no vivía en las calles de los barrios bajos, ni era huérfano, pero sí sufrió un tipo de abandono muy similar. Sus padres habían sido hippies en su juventud y lograron enriquecerse con un negocio textil en la madurez, de manera que unieron el ansia de libertad al exceso de dinero, y esa mezcla tuvo como resultado que le dieran a su hijo las llaves de casa cuando tenía diez años y le dijeran: «Ya eres mayor». Eso significó para Asdrúbal vivir con gente de servicio que le cubría las necesidades elementales de supervivencia y tener noticias de sus padres a través de postales en las que se veía Gstaad nevado o las playas de Saint-Tropez. También a través de mensajes grabados en el contestador automático en los que siempre se escuchaba de fondo la algarabía de las risas y las charlas animadas por el champán (eso se imaginaba Asdrúbal, según me confesó una vez, que sus padres y los amigos de estos se pasaban el día riendo y bebiendo champán, mientras él permanecía solo en casa leyendo un libro, paseaba por el parque o jugaba al billar en los bares a deshoras). Cuando se trasladaron a vivir a nuestro edificio, encontró a su verdadera familia: nosotros. Por eso el divorcio fue un infierno. Mi madre y mi hermana estaban

tan incrédulas ante el fin de mi matrimonio como lo habían estado dos años atrás al saber que éramos pareja. Jamás me atreví a preguntar —quizás porque intuía que la respuesta iba a resultar humillante y a dolerme demasiado— el porqué de esa estupefacción cuando Asdrúbal y yo comenzamos a salir. Héctor, que considera a mi ex más hermano suyo que a Florencia y a mí, le enfadó de tal manera nuestro divorcio que dejó de hablarme durante varias semanas. Eso que gané, también es cierto. «¿Por qué has tenido que fastidiarla con esto también?», me preguntó, y en esta simple cuestión aglutinó todos los fracasos de mi vida. De nada sirvió decir que la relación se había ido desgastando (si es que alguna vez había tenido un momento álgido, ya ni siquiera lo recordaba) y que fue Asdrúbal y no yo quien decidió ponerle fin.

Mi padre no me dijo nada. Absolutamente nada. Firmé el divorcio un viernes y el sábado, cuando llegué a comer a su casa, como cada fin de semana, me encontré a Asdrúbal sentado a la mesa. Hasta el día de hoy eso no ha cambiado. Compartimos Navidad y Fin de Año, la comida de los sábados y, a veces, también nos encontramos cuando vamos a visitar a mis padres al pueblecito de la costa donde pasan el mes de agosto desde que nosotros éramos pequeños.

Sí, Asdrúbal me recuerda mucho a mi padre. Al igual que él, también se ha pasado la vida ansiando algo mejor: el número uno de su promoción, el doctorado, la cátedra... Y lo fue logrando todo. Creo que si se propone algo de verdad, lo consigue, por difícil que sea. Una vez se lo dije y se enfadó.

—Me recuerdas mucho a mi padre —comenté, con bastante desacierto. Esto ocurrió en la época inmediatamente anterior al divorcio, cuando ya se había instalado entre nosotros una apatía que nos convirtió en compañeros de piso. Me pregunto si alguna vez fuimos otra cosa. Él frunció el ceño y me di cuenta de que la comparación no le gustaba.

—Eso no es un piropo, me temo —comentó; su sonrisa estaba a medio camino entre la ironía y la tristeza. Era una de sus sonrisas torcidas, en plan Humphrey Bogart. Era sonrisa de detective de novela negra, se lo dije muchas

veces.

—Lo digo porque te pasas la vida queriendo conseguir algo más, creyendo que el secreto de la felicidad reside en lo que tienes y no en lo que eres — traté de explicarme.

—¿Sabes tú, acaso, dónde está el secreto de la felicidad? ¿Has logrado ser feliz con lo que eres? —me preguntó, sabiendo de antemano la respuesta. No pude hacer otra cosa que callarme.

Me pregunto por qué siento la necesidad de volver a contarle a alguien de nuevo mi historia con Asdrúbal, justo ahora que tengo ese enigma por resolver, ese problema mayúsculo que se llama Tavo. Me invento un novio que vive en Rotterdam para justificar que no puedo asistir a una fiesta, ya que voy a ir a verlo a él, y esa invención se convierte en un hombre de carne y hueso que se presenta ante toda mi familia en el momento más inesperado y me deja al borde del colapso nervioso. Y el tal Tavo, para qué negarlo, se parece demasiado al propio Asdrúbal.

Tengo que confesar que vuelvo una y otra vez a hablar de Asdrúbal porque creo que aquel mes de marzo de 1990, cuando él se instaló en el piso de enfrente, conocí al hombre de mi vida, por más que haya dicho cientos de veces que me complicó las cosas. En realidad, llegó para ponerlo todo en su lugar, para unirnos más como hermanos y para ayudarnos a aceptar quiénes éramos...

Éramos los hijos del doctor Sotomonte y la doctora Ruipérez. Casi nadie, a lo largo de nuestra infancia y adolescencia, se refirió a nosotros por nuestros nombres o nuestros méritos, sean pocos o muchos. Éramos los hijos de dos eminencias, así se nos describía, así se referían a nosotros. Esa era nuestra identidad.

Mi padre era el profesor más hueso de la facultad de Historia y mi madre creó el Seminario de Estudios de Género en la misma facultad. A mi padre lo temían sus alumnos como a la peste. Contaba la leyenda que muchos estudiantes no lograban acabar la carrera porque no eran capaces de aprobar

la asignatura impartida por *el Dinosaurio*. Así lo llamaban. Mi madre fue una pionera en los estudios de género, sus libros eran bibliografía obligada para las feministas de todo el país. En este ambiente vivimos (o sobrevivimos) mis dos hermanos y yo. No es fácil ser el hijo de unas mentes brillantes: la brillantez se presupone en ti por ser vástago suyo, pero no se te valora en absoluto. «Estos chicos son muy listos», decía alguien. «Es que son los hijos de Sotomonte y de Ruipérez», respondía otro, y eso zanjaba el asunto. Lo extraño hubiera sido no ser brillante. La excelencia era obligada.

Mi melliza y yo nos pasamos la vida explicando nuestros nombres. Tampoco en eso pudimos ser normales. Ella se llama Florencia, pero no por la ciudad, sino por Florence Nightingale, la feminista. Yo siempre digo: «Me llamo Livia. Se escribe con uve. No, no me llamo así por el país. Es un nombre latino». Sería largo explicar que así se llamaba una emperatriz romana, la madre de Tiberio. Una mujer admirable, según mi padre.

Mi melliza y yo somos la prueba palpable de que mis padres no están hechos para ceder. Cuando nació mi hermano, a ambos les gustaban los nombres de Aquiles y de Héctor, pero estaban también de acuerdo en que Héctor era un nombre mejor, pues en la *Iliada* se le mostraba como un hombre de una pieza bendecido con todas las grandes cualidades que debía tener un héroe. Lo llamaron, por lo tanto, Héctor Sotomonte Ruipérez. Aquiles, pensaron ambos, era un nombre que arrastraba un estigma: el maldito talón. Mis padres no admiten, ni mucho menos disculpan, los puntos débiles. Cuando mamá se quedó de nuevo embarazada, tenían claro que si era niño se llamaría Tadeo, por un antepasado común muy brillante que destacó en el campo de la investigación científica. Se me olvidaba decirte que mis padres son primos muy, muy lejanos. Tienen un tatarabuelo común de nombre Tadeo Sotomonte Villaurrutia. A veces he pensado que se casaron porque ambos tienen el convencimiento de que pocas personas fuera de nuestra familia merecen verdaderamente la pena. El problema con el nombre que habían elegido para el bebé se produciría en el caso de que naciese una niña. Papá quería llamarla

Livia, un nombre romano muy común entre las mujeres patricias. Mamá quería llamarla Florencia, en honor a la insigne feminista. Ninguno estaba dispuesto a ceder y la madre naturaleza, asustada ante tanta cabezonería, optó por que fuésemos mellizas, a pesar de que no había ni un solo antecedente familiar.

Pasaré por alto la historia de nuestra vida académica, de las múltiples matrículas de honor y los infinitos test para detectar si éramos superdotados. Pasaré por alto también el estrés que suponían las actividades extraescolares, pues disfrutar nunca fue algo que mis padres valoraran demasiado. Si recibíamos clases de ballet, debíamos superar a la Pavlova. Si las recibíamos de piano, debíamos tener en mente la edad a la que Mozart había comenzado a destacar. Pensarás que exagero, pero no. En muchas cosas me quedaré corta, porque por más que lo explique, no podré hacerte entender lo que era vivir en aquel ambiente de excelencia, aquella obligación de ser el número uno. «Héctor hizo esto mejor que vosotras», «Florencia destaca en Matemáticas y vosotros vais rezagados», «Livia...». Ahora que lo pienso, yo no destaqué nunca por encima de mis hermanos.

Por si la situación no fuera suficientemente complicada entre nosotros, que éramos comparados cada día los unos con los otros, apareció aquel niño excepcional, Asdrúbal Loyola. Competir con él era una pérdida de tiempo, pues lo sabía todo y lo hacía todo mejor que nosotros, o eso nos pareció al principio. Lo hubiéramos odiado sin tregua si no fuera porque su carácter hacía imposible sentir odio hacia él. Se esforzaba terriblemente por lograr lo que deseaba, pero jamás salía de su boca una sola palabra de vanagloria. Ni siquiera parecía un empollón. Al contrario que mis hermanos y yo, había tenido una vida muy libre. «Soy carne de bar», nos decía cuando mirábamos asombrados su manera de jugar al billar y a los dardos o su modo de beberse la cerveza de un solo trago, casi sin respirar. Pasaba del ajedrez al póquer con una simplicidad asombrosa. Era camaleónico, se adaptaba a los ambientes y si no fuera porque ocultaba sus sentimientos con la determinación de un vikingo (de hecho, si no lo conocías muy a fondo, podías pensar que no tenía

sentimientos), podría decirse que era un chico perfecto. O lo más parecido a la perfección que habíamos visto nunca.

Físicamente no estaba nada mal. Era muy alto para tener once años. Moreno y de ojos agudos, ojos que diseccionan, que parecen darse cuenta de todo. Se había criado sin horarios ni prohibiciones y cuando llegó a nuestra vida se adaptó a las normas que había en nuestra casa con una actitud espartana, como si hubiera estado deseando que alguien le pusiera límites. Sin embargo, siempre ha arrastrado ese aire mundano de los primeros años, pues creo que al haber vivido sin ataduras adquirió una seguridad en sí mismo y una fortaleza de carácter que un niño sobreprotegido no tiene jamás. No es que sus padres no lo quisieran, es que lo querían de otra manera. Eran gente diferente. Así los denominaba mi padre: diferentes. Híppies, bohemios, libres y despreocupados, al contrario que mi familia. El tipo de padres que yo hubiese querido tener. Un golpe de suerte los había convertido en ricos y sus ansias de extender las alas se vieron incrementadas por una cuenta corriente que les permitía volar cuando quisieran y adonde quisieran. Ella, la madre de Asdrúbal, era de una belleza que dejaba anonadado, muy parecida a Verónica Lake o a Rita Hayworth, no tanto físicamente como en la actitud de *femme fatale*. Su pelo era castaño, largo y ondulado, lo llevaba peinado de lado, tapándole casi el ojo derecho, como las mujeres que volvían locos a los detectives de novela negra. Su voz era ronca debido al tabaco, una voz sensual de cantante francesa. Arrastraba las erres al hablar igual que los espías rusos en las películas de James Bond. No era una mujer de este mundo, era un personaje del celuloide. Había salido de algún pueblo perdido para probar suerte en el cine y había acabado en una comuna hippie donde conoció al padre de Asdrúbal. Su hijo se parecía a ella físicamente, pero no en el carácter. De hecho, Asdrúbal había querido a su madre con la misma intensidad con que la cuestionó por su frialdad y su despreocupación. Digo que la había querido porque un buen día decidió que no la querría más. Asdrúbal es así, se entrega sin reservas, se vuelca, pero un día recibe un golpe

y decide que va a ser el último, entonces jamás vuelve a mirar atrás. Adquiere una frialdad nórdica. «Cuando digo basta es basta», es una frase muy suya. A su padre lo había desterrado de su corazón mucho antes por un motivo muy simple: no lo respetaba. Tenía amantes, muchachas bastante jóvenes que trabajaban para él y soñaban con que les resolviera la vida, pero en realidad se cansaba de ellas muy pronto y no solía recordar ni siquiera sus nombres. Su hijo lo había visto besuqueándose con alguna en el interior de su Volvo, por eso no solía pasar por la calle en la que se encontraban las oficinas de su padre, porque su coche podía estar aparcado en el exterior y tendría que ver lo que no deseaba: cómo le era infiel a su madre.

Recuerdo que una vez me dijo: «No sabes la suerte que tienes de que tu padre sea como es. Te quejas, pero es un tipo de una pieza». Odio esa expresión, «de una pieza». Mi padre la utiliza mucho y no creo que jamás la haya usado para definirme a mí, quizá por eso la odio. «Dicen que cuando Miguel Ángel esculpió el Moisés, ya lo veía en el inmenso bloque de mármol. Tu padre es así: antes de conocerlo a fondo ya adivinas la grandeza que oculta». Me lo dijo un día mientras paseábamos por el parque. No sé qué hacíamos allí, ni qué hacíamos los dos solos, pues lo normal era que él estuviera con mi hermano y yo con Florencia, o los cuatro juntos, pero aquella combinación era inusual. Él y yo no solíamos estar solos nunca, hasta el viaje que hicimos a París en el coche de mi hermano para ir a ver a Florencia. Pero aquella tarde estábamos solos. Era octubre y hacía frío. Compramos castañas y las comimos sentados en un banco mientras nos reíamos de la fachada del edificio que teníamos enfrente, el viejo conservatorio de música. Acababa de ser restaurado y los colores nos recordaban a una enorme tarta de cumpleaños. También observábamos a la gente y nos inventábamos historias.

—¿Ves a ese? Acaba de asesinar a su mujer y en el maletín lleva uno de los brazos de la pobre difunta —me dijo.

—Bah, ¿me estás contando el argumento de *Una ventana indiscreta*?

Habíamos visto la película de Hitchcock aquel domingo en el viejo



proyector de mi madre. Nos reímos mucho aquella tarde. Después me acompañó a clase de francés y, a modo de despedida, me dijo:

—Si esto fuera una película o una novela, después de una tarde como esta deberíamos besarnos apasionadamente en medio de la calle.

Sus ojos chispeaban y por un segundo creí de verdad que iba a besarme en los labios, pero no lo hizo. Me besó en la mejilla. Fue uno de esos besos delicados que no hacen daño. Odio a la gente que hace daño al besarte en la mejilla, que se aprieta tanto contra ti que parece que quiere taladrarte el pómulo. El beso de Asdrúbal no fue así. Fue de los que se recuerdan con un escalofrío y te deja un eco de vello erizado en la nuca. Mis compañeras de francés se acercaron cuando él ya se alejaba.

—¿Quién es ese, Livia? ¿Estáis saliendo? ¡Está cañón! —me decían.

Yo aún tenía el regusto de las castañas en la boca. Una furgoneta de reparto se detuvo delante de la Escuela Oficial de Idiomas y cuando el conductor abrió la puerta para salir, pude escuchar que en la radio sonaba aquella canción tan tonta de Danza Invisible:

Sabor de amor, todo me sabe a ti,  
comerte sería un placer  
porque nada me gusta más que tú.

Nunca he podido volver a comer castañas sin recordar aquella tarde, aquel beso en la mejilla y lo bien que le quedaba a Asdrúbal el abrigo azul marino. Entonces aún no había visto cine francés, pero ahora podría decirte que era como un joven Alain Delon en alguna de aquellas películas que René Clément rodó en los años 60.

Yo debía de tener entonces quince años. Asdrúbal, diecisiete.

## **Una historia de amor con un inicio tormentoso y doloroso en el que la joven e inexperta Eva se sentirá aprisionada por los fuertes sentimientos que Daniel despierta en ella.**



Todo se trastoca en la vida de Eva en el momento en que su padre es jubilado forzosamente de la empresa donde trabajaba y su sueldo se reduce notablemente. Ella ve peligrar la continuidad de sus estudios en Madrid, pero de lamentarse, demuestra su valentía y la fuerte determinación con la que dirige su vida, toma el mando de ella y consigue salir adelante trabajando en lo único a lo que puede aspirar en ese momento dada la situación económica del país de la que es una víctima más: de simple asistenta de hogar.

Tras acudir a varias entrevistas de trabajo, conoce a Daniel Álvarez, un famoso futbolista del Real Madrid y de la Selección Española que necesita con urgencia una empleada interna en su casa. La complicada situación económica por la que transcurre la vida de Eva en esos momentos, conmueve al hombre y acaba por contratarla. Entonces da comienzo una dolorosa y complicada batalla en el interior de Daniel en la que Eva se ve arrastrada sin remedio.

Una nueva vida surge ante Eva en la que a veces se siente extraña, rechazada por algunos, pero también amada y deseada por Daniel. Tendrá que elegir entre la sencillez de su existencia y sus planes de futuro antes de conocer a Daniel y la nueva vida que él le ofrece, a la que le resulta complicado adaptarse, sobre todo, cuando en muchos momentos obtiene más sufrimiento que felicidad.

Eva tendrá que recurrir a su valentía y coraje en los momentos difíciles para conservar el amor de Daniel, seguir siendo ella misma y no perderse bajo el intenso carácter del futbolista.

**Esperanza Riscart** nació en Algeciras, y es el lugar en el que reside. Está casada y es madre de dos hijos. Se dedica a la enseñanza desde hace más de treinta años como maestra de primaria. Aficionada a la lectura desde pequeña gracias a los cómics, “la Literatura me ha divertido, evadido, emocionado, aterrado, indignado y enseñado. Ha sido para mí una compañera fiel y sólida, la que espero me acompañe el resto de mi vida.”

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Esperanza Riscart Franco

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-86-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Eva es la tentación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Esperanza Riscart Franco

Créditos